Ignacio Sánchez-Cuenca

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL TERRORISMO REVOLUCIONARIO

CATARATA

Ignacio Sánchez-Cuenca

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL TERRORISMO REVOLUCIONARIO

CATARATA

Ignacio Sánchez-Cuenca

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL TERRORISMO REVOLUCIONARIO

CATARATA

Ignacio Sánchez-Cuenca

Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid y director del Instituto Carlos III-Juan March de Ciencias Sociales. Ha sido profesor anteriormente en la Universidad Complutense, la Universidad Pompeu Fabra y la Universidad de Salamanca. Ha publicado numerosos artículos académicos en revistas internacionales y es autor de varios libros de ensayo, los últimos de los cuales son La izquierda. Fin de (un) ciclo (Catarata, 2019), La confusión nacional (Catarata, 2018) y La desfachatez intelectual (Catarata, 2016).

Ignacio Sánchez-Cuenca

Las raíces históricas del terrorismo revolucionario

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© Ignacio Sánchez-Cuenca, 2021

© Cambridge university press, 2019

Título Original: The historical roots of political violence

© Los libros de la Catarata, 2021

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Las raíces históricas del terrorismo revolucionario

impreso en artes gráficas coyve

isbne: 978-84-1352-181-7

SBN: 978-84-1352-167-1

DEPÓSITO LEGAL: M-1.967-2021

thema: lnfv/jpwq

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Me produce una gran alegría la edición española de mi libro The Historical Roots of Political Violence. Revolutionary Terrorism in Affluent Countries (Cambridge University Press, 2019). Mi agradecimiento a Los Libros de la Catarata, por hacerse cargo de la publicación, y en especial a Javier Senén, Mercè Rivas y Arantza Chivite, es enorme. Javier y Mercè siempre me han apoyado, con gran generosidad y un punto de temeridad, en todas las iniciativas que les he planteado y son los responsables de que este sea el sexto libro que publico con Los Libros de la Catarata (espero que no sea el último). Con Arantza, por lo demás, siempre es un placer trabajar: es una editora rigurosa pero no invasiva.

Que Los Libros de la Catarata se haya animado a publicar este libro es digno de encomio. Lo digo, sobre todo, porque Las raíces históricas del terrorismo revolucionario no es un ensayo, el género dominante en España dentro lo que ahora se llama "no ficción". El libro surge de una investigación académica de muchos años. Mientras que el ensayo goza del favor editorial, la investigación académica encuentra muchas dificultades para llegar al público, salvo, quizá, en el campo de la historia, donde se publican numerosos libros, algunos de ellos de muchos centenares de páginas.

La gran mayoría de los editores considera que una investigación académica es siempre disuasoria para los lectores. La sombra de la sospecha es alargada: se parte del supuesto de que los trabajos de investigación estarán escritos en un lenguaje seco y sin concesiones, con numerosas notas a pie de página, tecnicismos, tablas, gráficos y mucha bibliografía. En fin, una especie de tesis doctoral aligerada.

Este libro no intenta ocultar su origen académico: presenta un argumento complejo y avanza despacio, con la calma necesaria para llegar a conclusiones más o menos firmes. Con todo, se puede leer a dos niveles. El lector que quiera examinar críticamente la

argumentación y el análisis empírico, puede seguir todos los detalles de la exposición. Quien, en cambio, prefiera seguir el argumento central, la comparación entre países y el análisis de los casos, puede saltarse los párrafos más técnicos en los que se habla de metodología y se exponen resultados estadísticos (una posibilidad drástica, por ejemplo, consiste en saltarse el capítulo 4, que es el que utiliza la estadística de forma más intensiva).

En cualquier caso, invito al lector a que abandone sus prejuicios y se deje interesar por la pregunta central del libro: ¿por qué el terrorismo revolucionario de los años setenta y ochenta del siglo pasado tuvo una incidencia mucho mayor en unos países que en otros? ¿Por qué el terrorismo de izquierdas se concentró en Italia (Brigadas Rojas), España (GRAPO), Alemania (Facción del Ejército Rojo), Japón (Ejército Rojo Unido), Grecia (Organización Revolucionaria 17 de Noviembre) y Portugal (Fuerzas Populares 25 de Abril) y apenas hubo, o no hubo nada en absoluto, en los países escandinavos y anglosajones?

La respuesta solo puede proceder del análisis comparado, del examen de los parecidos y las diferencias entre los países en relación a un conjunto de características o dimensiones. En ocasiones la comparación nos lleva a un análisis numérico, a través de técnicas estadísticas; en otras, se recurre al análisis histórico, examinando las trayectorias de largo plazo de los países. He procurado combinar y fundir las perspectivas de la historia y de las ciencias sociales, siguiendo el precedente de un libro anterior (Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia, Alianza, 2014).

En España, a mi parecer, no se publican suficientes trabajos comparados. Estamos más acostumbrados a estudios monográficos de un caso único. Espero que este libro sirva, modestamente, para aumentar el aprecio por los análisis comparados, que permiten ir más allá de las particularidades de cada caso de estudio, y también por la investigación en ciencias sociales, que no siempre goza del prestigio que debiera.

Animo al lector a que lea este libro como si fuera una novela criminal, en la que hay que descubrir al culpable. En este caso, todo apunta hacia las condiciones históricas de largo plazo que hicieron

más probable el surgimiento de la violencia armada tras la oleada de protestas y movilizaciones asociadas al año emblemático de 1968. Pero se puede ir más allá de estas vagas sospechas. Voy a hacer un spoiler: el culpable es el individuo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro me ha mantenido ocupado (y obsesionado) durante un buen número de años. Ofrece una perspectiva original sobre la violencia política y, más específicamente, sobre el terrorismo, combinando análisis estadístico, comparado e histórico. Me he valido de una literatura muy diversa que cubre campos muy diferentes de las ciencias sociales y he creado además nuevas bases de datos de violencia terrorista. El resultado final es una tesis novedosa sobre las raíces a largo plazo de la violencia política. Analizo el terrorismo a partir de trayectorias complejas y amplias de desarrollo político y económico que, en última instancia, reflejan el grado de resistencia a la expansión del capitalismo y la democracia.

A lo largo del proceso de elaboración de este libro he incurrido en numerosas deudas. Permítanme mencionar a mis principales acreedores. Desde el punto de vista institucional, he tenido mucha suerte en los últimos años al trabajar en un entorno académico formado por politólogos, sociólogos e historiadores económicos. Tanto el Instituto de Ciencias Sociales Carlos III-Juan March como el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III han sido lugares privilegiados para mí. Pensando ahora en personas, la lista de acreedores es bastante extensa. En primer lugar, quienes colaboraron en la recogida de datos, Macarena Lescornez, Lydia Kostopoulos y, especialmente, Pablo Cabrera. En segundo lugar, Paul Rigg, quien me ayudó en la versión original a pulir mi inglés oxidado, y Magdalena Nebreda, que, como siempre, echó una mano en la preparación y formateo del manuscrito. En tercer lugar, mi coautor desde hace mucho tiempo, Luis de la Calle: aunque este es mi propio trabajo, nuestra investigación conjunta ha sido una fuente de inspiración y aprendizaje durante muchos años; además, Luis me hizo comentarios muy útiles sobre el texto. En tercer lugar, Adam Przeworski, que leyó un borrador inicial del libro: sus numerosos comentarios y su escepticismo general hacia las explicaciones de largo plazo fueron un verdadero desafío. En cuarto

lugar, Modesto Escobar, quien me sacó de más de un aprieto estadístico. En quinto lugar, muchos compañeros que hicieron valiosos comentarios y sugerencias: en orden alfabético, Laia Bacells, Belén Barreiro, Juan Díez Medrano, Jordi Domènech, Juan Fernández, Pablo Fernández, Robert Fishman, Stefan Houpt, David Le Bris, Damon Mayrl, Lluis Orriols, Leandro Prados de la Escosura, James Simpson y Simon Wechsl. Finalmente, recibí dos evaluaciones exhaustivas que me obligaron a repensar y reescribir grandes porciones de este libro. Es hora de cancelar todas estas deudas, este libro es para mí una especie de jubileo.

INTRODUCCIÓN

Gli ultimi rivoluzionari del XX secolo. Era l'ultima occasione. Poi le cose sono cámbiate. Il mito rivoluzionario è crollato.

Valerio Morucci

[1]

1. Un enfoque de largo plazo

Desde la perspectiva de nuestro tiempo, la decisión tomada por tantos activistas radicales de finales de los años sesenta y principios de los setenta de tomar las armas contra el "sistema" en las democracias avanzadas resulta incomprensible. Aquellos revolucionarios estaban convencidos de que pasando a la clandestinidad y matando a miembros de las fuerzas de seguridad, a funcionarios del Estado y a empresarios conseguirían que las masas se levantaran contra el capitalismo.

La idea de que la revolución es posible en los países desarrollados puede parecer absurda hoy en día, pero en su momento tuvo sus seguidores en la izquierda. Muchos de los terroristas revolucionarios que empuñaron las armas eran estudiantes de clase media con educación superior que podrían haber tenido una exitosa carrera personal y profesional. Sin embargo, optaron por la causa de la revolución. No eran unos locos. Piénsese en Renato Curcio y Margherita Cagol, dos estudiantes de Sociología de la Universidad de Trento en los años 1966-69, que se casaron y unos años más tarde crearon las Brigadas Rojas. O piénsese en personas en principio poco afines a la lucha armada que sin embargo quedaron fascinadas con la guerrilla urbana y finalmente se involucraron en la misma: ahí tienen a Ulrike Meinhof, una periodista de izquierdas de prestigio que conoció a los jóvenes extremistas y ayudó a organizar la Facción del Ejército Rojo (acabó suicidándose en la cárcel en 1976) (Bauer, 2008); o el famoso editor y millonario Giangacomo Feltrinelli, quien creó uno de los primeros grupos terroristas revolucionarios italianos de la década de 1970, el GAP (Gruppi d'Azione Partigiana): murió a la edad de 46 años, por una bomba que explotó accidentalmente mientras la estaba colocando en una línea eléctrica (Feltrinelli, 2002); o el teniente coronel Otelo Saraiva de Carvalho, uno de los protagonistas de la Revolución de los Claveles de 1974, que se desencantó con el desarrollo de la democracia en Portugal y luego desempeñó un papel importante en la formación de un grupo clandestino, Forças Populares 25 de Abril. Tras su detención, fue condenado a 15 años de prisión (Barra da

Costa, 2004: 57-58). Estos son solo algunos de los nombres destacados entre los miles de personas que participaron en el movimiento de "guerrilla urbana" que se extendió por los países ricos en la década de 1970.

Hubo gran variación en el nivel que alcanzó este tipo de terrorismo. En Italia, España, Japón y Alemania fue una preocupación seria que alteró dramáticamente la vida política. En muchos otros países, en cambio, el terrorismo revolucionario estuvo ausente o tuvo una presencia menor. El análisis de la variación nacional en el terrorismo revolucionario arroja nueva luz sobre los determinantes del conflicto, una de las cuestiones más disputadas en el campo de estudio sobre la violencia política. La literatura académica tiende a suponer que el surgimiento de la violencia puede explicarse a través de las condiciones políticas, económicas y sociales reinantes en el momento en que esta estalla. Por lo tanto, la mayoría de los factores explicativos que se contemplan en la investigación empírica son coetáneos de la violencia misma (el nivel de desarrollo económico, el crecimiento, la desigualdad, el tamaño de la población, los recursos naturales, el régimen político, el diseño institucional y muchos otros). Este tipo de factores se miden inmediatamente antes o en el mismo momento en que aparece la violencia.

La historia rara vez se tiene en cuenta. En todo caso, si se considera que la trayectoria pasada de un país puede ser relevante, generalmente se supone que basta con analizar el valor contemporáneo de la variable explicativa (por ejemplo, para tener en cuenta la estabilidad política de un país, se incluye el número de transiciones de régimen que ha habido hasta el momento del inicio de la violencia). Sin embargo, el pasado puede tener efectos sobre el presente bastante más complejos (Pierson, 2004). En este libro defiendo que la violencia política es el resultado de macroprocesos de cambio político y económico que se dieron bastante o mucho antes del surgimiento del conflicto. De esta manera, intento proporcionar una explicación histórica del conflicto, en la línea de la creciente literatura sobre legados históricos y factores a largo plazo.

Ofrezco a lo largo de las páginas siguientes un análisis comparado e histórico del terrorismo revolucionario en 23 países ricos (países de

la OCDE anteriores a 1994)[2].El fenómeno del terrorismo revolucionario tiene algunas ventajas para la investigación comparada. En primer lugar, este tipo de violencia muestra una alta homogeneidad interna: las características de la violencia (sus objetivos y tácticas), los fines políticos perseguidos, las motivaciones de los terroristas y la estructura organizativa de los grupos fueron muy similares en todos los países. En segundo lugar, como se apuntó anteriormente, los niveles de violencia variaron considerablemente; así, algunos países sufrieron un gran número de muertes, mientras que otros no tuvieron ninguna. En tercer lugar, el ciclo de violencia se produjo más o menos simultáneamente en todos los países: los grupos armados se crearon durante la década de 1970, a raíz de las movilizaciones del 68.

El terrorismo revolucionario, por lo tanto, es un fenómeno bien delimitado que se presta a una comparación entre países. Dado el bajo número de observaciones (23 países ricos), la muestra de trabajo es ideal para un diseño de N-intermedia (Mainwaring y Pérez- Liñán, 2013: 20-21), en el que el número de observaciones con el que trabajamos no es ni muy bajo ni muy alto, lo que permite combinar el análisis estadístico con comparaciones cualitativas. La estadística es esencial para disciplinar los argumentos e hipótesis, así como para identificar excepciones y anomalías, pero la interpretación de los resultados estadísticos es mucho más rica en este tipo de diseño, ya que los hallazgos cuantitativos pueden integrarse en un contexto histórico y político más amplio. Quizás el ejemplo más brillante de lo lejos que se puede llegar mediante un diseño de N-intermedia sea Making Democracy Work (1993), de Robert Putnam, el libro en el que se desarrolla la teoría del capital social a través de una comparación de 20 regiones italianas. Putnam interpreta la asociación estadística entre la confianza social y la eficacia institucional recurriendo a la historia remota de Italia.

El libro de Putnam no solo es relevante como un excelente diseño de N-intermedia; también es un trabajo influyente sobre los legados históricos y el fenómeno de la persistencia a largo plazo. Muestra que las raíces de la división Norte-Sur en Italia se remontan a las tradiciones cívicas que se crearon en las ciudades-Estado medievales del norte del país. Siguiendo a Wittenberg (2015), se pueden distinguir dos enfoques diferentes en el análisis de la persistencia.

Por un lado, un enfoque que estudia la persistencia en la variable dependiente, como en la persistencia de las diferencias interregionales del capital social en Italia (Putnam, 1993; Guiso, Sapienza y Zingales, 2008), la persistencia del antisemitismo en Alemania (Voigtländer y Voth, 2012) o la persistencia de patrones de votación en Hungría antes y después del periodo comunista (Wittenberg, 2006). Por otro lado, se puede analizar la persistencia en el efecto ejercido por la variable explicativa (una vez que esta ha dejado de operar): se pueden mostrar muchos ejemplos, como los efectos a largo plazo de la trata de esclavos sobre el capital humano y el desarrollo económico en África (Nunn, 2008), los efectos a largo plazo de las instituciones en el crecimiento (Acemoglu, Johnson y Robinson, 2001; Dell, 2010), los efectos a largo plazo de la represión estatal en los valores políticos (Lupu y Peisakhin, 2017), o las consecuencias en el largo plazo de los misioneros protestantes sobre la democracia en los países en desarrollo (Woodberry, 2012).

Este libro corresponde al segundo enfoque: me centro en los efectos a largo plazo que los procesos de transformación económica y política del periodo de entreguerras tuvieron sobre el terrorismo revolucionario algunas décadas después. El principal desafío en los países desarrollados durante dicho periodo consistió en la incorporación de la clase trabajadora al sistema político tras el sacrificio humano de la Primera Guerra Mundial; se generó entonces la estructura moderna de los conflictos políticos (cleavages) que Lipset y Rokkan (1967) analizaron en su estudio clásico. En algunos países, el trabajo fue reprimido y se estableció un régimen autoritario (a veces fascista); en algunos otros, el trabajo se integró en el sistema y prevaleció la democracia. Las condiciones y las políticas económicas variaron enormemente, añadiendo una gran tensión al conflicto capital-trabajo. En aquellos lugares en los que se practicó una solución represiva, el terrorismo revolucionario fue más intenso en la década de 1970; en aquellos otros en los que se alcanzó algún tipo de compromiso de clase, el terrorismo no llegó a surgir décadas después. El terrorismo revolucionario fue especialmente agudo allí donde el proceso de desarrollo económico y político de entreguerras había sido más conflictivo.

Para fundamentar el argumento sobre la relación entre los eventos de entreguerras y el terrorismo revolucionario, he tomado prestadas, de manera abiertamente oportunista, ideas y hallazgos de campos muy diferentes, incluyendo la política comparada, la economía política, la historia, la sociología histórica, la historia económica, las relaciones internacionales, la antropología y la psicología cultural. Borrar las fronteras de las todas estas disciplinas ha sido crucial: los principales hallazgos de este libro han sido posibles porque he tratado de introducir variables explicativas que generalmente se han pasado por alto en la literatura sobre violencia política. Al conectar la violencia revolucionaria clandestina con las trayectorias seguidas durante los años de entreguerras, podemos entender las condiciones históricas que hicieron más probable el surgimiento de la violencia.

Gracias a este enfoque interdisciplinario, he podido cuantificar los patrones de desarrollo que los países siguieron en el periodo de entreguerras, lo que me ha permitido a su vez analizar estadísticamente la fuerza de la asociación entre el terrorismo revolucionario y dichos patrones. Basándome en una serie de indicadores (violencia anarquista, quiebra de la democracia, guerras civiles, niveles de desigualdad de la tierra, tipo de capitalismo y niveles de industrialización) he podido caracterizar el grado de proximidad de cada país con respecto a un modelo ideal de sociedad liberal y democrática en los años comprendidos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. El análisis estadístico muestra de varias maneras que la asociación entre los patrones de desarrollo de entreguerras y el terrorismo revolucionario es extremadamente sólida. Esta asociación no se ve afectada por el hecho de introducir factores contemporáneos. Es como si la variación entre países con respecto al terrorismo revolucionario en 1970-2000 fuera idéntica a la variación con respecto al liberalismo político y económico en 1918-39.

Los mecanismos que unen los patrones de desarrollo de entreguerras y el terrorismo revolucionario son difíciles de precisar, pues se trata de dos fenómenos que se encuentran en diferentes niveles de la realidad social. Si bien los patrones de desarrollo son fenómenos macro, el terrorismo revolucionario se produce a un nivel micro. Esta heterogeneidad complica enormemente las cosas.

A pesar de estas dificultades, me centro en un mecanismo de gran importancia, a saber, las restricciones que las comunidades de apoyo imponen al ejercicio de la violencia terrorista. Según el argumento principal, en países que siguieron una trayectoria iliberal, la izquierda se radicalizó (como lo atestigua, por ejemplo, la fuerza electoral de los partidos comunistas en el periodo de posguerra) y, como consecuencia de ello, hubo grupos (minoritarios) que respaldaron la lucha armada. En este sentido, resulta de gran interés analizar los casos negativos, es decir, los grupos armados que tenían la capacidad de matar pero se abstuvieron de hacerlo. Estos grupos se concentran sobre todo en países con un patrón liberal en el periodo de entreguerras. Un examen en profundidad de estos grupos revela que la razón principal por la que mostraron moderación es precisamente por la desaprobación de los ataques letales en sus comunidades de apoyo.

En los países que siguieron la ruta no liberal durante las décadas de 1920 y 1930, la legitimidad del Estado era baja dentro de la izquierda. La experiencia autoritaria dejó heridas duraderas y recuerdos traumáticos. Además, estos países fueron más represivos en respuesta a las protestas de finales de los sesenta y principios de los setenta. Cuando las fuerzas de seguridad mataron a manifestantes, la izquierda interpretó estos sucesos como una señal de que el autoritarismo realmente no se había disipado y que la democracia era solo una fachada, una farsa. Esta lectura estuvo ausente en los países con un pasado liberal, incluso en los casos en que la policía también mató a activistas. Así, la represión tuvo consecuencias diferentes dependiendo de la historia política previa. Este es el mecanismo más específico que proporciono y se puede confirmar con evidencia cualitativa sobre cómo los terroristas (y la izquierda radical en general) reaccionaron a la represión estatal.

La relación entre los patrones de desarrollo de entreguerras y el terrorismo revolucionario no debe entenderse de manera determinista. No estoy suponiendo que los sucesos de entreguerras fueron un “tratamiento clínico” cuya consecuencia (tardía) fue el terrorismo revolucionario. El terrorismo revolucionario no estaba destinado a suceder dados los acontecimientos de 1918-39 (tal y como habría que deducir si interpretáramos esos sucesos como un “tratamiento”); en realidad, sin las movilizaciones de fines de la

década de 1960, el terrorismo revolucionario no habría surgido, independientemente de los antecedentes históricos.

Quiero subrayar, así pues, que mi objetivo no consiste en interpretar eventos históricos particulares como si fueran un tratamiento experimental que determina un resultado específico (en este caso, el terrorismo revolucionario). No estoy buscando este tipo de causalidad estrecha que está en el centro del enfoque contemporáneo de la "identificación causal". La historia, de hecho, rara vez se presta a las sutilezas metodológicas de la identificación causal. Necesitamos emplear categorías más detalladas para analizar el cambio histórico; contamos con categorías como la path-dependence (Pierson, 2000), las coyunturas críticas (Capoccia y Kelemen, 2007), los antecedentes críticos (Simmons y Slater, 2010) o los legados históricos (Wittenberg, 2015). He tratado de reducir al mínimo el aparato conceptual utilizado en el libro. Así, es suficiente para mis propósitos distinguir entre condiciones causales y fuerzas causales. En el ejemplo clásico de la filosofía analítica, la chispa de un cortocircuito provoca un incendio (Hart y Honoré, 1959: 25; Mackie, 1974: 34). Una condición necesaria para que el cortocircuito provoque el incendio es la presencia de oxígeno. Cuando damos por supuesta la presencia del oxígeno, concluimos que el cortocircuito es la fuerza causal o evento desencadenante que produce el fuego, a pesar de que no se hubiera llegado a producir sin el oxígeno. Aplicando esta distinción a la pregunta de investigación de este trabajo, podríamos decir que mi interés principal radica en el oxígeno. La ola de radicalismo ideológico y de protesta antisistema que se extendió por la mayoría de los países desarrollados a fines de los años sesenta y principios de los setenta puede concebirse como la chispa. Los efectos de este nuevo radicalismo (la chispa) variaron dependiendo de las condiciones históricas en cada país (el nivel de oxígeno).

Este marco analítico, por sencillo que parezca, tiene gran potencia explicativa. Usando los términos de Sewell (2005), las fuerzas causales (o los eventos desencadenantes, es decir, el cortocircuito) pueden reflejar la importancia y la naturaleza transformadora de los eventos: en este caso, la explosión de las movilizaciones a fines de la década de 1960 tuvo un fuerte efecto transformador, generando nuevas alternativas que modificaron la política de los países

desarrollados. Una de estas alternativas, la violencia revolucionaria letal, solo se materializó en algunos países, en aquellos que tenían las condiciones causales adecuadas, determinadas por un pasado no liberal. A pesar del proceso de convergencia entre los países en el periodo de posguerra, los países siguieron rutas distintas tras las movilizaciones del 68 en función de sus condiciones causales a largo plazo. Las condiciones causales históricas, por descontado, se desarrollan lentamente y tienen un fuerte poder estructural. Mientras que los eventos desencadenantes son resultado de la contingencia de la historia, las condiciones causales históricas limitan y moldean las consecuencias de dichos eventos.

Se pueden distinguir tres situaciones. En algunos países no hubo ni un cortocircuito ni oxígeno (en Austria, Finlandia, Islandia, Irlanda, Luxemburgo, Nueva Zelanda y Suiza). En algunos otros, el cortocircuito ocurrió en forma de protesta y movilización, pero el patrón liberal de entreguerras había vaciado todo el oxígeno (en Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Holanda, Noruega, el Reino Unido y Suecia). Finalmente, en el tercer grupo, se produjo un cortocircuito y había oxígeno, por lo que la llama de la violencia revolucionaria prendió (en Francia, Alemania, Grecia, Italia, Japón, Portugal, España y Estados Unidos). En Francia y Estados Unidos, el oxígeno se consumió por completo en las primeras etapas, pero en los otros seis países el fuego se extendió y el terrorismo se convirtió en un asunto grave. Curiosamente, no observamos países con oxígeno pero sin chispa: todos los países que tenían condiciones favorables para el terrorismo revolucionario acabaron experimentándolo.

Hay una segunda analogía que quizá ayude a entender mejor la tesis que defiendo. La combinación de contingencia y condiciones causales a largo plazo también puede entenderse en términos biológicos, siguiendo la fórmula célebre de Jaques Monod (1970) sobre el azar y la necesidad: las mutaciones genéticas ocurren al azar, pero sus efectos reproductivos están determinados por su adaptación al medio ambiente. La “tentación armada” podría entenderse como una mutación política causada por las protestas de 1968. La mutación aparece en muchos de los países ricos, pero solo encontró un nicho favorable en Italia, España, Japón y Alemania. En países como Canadá, el Reino Unido, Holanda y Estados Unidos,

la mutación se extinguió rápidamente. La mutación, evidentemente, se conecta con el azar; la adaptación al medio ambiente, por el contrario, está determinada por condiciones objetivas. De ahí la mezcla de azar y necesidad.

Por supuesto, el lector tiene derecho a preguntarse por qué el antecedente crítico más importante fue el periodo de entreguerras y no alguno anterior. El peligro de una regresión infinita en la cadena de causalidad es bien conocido. En lugar de profundizar en la historia, presento, de manera bastante exploratoria, una conjetura audaz sobre las raíces comunes tanto de los patrones del desarrollo en el periodo de entreguerras como del terrorismo revolucionario en el periodo 1970-2000. Según esta conjetura, la fuerza del individualismo en el proceso de modernización es una variable fundamental. En aquellas sociedades en las que el individuo disfrutaba de una mayor autonomía con respecto a la familia y otros grupos sociales, el patrón del desarrollo durante los años de entreguerras fue liberal y el terrorismo revolucionario letal se evitó en la década de 1970. Por el contrario, en sociedades más "familistas" o colectivistas, el patrón de entreguerras fue típicamente iliberal y se crearon grupos letales en la década de 1970. En pocas palabras, el argumento establece que en sociedades más individualistas, el cambio económico y político que vino con la expansión de la industria y el capitalismo se encontró, en términos relativos, con poca resistencia. Estas sociedades estaban mejor preparadas para la transformación producida por la modernización que aquellas otras en las que el individualismo era más débil. En los lugares en los que el individualismo se extendió insuficientemente, el proceso de modernización generó protesta, resistencia y conflicto. El terrorismo revolucionario, desde esta perspectiva, sería una manifestación tardía (y más bien leve) de la naturaleza conflictiva de las sociedades menos liberales.

La objeción sobre la "endogeneidad" de este factor cultural nos espera a la vuelta de la esquina: el individualismo podría ser el resultado del patrón de desarrollo que estoy tratando de explicar. Para los escépticos, los argumentos culturales son irremediablemente circulares. A fin de evitar estos problemas, utilizo variables instrumentales, es decir, mido la cultura empleando indicadores del pasado distante (en este caso, las reglas

gramaticales y la estructura familiar). Algunos lingüistas han argumentado que las reglas gramaticales (como las que establecen el uso de pronombres personales) reflejan, de manera indirecta, la autonomía del individuo en la sociedad: así, cuando el pronombre no se puede suprimir en el habla, el individualismo es más fuerte. Con respecto a la estructura familiar, me centro en las teorías que examinan la influencia de las reglas de herencia en el individualismo: el argumento establece que cuando la mayor parte de una herencia va al primogénito, los otros hermanos tienen que abrirse paso por sí mismos, lo que genera relaciones sociales más individualistas. Estas dos características (obligatoriedad del pronombre y reglas de herencia) pueden interpretarse como indicadores tempranos del individualismo y no están influidas por cambios posteriores como la llegada del capitalismo, la industrialización y el surgimiento de la democracia liberal. Los resultados empíricos utilizando estos indicadores remotos son sorprendentemente fuertes. Gran parte de la variación entre países tanto en los patrones de desarrollo de entreguerras como en la violencia terrorista posterior puede explicarse mediante los niveles de individualismo. Espero que estos resultados sirvan para explorar ideas nuevas en el análisis de las bases culturales de la violencia política.

El libro se estructura en torno al argumento general que he presentado en los párrafos anteriores. El capítulo 1 ofrece, de manera resumida, la tesis histórico-comparada. Los capítulos 2 y 3 describen la naturaleza, los antecedentes y las características principales del terrorismo revolucionario y su variación entre países, proporcionando breves estudios de caso de los países en los que este tipo de terrorismo fue más intenso. Los capítulos 4-7 comprenden la sección explicativa. En concreto, el capítulo 4 presenta un análisis de la violencia terrorista que solo se basa en las condiciones contemporáneas (las de finales de la década de 1960). A continuación, el capítulo 5 avanza hacia la perspectiva de largo plazo al introducir variables del periodo de entreguerras; fusiono todas estas variables en una variable latente que resume el patrón de desarrollo. Esta variable latente presenta una asociación muy fuerte con el terrorismo revolucionario. El capítulo 6 contiene una discusión cualitativa de los resultados anteriores, incluido un análisis de los casos negativos y una búsqueda de mecanismos que

conecten el periodo de entreguerras con la década de 1970. El capítulo final es más exploratorio y aventurado: trata sobre el individualismo, los patrones de modernización y el terrorismo revolucionario.

2. Terrorismo revolucionario

Crenshaw (1972: 384) definió el concepto de "terrorismo revolucionario" como "parte de la estrategia insurgente en el contexto de una guerra interna o revolución: [es] el intento de tomar el poder político del régimen existente en un Estado, que, en caso de tener éxito, produce un cambio político y social fundamental". En este libro, entiendo por terrorismo revolucionario la lucha armada de la izquierda llevada a cabo por organizaciones clandestinas con el objetivo de desencadenar una revolución. Este tipo de terrorismo revolucionario fue una adaptación de las tácticas marxistas de guerrilla al contexto de los países ricos. Los radicales habían quedado fascinados por el voluntarismo victorioso de los revolucionarios cubanos en 1959. La teoría del "foco", desarrollada por Ernesto "Che" Guevara, estableció que un pequeño grupo de revolucionarios actuando en el campo tenían la capacidad de expandirse territorialmente y llegar a producir un cambio de régimen. En los países urbanizados del primer mundo, los radicales pensaban que podrían lograr algo similar al emplear la violencia urbana clandestina. Se consideró que la violencia era un instrumento adecuado para movilizar a las masas en la lucha contra el capitalismo y la democracia burguesa.

La década de 1970 fue testigo del surgimiento en varios países desarrollados de formas de lucha armada protagonizadas por grupos clandestinos de inclinación izquierdista o anarquista. Los jóvenes revolucionarios, muchos de ellos socializados en el ciclo de protesta de finales de la década de 1960, se levantaron en armas con el objetivo de provocar una insurrección de las masas. Las Brigadas Rojas (Brigate Rosse) y Primera Línea (Prima Linea) en Italia, la Facción del Ejército Rojo (Rote Armee Fraktion) en Alemania, el GRAPO (Grupos Revolucionarios Antifascistas Primero de Octubre) en España, el Ejército Rojo Unido (Rengo Sekigun) en Japón, la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre en Grecia, las Fuerzas Populares 25 de abril (Forças Populares 25 de Abril) en

Portugal y Acción Directa (Action Directe) en Francia son algunos de los grupos más conocidos. Todos tomaron la decisión crucial de matar gente. En cambio, en otros muchos países desarrollados no se formaron grupos armados o, si se formaron, no intentaron matar. Por ejemplo, en Australia, Canadá, Irlanda, los Países Bajos, Nueva Zelanda, Suiza, los países nórdicos y el Reino Unido, no hubo víctimas mortales debido al terrorismo revolucionario.

Este ciclo de violencia se prolongó en algunos países hasta finales de siglo XX, convirtiéndose en parte del paisaje político. De hecho, la política de la década de 1970 está indeleblemente asociada a algunos de los atentados más dramáticos realizados por los grupos armados de izquierda. Vale la pena recordar tres conocidos casos de secuestro que produjeron crisis políticas profundas. En Italia, las Brigadas Rojas secuestraron a Aldo Moro, secretario general de la Democracia Cristiana y ex primer ministro, el 16 de marzo de 1978, el mismo día en el que el entonces primer ministro, Giulio Andreotti, se sometía a una moción de confianza en el Parlamento en la cual el Partido Comunista Italiano (PCI) iba a votar a favor de la Democracia Cristiana por primera vez, como parte de la estrategia de "compromiso histórico" que Enrico Berlinguer había diseñado. El secuestro duró casi dos meses. Durante ese tiempo, la vida política italiana quedó completamente absorbida por el drama Moro. Finalmente Moro fue asesinado, el compromiso histórico quedó abandonado y el PCI sufrió una pérdida significativa en las elecciones de 1979.

En España, durante la transición a la democracia, el GRAPO, un grupo maoísta, secuestró a dos figuras destacadas de la dictadura franquista. El 11 de diciembre de 1976, cuatro días antes de la celebración del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política, los terroristas secuestraron a Antonio María de Oriol y Urquijo, un exministro franquista con una gran fortuna. Con Oriol todavía retenido, el GRAPO secuestró a su vez a un general del Ejército, Emilio Villaescusa. La tensión política creada por estos dos actos fue inmensa y la transición estuvo en la cuerda floja. La Policía desactivó la crisis al liberar a los dos rehenes.

En la República Federal de Alemania, la Facción del Ejército Rojo (RAF) causó la peor crisis política en el país desde su creación en

1949, comúnmente conocida como “los sucesos del otoño de 1977”. En septiembre de ese año, los terroristas secuestraron a Hans Martin Schleyer, presidente de la asociación de empresarios alemanes. A continuación, un comando palestino, en colaboración con la RAF, secuestró un avión con turistas alemanes y exigió la liberación de terroristas alemanes en prisión. El avión finalmente aterrizó en Somalia y las fuerzas de seguridad alemanas liberaron a los pasajeros tras matar a los tres terroristas palestinos. Al día siguiente, tres miembros de la RAF, encarcelados en la prisión de máxima seguridad de Stammheim, aparecieron muertos: presuntamente se habían suicidado, aunque muchos en la izquierda extraparlamentaria pensaron que se trataba de un crimen de Estado. En respuesta, la RAF mató a Schleyer. Todo el país siguió estos acontecimientos con asombro y ansiedad. Durante aquellas semanas, la política alemana estuvo dominada por la lucha contra la guerrilla urbana.

La violencia de los grupos armados revolucionarios fue muy selectiva. La mayoría de los objetivos eran miembros de las fuerzas de seguridad. Este terrorismo no pretendía maximizar el número de víctimas mortales. Dado que el propósito de los revolucionarios era movilizar a las masas, actuaron bajo severas limitaciones: aquellos que simpatizaban con la idea del uso de la violencia rechazaban, en casi todos los casos, la posibilidad de ataques indiscriminados contra civiles. Así se explica que el número total de muertes no fuera tan alto en comparación con otros tipos de terrorismo. Según la base datos que he elaborado, los grupos armados revolucionarios mataron a 424 personas entre 1970 y 2003. Esta cifra no incluye los asesinatos cometidos por grupos terroristas nacionalistas que actuaron en países desarrollados durante en el mismo periodo, aunque algunos de ellos (como IRA y ETA) también adoptaron una ideología radical de izquierdas. Sin embargo, el hecho de que sus reivindicaciones fueran en primera instancia territoriales (reunificación con la República de Irlanda, independencia del País Vasco) establece una gran diferencia: la dinámica de la violencia fue otra, pues su objetivo no era desencadenar una revolución, sino extraer concesiones territoriales del Estado a través de una guerra de desgaste (Sánchez-Cuenca, 2007). Más importante aún, la explicación de por qué algunas regiones con reivindicaciones territoriales tienen terrorismo nacionalista y otras no depende de un

conjunto completamente diferente de variables relacionadas con las relaciones entre el centro y la periferia y debe estudiarse a nivel regional y no a escala estatal (De la Calle, 2015). Independientemente de la retórica socialista que los grupos nacionalistas hayan empleado, me limito en este estudio a los grupos revolucionarios "puros", cuyo objetivo general era un levantamiento masivo que terminaría con el capitalismo y la democracia liberal.

Las condiciones estructurales para una revuelta revolucionaria en los países desarrollados en la década de 1970 no podrían haber sido menos favorables. Había algo anacrónico en el intento de provocar la revolución en los países más ricos del mundo. Las democracias ricas son extremadamente estables. Cuando las democracias tienen un ingreso per cápita más alto que el de Argentina en 1976, su probabilidad de supervivencia es extremadamente alta (Argentina ha sido el país más rico en el que la democracia se ha derrumbado, Przeworski y Limongi, 1997). En el momento en que apareció el terrorismo en la década de 1970, los países desarrollados tenían un ingreso per cápita superior al de Argentina en 1976 (con las excepciones de Irlanda y Portugal). La democracia sobrevivió incluso en las democracias más jóvenes del sur de Europa. Las personas que crearon o se unieron a los grupos terroristas de la década de 1970 bien podrían ser etiquetadas como los últimos revolucionarios del mundo rico y, desde luego, los que actuaron con menor probabilidad de éxito, tal y como se reconoce en la cita de Valerio Morucci (un miembro destacado de las Brigadas Rojas involucrado en el asunto Moro) que he reproducido al inicio de esta introducción.

Presento en este libro el primer análisis exhaustivo y comparado del terrorismo revolucionario. La mayor parte de la literatura existente sobre este tema es cualitativa y se basa en estudios de casos únicos o en comparaciones limitadas[3]. Hay abundantes estudios de casos, todos los cuales han sido de gran utilidad para mi investigación[4]. Con respecto al trabajo comparado, Della Porta (1995) y Fritzsche (1989) analizaron la violencia revolucionaria de Italia y Alemania; Sommier (2008), por su parte, la de Francia e Italia; Varon (2004), la de Alemania y Estados Unidos; Katzenstein (1998), la de Estados Unidos, Alemania, Italia y Japón. Todos estos trabajos proporcionan

un análisis rico y matizado sobre los orígenes de los grupos revolucionarios en los movimientos sociales de la década de 1960, la reacción del Estado, la dinámica de la violencia, los antecedentes sociales y políticos de los militantes, así como el contexto político en el que operaron. Sin embargo, comparaciones tan limitadas nos dicen poco acerca de la variación nacional en los niveles de violencia, entre otras razones porque no analizan países similares en los que no surgió el terrorismo. De ahí la necesidad de un diseño de investigación más ambicioso que busque explicar el fenómeno global de la violencia revolucionaria y su variación entre países.

A pesar de la naturaleza controvertida del concepto de terrorismo, parece haber un consenso casi universal en que la violencia revolucionaria de los países ricos fue terrorismo. En mi trabajo con Luis de la Calle, hemos argumentado ampliamente que la característica definitoria del terrorismo es su naturaleza clandestina (Sánchez-Cuenca y De la Calle, 2009; De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011a)[5]. Las tácticas terroristas son aquellas que resultan compatibles con la condición secreta o clandestina con la que operan los victimarios (frente a las tácticas que solo pueden llevarse a cabo cuando los rebeldes tienen cierto grado de control territorial, De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015). Así, cuando guerrilleros con una base territorial realizan actos fuera de su territorio (por ejemplo, cuando se desplazan a la capital para explotar un coche bomba), actúan bajo las mismas restricciones que los grupos terroristas puramente clandestinos. Puesto que los grupos revolucionarios en las sociedades desarrolladas eran clandestinos en todos los casos, la literatura tiende a etiquetarlos como terroristas. De cualquier forma, el concepto de terrorismo no es crucial aquí para establecer los límites del fenómeno. El terrorismo revolucionario en los países ricos constituyó un ciclo de violencia tan homogéneo que sus límites están bien definidos, independientemente de la etiqueta que usemos.

Los principales resultados de este libro son relevantes para la literatura general sobre terrorismo. La gran mayoría de la investigación empírica sigue el diseño de N-grande (con múltiples observaciones de país/año), en la que la variable dependiente es el número de ataques terroristas y las variables independientes son los "sospechosos habituales" (PIB per cápita, crecimiento económico,

desigualdad, régimen político, represión estatal, fragmentación étnica y religiosa, población, instituciones, etc.)[6]. Una deficiencia grave de este tipo de diseño de investigación es que la variable dependiente mide fenómenos muy dispares. Al sumar ataques de toda clase, se mezclan tipos muy diferentes de terrorismo en la variable dependiente. Cuando se adopta un nivel de agregación tan genérico, el único resultado posible es tratar de entender por qué algunos países son más conflictivos que otros, sin que podamos ir mucho más allá. Sin embargo, todo se vuelve más interesante si distinguimos tipos de violencia terrorista. Una enseñanza del presente estudio es precisamente que los determinantes de la violencia pueden variar según el tipo de terrorismo. Un ejemplo muy simple bastará: cuando el análisis se limita al terrorismo revolucionario, la fuerza de los partidos comunistas es una variable muy relevante. Pero no hay razón para esperar que el comunismo tenga poder explicativo alguno si fusionamos todo tipo de violencia en una única variable. No es una gran sorpresa que los principales resultados sobre el terrorismo basados en el diseño de N-grande sean tan escasos: después de múltiples estudios estadísticos, lo que hemos aprendido es simplemente que el terrorismo es más frecuente en países con alta población, en tiempos de crisis económica, en países con una trayectoria de inestabilidad política y, posiblemente, en regímenes democráticos. Podemos aprender mucho más si analizamos por separado los tipos de terrorismo.

Por otro lado, entiendo que el terrorismo no es solo un problema de seguridad, como suele hacerse en relaciones internacionales, sino que es más bien un fenómeno que puede relacionarse con el sistema político de cada país y su trayectoria histórica. Este enfoque no niega la agencia en absoluto, pero sitúa el fenómeno en un contexto histórico más amplio. El terrorismo, según lo entiendo, no es sino una manifestación más de los conflictos social, político y económico causados por complejos macroprocesos de cambio.

3. Chispas

Como dije antes, siguiendo el ejemplo canónico sobre el funcionamiento de los poderes causales, la chispa de un cortocircuito solo produce un incendio cuando hay oxígeno presente. La tesis de este libro es que la chispa de las protestas de 1968 causó un incendio (el terrorismo revolucionario) únicamente en los países que tenían oxígeno (países que evolucionaron en una dirección iliberal durante los años de entreguerras, cuando la izquierda sufrió una represión severa, la democracia se quebró, la industrialización fue tardía, el capitalismo se alejó del modelo liberal y la desigualdad de la tierra era grande).

Curiosamente, las chispas ocupan un lugar destacado en el pensamiento marxista y fueron utilizadas por los propios terroristas revolucionarios para dar sentido a sus actos. “La chispa” (Iksra) era el título del periódico clandestino socialista más famoso de Rusia: el título provenía del lema “De la chispa surgirá la llama”. En otro ejemplo más pertinente aún, Mao Zedong escribió un artículo en 1930 sobre la revolución china cuyo título era el proverbio “una sola chispa puede iniciar un incendio en la pradera”: este fue precisamente el eslogan elegido por los miembros de la Weather Underground Organization en Estados Unidos en los años setenta. Los terroristas pensaron que sus propios ataques armados eran la chispa que encendería una revolución. Pero, para extender nuestra metáfora, no había oxígeno en las masas y los grupos clandestinos perecieron por autocombustión.

CAPÍTULO 1

EL ARGUMENTO: DE LOS PATRONES DE DESARROLLO

EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS AL TERRORISMO REVOLUCIONARIO DE LOS AÑOS SETENTA

1. El (re)surgimiento del radicalismo

en el periodo de la 'edad de oro'

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los países ricos entraron en un largo periodo de crecimiento económico y estabilidad política. Se dio una combinación virtuosa de alta inversión, moderación salarial y auge de las exportaciones que condujo a un ciclo sostenido de crecimiento económico (Eichengreen, 2007: 31). Es frecuente denominar a este periodo "la edad de oro" (en inglés) o "los treinta años gloriosos" (en francés). Judt (2005) se refiere a este periodo como un momento "keynesiano" o "socialdemócrata". Los niveles de bienestar alcanzados, así como la protección del factor trabajo, no tenían precedentes en la historia. La brecha entre los países europeos devastados por la guerra y Estados Unidos se cerró rápidamente durante estos años de reconstrucción. A su vez, los países de industrialización tardía crecieron más rápidamente que el resto y fueron acercándose a los niveles de ingresos de las naciones más avanzadas.

En términos de regímenes políticos, fue un periodo de estabilidad. Las tradicionales democracias liberales mantuvieron los principios democráticos; varios antiguos países autoritarios entraron en la posguerra como nuevas democracias (Austria, Alemania, Italia y Japón) y los países autoritarios (Portugal y España) mantuvieron sus dictaduras hasta el final de esta larga ola de prosperidad. Tan solo Grecia tuvo una trayectoria convulsa, pues sufrió un golpe de Estado en 1967 y volvió a la democracia en 1974.

En general, se produjo una creciente convergencia económica y política entre todos los países desarrollados. El contraste con el periodo de entreguerras no podría ser más llamativo. Mientras que entonces los países recorrieron caminos muy diferentes, con grandes divisiones internas en cada país y hostilidades entre todos ellos, en la posguerra se impuso un espíritu de cooperación. La creación de la

Comunidad Económica Europea en 1957 y la OCDE en 1961 es un claro ejemplo de este nuevo espíritu.

En una especie de giro dialéctico, el largo periodo de paz, crecimiento, bienestar y estabilidad dio lugar a una fase de conflicto generalizado. En la década de 1950 las principales preocupaciones de los ciudadanos del primer mundo se circunscribieron al ámbito privado. Así, la aspiración de mayores niveles de consumo en los hogares fue dominante durante aquellos años, una reacción lógica tras las calamidades vividas en la Segunda Guerra Mundial. En la década siguiente, en cambio, hubo una explosión de protesta popular y una mayor implicación ciudadana en la política. Según Hirschman (1982), la acción colectiva sigue un patrón cíclico. Cada cierto tiempo, las personas cambian de orientación, pasando de la búsqueda de intereses privados a los intereses colectivos y viceversa. En su opinión, el mecanismo que regula este ciclo es la frustración que acaban experimentando las personas con respecto al consumo privado y la actividad pública. Cada tipo de estilo de vida, en cierto modo, contiene las semillas de su posterior agotamiento. Así, en algún momento, las personas descubren que el consumo no es tan gratificante como pensaban inicialmente; a partir de ese momento, encuentran una mayor satisfacción en la vida pública. Pero una vez en el ámbito político, los individuos aprenden lo exigente y sacrificada que es la participación en los asuntos públicos, así como las dificultades inesperadas que surgen al intentar cambiar la sociedad, por lo que, finalmente, abandonan las preocupaciones públicas y regresan a la esfera privada. La frustración, por lo tanto, es la fuerza que empuja a las personas de un lado a otro en las esferas privada y pública[7]. Desde esta perspectiva, la expansión del consumismo en los años cincuenta y principios de los sesenta habría llevado a un ferviente periodo de activismo político a fines de los sesenta y principios de los setenta.

Si observamos más detenidamente la transición del consumismo al activismo, se pueden examinar dos dimensiones, una puramente económica y otra política. Por un lado, los buenos resultados económicos pusieron en tela de juicio la necesidad de la disciplina salarial. Los trabajadores y sus sindicatos se volvieron más exigentes y reivindicativos, como lo atestiguan las estadísticas de huelga (Sassoon, 1996: cap. 13). El conflicto laboral comenzó a aumentar a

principios de los años sesenta y ganó impulso hacia finales de la década. En la muestra de países ricos, el volumen de huelga promedio entre 1968 y 1971 fue de 300 días perdidos por cada 1.000 trabajadores, mucho más que en las décadas anteriores[8]. En Italia, durante el "otoño caliente" de 1969, se alcanzó un pico histórico de 2.000 días perdidos por cada 1.000 trabajadores. En Estados Unidos, el pico en el volumen de huelga (800 días perdidos por cada 1.000 trabajadores) se registró en 1970. En Francia, durante mayo del 68, más de 10 millones de trabajadores participaron en la campaña de huelga, en lo que fue la movilización más intensa de toda su historia laboral (Hibbs, 1978: 162).

Los trabajadores se envalentonaron y reclamaron salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. Sus aspiraciones, sin embargo, no fueron revolucionarias, excepto en los márgenes del movimiento obrero. En Francia, por ejemplo, tras los acontecimientos de mayo de 1968, se preguntó a una muestra de 3.289 hombres si habrían apoyado la convocatoria de una huelga general insurreccional por parte del sindicato principal, CGT (Confédération Générale du Travail): solo el 19% de la muestra respondió afirmativamente (30% entre los trabajadores industriales, 49% entre los miembros de la CGT) (Dogan, 2005: 231).

Por otro lado, se registró un aumento generalizado del conflicto político. Sucesos tan diversos como los disturbios en los guetos negros de Estados Unidos, los enfrentamientos étnicos desencadenados por la campaña de derechos civiles en Irlanda del Norte, la Primavera de Praga o incluso la epidemia de secuestros aéreos (Koerner, 2013) son muestras de una época cada vez más conflictiva. Hasta cierto punto, podría hablarse de un periodo "anómico", desordenado, en el que se exploraron mayores niveles de libertad y liberación personal, con la consiguiente erosión de las jerarquías sociales y las relaciones de poder tradicionales (Pinker, 2011: 106-116). El fenómeno más destacado fue la coincidencia de la protesta estudiantil en tantos países y en tan poco tiempo (véase Katsiaficas, 1987: cap. 2; Klimke y Scharloth, 2008; Kurlansky, 2004). El alcance de la protesta no se limitó a los países ricos, se observa igualmente en países en vías de desarrollo como Polonia y México.

El movimiento estudiantil adoptó muy rápidamente una actitud antisistema que rechazaba la represión estatal, el consumismo como forma de vida, la democracia formal y la guerra de Vietnam. Todo el orden social fue cuestionado. En Estados Unidos, la guerra de Vietnam incendió los campus a lo largo y ancho del país. Durante el periodo 1965-1972 hubo manifestaciones enormes, huelgas, sentadas, campañas contra el reclutamiento forzoso, ocupaciones y otras formas de resistencia. En Francia, el país de la revolución, los estudiantes ocuparon las calles en la mayor y más radical movilización francesa desde la Comuna de París de 1871. En Japón y en Alemania, el movimiento estudiantil también fue muy radical y con una profunda orientación antiimperialista. En Italia, el antifascismo jugó un papel crucial en las protestas de los estudiantes; además, fue el único país en el que la alianza entre estudiantes y trabajadores se convirtió en algo más que una fórmula retórica.

El idioma de la época era el de la Nueva Izquierda, que trató de recoger algunos de los asuntos mencionados anteriormente mediante una renovación del marxismo clásico. La Nueva Izquierda surgió simultáneamente en varios lugares, si bien la declaración de Port Huron puede considerarse su formulación canónica. La mayoría de las características que normalmente se asocian con la Nueva Izquierda ya estaban presentes en este manifiesto, escrito en 1962 y adoptado como "una agenda para una generación" por la organización Students for a Democratic Society (SDS), la organización juvenil más importante de la década de 1960 en Estados Unidos[9].

La declaración de Port Huron reflejó vívidamente la angustia de la generación de la Guerra Fría ("nuestro trabajo se guía por la sensación de que podemos ser la última generación en el experimento de vivir") y destacó los temas y prioridades de la Nueva Izquierda: el rechazo del orden bipolar, la aspiración a una democracia más participativa, la importancia de la autorrealización personal y la demanda de un sistema económico más democrático. Todo esto debía abordarse desde el campus. Como decía el manifiesto,

una nueva izquierda debe incluir a izquierdistas moderados y socialistas, los primeros por su relevancia, los segundos por su apuesta a favor de reformas profundas en el sistema. La universidad es un lugar más adecuado que un partido político para que estas dos tradiciones comiencen a debatir sobre sus diferencias y busquen una síntesis política.

Los movimientos sociales reemplazarían a las viejas organizaciones políticas tales como partidos y sindicatos. En la misma línea, la democracia participativa se consideraba superior al modelo representativo tradicional. Y las alternativas no eran ni el capitalismo ni el comunismo. La Nueva Izquierda quería distanciarse de la Unión Soviética y el bloque comunista. En términos más generales, la Nueva Izquierda moderó en gran medida los sueños y las esperanzas sobre el potencial revolucionario de la clase trabajadora (con la excepción de Italia, donde la clase obrera estaba más radicalizada). Las implicaciones teóricas fueron desarrolladas por Herbert Marcuse, quien tuvo una enorme influencia intelectual en aquella época. El nuevo sujeto revolucionario fueron los marginados, aquellos que tenían una presencia periférica en el sistema (minorías, desempleados, mujeres, jóvenes, la infraclase, etc.). En su tesis inicial, Marcuse no creía que los estudiantes estuvieran en el centro del movimiento de protesta; solo incluyó a los estudiantes en una etapa tardía de su evolución intelectual, cuando se hizo evidente que constituían el actor más visible en el nuevo escenario de protesta y rebelión (Horn, 2007: 147).

En amplios segmentos de la juventud la búsqueda una libertad más profunda y auténtica constituía un elemento irrenunciable. Se incluía aquí el rechazo a la autoridad y la adopción de valores alternativos. Muchos exploraron un modo de existencia más "auténtico". A pesar de que la politización de la década de 1960 representó un cambio indudable hacia las preocupaciones públicas, el radicalismo político fue tan amplio que desdibujó la frontera entre la vida pública y la privada: en cierto sentido, la vida privada quedó bajo el dominio de lo político[10]. Por lo tanto, tenía sentido defender el cambio social a través de la liberación personal. Así

quedó reflejado con humor en un grafiti parisino durante mayo de 68: “Cuanto más hago el amor, más quiero hacer la revolución. Cuanto más hago la revolución, más quiero hacer el amor” (Kurlansky, 2004: 228). En Estados Unidos, los Weathermen intentaron disolver los límites entre las esferas pública y privada: como decía uno de sus lemas, “las personas que viven juntas y luchan juntas, follan juntas” (Gitlin, 1987: 395). Como el propio Gitlin relata, “incluso en la vida privada había una pasión colectiva por encontrar lo correcto: una especie de erótica de la moral” (1987: 106). La vida privada no era más que una continuación de la política (y viceversa).

La contracultura y el radicalismo se hicieron visibles en todas partes, si bien en algunos países de forma marginal y en otros con mucho mayor protagonismo. Hubo una explosión de nuevos grupos radicales. Los sentimientos generalizados de desilusión con la democracia liberal y las esperanzas de construir una nueva civilización estaban en la mente de muchos jóvenes que se veían a sí mismos como rebeldes, como activistas comprometidos con el cambio del sistema. Fue la última ocasión en el mundo desarrollado en que una buena parte del campo progresista compartió con entusiasmo y excitación un sueño políticamente revolucionario.

Como es evidente, la revolución resultó ser una quimera en los países ricos (Offe, 2002). Las elevadas expectativas de la Nueva Izquierda sobre un profundo cambio social y político se frustraron enteramente. El legado principal del espíritu del 68 puede encontrarse en las esferas moral y cultural, pero no en la política (Klimke, 2010: 243; Marwick, 1998)[11]. Gracias a la protesta, eso sí, se fue más lejos en el ejercicio de la libertad personal y se erosionó la jerarquía social y la autoridad.

Lo que hizo que las movilizaciones del 68 fueran tan únicas no fue su escala (de hecho, el movimiento pacifista y antinuclear de principios de la década de 1980 fue mayor en términos numéricos, véase Kitschelt, 1986), sino su desafío radical al sistema: fue la última ocasión en que la izquierda cuestionó la legitimidad del orden político y económico de los países desarrollados. A diferencia de otros movimientos anteriores y posteriores a 1968, el ciclo de protesta de la década de 1960 estuvo marcado por sus grandes

ambiciones, a menudo utópicas (una sociedad diferente basada en principios alternativos, más participativos y solidarios).

2. Radicalismo y extremismo

A pesar de su presencia ubicua en el discurso político, términos como “radicalismo” y “extremismo” no suelen definirse con precisión y se usan indistintamente. Creo, sin embargo, que es importante distinguirlos. El radicalismo, a mi juicio, tiene que ver con la distancia entre las preferencias y el statu quo. Cuanto mayor es esa distancia, más radical es la posición de la persona. Al definir el “radicalismo” en términos espaciales, el concepto se refiere a ideas, valores o preferencias. Normalmente, una posición radical se basa en la creencia en un orden social, político y económico alternativo; de ahí su asociación con las creencias utópicas. El radicalismo como tal no implica el uso de tácticas extremistas. El extremismo, según uso el término aquí, se refiere más bien a los métodos utilizados para lograr objetivos políticos (incluida la toma del poder político). En este sentido, el uso de la violencia para fines políticos es un indicador inequívoco del extremismo. El radicalismo y el extremismo tienden a ir de la mano, pero está claro que el radicalismo puede defenderse sin recurrir a la violencia u otros medios extremistas. El radicalismo, pues, no implica necesariamente extremismo. El mejor ejemplo es la existencia de campañas no violentas (resistencia civil) a favor de ideas radicales (Chenoweth y Stephan, 2011)[12].

En términos generales, el ciclo de protesta del 68 generó más radicalismo que extremismo. El radicalismo fue generalizado, mientras que el extremismo se concentró en algunos lugares. Si bien el radicalismo asociado con el 68 afectó a muchos países, la violencia en toda regla solo surgió en algunos de ellos. Si esto es así, la presencia del radicalismo por sí sola no puede ser una explicación adecuada y completa del extremismo.

Un buen ejemplo del desacoplamiento ente radicalismo y extremismo es la propagación del maoísmo (“el viento del este”, como lo llamó Wolin [2010]) (véase el capítulo 6, punto 3). Varios

intelectuales de izquierda, incluidas luminarias como Jean-Paul Sartre, estaban fascinados con la Revolución Cultural China, que representaba para muchos un símbolo de progreso más auténtico hacia una sociedad comunista que el modelo burocrático de la URSS. Se formaron partidos maoístas en los entornos más inverosímiles, como Australia (Knight, 1998) y Noruega (Sjøli, 2008). Sin embargo, a pesar de que los maoístas eran radicales allí donde existieron, solo se volvieron extremistas en unos pocos lugares. Así, en Francia, donde el maoísmo se convirtió en una de las fuerzas dominantes en la izquierda radical, se resistió la tentación de emprender la lucha armada (véase el capítulo 6). En España, por el contrario, dos grupos maoístas diferentes (uno, la Organización de Marxistas Leninistas Españoles, OMLE, estrictamente prochino, el otro, el Partido Comunista Español Marxista-Leninista, PCEm-l, seguidor de la variante albanesa de Enver Hoxha) optaron por la lucha armada, creando, respectivamente, dos grupos clandestinos, el GRAPO y el FRAP (Frente Revolucionario Patriótico y Antifascista). Ambos cometieron ataques letales. Los principios ideológicos de los maoístas franceses y españoles no fueron tan diferentes en términos de radicalismo, pero el extremismo maoísta surgió en España y no en Francia.

Se podría argumentar que el extremismo apareció solo en los países en los que el radicalismo tenía un mayor apoyo popular. Para poner a prueba esta conjetura, necesitaríamos tener algún indicador del alcance de las protestas asociadas al 68 que nos permitiera correlacionar los niveles respectivos de radicalismo y extremismo en la sociedad. Por desgracia, carecemos de un método obvio para medir la intensidad del 68 a nivel nacional. Una forma posible de proceder consistiría en recoger información sobre las protestas en cada país a fines de la década de 1960. Pero las fuentes de información no son del todo fiables o comparables; esto explica por qué todavía no se ha producido un análisis comparado y sistemático del fenómeno del 68[13].

No obstante, cabe plantear una prueba más limitada de esta conjetura, consistente en analizar la relación entre extremismo y radicalismo en los países que tuvieron niveles más intensos de protesta y conflicto. Aunque no podemos producir un indicador cuantitativo de radicalismo, los países con las movilizaciones más

intensas del 68 fueron, según los estudios existentes, Francia, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos. En los capítulos 3 y 6 proporciono una reconstrucción de las movilizaciones y su evolución en varios de estos países. Por el momento, bastará con mostrar que la relación entre radicalismo y extremismo es ciertamente compleja. En cada uno de estos cinco países, la protesta se volvió más violenta al final del ciclo de movilizaciones. Y, sin embargo, el extremismo solo echó raíces en algunos de ellos. Así, en Alemania, Italia y Japón surgieron organizaciones clandestinas que pusieron en práctica atentados terroristas letales, mientras que en Francia y Estados Unidos se evitó en gran medida el terrorismo. Como se evidencia en el capítulo 2, la mitad del terrorismo letal en Estados Unidos se debe al Black Liberation Army (BLA), que representa un caso anómalo en la muestra debido a su componente étnico. Descontando al BLA, ningún grupo terrorista revolucionario lanzó una campaña sostenida de violencia letal en Estados Unidos. En Francia, el terrorismo llegó tarde, en 1979, y tuvo una fuerte influencia extranjera proveniente de los exiliados españoles de izquierda (véase el capítulo 5). Hay motivos para concluir que, a pesar de las movilizaciones masivas, hubo menos extremismo en Francia y Estados Unidos que en Alemania, Italia y Japón. En realidad, la intensidad de la protesta radical fue claramente mayor en Francia que en Alemania, pero este último sufrió más violencia que el primero.

Visto desde una perspectiva diferente, hay casos de violencia letal en países que no experimentaron altas tasas de movilización a fines de la década de 1960. Esto es sobre todo así en los países que eran autoritarios en aquel momento (Grecia, Portugal y España). Los tres experimentaron terrorismo letal. España, en concreto, tuvo el mayor número de muertes políticas después de Italia. Sin embargo, las movilizaciones en España alrededor de 1968 no fueron comparables en magnitud a las de Francia, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos, seguramente debido a la represión eficaz del régimen franquista.

La existencia de, por un lado, fuertes movimientos sociales del 68 con poco o ningún terrorismo y, por otro, altos niveles de terrorismo con pequeñas protestas del 68, sugiere que no hay base para establecer una conexión estrecha entre la intensidad del ciclo

de movilización del 68 y la aparición del terrorismo revolucionario letal. Necesitamos mirar más allá de las movilizaciones del 68 si queremos entender la aparición del extremismo en algunos grupos radicales de izquierda.

3. Patrones de desarrollo

Para explicar la aparición del extremismo más allá del ciclo de movilización, conviene analizar los procesos históricos de cambio político y económico. Si deseamos responder a la pregunta de por qué el terrorismo revolucionario surgió en Italia pero no en Francia, o en Alemania pero no en el Reino Unido, debemos estudiar cómo el radicalismo político produce diferentes resultados en diferentes entornos políticos, económicos y sociales. Y es aquí donde la historia entra en escena, ya que esos diversos entornos son producto de complejos desarrollos históricos.

Mi argumento principal, como he avanzado en la introducción, establece que la presencia del terrorismo revolucionario está indisolublemente ligada a los patrones políticos y económicos de desarrollo seguidos por los países en el periodo de entreguerras. Con esto no quiero dar a entender que el terrorismo revolucionario iba a ocurrir en los años sesenta dados los cambios macro en un pasado más o menos remoto. No estoy intentando defender una tesis fuerte sobre la inevitabilidad histórica del terrorismo revolucionario. El argumento, más bien, tiene que enmarcarse en términos de causalidad histórica. Con otras palabras, la historia creó las condiciones que favorecieron la transformación del radicalismo del 68 en extremismo violento. Volviendo nuevamente a la analogía del cortocircuito que produce un incendio solo cuando hay oxígeno presente, voy a intentar mostrar que la historia determinó cuánto oxígeno había en cada país, de manera que en aquellos en los que había suficiente oxígeno el “cortocircuito” político del 68 (el radicalismo político que describí anteriormente) produjo un incendio (el terrorismo revolucionario). Según este planteamiento, no habría habido un incendio sin el cortocircuito, con independencia de la cantidad de oxígeno que hubiese en cada país; es decir, sin la explosión de protesta revolucionaria de finales de los años sesenta, el terrorismo revolucionario no habría llegado a surgir. La historia, por lo tanto, no condujo inevitablemente al

terrorismo revolucionario. Sin la chispa causada por el cortocircuito, nada de todo esto habría sucedido. Con todo, una vez que la chispa se dio, el fuego se encendió solo en los países con un patrón de desarrollo problemático o conflictivo.

El terrorismo revolucionario fue una manifestación tardía de la división izquierda-derecha (capital-trabajo) que está en la base de la política de los países desarrollados. Los extremistas en los años sesenta querían terminar con el capitalismo y lo que vieron como su manifestación política, la democracia liberal y burguesa. Mataron en nombre de la clase trabajadora y la lucha contra la explotación y la alienación. Si nos tomamos en serio sus motivaciones, parece lógico profundizar en los orígenes de la división política (cleavage) entre izquierda y derecha. Según la teoría clásica de Lipset y Rokkan (1967), la política de las naciones desarrolladas ha estado dominada por dos divisiones principales, la clase y el territorio. La primera se refiere a las consecuencias de la revolución industrial; la segunda al proceso de construcción de la nación. El terrorismo revolucionario está entrelazado con la división de clase. En términos muy generales, el grado de éxito en la integración de la clase trabajadora en los dos grandes subsistemas, la democracia liberal y el capitalismo, determinó en gran medida la aparición del terrorismo revolucionario en la década de 1970. En los países en los que la integración tuvo más éxito, quedaba poco espacio político para el extremismo. La violencia revolucionaria se concentró sobre todo en los países en los que esta integración fue más problemática.

Es evidente que el conflicto capital-trabajo moderno tiene un largo desarrollo temporal: comienza con la Revolución industrial, pasa luego por varios periodos históricos y evoluciona de manera compleja dependiendo de diferentes constelaciones de variables económicas, políticas e históricas. Factores como el poder relativo de las diversas clases sociales, la capacidad represiva del Estado, el tipo de industrialización, los shocks económicos y la ocurrencia de guerras han desempeñado un papel destacado en las explicaciones sobre los patrones de desarrollo que han elaborados autores tan diversos como Moore (1966), Therborn (1977), Kurth (1979), Rogowski (1989), Luebbert (1991), Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992), Boix (2003), Mann (2004; 2012), Acemoglu y Robinson (2006) y Ansell y Samuels (2014). Todos los escritores

anteriores han tratado de identificar los elementos clave que determinaron los diversos patrones de modernización de los países ricos. Estas teorías incorporan explicaciones muy variadas; cada una tiende a privilegiar un factor específico sobre los demás[14]. Como apunté anteriormente, procedo de forma ecléctica y oportunista, tomando prestados libremente los factores explicativos que se han propuesto en la literatura: el resultado debe juzgarse de acuerdo con sus propios méritos, es decir, de acuerdo con la coherencia interna y precisión empírica de mi argumento y no en función de la justicia que pueda hacer a los diversos autores involucrados.

A pesar de la larga trayectoria del conflicto capital-trabajo, hay buenas razones para centrarse en los años de entreguerras. Por un lado, Lipset y Rokkan (1967) demostraron que este es el periodo en el que el sistema de divisiones cristalizó, quedando congelado durante un buen número de décadas. Bartolini y Mair (1990) confirmaron empíricamente la hipótesis del "congelamiento", aportando abundante evidencia de que la división fundamental izquierda-derecha sobrevivió en los países de Europa occidental hasta finales de los años ochenta. Por otro lado, el periodo de entreguerras se asemeja a un laboratorio de historia. Los países siguieron caminos divergentes, floreció el radicalismo ideológico, las condiciones económicas fueron extremas y el conflicto, en diversas formas, fue generalizado. Puesto que estoy buscando diferencias entre los países, se puede decir que estas fueron máximas entre las dos guerras mundiales. Esos fueron los años en los que las diferencias en los patrones de desarrollo resultaron más pronunciadas y visibles.

El laboratorio se puso en marcha a raíz del cambio de época producido por la Primera Guerra Mundial. En primer lugar, la Gran Guerra provocó la desaparición de los viejos imperios y condujo a la organización definitiva de Europa en torno a los Estados nacionales. A mediados de la década de 1920, tras la disolución de los imperios otomano y austrohúngaro y la creación de la República de Irlanda, todas las unidades políticas en Europa eran Estados.

En segundo lugar, la Primera Guerra Mundial alteró la correlación de fuerzas entre las clases sociales (Rueschemeyer, Stephens y Stephens, 1992). El sacrificio humano de la conflagración obligó a

los gobernantes a hacer importantes concesiones a la clase trabajadora (Therborn, 1977: 22). La clase dominante, además, quedó desacreditada por su frivolidad ante el conflicto. Aunque el sufragio masculino se había conquistado en varios países antes de 1914, el fin de la guerra aceleró su introducción en muchos otros (Bélgica, Canadá, Irlanda, Japón, Holanda y el Reino Unido)[15]. Más importante aún, se instauró la democracia en países anteriormente autoritarios o en países en los que había un parlamento electo, pero en el que el Gobierno no era responsable ante la cámara (como Austria, Finlandia, Alemania y Suecia). En Japón, el sistema se aproximó mucho a una democracia parlamentaria (en la llamada "democracia Taisho", el emperador aceptaba nombrar a un primer ministro del partido ganador o coalición mayoritaria en el Parlamento). Alrededor de 1920, todos los países de la muestra eran democracias o, al menos, celebraron elecciones legislativas.

En tercer lugar, la extensión del sufragio y la democracia hicieron posible la integración plena de la clase trabajadora en el sistema. Los trabajadores se convirtieron en ciudadanos de pleno derecho y sus intereses se canalizaron a través de organizaciones formales. En algunos países, los partidos socialistas o laboristas ya eran fuertes antes de la Primera Guerra Mundial (fundamentalmente en Australia, Alemania y Suecia), pero en muchos otros los partidos de izquierda obtuvieron una nueva influencia política gracias a los cambios institucionales producidos por la guerra[16]. En el Reino Unido, el Partido Laborista obtuvo 371.801 votos (7,6%) en las elecciones de 1910; en 1922, alcanzó 4.076.665 votos (29,7%) con un electorado mucho más grande. En Italia, el Partido Socialista pasó del 17,6% en las elecciones de 1913 al 32,3% en 1919. En Noruega, los laboristas pasaron del 3,7% en 1909 al 31,6% en 1918. Asimismo, hubo un aumento general en la densidad sindical entre 1914 y 1920 (Mann, 1995: tabla 1): en muchos países, dicho aumento fue espectacular (en Austria, del 7 al 51%; en Bélgica, del 10 al 48%; en Alemania, del 17 al 53%), siendo Francia el único país en el que no aumentó. El valor atípico en esta tendencia es Estados Unidos, donde la Primera Guerra Mundial en realidad obstaculizó el crecimiento del socialismo.

Los regímenes existentes tuvieron que hacer frente a la nueva fuerza del movimiento socialista. El miedo a la revolución se vio agravado

por el éxito de la revolución rusa en 1917 y la creación de partidos comunistas en todo el mundo. Cundió el pánico sobre la posibilidad de réplicas a lo largo de todo el mundo occidental. En Estados Unidos, la histeria sobre el comunismo (the red scare) en 1917-20 propició una dura represión contra la izquierda (Goldstein, 2001). En muchos países había ciertamente motivos de preocupación: en 1919-20, el conflicto laboral aumentó rápidamente en Italia (el biennio rosso, Martinelli, 2016), en España (Luque Balbona, 2013) y en el Reino Unido (Cronin, 1987; Lawrence, 2003). En Austria y Alemania hubo levantamientos revolucionarios (Gerwarth, 2016: caps. 8-9). En Finlandia se produjo una guerra civil breve pero sangrienta entre la izquierda y la derecha en 1918 (Kissane, 2004).

En cuarto lugar, la situación económica era muy volátil. Hubo una crisis económica posterior a la Primera Guerra Mundial y luego un ciclo de rápido crecimiento (los "locos años veinte") que se detuvo abruptamente por la caída del mercado de valores en 1929 y la Gran Depresión posterior. En esos años se produjeron episodios tanto de deflación como de hiperinflación. La política monetaria fue un asunto crucial. El patrón oro había sido desmantelado durante la Gran Guerra. A mediados de los veinte, sin embargo, se reconstruyó y muchos países siguieron el ejemplo del Reino Unido, que lo adoptó de nuevo en 1925. Sin embargo, los ajustes necesarios para mantener el sistema estable eran demasiado onerosos en las nuevas condiciones de democracia y participación de la clase trabajadora: los Gobiernos democráticos eran más sensibles a los costes de las políticas de ajuste y optaron por abandonar el sistema antes que los países con dictadura (Wandschneider, 2008). Durante la Gran Depresión las tensiones políticas generadas por el patrón oro se volvieron demasiado fuertes y el Reino Unido decidió abandonar en 1931, algo que muchos otros países repitieron en los años siguientes.

La acción colectiva de la clase trabajadora, combinada con la inseguridad económica de la época, obligó a los gobernantes a hacer concesiones sustanciales en muchos países: las políticas sociales se expandieron vigorosamente, formando la base de lo que tras la Segunda Guerra Mundial se conocería como el estado de bienestar (Mares, 2004). El seguro de desempleo, las pensiones, los programas de vivienda pública y un mayor papel de los sindicatos

en el mercado laboral fueron algunos de los elementos clave del paquete reformista. Por supuesto, hubo grandes diferencias entre países, pero la tendencia fue claramente hacia una mayor protección social.

El contexto general del periodo de entreguerras (democracia de masas, participación plena de la clase trabajadora, avance de los partidos socialistas, miedo al comunismo, pronunciada volatilidad económica) sacó a la superficie las tensiones subyacentes de los procesos de modernización política y económica. Se fraguó una gran división o divergencia entre países en los que era posible algún tipo de compromiso de clase y países en los que no era así; en estos segundos, la democracia no pudo sobrevivir a las circunstancias adversas.

Tiene sentido, por tanto, distinguir dos grandes grupos de países, que llamaré "liberales" y "no liberales". A pesar de que terminaron convergiendo política y económicamente después de la Segunda Guerra Mundial, siguieron caminos divergentes entre las dos guerras. La distinción entre los dos grupos se hace eco de la tesis de Luebbert (1991) sobre la Europa de entreguerras. Luebbert distinguió los regímenes liberales y socialdemócratas, por un lado, y los fascistas y tradicional-autoritarios, por otro. En el primer grupo, se logró alguna forma de entendimiento entre liberales y clase trabajadora[17]. En el segundo, los liberales eran demasiado débiles, la izquierda se volvió más ideológica y, en algún momento, las fuerzas autoritarias actuaron contra la democracia.

Los grupos de países liberales y no liberales pueden caracterizarse de manera más general, sin necesidad de centrarse exclusivamente en la quiebra o supervivencia de la democracia. En el capítulo 5 ofrezco una reconstrucción cuantitativa basada en seis indicadores (entre los cuales se cuenta la ruptura de la democracia). Aunque el indicador que construyo es una variable continua, los dos grupos son claramente discernibles. Los países no liberales tenían una distribución más asimétrica (o menos pluralista) del poder social, a menudo reflejada en una cuestión agraria intratable (con fuerte presencia de élites terratenientes poderosas y reaccionarias). Estas condiciones obstaculizaron el desarrollo del capitalismo liberal y la consolidación de las instituciones representativas. Asimismo, el

Estado tuvo un papel más activo en la política económica, incluido el desarrollo industrial y la represión de la protesta laboral. La clase trabajadora no se integró adecuadamente en el sistema, lo cual facilitó la aparición de radicalismo político y extremismo (primero anarquismo, luego comunismo) que contribuyeron a la polarización entre las fuerzas políticas rivales y redujeron el espacio para alcanzar un compromiso de clase. Cuando el trabajo fue reprimido o aislado, se volvió más radical, optando por la revolución en lugar de la reforma o la integración en el sistema.

En los países liberales, el desarrollo del capitalismo fue menos traumático durante los años de entreguerras. No hace falta decir que hubo conflicto de clase, pero nunca se convirtió en revolucionario o insurgente. Las instituciones representativas liberales tenían una tradición más larga en muchos de estos países, lo que abrió espacios para satisfacer parcialmente las demandas de los trabajadores. El resultado es que la conciencia de clase no fue tan intensa como en los países iliberales (Luebbert, 1991). Suele darse el caso de que el grupo liberal está formado por los primeros industrializadores (como Gran Bretaña, Suiza, Bélgica, Holanda y Estados Unidos), pero, como se verá en el capítulo 5, la correlación está lejos de ser perfecta. La economía, en cualquier caso, estaba dominada más claramente por mecanismos de mercado, con buena protección de la propiedad privada y medios adecuados para garantizar el cumplimiento de los contratos. Por último, la cuestión agraria, aunque no dejaba de ser conflictiva, era más leve que en los países no liberales.

La hipótesis principal que pongo a prueba en este libro establece que el terrorismo revolucionario después de la protesta del 68 se concentró en gran medida en el grupo no liberal de países. Los dos países con mayor letalidad terrorista en ese periodo fueron Italia y España. Italia tuvo las Brigate Rosse y Prima Linea, además de una miríada de grupos pequeños y poco organizados que llevaron a cabo ataques letales. España tuvo el GRAPO, que comenzó a matar unos meses antes de la muerte de Franco en noviembre de 1975. En términos históricos, ambos países comparten una serie de rasgos. El atraso es uno de ellos: su PIB per cápita en el periodo de entreguerras era muy parecido (alrededor de 2.100 dólares en 1920). La transición industrial (medida como el primer año en el

que los trabajadores industriales eran más que los trabajadores agrícolas) se produjo en fecha muy tardía en ambos países: 1961 en Italia y 1969 en España. Ambos sufrieron guerras civiles en el siglo XX. Ambos tenían una Iglesia católica fuerte, aunque la democracia cristiana nunca se desarrolló en España como fuerza política. Ambos países, además, tenían estructuras heterogéneas de propiedad de la tierra, con grandes extensiones en el sur. En el mundo occidental, el anarquismo violento de finales del XIX fue más fuerte en Italia y España que en el resto de países (dejando a un lado Rusia). El anarcosindicalismo sobrevivió en España más tiempo que en cualquier otro país. El comunismo, por su parte, tuvo una presencia significativa, especialmente en Italia, el país con el mayor partido comunista en Occidente. Y, por supuesto, ambos países sufrieron quiebras de la democracia en el periodo de entreguerras. La historia de ambos países está marcada por el fracaso de los diversos regímenes políticos, el radicalismo político, la represión del mundo del trabajo, un liberalismo débil y conflictos agrarios profundos.

Si observamos dos ejemplos clásicos del grupo liberal como Suiza y el Reino Unido, encontramos economías capitalistas fuertes, industrialización temprana, una tradición muy larga de instituciones representativas, ausencia de radicalismo ideológico en la clase trabajadora, democracia consolidada y ausencia de conflictos agrarios (en Suiza porque la distribución de la tierra era igualitaria, en el Reino Unido porque el sector agrario tenía poco peso ya a comienzos del siglo XX). El Reino Unido no se libró de la lucha de clases (ahí está la impactante huelga general de 1926, véase Perkins, 2006), pero los trabajadores y sus sindicatos nunca apostaron por la alternativa revolucionaria. Ninguno de los dos países sufrió terrorismo revolucionario letal durante el periodo 1970-2000. Como veremos en el capítulo 6, había un grupo armado de orientación anarquista en el Reino Unido, la Angry Brigade, que explotó alrededor de 25 bombas, pero siempre procurando (con éxito) evitar bajas mortales. Esta fue la manifestación más extremista de los disturbios británicos del 68. El radicalismo existió en Gran Bretaña a fines de la década de 1960, pero nunca se convirtió en un extremismo en toda regla.

El argumento principal del libro es que la variación entre países en

los niveles de terrorismo revolucionario letal reproduce casi exactamente la variación en los patrones de desarrollo de los años de entreguerras. Este tipo de terrorismo está fuertemente concentrado en los países que siguieron un patrón no liberal entre las dos guerras mundiales; asimismo, la ausencia de violencia letal de izquierdas corresponde a los países que siguieron el patrón liberal.

La asociación estadística entre los dos fenómenos está lejos de ser una casualidad. El análisis histórico y comparado revela la continuidad entre los desarrollos no liberales en las décadas de 1920 y 1930 y la aparición del terrorismo revolucionario letal. En cierto sentido, este terrorismo fue la última manifestación sangrienta de un patrón a largo plazo de evolución no liberal. El hecho de que la variación entre países en el terrorismo revolucionario parezca "imitar" la variación del periodo de entreguerras puede causar sorpresa, sobre todo si se tiene en cuenta que, como expliqué anteriormente, el largo periodo de posguerra se caracterizó por una creciente convergencia en los sistemas económicos y políticos de los países con tradiciones liberal e iliberal.

La ola de movilizaciones de finales de la década de 1960 fue un fenómeno de alcance histórico que desencadenó (el cortocircuito) efectos diversos en función de los antecedentes críticos del periodo de entreguerras (el oxígeno). En aquellos países con antecedentes liberales, las protestas de la Nueva Izquierda fueron absorbidas y, en cierto sentido, neutralizadas rápidamente por el sistema; en aquellos otros con antecedentes iliberales, la protesta derivó en violencia letal.

CAPÍTULO 2

EL TERRORISMO REVOLUCIONARIO Y SUS RAÍCES IDEOLÓGICAS

1. La justificación ideológica de la violencia

¿Cuál fue la justificación ideológica para la elección de la lucha armada en la izquierda? Aunque desde una perspectiva actual la respuesta puede sonar extraña, lo cierto es que los activistas radicales de finales de los años sesenta y principios de los setenta que optaron por el terrorismo pensaron seriamente que la violencia era el medio adecuado para conseguir el fin revolucionario. La idea, que de ninguna manera era nueva en la tradición izquierdista, establecía que la violencia pondría en marcha una cadena de participación en la acción colectiva revolucionaria. ¿Pero por qué la violencia iba a inducir a alguien a unirse a un movimiento revolucionario? ¿Por qué hay que suponer que las masas reaccionarán ante la lucha armada de unos pocos?

En los primeros debates sobre el anarquismo, la violencia se presentaba en ocasiones como una suerte de fuerza irracional, una manifestación pura de la voluntad de poder de los revolucionarios. Era, además, el "castigo" que el "orden social hipócrita" de la burguesía merecía desde el punto de vista de la justicia universal. En este sentido, Karl Heinzen proporcionó una de las primeras justificaciones del terrorismo, presentando el asesinato como agente del progreso histórico (Grob-Fitzgibbon, 2004). En su trabajo Der Mord (1849), argumentó que el objetivo de la violencia era aterrorizar al enemigo: "El revolucionario debe tratar de provocar una situación en la que los bárbaros tengan miedo de sus vidas cada hora del día o de la noche" (Laqueur, 2004: 67). Este tipo de extremismo fue llevado al límite en el Catecismo Revolucionario (1869) de Sergei Nechaev, una apología de la destrucción del orden establecido a través de la violencia[18]. El revolucionario, en opinión de Nechaev, es alguien que ha cortado todos sus vínculos con la sociedad y actúa bajo el impulso de la destrucción. En sus propias palabras, "el revolucionario ha roto —y no solo de palabra, sino con sus actos— toda relación con el orden social y con el mundo intelectual y todas sus leyes, reglas morales, costumbres y convenciones. Es un enemigo implacable de este mundo, y si continúa viviendo en él, es solo para destruirlo más eficazmente"

(Laqueur, 2004: 73).

Hay un elemento delirante en estas llamadas a la destrucción y la muerte que ha llevado a muchos a interpretar la violencia anarquista como el triunfo de la voluntad sobre la razón y, por lo tanto, como el epítome del comportamiento irracional. Esto se refleja, por ejemplo, en L'homme révolté (1956) de Albert Camus, libro en el que la violencia revolucionaria es analizada como la conclusión lógica del nihilismo. El nihilista niega la existencia de cualquier fundamento para la adopción de valores como guías de acción. Pero una vez que los valores carecen de base, parecería que no hay escapatoria a la arbitrariedad. En apoyo de esta interpretación, se trae a colación el famoso dicho atribuido a Dostoievski: "Si Dios no existe, todo está permitido". La violencia revolucionaria, desde esta perspectiva, sería el corolario lógico del mundo moderno desencantado en el que los valores no limitan la voluntad. Para Camus, la revolución, utilizada como un término despectivo, es una especie de rebelión en la que se suprimen los límites y, por lo tanto, todo vale, incluyendo la violencia ciega.

Sin embargo, este enfoque es, en cierto sentido, demasiado abstracto y, de hecho, se encuentra muy alejado de cómo la mayoría de los activistas anarquistas entendían la violencia y cómo la pusieron en práctica. Una mirada más detallada sobre la manera en que se planificó y discutió la violencia revela que la irracionalidad no fue la fuerza motriz. En la década de 1870, los anarquistas debatieron abiertamente sobre los pros y los contras de la violencia en comparación con otras formas de protesta y lucha. Desarrollaron teorías sobre cómo la violencia podría fomentar la movilización del proletariado y el campesinado. La génesis de la doctrina de "la propaganda por el hecho" es bastante reveladora a este respecto. Bakunin, en sus "Cartas a un francés sobre la crisis actual" (1870), se quejó de la falta de coherencia entre el discurso y la práctica en muchos movimientos revolucionarios. La retórica revolucionaria, en su opinión, a menudo había sido pervertida con el objetivo de disimular objetivos reaccionarios o autoritarios. Según Bakunin, la autenticidad de los anarquistas, que atraería a las masas a su lado, tenía que revelarse mediante hechos u obras. Los hechos eran la mejor demostración del alcance de los principios anarquistas: "Debemos difundir nuestros principios no con palabras,

sino con hechos, porque esta es la forma de propaganda más popular, potente e irresistible" (Bakunin, 1971: 195-196). En 1876, uno de sus socios más cercanos, James Guillaume, escribió que "no es con decretos, con palabras escritas, como la Revolución emancipará al pueblo, sino con hechos" (Bakunin, 1971: 358). En diciembre de 1876, Errico Malatesta, uno de los líderes del anarquismo italiano, escribió estas palabras para el Boletín de la Fédération Jurassienne:

La Federación italiana cree que la insurrección, que refuerza los principios socialistas a través de los hechos, es el medio más efectivo de propaganda; y, sin engañar o corromper a las masas, es también el único medio para llegar a las clases sociales más bajas e involucrar a estas poderosas fuerzas vivas de la humanidad en la lucha de la Internacional (Linse, 1982: 202).

Los hechos eran más efectivos que los panfletos o los discursos. Los trabajadores y los campesinos no podrían ignorar la naturaleza espectacular de la acción revolucionaria. En sus primeras formulaciones, la doctrina de la propaganda por el hecho no significaba que los anarquistas tuvieran que realizar ataques individuales. El "hecho" se concebía en términos bastante generales, que iban desde la insurrección hasta el asesinato. Con todo, el fracaso de los intentos de insurrección en España en 1873 (en Alcoy), en Italia en 1874 (en Bolonia) y nuevamente en 1877 (en Benevento) (Avilés, 2013: cap. 3; Joll, 1980: 102-103), llevó al movimiento anarquista a tácticas alternativas, como el magnicidio, a menudo realizado por unos pocos individuos que actuaban por su cuenta (a veces se trataba de un solo individuo). Solo en 1878, se registraron dos ataques contra el emperador de Alemania, Guillermo II, otro contra el rey de España, Alfonso XII, y otro más contra el rey de Italia, Umberto I.

En Rusia, Narodnaya Volya (Voluntad del Pueblo) siguió una evolución muy similar. Al igual que los anarquistas de Europa occidental, también intentaron una acción puramente "insurreccional" en 1874 mediante la organización de "las

peregrinaciones al pueblo", consistentes en grupos más bien reducidos de miembros de la inteligencia pequeñoburguesa que se desplazaban hasta las aldeas para establecer contacto directo con los campesinos (Hingley, 1967: cap. 5). Al encontrarse mayormente con la indiferencia a sus proclamas revolucionarias, reaccionaron cambiando de táctica. Optaron así por el asesinato y el magnicidio. Al margen de las redes anarquistas europeas, Narodnaya Volya llegó a su propia formulación de la doctrina de la propaganda por el hecho. En su programa de 1876, la organización ofreció una presentación muy elocuente de la idea principal:

Nuestras demandas solo pueden realizarse por medio de una revolución violenta. Los métodos para prepararla son: (1) La agitación, que se llevará a cabo tanto de palabra como, sobre todo, de hecho, dirigida a organizar las fuerzas revolucionarias y desarrollar sentimientos revolucionarios (revueltas, huelgas; en general, la acción es en sí misma la mejor manera de organizar las fuerzas revolucionarias). (2) La desorganización del Estado. Así tendremos alguna esperanza de victoria, en vista de la organización fuerte que se creará gracias a las acciones de agitación que se pondrán en práctica en un futuro muy próximo (Clutterbuck, 2004: 157-158).

Estas mismas ideas figuran en los escritos de los grupos terroristas de izquierda del último tercio del siglo XX. Aunque el vocabulario utilizado era el del marxismo en lugar del anarquismo, existe una clara continuidad histórica en las justificaciones teóricas de la violencia. Los Tupamaros uruguayos, por ejemplo, presentaron en su "Documento Nº 1" una visión de la lucha armada que recuerda claramente a la de los anarquistas:

El pueblo realmente disconforme con las injusticias del régimen y que desea un cambio, optará mucho más fácilmente por el camino directo que encarna la organización armada y por su acción revolucionaria que por el improbable y remoto camino que se

ofrece por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria[19] (Conclusiones generales, nº 15).

En lugar de "propaganda por el hecho", los revolucionarios posteriores al 68 usaron la expresión "propaganda armada", especialmente en el contexto italiano. Las Brigadas Rojas, por ejemplo, en la Risoluzione nº 2 della Direzzione estrategica (noviembre de 1975) defendieron la necesidad de "la propaganda armada para hacer posible la acumulación de capital revolucionario con el que proceder a acciones directas contra el Estado y su aparato coercitivo" (Ruggiero, 2007a: 379). La "propaganda armada" crearía las condiciones para la organización de un movimiento de resistencia a partir del cual se desarrollaría un verdadero ejército proletario, con capacidad para tomar el poder. El líder de las Brigadas Rojas, Mario Moretti, escribió que el objetivo era "derribar el capital, poniendo de manifiesto el total antagonismo que se concentra en el movimiento a través de actos que llamamos propaganda armada" (Moretti, 1994: 37). La lucha armada, por lo tanto, funcionaría como un catalizador de la constitución de un movimiento verdaderamente revolucionario. En Italia, la violencia de los grupos clandestinos se concibió como el preámbulo de la formación de lo que se denominó el "partido comunista combatiente", es decir, la vanguardia proletaria armada que pondría en marcha la revolución.

El supuesto, de este modo, era que la acción violenta fomentaría la movilización y, en última instancia, la revolución. ¿Pero por qué la gente reaccionaría uniéndose al movimiento revolucionario al observar la violencia política? A través de la literatura producida por los grupos armados revolucionarios en los países desarrollados pueden extraerse algunos de los mecanismos que unen violencia y movilización. Sin duda, se reprodujeron ideas que habían circulado desde los tiempos de los anarquistas europeos y los populistas rusos, pero también es posible encontrar algunas concepciones nuevas, algo más refinadas. La mayoría de estos mecanismos pueden entenderse en términos de señalización (signaling): la violencia transmite información que resulta funcional para la movilización masiva de la sociedad[20].

La señal informativa puede funcionar en varios niveles. En el nivel más básico, la violencia simplemente genera publicidad para el grupo armado. Moretti (1994: 46) lo expresó de una manera muy simple:

Nuestra acción contra los símbolos y el personal del Estado ha tenido un enorme eco; [...] obligamos a los medios a prestarnos una atención que nunca habríamos soñado. Nuestras acciones, así como aquello que denunciamos con ellas, resuenan de una manera que ningún otro tipo de lucha habría logrado.

Gracias a la propaganda, la gente aprende sobre la existencia de un grupo de activistas fuertemente comprometido con la causa de la revolución. Se espera que la violencia armada, en este sentido, abra los ojos de las masas.

En un segundo nivel, se supone que la información revelada por la lucha armada produce una transformación de las preferencias y creencias de la gente. El efecto del cambio de creencias es obvio: la violencia revela la fragilidad del sistema. Según los grupos armados, muchas personas permanecen pasivas porque piensan que el Estado es demasiado poderoso, que resulta invencible. El papel de la lucha armada, pues, consiste en mostrar que esta impresión es injustificada. En uno de los textos fundacionales de la Facción del Ejército Rojo alemán, "El concepto de la guerrilla urbana" (1971), esta idea se expresa claramente: "La guerrilla urbana tiene como objetivo destruir ciertos aspectos de la estructura del Estado y destruir el mito de la omnipotencia e invulnerabilidad estatal" (Smith y Moncourt, 2009: 98). En Italia, los grupos armados llegaron a la misma conclusión hablando de cómo la violencia agudiza y saca a la superficie las "contradicciones" subyacentes del sistema. La violencia "desarticularía" las fuerzas enemigas atacando al Estado, el núcleo central del poder. Mario Moretti, al justificar el secuestro y asesinato final de Aldo Moro, del que él mismo fue autor, habla de crear una contradicción dentro del aparato de poder: al secuestrar a Moro, "pensamos que la contradicción entre la base y el ápice explotaría, poniendo a los democristianos contra

las cuerdas. Mostramos que el partido no era invencible, que podía ser sometido a un juicio y forzado a asumir sus acciones" (Moretti, 1994: 171). La "explosión de la contradicción" haría que el "compromiso histórico" entre la DC y el PCI no funcionara (más sobre el compromiso histórico en el capítulo 3, punto 2).

En términos de cambio de preferencia, los grupos de izquierda, armados o no, siempre han supuesto que las preferencias políticas son maleables, dependen de la línea ideológica y las estrategias de las organizaciones políticas (Przeworski y Sprague, 1986: 125-126), así como del poder inspirador que emana del comportamiento revolucionario ejemplar de sus líderes (Ahlquist y Levi, 2013). En lenguaje marxista, la violencia puede elevar la conciencia de clase[21].

El supuesto de esta argumentación es que la violencia tiene algún tipo de valor educativo. En Italia, las Brigadas Rojas secuestraron al ingeniero Idalgo Macchiarini el 3 de marzo de 1972 y mostraron una foto de él con un cartel en el que se podía leer: "Colpisicine uno por educarne cento!" ("¡Ataca a uno para educar a cien!") (Ruggiero, 2007a: 141)[22]. Las Brigadas Rojas recurrieron a esta misma fórmula en otras ocasiones, incluyendo el muy controvertido asesinato de Guido Rossa, el 24 de enero de 1979, miembro del Partido Comunista Italiano (PCI), sobre la base de que, supuestamente, era "un informante", un chivato (Feliziani, 2004: 38). Otros grupos italianos, como los Núcleos Armados Proletarios (Nuclei armati proletari) utilizaron el mismo eslogan (Prette, 1996: 243). En Estados Unidos, la Weather Underground Organization (1974: 4) afirmó que "las acciones armadas refuerzan las convicciones y el compromiso de las personas; dichas acciones constituyen un ejemplo y sirven como un gran maestro". Del mismo modo, Huey Newton, uno de los fundadores del Partido de los Panteras Negras para la Auto-Defensa (Black Panther Party for Self-Defense), lo expresó de esta manera: "La única forma en que podemos educar a las personas es ofreciéndoles un ejemplo" (Foner, 1995: 66).

La idea fundamental es que la conciencia de clase se eleva por la acción ejemplar de unos pocos, que señalan "la vía correcta". En una de las publicaciones del Black Panther Party se puede leer:

“Cuando la gente aprenda que no compensa quedarse en casa, cuando vean la ventaja que proporcionan las actividades del método guerrillero, seguirán rápidamente este ejemplo” (Foner, 1995: 45).

Del mismo modo, Bommi Baumann, uno de los principales activistas de la organización alemana Movimiento 2 de Junio, escribió: “Así es como se consiguen seguidores: si hay alguien que está completamente comprometido con la causa, será capaz de a atraer a la gente, de ganársela” (Baumann, 1977: 42). Al generar conciencia revolucionaria, el movimiento se vuelve más poderoso. Un miembro de los Gruppi d’Azione Partigiana (GAP) dijo en una entrevista en 1970: “Combatimos para fortalecer la organización, para que se ajuste a las crecientes demandas de la actividad ilegal y la lucha. Nuestro segundo objetivo estratégico es nuestra principal preocupación en este momento: combatir como medio para hacer crecer la organización” (Prette, 1996: 22-23). Los revolucionarios armados, por lo tanto, establecen un camino que otros se sentirán obligados a seguir.

En un tercer nivel, el uso de la violencia polariza el conflicto social. Las posiciones se vuelven más extremas e intransigentes. Por lo tanto, las masas se ven obligadas a tomar partido a favor de quienes hablan en su nombre. Según se mencionó anteriormente, uno de los objetivos de la violencia en Italia era impedir cualquier forma de compromiso de clase. Los trabajadores tenían que aprender a través de la lección de la violencia que el trabajo y el capital son opuestos absolutos: sus diferencias solo pueden resolverse mediante una “guerra civil”, un choque violento entre los dos. Según Prima Linea, la lucha armada subvierte las relaciones sociales que ocultan el “antagonismo total entre las necesidades del proletariado y la necesidad del capitalismo de imponer sus propias reglas sobre toda la organización social” (Prette, 1996: 263). El compromiso entre el trabajo y el capital se convierte en una imposibilidad política una vez que las partes recurren a la fuerza: la clase obrera y las masas entienden que el conflicto es el propio de una guerra. Un miembro del grupo portugués Fuerzas Populares 25 de Abril lo expresó de esta manera:

Pensábamos que las acciones de propaganda armada, así como la acción directa en apoyo de los trabajadores y campesinos involucrados en las ocupaciones de tierras, producirían una mayor movilización, así como una radicalización del movimiento social (o de una parte de él), lo que daría paso a un repliegue de la clase dominante, lográndose así victorias tácticas y una mayor acumulación de fuerzas (De Sousa, 1992: 48).

Curiosamente, la literatura producida por los grupos armados revolucionarios no puso mucho énfasis en otro mecanismo que vincula la violencia y la movilización, a saber, la (re)acción represiva del Estado. Este mecanismo es distinto al del valor informativo de la violencia: a lo largo de la historia, muchos grupos armados han considerado que provocando al Estado mediante ataques violentos, este reaccionaría con una represión excesiva, reacción que a la postre es contraproducente por producir un mayor apoyo popular para la causa. La provocación inicial, pues, desencadena una espiral de violencia debido a la reacción exagerada del Estado. Se trata de un supuesto fuerte, ya que en la literatura académica distintos autores han señalado que las consecuencias de la represión estatal pueden variar según parámetros contextuales difíciles de controlar (Bueno de Mesquita, 2005; Pierskalla, 2010; Siqueira y Sandler, 2006).

A pesar de toda la teorización sobre el efecto movilizador de la violencia, los terroristas revolucionarios no lograron atraer a un gran número de seguidores. Las masas se mostraron bastante escépticas, si no abiertamente opuestas, a la propaganda armada. La única excepción fue Italia, un país en el que llegó a consolidarse una vasta red de trabajadores y estudiantes radicalizados que estaban a favor de la lucha armada revolucionaria; no obstante, incluso en Italia, la mayoría dentro de la izquierda permaneció leal al Partido Comunista (PCI). Todo esto contrasta con el terrorismo nacionalista, que consiguió construir amplios movimientos sociales en Irlanda del Norte y el País Vasco durante el mismo periodo, la década de 1970 (Irvin, 1999). En Irlanda del Norte, el IRA pudo resucitar el republicanismo, convirtiéndose en el actor principal del bando católico. En el País Vasco, ETA se situó en el centro de un

gran movimiento que incluía un partido, un sindicato, un periódico y otros medios de comunicación, asociaciones civiles, empresas, etc. En ambas regiones, el terrorismo nacionalista creó movimientos sociales que sobrevivieron a los grupos armados. Aunque ni el IRA ni ETA lograron sus objetivos, su legado fueron fuertes movimientos sociales y políticos. En el caso de los grupos revolucionarios de izquierda, el legado histórico que dejaron fue más bien insignificante.

2. La Habana-Montevideo-Buenos Aires-Berlín

El terrorismo revolucionario en el mundo desarrollado es el resultado de la confluencia entre las ideas de propaganda armada, que se remonta a los anarquistas de finales del siglo XIX, y el ejemplo de la guerrilla cubana en 1959. El éxito bastante sorprendente de Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara en Cuba provocó una ola insurgente de larga duración en toda América Latina (Wickham-Crowley, 1992: 30-31). Tuvo una influencia profunda y duradera primero en la intelectualidad izquierdista latinoamericana y, posteriormente, en sus homólogos norteamericanos y europeos.

Es difícil exagerar el enorme impacto que tuvo la revolución cubana en la imaginación de la Nueva Izquierda. Repentinamente había un ejemplo que emular. La lección principal que muchos extrajeron fue que la revolución era posible incluso si las condiciones objetivas no eran del todo favorables. Desde el punto de vista de la Nueva Izquierda, la revolución cubana representó el triunfo de la voluntad sobre las condiciones objetivas. La violencia consiguió provocar un movimiento revolucionario: la praxis de la guerrilla creó las condiciones para su propio éxito. De acuerdo con esta lectura, la vanguardia de la clase obrera fue reemplazada por la alianza entre los intelectuales y los campesinos que participaban en el movimiento armado. Guevara (2002 [1960]) y Regis Debray (1967) desarrollaron esta idea en la teoría del foco, según la cual un pequeño grupo de guerrilleros actuando en la sierra o en las montañas podía poner en marcha un movimiento insurgente. Gracias al uso de tácticas relámpago (atacar y huir), la guerrilla podría forjarse una reputación que serviría para atraer a los campesinos pobres a la causa. En algún momento, la guerrilla podría establecer una base permanente en territorio liberado, desde la cual podrían lanzarse ataques más ambiciosos contra el enemigo. En la primera página del famoso libro La guerra de guerrillas de Guevara, este dice claramente: "No siempre hay que esperar a que

se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas" (2002 [1960]: 13).

La teoría del foco puede entenderse como una racionalización de la exitosa experiencia cubana. Se intentó en otros países latinoamericanos durante los años sesenta (Guatemala, Venezuela, Perú, Colombia y Bolivia), pero fracasó en todos ellos, por lo que el caso de Cuba puede considerarse excepcional. Wickham-Crowley (1992) se ha referido a todos estos episodios como la primera oleada de guerrilla latinoamericana. La segunda oleada, en las décadas de 1970 y 1980, también fue en principio de inspiración rural y tuvo otro éxito, el de Nicaragua en 1979, 20 años después de la revolución cubana. A los efectos de este libro, lo que interesa sobre todo es el periodo breve entre estas dos oleadas de guerrillas rurales, en el que tuvo lugar un experimento de insurgencia urbana con consecuencias duraderas no solo en América Latina, sino también en los países ricos.

En La guerra de guerrillas, Guevara defiende que las guerrillas urbanas no pueden surgir independientemente de la insurgencia en el campo (2002 [1960]: 45). Si quieren sobrevivir, deben estar bajo la autoridad de los líderes rurales. Esta tesis fue cuestionada por Abraham Guillén, un exiliado anarquista español que vivió en Uruguay y Argentina después de la guerra civil española. Su punto de partida era que el foco rural no podía funcionar en países urbanizados y llanos: el "sujeto revolucionario" vivía en la ciudad y no había sierra en la que los rebeldes pudieran esconderse. La lucha urbana requería un enfoque completamente diferente. Según Guillén, la "conquista del espacio", es decir, la creación de zonas liberadas del control del Estado, no puede ser el objetivo de la guerrilla urbana, que debe actuar clandestinamente, apoyando a las masas y luchando a su favor (1973: 250, 281). En el contexto desfavorable de las ciudades ("los bosques de cemento", Guillén, 1973: 219), las únicas tácticas factibles son aquellas compatibles con una estricta clandestinidad, es decir, lo que generalmente se conoce como terrorismo: bombas y asesinatos selectivos. Tal como he mostrado en otro lugar (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015), hay una asociación poderosa y sistemática entre el control territorial y las tácticas violentas. Los ejemplos latinoamericanos confirman claramente esta tesis.

Las ideas de Guillén ejercieron una fuerte influencia sobre los grupos guerrilleros urbanos en el Cono Sur, especialmente en Uruguay y Argentina. En Brasil, según la teoría de Carlos Marighella en su Manual do Guerrilheiro Urbano (1969), también hubo intentos de crear una guerrilla urbana, pero consistió principalmente en secuestros de diplomáticos y robos a bancos, con muy poca actividad letal (Gillespie, 1982: 43-44). La dictadura pudo repeler el desafío. Los grupos más significativos en el Cono Sur fueron los Tupamaros en Uruguay y los Montoneros en Argentina. Estos grupos guerrilleros establecieron el tipo de tácticas y objetivos que los grupos terroristas revolucionarios del mundo desarrollado emplearían más tarde.

Con todo, el origen del Frente de Liberación Nacional-Tupamaros (FLN-T) fue rural. La Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, fundada por el activista Raúl Sendic, organizó varias marchas a la capital, Montevideo, exigiendo mejores condiciones de trabajo y reforma agraria. La frustración producida por la falta de respuesta del sistema convenció a Sendic de que la movilización masiva por sí sola era insuficiente. En 1963 abandonó el sindicato y creó el FLN-T, una pequeña organización a favor de la lucha armada (López-Alves, 1989: 213-215).

Uruguay era quizá el país latinoamericano con las peores condiciones para la formación de un foco rural. En aquellos años, el país solía recibir el calificativo de la “Suiza americana”, por su estabilidad política y prosperidad económica. Era una de las democracias más duraderas del continente, con tan solo un breve paréntesis autoritario en el periodo 1933-38. Además, Uruguay es un país pequeño y no tiene montañas ni selva. En el influyente “Documento Nº 1”, al que me referí en la sección anterior, los Tupamaros dicen claramente que el paso a la guerrilla urbana viene dictado por la geografía: “No existen en el país lugares geográficos inexpugnables o con características que posibiliten la instalación de un foco guerrillero rural que perdure”[23]. Además, admitieron que la forma democrática de Uruguay no dejaba espacio para una insurrección al estilo cubano. Dadas esas condiciones, los Tupamaros se vieron forzados a usar lo que llamaron “formas simpáticas”, tácticas que no impactaron negativamente en la sociedad (Anónimo, 2003: 46). En la descripción de su primer

secuestro (el 6 de agosto de 1968), el de Ulises Pereyra Reberbel, un empresario muy influyente y consejero del presidente Pacheco, explican por qué lo liberaron en estos términos: “La gente no estaba preparada para ‘entender’ un asesinato en aquel momento” (Anónimo, 2003: 100). De hecho, tal acción sin sangre fue, en opinión de la organización, un éxito: habían logrado “simpatía, propaganda y estímulo para la lucha de la gente”.

Pero a pesar de la intención inicial de evitar muertes, que también está presente en muchos otros grupos armados en Europa y América del Norte, los Tupamaros no tardaron en realizar ataques letales. El proceso de escalada es típico de este tipo de grupos urbanos clandestinos. Los primeros asesinatos tuvieron lugar en 1969 y no fueron acciones planificadas, sino más bien resultado de enfrentamientos con las fuerzas de seguridad. Solo tras el inicio de la represión del Estado contra los Tupamaros comenzaron estos a pensar que la gente apoyaría asesinatos planificados. No es casualidad que las dos primeras víctimas asesinadas deliberadamente fueran Héctor Morán Charquero (13 de abril de 1970) y Dan A. Mitrione (10 de agosto de 1970), ambos implicadas en la represión. Morán Charquero era parte de un equipo especial antiterrorista que había torturado a algunos miembros del MLN-T. Mitrione, por su parte, era un agente de seguridad estadounidense que colaboraba con el Estado uruguayo en actividades represivas[24].

El número de muertes causadas por los Tupamaros fue, en términos comparados, bastante bajo: según mi propia base de datos, hubo 52 víctimas mortales entre 1969 y 1973 (termino el 27 de junio de 1973, la fecha del golpe militar, justificado por los perpetradores como una reacción a la actividad terrorista de los Tupamaros). En general, la violencia fue muy selectiva. El ataque más sangriento fue el del llamado “Viernes rojo”, el 14 de abril de 1972, cuando el FLN mató a cuatro personas (tres miembros de las fuerzas de seguridad y un expolítico), alegando que estaban involucrados en los escuadrones de la muerte. Dos de los terroristas perdieron la vida en el ataque. Este atentado fue un punto de inflexión. A partir de ese momento, la Policía y el Ejército arrestaron a numerosos miembros de la dirigencia tupamara. Además, el legislativo aprobó medidas de emergencia para combatir el desafío armado, con lo que el Estado pudo actuar más libremente para aplastar a los rebeldes.

Los últimos asesinatos antes del golpe de 1973 tuvieron lugar en agosto de 1972.

El caso argentino es algo más complejo. Aunque Argentina era ya un país urbano en la década de 1960, hubo varios intentos de crear guerrillas rurales durante el periodo 1959-1968, todos los cuales fracasaron (Gillespie, 1982: 72; Moyano, 1995: 21-22). El "Cordobazo", el levantamiento de trabajadores y estudiantes en la ciudad de Córdoba en mayo de 1969, que acabó provocando la caída de la dictadura militar de Onganía, fue un poderoso estímulo para la creación de guerrillas urbanas. Durante el Cordobazo, en la lucha entre el ejército y los manifestantes, se organizaron formas embrionarias de resistencia armada, con francotiradores disparando desde los tejados contra las fuerzas de seguridad (Brennan y Gordillo, 1994). Los militares tuvieron que hacerse cargo de la ciudad para recuperar el control, con un coste elevado en términos de represión. Poco después, surgieron los primeros grupos armados. Los más destacados fueron los Montoneros, el grupo político que representaba a la izquierda peronista radical. En el primer aniversario del Cordobazo, los Montoneros secuestraron y ejecutaron al exdictador Pedro E. Aramburu (Holmes, 2001: 141). Fue su presentación pública ante la sociedad argentina.

Los Montoneros no se ajustaban exactamente al modelo clandestino puro de los grupos terroristas. Adoptaron una doble forma, siendo a la vez un movimiento político y una estructura armada (de ahí su autodescripción como organización "político-militar"). Solo pasaron a la clandestinidad tras la ruptura de las relaciones entre Perón y los Montoneros en mayo de 1974. Mientras Perón estuvo en el exilio, pensó que la violencia de los Montoneros servía a sus intereses, pero cuando regresó a Argentina y tomó el poder, la situación cambió drásticamente. El día de su llegada, el 20 de junio de 1973, cientos de miles de personas se agolparon en los alrededores del aeropuerto de Ezeiza para darle la bienvenida. Estalló una pelea entre los Montoneros y los sindicatos peronistas de derecha: más de una docena de personas perdieron la vida en la lucha y varios cientos resultaron heridas. Se produjo una situación de caos completo y Perón finalmente aterrizó en otro aeropuerto por razones de seguridad. Perón renegó públicamente de los Montoneros durante la celebración del Día del Trabajo, el 1 de

mayo de 1974. A partir de entonces, entraron en la clandestinidad. Perón murió poco después, en julio, y fue reemplazado por su viuda, Isabel Martínez; ella presidió un Gobierno cada vez más reaccionario y represivo que organizó los escuadrones de la muerte contra activistas de izquierda. La espiral de violencia terminó con el golpe militar de marzo de 1976. En este contexto de radicalización que condujo al colapso de la democracia, los Montoneros intentaron crear un auténtico ejército con capacidad para operaciones militares que involucraran a varios cientos de atacantes. Quizás su acción más espectacular fue el asalto a una guarnición en Formosa en octubre de 1975. Fue un ataque guerrillero a gran escala en el que los Montoneros llevaban uniforme militar. Este periodo guerrillero, sin embargo, no duró mucho tiempo y terminó en fracaso.

La influencia de los Tupamaros en los grupos revolucionarios de los países desarrollados fue enorme (Alberola y Gransac, 2004 [1975]: 261-262). Uno de los fundadores de las Brigadas Rojas, Renato Curcio, explicó que el grupo adoptó la estrella de cinco puntas siguiendo el ejemplo tupamaro (Curcio y Scialoja, 1993) y Alberto Franceschini, otro de los fundadores, declaró que los Tupamaros fueron "nuestro punto de referencia más importante" (Fasanella y Franceschini, 2004: 78). La editorial Feltrinelli había publicado dos volúmenes de los Tupamaros, que se convirtieron en una especie de manual terrorista para activistas italianos (Ginsborg, 2003: 362). La influencia también se puede encontrar en la extrema izquierda francesa (Dartnell, 1995: 56-57), en el GRAPO (Brotons, 2002: 118; Moa, 2002: 233), en la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre (Kassimeris, 2004: 25), e incluso en el Ejército Simbiótico de Liberación (Watson, 1976: 54) y los Weather Underground (Burrough, 2015: 124; Jacobs, 1997: 60). En Alemania, los anarquistas formaron un grupo precisamente con el nombre "Tupamaros-Berlín Occidental", la semilla del grupo terrorista Movimiento 2 de Junio (Baumann, 1977: 59-60; Smith y Moncourt, 2009: 46), uno de los primeros grupos armados clandestinos de Europa occidental, creado en 1969. En general, todos estos grupos revolucionarios compartieron con los Tupamaros la idea de que la guerrilla debería ser clandestina si se realizaba en países urbanizados, así como la necesidad de ser altamente selectivos a la hora de atacar civiles.

Las tesis de Guillén, encarnadas y ejemplificadas por los Tupamaros en Uruguay, establecieron un modelo para la adaptación del ideal revolucionario cubano al contexto de las sociedades avanzadas. Mientras que la guerrilla rural se reanudó en varios países latinoamericanos en la segunda oleada de insurgencia (Nicaragua, Perú, El Salvador, Guatemala y Colombia) (Wickham-Crowley, 1992: cap. 9), la guerrilla urbana arraigó con fuerza en el mundo desarrollado, sobreviviendo allí más de dos décadas.

Aunque las condiciones eran ciertamente diferentes, los revolucionarios en los países ricos también recibieron una fuerte influencia del proceso de descolonización y las luchas de liberación nacional. La guerra de independencia de Argelia, por ejemplo, fue un punto de referencia para los revolucionarios de todas las tendencias. En este sentido, un libro de lectura obligatoria en la época, Los condenados de la tierra (1961), de Frantz Fanon, proporcionó una justificación de la violencia como instrumento válido para la liberación nacional y el cambio social.

De hecho, la lucha contra el imperialismo fue una de las preocupaciones más importantes de la Nueva Izquierda, sobre todo en Estados Unidos, Alemania y Japón. Muchos revolucionarios concluyeron que el imperialismo podía y debía ser combatido desde dentro de la "bestia". Se trataba de crear un frente interior contra el poder imperial, complementando el esfuerzo de los rebeldes del tercer mundo que aspiraban a liberar a sus naciones de los lazos coloniales. Así, por ejemplo, la consigna de los Weather Underground de "traer la guerra a casa" (Varon, 2004: 61) tenía mucho que ver con la llamada del Che Guevara para crear "uno, dos, tres Vietnams"[25].

3. El perfil de la violencia terrorista revolucionaria en el mundo desarrollado

Por "mundo desarrollado" me refiero a 23 países, todos miembros de la OCDE desde antes de 1994, excepto Turquía (Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Grecia, Islandia, Irlanda, Italia, Japón, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Nueva Zelanda, Portugal, España, Suecia, Suiza, el Reino Unido y Estados Unidos). Turquía es un caso problemático. El país padeció un enfrentamiento duro y sangriento entre la izquierda y la derecha durante la segunda mitad de la década de 1970, con miles de asesinatos sectarios (Sayari, 2010). Dev Sol es quizás la organización más similar a los grupos europeos (Alexander y Pluchinsky, 1992: cap. 9). Sin embargo, el contexto en el que actuó no es comparable al de los países ricos: la intensidad de la violencia, con varios miles de muertes, es probablemente el mejor indicador de esa diferencia. Además, Turquía era mucho más pobre que los demás países de la OCDE (su PIB per cápita en 1970 fue de solamente 3.078 dólares, siendo el siguiente país más pobre de la muestra Portugal, con 5.473 dólares)[26].

Según mi base de datos de atentados mortales (de la que luego hablo con mayor detalle), los grupos revolucionarios armados del mundo desarrollado mataron a 424 personas en total durante el periodo 1970-2005. La gran mayoría de los asesinatos revolucionarios fueron perpetrados por organizaciones clandestinas con cierta estructura jerárquica. Sin embargo, hay 14 asesinatos, concentrados principalmente en Italia, España y Estados Unidos, que corresponden más bien a la categoría de "terrorismo difuso", es decir, asesinatos realizados por personas conectadas a organizaciones y redes pero que actúan por su propia cuenta, ya sea de forma planificada o espontánea. Normalmente, estos asesinatos no se llevan a cabo por los medios habituales (armas de fuego y bombas). Para el presente análisis, no hago una distinción entre terrorismo difuso y "estricto", por lo que analizo todos los

asesinatos conjuntamente. Si eliminamos estos 14 asesinatos de terrorismo difuso, los resultados apenas cambian.

¿Por qué centrarse en los asesinatos y no en los ataques en general? Una de las principales ventajas de estudiar los asesinatos es puramente metodológica: el riesgo de perder casos por ausencia de información (under-reporting) se reduce considerablemente. Así como los medios de comunicación pueden pasar por alto ataques no letales, por juzgar que no tienen relevancia informativa, los ataques letales siempre tienen algún eco en los medios, especialmente cuando, como es el caso en este estudio, los grupos armados no cometen demasiados ataques mortales. Otra razón es que las muertes son una categoría homogénea, mientras que los ataques en general pueden ser extremadamente variados, desde una simple amenaza hasta una masacre. Con todo, la razón clave es que existe una clara división entre las organizaciones armadas que matan personas y las organizaciones armadas que solo atacan propiedad e infraestructuras. Algunas de las diferencias más señaladas entre países a propósito del desarrollo político y económico solo son relevantes cuando la variable dependiente mide los asesinatos. Si la variable dependiente recogiera todos los ataques, las diferencias serían mucho más borrosas. Según avancé en la introducción, la comparación que llevo a cabo entre grupos armados letales y no letales en el capítulo 6 es esencial para mi argumento histórico-comparativo.

La base de datos que uso es el conjunto de datos de víctimas de terrorismo nacional (o "doméstico") (Domestic Terrorist Victims, DTV) (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b). La unidad de observación en DTV es la víctima de asesinatos terroristas en Europa occidental durante el periodo 1965-2005. DTV contiene información sobre 4.611 víctimas en 3.366 ataques mortales. Solo 347 de estos asesinatos corresponden al terrorismo revolucionario. He añadido a DTV los países desarrollados no europeos (Australia, Canadá, Japón, Nueva Zelanda y Estados Unidos). La información proviene de monografías, cronologías, documentos internos de los grupos terroristas, comisiones oficiales de investigación, asociaciones de víctimas y prensa. Vale la pena señalar que las fuentes son multilingües, a diferencia de la mayoría de las bases de datos existentes sobre terrorismo, que dependen exclusivamente de

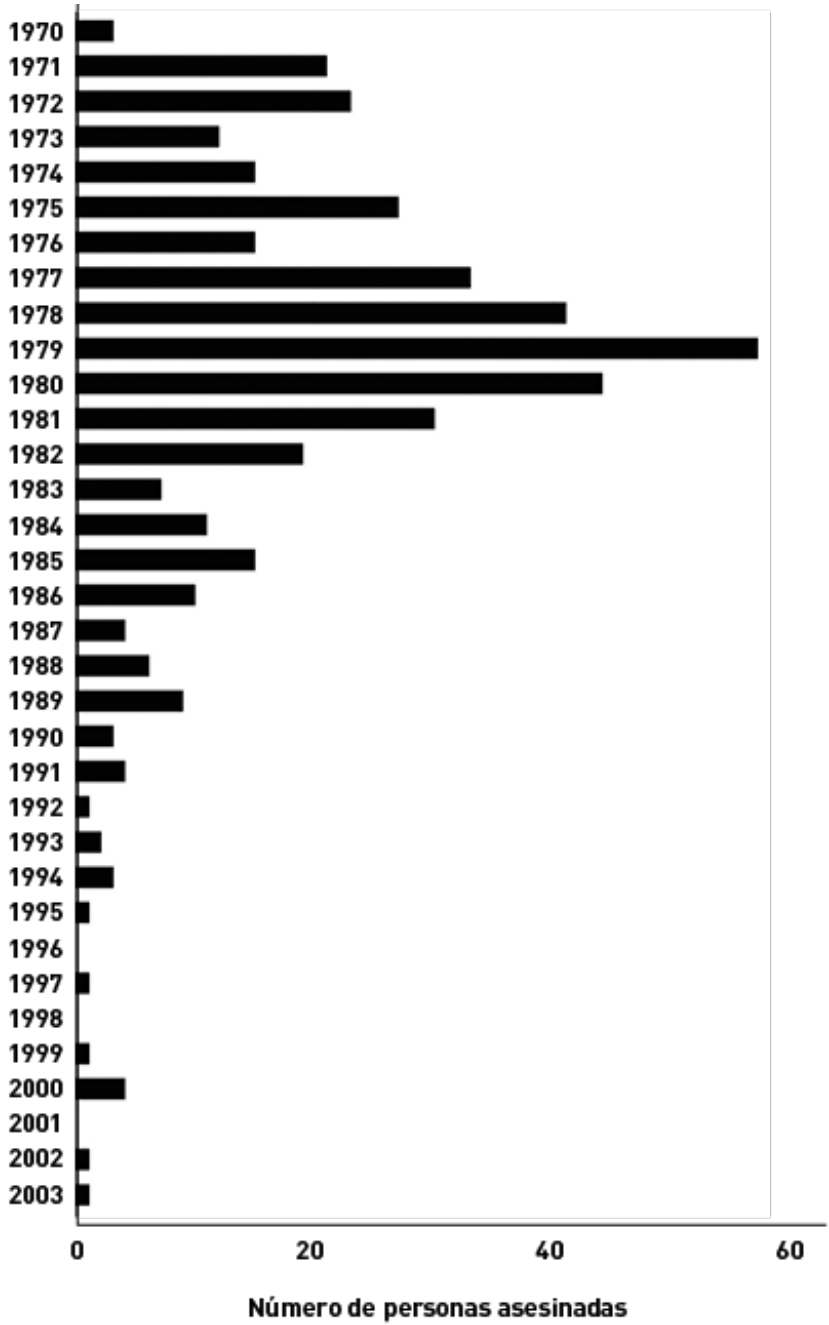
fuentes en inglés[27]. Como he muestrado con Luis de la Calle (De la Calle y Sánchez-Cuenca (20011b), DTV saca a la luz un buen número de asesinatos que no estaban registrados en bases de datos generales sobre terrorismo, como GTD, o incluso en otras más especializadas, como TWEED (Engene, 2007), que ofrece datos sobre violencia terrorista en Europa occidental para el periodo 1950-2004. Dado el bajo número de asesinatos, la precisión histórica resulta crucial para determinar el grado de variación exacta entre países.

3.1. El ciclo de violencia y su variación entre países

El gráfico 2.1 muestra el ciclo de violencia letal en la muestra de 23 países. Comenzó en 1970, a raíz de las protestas de fines de la década de 1960, y alcanzó su punto máximo en 1979. Casi la mitad de los asesinatos (46,4%) se concentra en un periodo de cinco años, 1977-81. La cola de la derecha, el periodo de decadencia, es muy larga, extendiéndose hasta los primeros años del presente siglo.

Gráfico 2.1

El ciclo del terrorismo revolucionario mortal, 1970-2003



La incidencia de la violencia revolucionaria mortal es muy desigual

en los países ricos. Pueden distinguirse claramente dos bloques. Por un lado, países que no sufrieron terrorismo revolucionario mortal: Australia, Austria, Canadá, Finlandia, Holanda, Islandia, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda, el Reino Unido, Suecia y Suiza. Algunos de estos países sufrieron ataques letales, pero fueron llevados a cabo por grupos extranjeros. Por ejemplo, hubo tres asesinatos en Holanda, dos en Suecia y uno en Suiza: los seis son obra de la Facción del Ejército Rojo alemán (RAF, Rote Armee Fraktion). Por lo tanto, los incluyo dentro de la categoría de terrorismo alemán[28].

Por otro lado, tenemos los países que registraron al menos un asesinato por parte de un grupo terrorista revolucionario nacional. Hay 10 países en este segundo bloque: Alemania, Bélgica, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Italia, Japón y Portugal. No obstante, dos de ellos, Bélgica y Dinamarca, están incluidos por "accidente", ya que en ambos países los grupos armados revolucionarios intentaron evitar las muertes. Tan solo suman tres asesinatos y los tres se produjeron en circunstancias inesperadas. En Bélgica, las Cellules Communistes Combattantes (CCC) mataron a dos personas sin pretenderlo: el 1 de mayo de 1985, estacionaron una camioneta con explosivos frente a la Federación Belga de Empresarios en Bruselas. Las CCC lanzaron un aviso, pero debido a un fallo de comunicación entre la policía y los bomberos, cinco bomberos se acercaron a la camioneta justo cuando explotó, muriendo dos de ellos. En una carta hecha pública el 6 de diciembre de ese año, las CCC dijeron que se trataba de una tragedia y responsabilizaron a la Policía (Alexander y Pluchinsky, 1992: 186). Estas fueron las únicas muertes causadas por la campaña de bombas de las CCC. Por otro lado, en Dinamarca, el grupo Blekingegade mató a un policía el 3 de noviembre de 1988 después de uno de sus muchos robos a bancos (Kuhn, 2014: 18)[29]. El Blekingegade fue una organización revolucionaria creada en los años setenta que atracaba bancos para financiar organizaciones armadas palestinas. El asesinato de 1988 fue el único ataque mortal durante su larga existencia. Fue, asimismo, el único asesinato de izquierda en los países nórdicos durante el periodo de estudio.

La tabla 2.1 ofrece información sobre el número de asesinatos perpetrados por los grupos revolucionarios de cada país,

independientemente de si el asesinato tuvo lugar en el mismo país o no, así como los principales grupos terroristas y el primer y último año de los atentados mortales en cada país.

Tabla 2.1

Datos básicos sobre terrorismo revolucionario

País	Principales grupos terroristas	Muertes	Año de la primera víctima	Año de la última víctima
Alemania	RAF	39	1971	1993
Bélgica	CCC	2	1985	1985
Dinamarca	Blekingegade	1	1988	1988
España	GRAPO	95	1972	2000
EE UU	BLA	26	1970	1981
Francia	Action Directe	15	1974	1986
Grecia	17 N	25	1975	2000
Italia	Br, Pl	162	1971	2003
Japón	Rengo Segikun,	38	EAAJA 1970	1990
Portugal	FP 25	21	1978	1987
Total		424		

Nota: CCC (Cellules Communistes Combattantes), RAF (Rote Armee Fraktio

Los dos países con el mayor número de asesinatos son Italia (162) y España (95). Juntos suman 257 asesinatos, el 57,9% del total. También son los dos países en los que el periodo de actividad armada fue el más largo, con más de 25 años de violencia letal. Alemania y Japón tuvieron un número muy similar de asesinatos (39 y 38, respectivamente). Siguen Grecia (25 asesinatos) y Estados Unidos (26)[30].

Hay dos casos especialmente complicados, los de Japón y los Estados Unidos, que merecen un análisis algo más pormenorizado. En Japón se dieron muchos episodios letales de violencia que, sin embargo, se desvían de los patrones habituales de terrorismo. Como regla general, he registrado los asesinatos llevados a cabo por organizaciones armadas y clandestinas en todos los países, pero no los de los grupos sectarios de la izquierda radical japonesa, que operaban de acuerdo con una lógica diferente. Así, he incluido los asesinatos del Ejército Rojo Unido (Rengo Sekigun), ya que este era ciertamente un grupo terrorista que actuaba clandestinamente. En cambio, los conflictos sectarios entre Kakumaru-ha y Chukaku-ha no se han incluido, a pesar de que produjeron muertes (véase la sección sobre Japón en el capítulo 3). El primero de estos asesinatos tuvo lugar en agosto de 1970, cuando un activista de Kakumaru-ha, Toshio Ebihara, fue secuestrado y golpeado hasta la muerte por los activistas de Chukaku-ha. Este episodio desencadenó una espiral de represalias que duró más de 20 años. Según Andrews (2016: 153), 113 activistas de la izquierda radical japonesa perdieron la vida en este tipo de incidentes (uchi-geba)[31]. Dos características especiales de estos ataques sugieren que deberían excluirse de la contabilidad de víctimas terroristas. En primer lugar, dado que ni Kakumaru-ha ni Chukaku-ha eran grupos clandestinos, rara vez usaban armas o bombas en sus ataques. Su método más frecuente (golpear a las víctimas con palos o porras) está muy alejado de los métodos típicos del terrorismo. En segundo lugar, estos ataques no estaban dirigidos contra el Estado o la sociedad, formaban parte de un conflicto puramente sectario en el seno de la izquierda. El único ataque parecido a un ataque terrorista puro fue llevado a cabo por Chukaku-ha bastante tarde, el 12 de abril de 1990, cuando hizo explotar una bomba incendiaria que acabó con la vida de la mujer del director de una gran empresa (este asesinato sí está incluido en

la base de datos).

En el caso de Estados Unidos, el problema principal consiste en dilucidar si Black Liberation Army (BLA), un grupo armado creado por algunos de los miembros más radicalizados del Partido de los Panteras Negras en la costa este, se considera un grupo revolucionario en lugar de uno étnico. Aquí hay dos asuntos que deben ser tratados por separado: primero, si toda la violencia del movimiento del black-power fue "terrorismo" y, segundo, con respecto a la violencia que realmente consideramos terrorista, si puede considerarse revolucionaria en lugar de étnica o territorial.

Sobre el primer aspecto, conviene comenzar repasando la actividad del Black Panther Party for Self-Defense (BPP). El BPP no era un grupo clandestino, aunque algunos de sus miembros pasaron a la clandestinidad cuando temían ser arrestados o asesinados por la policía. La paradoja es que, debido a la excepcionalidad norteamericana sobre el derecho a portar armas, los miembros del BPP usaban armas pero no tenían necesidad de actuar clandestinamente. Esto no hubiera sido posible en ninguna otra sociedad desarrollada. El BPP llevó a cabo actos violentos, pero no planeó ataques contra las fuerzas de seguridad: la mayoría de los episodios de violencia fueron consecuencia de tiroteos con la policía (el primero involucró al fundador Huey Newton, quien el 27 de octubre de 1967 mató a un oficial). El BPP no realizó nunca ataques planificados contra el enemigo (es decir, "el sistema", la policía), a pesar de que durante los años 1968-1969 la policía mató a más de 10 panteras, algunos en tiroteos y otros mediante puro actos de represión (como el asesinato del líder Fred Hampton y Mark Clark en diciembre de 1969 en Chicago)[32]. Los pocos asesinatos que se pueden atribuir a las operaciones de BPP fueron casos de violencia intestina, como sucedió por ejemplo con Alex Rackley en New Haven el 20 de mayo de 1969, acusado de ser un chivato (Bass y Rae, 2006). En ese año, también hubo enfrentamientos sectarios entre miembros del BPP y miembros de la facción rival, United Slaves (Esclavos Unidos) de Ron Karenga, que causaron la muerte de cuatro personas. Según mis propias averiguaciones, el BPP mató a siete personas entre 1969 y 1972 debido a la lucha entre facciones y a la paranoia sobre la existencia de chivatos. La mayor parte de la actividad del BPP era política (agitar a las masas a través de

manifestaciones y protestas, organizar la comunidad, proporcionar educación y alimentos a los negros, etc.). La violencia jugó un papel importante en el discurso del BPP, pero fue más retórica que real (Austin, 2006). Debido a todas estas razones, he decidido excluir la violencia de BPP del terrorismo. Aunque protagonizaron episodios de violencia política, estos no encajan en el molde terrorista: el grupo no era clandestino, la mayoría de los asesinatos fueron intestinos y los que no lo fueron ocurrieron a raíz de tiroteos con las fuerzas de seguridad; por último, el BPP nunca planeó ataques contra sus enemigos.

El BLA es un asunto completamente diferente. En 1970, el BPP se dividió en dos facciones opuestas, una dirigida por Newton y otra por Edgar Cleaver. La facción liderada por Cleaver estaba más inclinada a la violencia y se concentró en Nueva York y la costa este. Algunos de sus miembros pasaron a la clandestinidad y constituyeron el BLA en 1971. A todos los efectos, se trataba de un grupo terrorista: un miembro del mismo, Kuwasi Balagoon, dijo ante el juez: "El BLA es una organización que se atribuye asesinatos planificados. En nuestra historia hay numerosos casos de ataques contra la Policía que fueron reivindicados e incluso se enviaron comunicados a los medios de comunicación..." (Balagoon, 2003: 60). Esta es una diferencia crucial con el BPP, que nunca puso en práctica este tipo de táctica basada en asesinatos planificados. El BLA claramente se ajusta al patrón típico de los grupos terroristas.

Ahora bien, la pregunta que surge a continuación es si el terrorismo del BLA puede clasificarse como revolucionario o debería clasificarse más bien como étnico. Aunque la presencia del elemento étnico es demasiado obvia como para ignorarla, también es cierto que la violencia no fue sectaria, como suele ser en el caso en este tipo de violencia. La lucha armada del BLA no se concibió como una batalla de negros contra blancos, sino como una lucha contra la opresión y la discriminación inherente al sistema[33]. La retórica del BLA (al igual que la del BPP) fue típicamente revolucionaria y bastante diferente, por ejemplo, de la de Republic of New Africa, un grupo explícitamente nacionalista que luchó por la secesión (aspiraba a crear un nuevo país negro en el territorio comprendido por Alabama, Georgia, Luisiana, Misisipi y Carolina del Sur) (Davenport, 2005). Vale la pena mencionar que en enero

de 1970 Huey Newton declaró que el BPP no era un grupo nacionalista, sino socialista con principios internacionalistas (Lader, 1979: 269). En pocas palabras, el BLA era, en mi opinión, un grupo terrorista revolucionario según el cual el sujeto revolucionario, en el contexto de Estados Unidos, era la comunidad negra en lugar de la clase trabajadora en general.

Finalmente, he excluido los asesinatos perpetrados por individuos (frente a grupos u organizaciones). Un caso bien conocido es el de Theodore J. Kaczynski, "Unabomber", que mató a tres personas (en 1985, 1994 y 1995). Otro caso similar y más oscuro es el de los Tullers: Charles Tuller y sus dos hijos (con la ayuda de un amigo) decidieron lanzar una campaña revolucionaria robando un banco en Arlington el 25 de octubre de 1972: mataron a uno de los clientes y a un policía. Cuatro días después, secuestraron un avión en Houston y volaron a Cuba. En el aeropuerto, mataron a un trabajador del mismo. Hubo otros casos de este tipo de violencia política no organizada. Como regla general, he excluido a los terroristas del tipo "lobo solitario" (Phillips, 2011; Spaaij, 2010), como Unabomber, pero también los asesinatos de los Tuller, que se llevaron a cabo sin ninguna infraestructura organizativa[34]. En los ataques realizados por lobos solitarios falta el elemento de acción política colectiva que es intrínseco al terrorismo: en cierto sentido, los ataques de lobos solitarios son más expresivos que políticos.

3.2. Características de los grupos clandestinos

Los grupos armados revolucionarios fueron bastante pequeños. Aunque es difícil recopilar datos fiables sobre estas organizaciones, todas las estimaciones coinciden en que el número de miembros fue inferior a 500 en todos los casos y a menudo incluso por debajo del centenar. Estos números corresponden en todo caso a aquellos que portaban armas; no tienen en cuenta, por lo tanto, la red de simpatizantes que podían brindar asistencia (casas de seguridad, servicios de inteligencia, etc.) y que no pasaban a la clandestinidad.

Estos números tan bajos no solo se deben a la naturaleza

clandestina de estos grupos, ya que los grupos terroristas nacionalistas, que eran igualmente clandestinos, tenían estructuras más grandes. El tamaño reducido de los grupos revolucionarios es más bien consecuencia de su aislamiento social. No había tantas personas que apoyaran la lucha armada y estuvieran dispuestas a convertirse en terroristas. Si bien este indicador puede resultar un poco engañoso, la izquierda extraparlamentaria nunca obtuvo más del 3% de los votos en las pocas ocasiones en las que decidió presentarse a las elecciones, mientras que las ramas políticas de PIRA (Sinn Fein) o ETA (Batasuna) obtuvieron en algún momento el apoyo de al menos el 15% de las personas que viven en Irlanda del Norte y el País Vasco, respectivamente.

A fin de mantener sus organizaciones y comprar armas, los terroristas necesitaban dinero. En el caso de los grupos revolucionarios, optaron, casi sin excepción, por los atracos a bancos, que requieren una infraestructura organizativa más ligera que, por ejemplo, la extorsión a empresarios (la opción preferida de los grupos nacionalistas en Europa occidental). Además, los bancos eran la encarnación del espíritu capitalista, contra el cual luchaban estos grupos, y por lo tanto eran a su entender objetivos legítimos. En palabras de un miembro del grupo portugués Fuerzas Populares 25 de Abril,

Una organización clandestina revolucionaria debe incluir entre sus objetivos a corto plazo acciones para obtener dinero; sin dinero, no puede desarrollar su infraestructura, mantener redes de apoyo o incluso garantizar la supervivencia y seguridad de sus miembros. De estas acciones, la más común es la expropiación de bancos, que son símbolos específicos del Capital y la sociedad de clases (De Sousa, 1992: 61).

Los atracos a bancos produjeron un buen número asesinatos no planificados: a veces, la policía aparecía en la escena del crimen y se intercambiaban disparos; en otras ocasiones, algún civil mostraba resistencia y recibía un balazo. Hasta cierto punto, se podría decir que estas operaciones fueron funcionales para habituar a los

miembros de las organizaciones revolucionarias a la violencia letal; marcaron el camino a los asesinatos planificados.

3.3. El tipo de violencia

En términos de violencia, la característica principal del terrorismo revolucionario fue su selectividad. Estos grupos nunca estuvieron interesados en maximizar el número de víctimas. Como dije anteriormente, la violencia siempre se entendió como un medio para movilizar y educar a las masas. Los ataques indiscriminados, o los ataques contra civiles sin ninguna intencionalidad estratégica, se consideraron inaceptables o contraproducentes. Los objetivos de la violencia estaban claramente definidos: los ataques tenían que dirigirse contra el sistema capitalista y el Estado. Para los revolucionarios, pues, los objetivos "legítimos" estaban formados por fuerzas de seguridad, políticos, funcionarios públicos y empresarios.

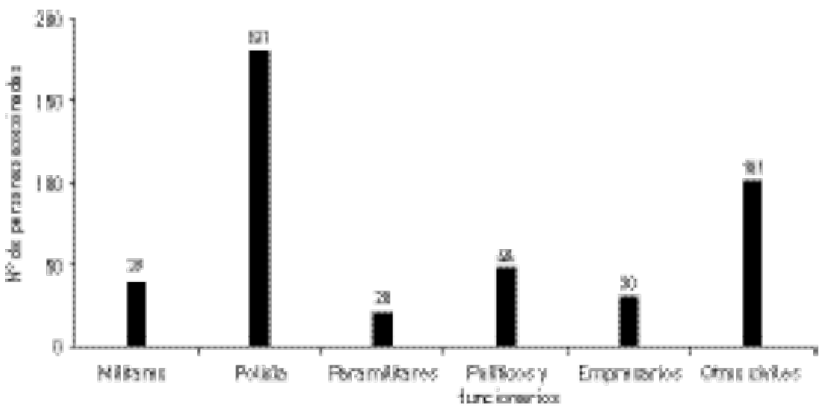
Gracias a la base de datos podemos describir de forma sistemática la selección de víctimas en estos grupos. Se han distinguido seis categorías: militares, policías, paramilitares (otros terroristas asesinados en ataques sectarios o intestinos), políticos y funcionarios públicos (como jueces), empresarios (que encarnan la clase capitalista) y un grupo residual de otros civiles. El gráfico 2.2 muestra que los terroristas revolucionarios mataron predominantemente a miembros de la Policía. Esta es, con mucho, la categoría más numerosos, representa el 43,2% de todos los asesinatos. Si agregamos el 9,3% de militares, más el 4,8% de paramilitares, podemos concluir que el 57,3% de todas las víctimas letales fueron, en términos generales, combatientes; un porcentaje similar al de las guerras interestatales o guerras civiles[35]. Políticos y funcionarios públicos representan el 11,5% de todos los asesinatos, los empresarios el 7,2% y, finalmente, la categoría residual de otros civiles, el 24,1%.

Estas cifras revelan que, en general, los civiles no fueron el objetivo principal de los terroristas revolucionarios. El contraste con otros

grupos armados en países ricos es llamativo. Restringiendo el análisis a Europa occidental, DTV distingue cuatro tipos de violencia terrorista: revolucionaria, nacionalista, vigilante (destinada a defender el statu quo, como los unionistas en Irlanda del Norte) y fascista (destinada a provocar un golpe de Estado). La tabla 2.2 ofrece una comparación en términos de selección de víctimas. Si nos centramos en la última fila, la de "otros civiles", destacan dos grupos: por un lado, el formado por los terrorismos revolucionario y nacionalista, con un porcentaje de "otros civiles" por debajo del 40%, y por el otro los terrorismos vigilante y fascista, con un porcentaje superior al 80%. Los grupos revolucionarios, en cualquier caso, son aquellos que matan a menos civiles en términos relativos.

Gráfico 2.2

Selección de víctimas



La diferencia en el ataque contra militares y policías entre el terrorismo revolucionario y el nacionalista probablemente no se deba a tácticas distintas, sino simplemente al hecho de que el Ejército británico estuvo muy involucrado en Irlanda del Norte, mientras que el Ejército no fue un actor relevante en las respuestas de los Estados al terrorismo revolucionario.

Tabla 2.2

Selección de víctimas en cuatro tipos diferentes de terrorismo en Europa occidental (porcentajes de columna)

	Revolucionario	Nacionalista	Vigilante	Fascista
Militares	5,5	21,1	0,4	0,3
Policía	47,6	33,2	1,2	7,8
Paramilitares	1,9	5,1	11,0	8,6
Políticos y funcionarios	13,2	3,1	0,2	0,8
Empresarios	8,2	1,0	0,5	0,0
Otros civiles	23,4	36,5	86,7	82,5
Asesinatos totales	363	2.920	1.033	372

Fuente: DTV.

Además del tipo de víctimas, la selectividad de la violencia es otra propiedad que arroja algo de luz sobre las peculiaridades de los grupos terroristas. Ahora no analizamos la identidad de las víctimas, sino si el ataque fue indiscriminado en mayor o menor medida[36]. Una manera de medir la selectividad consiste simplemente en comparar el número promedio de personas asesinadas por ataque mortal, suponiendo que los grupos armados más selectivos causarán ataques con menos muertes. En este sentido, los datos de DTV muestran que los terroristas revolucionarios fueron los más selectivos, con 1,6 personas asesinadas por ataque letal, en comparación con 2,8 en el caso del terrorismo nacionalista, 2,4 en el del vigilante y, muy por encima de todos ellos, 22,8 en el fascista. Claramente, el terrorismo fascista buscaba producir masacres indiscriminadas.

La mayoría de los ataques fueron reivindicados (74,3%), un porcentaje que no es muy diferente al del terrorismo nacionalista (83,5%). La reivindicación, en cambio, es un fenómeno más bien raro en los terrorismos vigilante y fascista (15,6% y 35,6%, respectivamente). Esto significa que los ataques llevados a cabo por grupos revolucionarios y nacionalistas tenían un propósito claro, transmitir un mensaje que requería una reivindicación previa para poder ser decodificado correctamente. Los terrorismos vigilante y fascista siguieron una lógica diferente, consistente en extender el terror y la ansiedad: no había necesidad de reivindicar nada y, además, la falta de información sobre la autoría de los ataques hizo que los atentados fueran aún más terroríficos.

Finalmente, el tipo de armas utilizadas para el ataque también revela el tipo de violencia de los diversos grupos armados. En el caso del terrorismo revolucionario, el 83% de los ataques letales se llevaron a cabo mediante armas de fuego, un método más selectivo que los explosivos. Los porcentajes son inferiores en el terrorismo nacionalista (62,2%), en el vigilante (74,7%) y en el fascista (solo 42,7%). Los fascistas se especializaron en el uso de bombas contra la población civil.

Cabe extraer de este breve análisis algunas lecciones generales: el terrorismo revolucionario mató a menos personas que otros tipos de terrorismo; predominantemente, atacó a las fuerzas de seguridad,

sobre todo a la Policía; la mayoría de los ataques fueron contra el Estado y no contra grupos sociales (violencia sectaria) o contra la sociedad en general (violencia indiscriminada); la letalidad por ataque fue menor que en otros tipos de terrorismo; y la mayoría de los asesinatos se produjeron con armas de fuego.

Los grupos terroristas revolucionarios estaban al tanto de lo que sucedía en los países vecinos; probablemente convergieron en tácticas similares (por ejemplo, atracos a bancos, secuestros, asesinatos selectivos, bajos niveles de letalidad) a partir de un proceso de emulación recíproca[37]. Además, el hecho de que se diera lucha armada en países ricos sirvió de inspiración para el surgimiento de grupos armados en otros países similares en cuanto a desarrollo económico. Los activistas revolucionarios se sabían parte de un frente común contra el capitalismo y el imperialismo. Cuanto más se generalizó la lucha armada, mayores fueron los incentivos para reproducir en casa las campañas de violencia que se estaban llevando a cabo en otros países.

Sin embargo, la presencia de contactos, emulación y fuertes similitudes en los patrones de violencia no prueba la existencia de una especie de "Internacional terrorista". Durante la década de 1970 se especuló sobre esta Internacional (por ejemplo, Demaris, 1977), que habría estado basada en las conexiones entre grupos palestinos y terroristas revolucionarios de países desarrollados. Es un dato incontrovertible, por lo demás, que muchos activistas europeos recibieron entrenamiento guerrillero en Jordania o Yemen, así como que hubo grupos de colaboración organizados por los grupos palestinos con terroristas alemanes o japoneses. El Frente Popular para la Liberación de Palestina (PFLP) fue particularmente activo en este cometido. Ejemplos infames son la masacre del aeropuerto de Lod (Tel-Aviv) de 1972, realizada por miembros del Ejército Rojo Japonés (26 personas asesinadas) (Farrell, 1990: cap. 6); el ataque contra los líderes de la OPEP en Viena en 1975 (dirigido por Ilich Ramírez, "Carlos el Chacal"), en el que participaron dos terroristas alemanes (Demaris, 1977: 3-22); y el secuestro de un avión alemán que volaba de Mallorca a Frankfurt por un comando palestino que exigía la liberación de prisioneros de la RAF (Aust, 2008: 372-408).

No obstante, todas estas conexiones no significan necesariamente que hubiera un cerebro en la sombra capaz de planificar la subversión en todo el mundo desarrollado. El único caso en el que se produjo una coordinación explícita se registró a principios de la década de 1980, bastante tarde, por lo tanto, en el ciclo de violencia: varios grupos europeos intentaron establecer una alianza estable para luchar contra el imperialismo. La Facción del Ejército Rojo en Alemania, las Células Combatientes Comunistas en Bélgica, Acción Directa en Francia y los restos de las Brigadas Rojas en Italia se sumaron a esta alianza, que nunca llegó a materializarse en el terreno operativo (Alexander y Pluchinsky, 1992: 8-9; Dartnell, 1995: 87-88).

Sin negar los vínculos entre los grupos, ni la influencia mutua o el aprendizaje, creo que puede mostrarse que el "éxito" relativo de cada grupo (medido en términos de asesinatos) se explica en gran medida por las diferencias en las trayectorias históricas de los países. Por muy importante que fuera la difusión del terrorismo, la variación entre países en la intensidad del terrorismo es consecuencia de las características propias de cada país. Como se verá en los siguientes capítulos, hubo intentos de crear grupos violentos clandestinos en casi todos los países; dichos intentos podrían ser resultado de la difusión y la emulación; no obstante, solo en unos pocos países encontraron los grupos clandestinos un ambiente favorable para lanzar campañas letales.

CAPÍTULO 3

LOS CASOS PRINCIPALES DE TERRORISMO REVOLUCIONARIO

1. Introducción

Este capítulo presenta la historia de los casos principales de terrorismo revolucionario (los de Italia, España, Japón y Alemania) y los complementa con un breve análisis de dos casos menores (Grecia y Portugal). Omite los casos desviados de Francia y Estados Unidos: según el argumento de este libro, ninguno de estos dos países debería haber experimentado terrorismo revolucionario mortal, pero ambos lo tuvieron. Intento explicar estas dos anomalías en los capítulos 5 y 6.

Los breves análisis históricos que se ofrecen a continuación sacan a relucir algunos puntos en común interesantes. Presto mucha atención a la génesis de la violencia, examinando con cierta profundidad el movimiento de protesta del 68 que antecedió al surgimiento del terrorismo. Se percibe un patrón claro. A diferente velocidad en cada caso, se recorrieron cuatro pasos en el ciclo de radicalización y extremismo:

Inicialmente, las protestas estudiantiles fueron pacíficas (pero también desafiantes y provocativas) y, a menudo, estaban relacionadas con problemas educativos.

Se organizaron manifestaciones o marchas y la policía reprimió la protesta. Si los estudiantes utilizaron la violencia, esta fue básicamente defensiva, en respuesta a la represión policial.

La represión atrajo a nuevas personas al movimiento y la protesta se volvió más radical. Finalmente, los estudiantes recurrieron a la violencia de manera ofensiva, atacando a la policía. Las actitudes antisistema se generalizaron.

En los combates callejeros, se utilizó violencia de baja intensidad (barricadas, cócteles molotov, adoquines, etc.) por parte de los elementos más radicalizados del movimiento.

La adopción de la violencia terrorista fue un salto cualitativo y supuso una separación entre el movimiento de protesta y el grupúsculo terrorista que pasó a la clandestinidad. Como argumentan Della Porta y Tarrow (1986), la creación de grupos clandestinos ocurrió en el contexto de una movilización en declive, cuando el número de participantes en la protesta estaba en fase descendente. Esta asociación entre el surgimiento de la violencia terrorista y el declive de la protesta se puede interpretar de dos formas alternativas, que no son necesariamente incompatibles[38]: o bien la adopción de tácticas más extremistas alejó a los moderados del movimiento, o bien los activistas más comprometidos optaron por la violencia para compensar la caída en el número de participantes. Cabe suponer que se desencadene un ciclo de realimentación positiva, en el que las expresiones iniciales de violencia empujan a algunas personas a abandonar el movimiento y, a medida que este se debilita, la violencia se vuelve dominante. La evidencia histórica recogida para este capítulo apunta a la mayor importancia de este último elemento: el terrorismo fue una respuesta desesperada o de última instancia al final del ciclo de movilización. Resulta especialmente claro en los tres casos canónicos de Italia, Japón y Alemania. España no encaja tan bien por las condiciones especiales del régimen autoritario de Franco, que se prolongó mucho más allá de todo el periodo de movilización y protesta de finales de los sesenta.

Cuando un grupo de activistas pasaba a la clandestinidad, la dinámica de la violencia siguió un patrón muy parecido. La clandestinidad impone severas limitaciones, cuyas consecuencias han sido estudiadas por Della Porta (1995; 2013). Debido a las restricciones que se siguen de la acción secreta, las organizaciones clandestinas tienen poca capacidad de reacción a los cambios en su entorno, lo que hace que estos grupos sean propensos a perder el contacto con la realidad. Los vínculos entre quienes empuñan las armas y quienes les apoyan se debilitan, si es que no se suprimen del todo. Así, el grupo armado se desvincula de la sociedad y se enfrasca en una guerra puramente bilateral con el Estado, con una participación mínima de los movimientos sociales.

Algunos activistas con experiencia directa de la clandestinidad fueron muy conscientes de este fenómeno. Michael “Bommi” Baumann, miembro fundador del grupo alemán Movimiento 2 de Junio, lo expresó de esta manera:

Puesto que eres ilegal, no puedes mantener el contacto con la gente de la base. Ya no participas directamente en ningún desarrollo posterior de toda la escena política. […] En consecuencia, el grupo se vuelve cada vez más cerrado. Cuanta mayor es la presión desde el exterior, más prietas se mantienen las filas, más errores se cometen, más se interioriza la presión (Baumann, 1978: 108).

Asimismo, un miembro de las Fuerzas Populares 25 de Abril describió su experiencia en estos términos:

Mi principal preocupación era cómo romper el aislamiento que nos asfixiaba como consecuencia de la actividad clandestina, en la que la seguridad y la eficacia nos empujaban hacia la autosuficiencia. […] El ambiente opresivo de la organización clandestina favorecía el dogmatismo ideológico, los militantes participaban en acciones cada vez más alejadas del movimiento real (De Sousa, 1992: 117-118).

Las limitaciones de la clandestinidad ayudan a entender un patrón común en la mayoría de los grupos armados revolucionarios, a saber, un protagonismo creciente de ataques autorreferenciales conforme pasa el tiempo. Siguiendo la distinción de McCormick (2003) entre los dos grandes objetivos que persiguen las organizaciones terroristas, la influencia y la seguridad, cabe dividir los ataques entre aquellos que están claramente destinados a promover la causa política del grupo (influencia) y aquellos que tienen como objetivo garantizar la reproducción de la organización (seguridad). En los ataques autorreferenciales, los objetivos

políticos (influencia) son sustituidos completamente por consideraciones internas (seguridad). Así ocurre, por ejemplo, en aquellos ataques cuya principal motivación radica en la suerte de los prisioneros del grupo. En este caso, el objetivo original de movilizar al pueblo a favor de la revolución se suspende en favor de una búsqueda mucho más limitada de la supervivencia de la organización. La violencia se lleva a cabo como un dispositivo para mantener vivo al grupo. La tendencia hacia ataques autorreferenciales se ve facilitada por el aislamiento social en el que operan los grupos clandestinos.

En la presentación de los estudios de caso, he ordenado los países según la intensidad de la violencia. Dada su importancia, el análisis de Italia es el más completo. Establece un esquema que utilizo después para organizar el análisis del ciclo de violencia en el resto de países.

2. Italia

Italia tuvo la mayor intensidad de terrorismo revolucionario en el conjunto de los países ricos. Los llamados anni di piombo (años de plomo) han sido objeto no solo de investigaciones académicas, sino también de novelas, películas y relatos periodísticos. La memoria de los años setenta italianos está indeleblemente ligada al terrorismo (tanto revolucionario como de extrema derecha). Dado el papel destacado de Italia, presento una narración algo más detallada de este país.

2.1. El ciclo de protesta, radicalismo y primeras formas de extremismo

A pesar de la asociación habitual entre las protestas de 1968 y Francia, el ciclo de protestas de estudiantes y trabajadores fue más intenso y duradero en Italia (Horn, 2007: 112; Tarrow, 1989: 6); de hecho, Italia es el único país rico en el que la protesta del 68 tuvo un efecto rebote en 1977, cuando el movimiento estudiantil resurgió con fuerza. Además, la cultura del radicalismo y la violencia estaba más arraigada en la sociedad italiana que en cualquier otro lugar del mundo opulento. El marxismo, con sus interminables dialectos, era la lengua franca del movimiento italiano en mayor medida que en cualquier otro país, con la posible excepción de Japón. Por otro lado, en ningún otro país las luchas de estudiantes y trabajadores estuvieron tan bien integradas. La huelga general de mayo en Francia fue el punto culminante de la colaboración entre estudiantes y trabajadores, pero fue una alianza de corta duración. En Italia, los estudiantes más politizados se trasladaron a las fábricas después del verano de 1968: la combinación de estudiantes y trabajadores radicales se prolongó mucho más allá del autunno caldo (otoño caliente) de 1969. En

términos generales, la protesta laboral y estudiantil se extendió en mayor medida y fue más resistente en Italia que en Francia o en cualquier otro lugar.

En comparación con Alemania y Japón, el fascismo en Italia no era una amenaza imaginaria ni una némesis del pasado. La presencia de grupos fascistas fue bastante real. La coexistencia de dos formas de extremismo resultó crucial para la dinámica de radicalización y polarización de la política italiana a finales de los sesenta y setenta (Panvini, 2009). Tanto la izquierda radical como su equivalente en la derecha compartían el desprecio por la coalición de centro-izquierda (formada por democristianos y socialistas) que gobernó el país durante los años sesenta. Ambos grupos radicales utilizaron la violencia y la justificaron alegando que sus archienemigos la empleaban, en una especie de círculo vicioso que puso en marcha los anni di piombo, situando al terrorismo en el núcleo de la política italiana.

A diferencia de otras versiones nacionales de la Nueva Izquierda, donde los temas dominantes fueron los de la Guerra Fría, el imperialismo, la democracia participativa y la liberación personal, la Nueva Izquierda italiana se centró en las cuestiones laborales. Su característica definitoria fue su “obrerismo” (operaismo) (Spini, 1972: 57; Tarrow, 1989: 128-131). En la influyente revista Quaderni Rossi, editada por Raniero Panzieri y publicada entre 1961 y 1966, hubo una discusión muy abstracta sobre cómo trascender las formas tradicionales de la lucha laboral, así como una búsqueda de alternativas a nivel organizativo (más allá del sindicato) y táctico (más allá de la huelga). La tesis principal establecía que para que la clase obrera se convirtiera en un actor verdaderamente revolucionario, debía estar imbuida de una conciencia revolucionaria que se desarrollaría gracias a formas de protesta más espontáneas que las tradicionales y a una mayor ambición de control sobre el proceso productivo.

El movimiento estudiantil italiano nunca asumió la tesis de Marcuse (tan popular en Estados Unidos y Alemania) de que el sujeto revolucionario ya no era la clase trabajadora (Ginsborg, 2003: 309). El operaismo es claramente visible en el primer documento significativo escrito por los estudiantes durante las movilizaciones

de febrero de 1967 en Pisa. En su protesta contra las reformas educativas del Gobierno, los estudiantes elaboraron un manifiesto que se publicó en Il Mulino en marzo de 1967, conocido como Tesi della Sapienza. El manifiesto retrata al estudiante como el futuro trabajador ("el estudiante es la fuerza de trabajo en la fase de cualificación"); la consecuencia de este planteamiento es que los estudiantes deberían llevar al campus las protestas de la clase trabajadora, pues, en última instancia, su enemigo real es el mismo que el de los trabajadores, es decir, el poder capitalista (Lumley, 1990: 65). El análisis del estudiante en términos "obreristas" solo se dio en Italia y ayuda a explicar la interacción fluida entre las protestas estudiantil y obrera.

El ciclo del conflicto estudiantil comenzó en el otoño de 1967. Un aspecto importante del mismo fue la búsqueda de la autonomía: la protesta se llevó a cabo al margen de los sindicatos, partidos y organizaciones estudiantiles existentes. Los estudiantes se autoorganizaron, expresaron sus preocupaciones a través de nuevos canales y utilizaron nuevos métodos de protesta. La autonomía como categoría política ganó enorme importancia en Italia (y en menor medida en Alemania) y pronto se trasladó del ámbito estudiantil a la lucha en la fábrica (Tarrow, 1989: 131-134).

Las primeras manifestaciones de rebeldía se dan en la Universidad de Trento, creada en 1962 como Instituto Universitario Superior de Ciencias Sociales (Horn, 2007: 74-77). La Universidad tuvo la primera Facultad de Sociología en Italia; dos de los fundadores de las Brigadas Rojas, Renato Curcio y Margherita Cagol, estudiaron allí. En marzo de 1967, los estudiantes organizaron una semana de protestas contra la guerra de Vietnam y el imperialismo. Las autoridades universitarias pidieron a la policía que expulsara a los estudiantes del campus. Después del verano, las protestas se reanudaron y el año académico no pudo comenzar con normalidad. Hubo sentadas, asambleas y ocupaciones de edificios. Los estudiantes redactaron un manifiesto en el que avanzaban la idea de una "universidad negativa", es decir, el reverso de la institución académica existente, que en su opinión estaba sujeta a las limitaciones y necesidades del sistema capitalista por su carácter tecnocrático (Ballestrini y Moroni, 2005: 210-213).

A Trento le siguió la Universidad Católica de Milán. En este caso, la protesta se centró inicialmente en las tasas y otros problemas educativos, pero pronto se extendió a las causas mucho más amplias de la época. Hubo ocupaciones y la policía también entró al campus. El mismo patrón se repitió en noviembre durante la ocupación del Palazzo Campana, el edificio de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Turín. En esta ocasión, la protesta se centró en la relación jerárquica y autoritaria entre profesores y estudiantes. Las ocupaciones, sentadas y asambleas se reprodujeron por todo el país. En enero de 1968, 36 universidades se encontraban "ocupadas" (Lumley, 1990: 66). Un gran número de estudiantes de secundaria se unió al movimiento en febrero del mismo año.

Al igual que sucedió en otros lugares, la intervención de la policía radicalizó el conflicto. El punto de inflexión fue la ocupación de la Universidad de Roma el 27 de febrero de 1968. Los estudiantes decidieron tomar el control de los exámenes y el rector llamó a la policía (Ballestrini y Moroni, 2005: 237). El 1 de marzo, los estudiantes trataron de tomar la Facultad de Arquitectura, iniciando un enfrentamiento encarnizado con la policía en la llamada batalla del Valle Giulia (por la ubicación de la facultad). Aquel episodio se convirtió en punto de referencia para las protestas siguientes. Alrededor de 150 policías y más de 400 estudiantes resultaron heridos durante los enfrentamientos. Fue la primera vez en la que los estudiantes adoptaron una postura ofensiva y atacaron a la policía. El PCI, como sus homólogos francés y japonés, tenía una actitud ambigua y desconfiada hacia la agitación estudiantil. El famoso intelectual Pier Paolo Pasolini, cercano al Partido Comunista, escribió un poema sarcástico, Il Pci ai giovani, en el que se puso del lado de la policía ("los hijos de los pobres"), describiendo a los estudiantes como los figli di papà que se rebelaban contra sus padres burgueses.

En su reconstrucción cuantitativa del ciclo de protestas, Tarrow (1989: fig. 4.1, 89) muestra claramente que las protestas universitarias perdieron ímpetu después del verano de 1968. A finales de 1969, la ola casi se había extinguido[39]. Pero esto no significa que desapareciese el conflicto. Los elementos ideológicamente más radicales del movimiento mantuvieron el

espíritu de la época en las nuevas organizaciones que se crearon durante la segunda mitad de 1968 y a lo largo de 1969, constituyendo la izquierda extraparlamentaria más poderosa del mundo desarrollado. Algunas de estas organizaciones fueron Unione dei Comunisti Italiani, Avanguardia Operaia, Potere Operaio y Lotta Continua. Todas ellas compartían un enfoque leninista de la acción política: suponían que la revolución se produciría como consecuencia de la agitación de una vanguardia formada por aquellos con mayor conciencia política. Por supuesto, hubo muchas variantes en este enfoque: algunos se basaron más en el papel del partido y la organización, mientras que otros se centraron más en las batallas a nivel local.

Las lecciones, las redes y las tácticas de la protesta universitaria se pusieron ahora al servicio de una lucha más ambiciosa en la que el principal escenario del conflicto pasaba a ser la fábrica. Muchos defendieron que la lucha de clases debía llevarse a cabo en el lugar de trabajo. Así como los estudiantes habían roto los vínculos con las asociaciones tradicionales, los trabajadores deberían hacer algo similar con los sindicatos de siempre. El argumento era que nuevas formas de acción, basadas en la espontaneidad y las asambleas, pondrían en marcha procesos que superarían las limitaciones de la protesta laboral clásica. Así, se constituyeron los primeros comitati unitari di base (CUB) en la Pirelli de Milán y luego en muchas otras ciudades, como reflejo del ejercicio de la autonomía de los trabajadores (Horn, 2007: 114-115). Algunos de los grupos de izquierda extraparlamentaria cristalizaron en el contexto de estas nuevas formas de lucha. Lotta Continua, por ejemplo, se creó bajo el liderazgo de Adriano Soffri durante el conflicto en la fábrica de Fiat Miriafiori en Turín (Balestrini y Moroni, 2005: 369-372; Bobbio, 1988: 55-58). El primer número del semanario del mismo nombre, Lotta Continua, se publicó el 1 de noviembre de 1969: era la confluencia de la lucha de la Fiat, el movimiento estudiantil de Turín y las ideas de Quaderni Rossi. El objetivo era crear una fuerza movilizadora a largo plazo que persuadiera a la clase trabajadora de que sus intereses eran totalmente contradictorios con el capitalismo. Para ponerlo en la jerga que se usaba en ese momento, el objetivo era articular la lucha en términos de “antagonismo”.

La aparición de Lotta Continua tuvo lugar durante la ola de

conflicto laboral sin precedentes en el otoño de 1969 (el llamado autunno caldo). Con la excepción de Francia en 1968, Italia fue el país con el mayor volumen de huelgas de todo el periodo de posguerra. Según Lumley (1990: 167), el "otoño caliente" es el tercer movimiento de huelga más grande de la historia después del mayo francés y la huelga general británica de 1926.

Apenas dos semanas después de la publicación del primer número de Lotta Continua, el 19 de noviembre, el policía Antonio Annarumma fue asesinado en una manifestación en Milán organizada por la izquierda extraparlamentaria a la que asistieron tanto trabajadores como estudiantes. La reacción de Lotta Continua marcó el tono de lo que vendría después: en un enfrentamiento entre los trabajadores y la policía, decía el semanario, "los trabajadores siempre tienen la razón" (Panvini, 2009: 74).

El ritmo de los acontecimientos fue realmente intenso. Unas semanas más tarde, el 12 de diciembre, tuvo lugar la masacre de Piazza Fontana. Una bomba explotó en la sede de la Banca Nazionale dell'Agricoltura en Piazza Fontana, Milán. No hubo anuncio previo: 17 personas murieron y más de 80 resultaron heridas. Aunque la responsabilidad nunca se ha determinado judicialmente, el culpable más probable fue el grupo fascista Ordine Nuovo. El atentado de Piazza Fontana constituye el origen de la llamada "estrategia de tensión", consistente en ataques espectaculares contra la población civil cuyo propósito era generar tal ansiedad que la gente aceptara una intervención autoritaria (Weinberg y Eubank, 1987: cap. 3). En total, el terrorismo de derecha italiano mató a 227 personas en Italia entre 1969 y 1985, una cifra superior a la del terrorismo revolucionario para el periodo 1971-2003 (162 muertes). No hace falta decir que los ataques fascistas contribuyeron de manera crucial a la adopción de tácticas violentas por parte de la izquierda radical.

La primera reacción estatal a la masacre de Piazza Fontana fue culpar a los anarquistas por el derramamiento de sangre. Varias decenas de activistas fueron detenidos. El 15 de diciembre, uno de los detenidos, Giuseppe Pinelli, cayó por una ventana del cuarto piso de la comisaría de policía de Milán. La versión oficial era que se había suicidado, aunque la izquierda sospechaba que la policía lo

había tirado. Uno de los comisarios responsables de Pinelli era Luigi Calabresi, que sería asesinado por miembros de Lotta Continua el 17 de mayo de 1972.

El camino desde las primeras movilizaciones estudiantiles de 1967 hasta el asesinato de Calabresi por miembros de Lotta Continua resume paradigmáticamente el proceso de creciente extremismo en Italia. Ya en 1967, en la publicación Potere Operaio, se podían leer extractos como este: "Las masas deben estar preparadas en todo momento para afrontar cualquier forma de agresión del enemigo, oponiendo la violencia con la violencia" (Bobbio, 1988: 23). En aquel año se trataba solamente de un discurso, pero prefiguraba lo que iba a suceder en poco tiempo. La espiral fue desenvolviéndose sin pausa: las protestas estudiantiles inicialmente pacíficas evolucionaron hacia acciones más violentas en Valle Giulia en Roma, cuando la lucha se extendió a las calles. Las batallas callejeras, tanto entre estudiantes de izquierda y la policía como entre estudiantes de izquierda y fascistas, se volvieron cada vez más frecuentes. El ataque a Piazza Fontana fue un punto sin retorno. La masacre fascista hizo realidad las peores pesadillas de la izquierda extraparlamentaria. Los izquierdistas más radicales concluyeron que después de Piazza Fontana la lucha no podía limitarse a la fábrica, tenía que extenderse a la esfera política. Lotta Continua empezó a hablar del scontro generale, la insurrección y la necesidad de militarizar el movimiento, mientras que Potere Operaio llamaba abiertamente a una guerra civil contra el capitalismo y el Estado[40]. Las condiciones estaban maduras para el surgimiento de grupos violentos.

2.2. Los primeros pasos del terrorismo revolucionario

Desviándose un poco del patrón general, los grupos armados italianos no siempre fueron clandestinos (Moss, 1989: 55). El límite entre los grupos armados revolucionarios estrictamente clandestinos y los movimientos sociales y políticos era poroso. En muchas ocasiones resultaba difícil distinguir entre formas de terrorismo difuso y terrorismo organizado. Esta dificultad se ve agravada por el

hecho de que el movimiento de la autonomía rechazó toda forma de jerarquía, generando un elemento de espontaneidad que no estaba presente en otros países.

Un indicador de la continuidad entre la violencia política callejera y el terrorismo es la extrema fragmentación de los grupos armados: hubo 28 grupos diferentes que asesinaron al menos a una persona (tabla 3.1). En total, 162 personas murieron y otras 257 resultaron heridas o secuestradas[41]. Hay 25 ataques mortales en los que no he conseguido determinar la autoría, aunque hay indicios sólidos que sugieren que la responsabilidad corresponde a la izquierda. Los dos grupos principales fueron Brigate Rosse (BR) y Prima Linea (PL). Las Brigate Rosse, como se puede apreciar en la tabla 3.1, experimentaron varias fracturas y escisiones. Sin contar dichas escisiones, las BR fueron responsables de 53 asesinatos (y de 78 si se incluyen las escisiones). Por su parte, PL, tiene un número de muertos menor, con solo 17 asesinatos.

Tabla 3.1

Grupos revolucionarios letales en Italia

Nombre original	Número de asesinatos
Brigate Rosse (BR)	53
Brigate Rosse Walter Alasia (BR WA)	3
Brigate Rosse Partito Guerriglia (BR PG)	3
Brigate Rosse Partito Comunista Combattente (BR PCC)	0
Prima Linea (PL)	17
Grupo XXII Ottobre	1
Lotta Armata per il Comunismo	2
Nuclei Armati Proletari (NAP)	3
Gruppi de Azione Partigiana (GAP)	1
Brigate Comunisti Combattente (BCC)	1
Formazione Comunista Combattente (FCC)	1
Proletari Armati per il Comunismo (PAC)	5
Guerriglia Comunista (GC)	4
Squadre Proletarie Combattenti (SPDC)	1
Comitati Comunisti Rivoluzionari (CCR)	0

~~Guerriglia Proletaria (GP)~~	~~1~~
~~Formazioni Comuniste Armate (FCA)~~	~~1~~
~~Nuclei Comuniste Territoriali (NCT)~~	~~1~~
~~Colonna Fabrizio Pelli~~	~~1~~
~~Ronde Armate Proletarie (RAP)~~	~~1~~
~~Brigatta XXVIII Marzo~~	~~2~~
~~Barbagia Rossa~~	~~2~~
~~Brigata Operaria per il Comunismo (BOC)~~	~~1~~
~~Nucleo di Comunisti (NC)~~	~~2~~
~~Comunisti Organizzati per la Liberazione Proletaria (COLP)~~	~~2~~
~~Potere Rosso~~	~~1~~
~~Potere Proletario Armato (PPA)~~	~~1~~
~~Unione dei Comunisti Combattenti (UCC)~~	~~2~~
~~Movimiento autónomo~~	~~9~~
~~Extremistas de izquierda~~	~~11~~
Anarquistas	5

La historia de las BR resulta especialmente instructiva. Sus fundadores fueron Renato Curcio, Margherita "Mara" Cagol y Alberto Franceschini. Como se mencionó anteriormente, Curcio y Cagol, casados el 1 de agosto de 1969, eran antiguos alumnos de la Universidad de Trento. Ambos habían estudiado sociología y habían participado en la experiencia radical de la "universidad negativa". Curcio había militado brevemente en el Partito Comunista d'Italia marxista-leninista, una pequeña organización maoísta. En septiembre de 1969 se trasladaron a Milán, donde se unieron a otros activistas (entre ellos, Alberto Franceschini), participando en la creación del Collettivo Politico Metropolitano (CPM), el antecedente de las BR. Se involucraron en los movimientos autónomos de las grandes empresas industriales del Norte (Sit-Siemens, Fiat y otras), con el propósito de atraer a los trabajadores más radicales.

A finales de 1969, el grupo elaboró un extenso documento, "Lotta sociale e organizzazione nella metropolis" (incluido en Ruggiero, 2007a). De acuerdo con el diagnóstico general que ofrecían, el movimiento de 1968-69 había sido en gran parte espontáneo y debía ser superado por un movimiento revolucionario más ambicioso. El objetivo de la lucha era crear una organización que lograra canalizar la energía desatada por la práctica de la autonomía. Esto requería un mayor nivel de confrontación con el sistema, lo que llamaron una "lucha social compleja", una lucha a largo plazo en la que las masas se convencerían de la necesidad de una organización revolucionaria. Según el documento, "en las áreas metropolitanas de Norteamérica y Europa ya existen las condiciones para la transición al comunismo: la lucha tiene como objetivo generar las condiciones subjetivas" (Ruggiero, 2007a: 50). Curiosamente, el documento no menciona la violencia ni la lucha armada; habla solo de intensificar el enfrentamiento con el capitalismo y su criatura política, la democracia burguesa.

En abril de 1970, los activistas de CPM habían comenzado a entregar folletos en los que la firma era "Brigate Rosse". Sin embargo, la transformación de las Brigadas en una organización terrorista tardó varios años. Fue un proceso gradual de escalada. La primera acción significativa, el 27 de septiembre de 1970, consistió

en incendiar el coche del jefe de seguridad de la Pirelli. En un nuevo documento escrito en el otoño de 1970, “Fogli di lotta”, la organización fue más explícita sobre la justificación de la resistencia armada. Básicamente, argumentó que en la nueva fase de la lucha revolucionaria organizada, el movimiento no podía ir desarmado al enfrentamiento con los patrones de las fábricas. La violencia aún debía entenderse como una respuesta a la violencia del sistema.

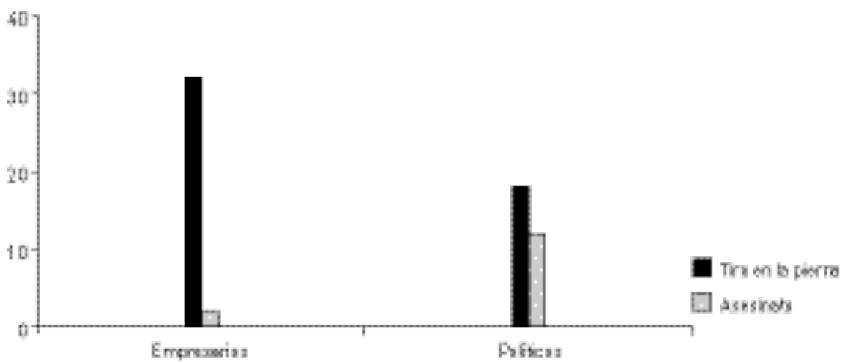
En 1971, las BR empezaron a hablar abiertamente de propaganda armada, pasando de un enfoque defensivo a otro ofensivo. En el documento clave, “Classe contro classe: guerra di classe” (1971), las BR se definen a sí mismas como “un grupo de propaganda armada cuya tarea es ganar el apoyo y la simpatía de las masas proletarias para la revolución comunista” (Ruggiero, 2007a: 117). Es la primera vez que la organización se refiere a la lucha armada como un rasgo intrínseco de su actividad.

Curcio y Cagol pasaron a la clandestinidad en la primavera de 1971. Poco después, las Brigadas iniciaron sus primeros robos a mano armada, también llamados “expropiaciones”. Un hito significativo en los ataques propagandísticos fue el primer secuestro exprés el 3 de marzo de 1972. La víctima fue el ejecutivo de Sit Siemens, Idalgo Macchiarini. En conjunto, la operación duró menos de una hora. Al final de la misma, los perpetradores difundieron una foto del ingeniero con una pistola pegada a la mejilla y un cartel que incluía los famosos lemas “atacar a uno para educar a cien” y “todo el poder al pueblo armado” (Ruggiero, 2007a: 140). Junto con el secuestro exprés, otro tipo de ataque propagandístico no letal fue el tiro en la pierna (gambizzazione), un castigo ejemplar aplicado a empresarios, políticos y personas de extrema derecha. El tiro en la pierna era una práctica común en la administración de “justicia local” por el PIRA en Irlanda del Norte (Monaghan, 2004). En Italia, la práctica tenía más que ver con la propaganda armada. En cierto modo, la gambizzazione demostraba un grado de autolimitación considerable, pues la organización podría igualmente haber matado al objetivo. Si los terroristas no mataron en estos casos, fue para evitar alienar a los partidarios potenciales (en el capítulo 6 abordo el asunto de la autolimitación de los grupos armados).

De acuerdo con la base de datos específica sobre la violencia política italiana que he elaborado para esta investigación, 66 personas recibieron el tiro en la pierna, la gran mayoría entre 1977 y 1980. La mitad de ellos (33) eran empresarios. Resulta llamativo que las Brigadas Rojas solo mataran a tres empresarios en toda su trayectoria, lo que parece indicar que no eran objetivos legítimos de ataques letales. Moss (1989: 85) sostiene que esto se debió al interés de BR de no perder el apoyo de los trabajadores en la fábrica. De hecho, la comparación entre empresarios y políticos arroja algunas sorpresas, según se muestra en el gráfico 3.1. Mientras que 33 empresarios fueron heridos en la pierna y solo tres asesinados, en el caso de los políticos encontramos 18 que fueron heridos mediante este método y 12 que fueron asesinados. El primer tiro en la pierna a un político se produjo el 15 de mayo de 1975, cuando miembros de las BR entraron en el despacho del líder local de la DC, Massimo De Carolis, lo ataron a una silla y le dispararon.

Gráfico 3.1

Tiros en la pierna y asesinatos de empresarios y políticos (Br)



La decisión de matar no fue fácil para las Brigadas. Transcurrieron seis años entre la constitución del grupo terrorista y el primer asesinato planeado. Esto es aún más sorprendente si se tiene en cuenta que la izquierda radical italiana había recurrido a la violencia letal desde fecha muy temprana. El primer ataque mortal

en Italia por parte de una organización revolucionaria tuvo lugar el 26 de marzo de 1971: miembros del grupo XXII Ottobre mataron a un empleado durante un robo a mano armada. En rigor, no fue un ataque planeado. El primer asesinato planeado por la izquierda revolucionaria fue el del comisario de policía Luigi Calabresi en 1972, al que me referí anteriormente.

En el caso de las BR, el primer atentado letal no planeado ocurrió el 17 de junio de 1974 en Padua: miembros de BR entraron en las oficinas del MSI (Movimiento Social Italiano, heredero del partido fascista), dos militantes opusieron cierta resistencia y fueron asesinados a tiros. Ese mismo año las Brigadas estuvieron a punto de matar a su primera víctima de forma planificada. Secuestraron al juez Mario Sossi, responsable de la sentencia que envió a varios miembros del grupo XXII Ottobre a prisión. Franceschini, responsable del secuestro de Sossi y quien lo mantuvo bajo custodia, exigió la liberación de varios terroristas en prisión. Un tribunal accedió a proceder con la excarcelación, pero otro magistrado, Francesco Coco, apeló y los activistas permanecieron en la cárcel. Dadas las circunstancias, Franceschini se enfrentó a un dilema: tenía que decidir si matar a Sossi o liberarlo. El fundador de BR trató el asunto con los otros dos líderes, Renato Curcio y Mario Moretti. Moretti defendió que sería mejor matarlo, en contra de la opinión de sus dos compañeros (Fasanella y Franceschini, 2004: 143). En sus memorias, Franceschini reproduce vívidamente sus reflexiones agónicas sobre la posibilidad de matar a alguien a freddo (a sangre fría) (Franceschini, Buffa y Giustolisi, 1988: 100-101). Al final, una mezcla de sentimientos viscerales contra el asesinato de un ser humano y la racionalización política llevaron a Franceschini a liberar a Sossi: concluyó que su liberación "exacerbaría las contradicciones dentro del Estado", argumento que podría haber usado igualmente para justificar el asesinato. El secuestro de Sossi fue el primer episodio de una nueva estrategia de BR, consistente en un desplazamiento de los objetivos del lugar de trabajo al núcleo del Estado ("portare l'attaco al cuore dello stato"). La lucha se trasladó más allá del nivel de la fábrica hacia la verdadera fuente de poder, la del Estado. Fue un salto cualitativo en ambición y alcance.

Franceschini y Curcio fueron detenidos en septiembre de ese año y

Moretti se convirtió en el nuevo líder. Este llevó al límite la estrategia de atacar al Estado. Tenía menos reticencias hacia la violencia letal que los fundadores de BR, como muestra la historia del secuestro de Sossi. Moretti eligió como blanco al juez Coco por haber frustrado la liberación de los miembros de XXII Ottobre durante el secuestro de Sossi. Esta vez, sin embargo, el plan era matar a la víctima, no simplemente secuestrarla. Fue un acto de venganza largamente aplazado y a sangre fría, dos años después de la intervención de Coco que frustró la excarcelación de los presos. El 8 de junio de 1976, Coco y dos miembros de las fuerzas de seguridad perdieron la vida en un atentado. Fue otro hito en la normalización del asesinato. A partir de ese momento, BR entró en una fase de "guerra" contra el Estado. Como admite Moretti (1994: 97-98), una consecuencia del escenario bélico fue que solo prevalecieron dos actores, el grupo terrorista y el Estado, sin papel alguno de los trabajadores, los movimientos sociales o las masas, lo que confirma la tesis de Della Porta (1995: 135) según la cual la clandestinidad conduce a una pérdida de contacto con la realidad, un aislamiento creciente y un mayor número de ataques autorreferenciales.

2.3. El ciclo del terrorismo

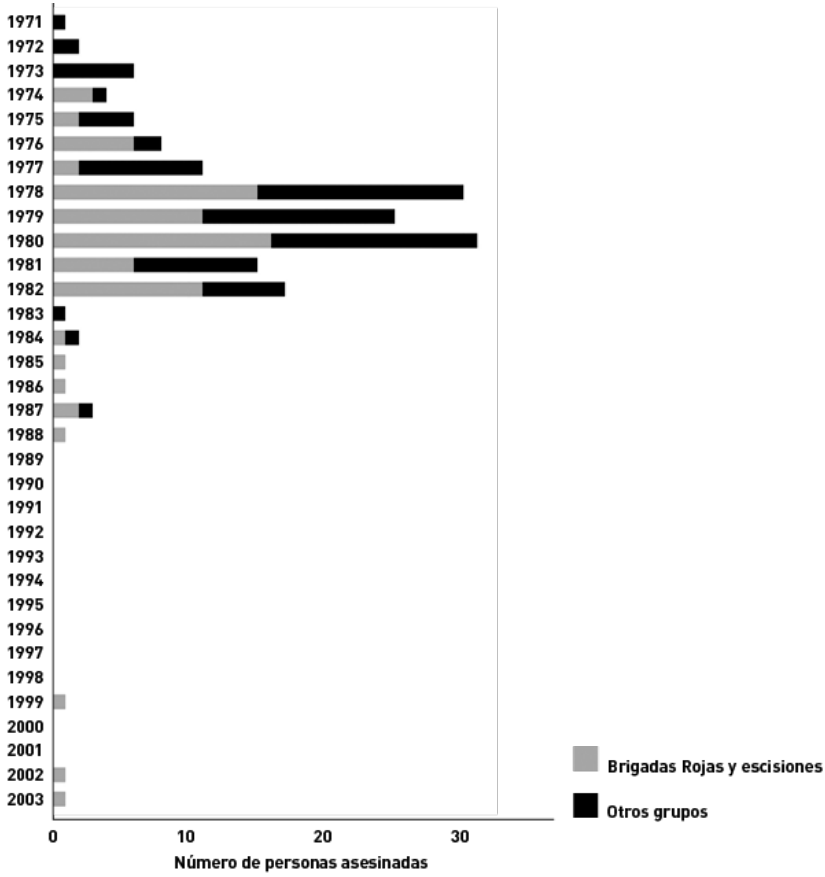
El gráfico 3.2 reproduce el ciclo completo de la violencia revolucionaria mortal en Italia, distinguiendo entre asesinatos cometidos por BR y por el resto de grupos de izquierda. En general, hay un proceso de crecimiento gradual y lento entre 1971 y 1977. Tras 1977, se observa un aumento enorme de la violencia que dura tres años, entre 1978 y 1980 y que se aplica igual a las Brigadas Rojas que al resto de grupos. La única diferencia es que las BR casi desaparecieron después de 1980, mientras que otros grupos (algunos de ellos escisiones de BR) siguieron matando hasta 1982[42].

El pico de 1978-80 es en gran medida consecuencia de las movilizaciones de 1977. Durante 1975-76, tuvo lugar un nuevo desarrollo en el movimiento de protesta juvenil italiano. La principal diferencia con respecto al ciclo de 1968 era la situación

económica. En 1968, la economía crecía vigorosamente, mientras que en los setenta se produjo la crisis del petróleo y la estanflación. El radicalismo heredado de los sesenta, unido a las malas condiciones económicas, provocó la alienación social de muchos jóvenes y, en concreto, con respecto a todo lo relacionado con el mundo laboral. Los activistas desarrollaron nuevas formas de protesta basadas en el rechazo al consumismo y al estilo de vida capitalista. La ocupación de edificios, por ejemplo, se extendió rápidamente. Según Lumley (1990: 299), en febrero de 1977, alrededor de 1.500 edificios estaban ilegalmente ocupados en Italia. Los edificios se transformaron en centros sociales para la comunidad, estableciendo una dinámica más allá de las prácticas estandarizadas del capitalismo. Asimismo, se produjo un crecimiento vertiginoso del fenómeno de las radios libres: grupos alternativos crearon emisoras de radio destinadas a expresar las demandas, ansiedades y preocupaciones de la gente, que eran "bloqueadas" o ignoradas por las emisoras de radio comerciales.

Gráfico 3.2

El ciclo de letal violencia revolucionaria en Italia



El movimiento se transformó profundamente desde el momento en que los estudiantes volvieron a ocupar universidades en 1977 en reacción a una nueva reforma educativa. Ocurrió en Roma, Bolonia, Turín y algunas otras ciudades. En el contexto de la crisis, con perspectivas laborales sombrías y con la actividad terrorista creciendo cada año, la protesta estudiantil adquirió un acusado tono antisistema y, con frecuencia, violento. La acción directa y el uso de armas de fuego no fueron infrecuentes. El año 1977 representa el pico de la contracultura italiana (Balestrini y Moroni, 2005: cap. 10; Boraso, 2006: cap. 3; Grispigni, 2006; Lumley, 1990: cap. 20). El espíritu anárquico del movimiento de la autonomía floreció durante varios meses, especialmente en Bolonia, extendiéndose entre los activistas una sensación de euforia y empoderamiento. La principal

diferencia es que los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad adoptaron en esta segunda ocasión las formas de la guerrilla difusa o terrorismo callejero.

Los primeros incidentes tuvieron lugar en Roma. En un combate entre elementos fascistas y radicales de izquierda, un estudiante resultó gravemente herido por los fascistas el 1 de febrero. Esto provocó la ocupación de la Universidad de Roma, manifestaciones masivas y enfrentamientos con las fuerzas represivas. En Bolonia, activistas de izquierda intentaron sabotear una reunión del grupo católico tradicionalista Communione e Liberazione el 11 de marzo. En los violentos enfrentamientos, la policía mató a Francesco Lorusso, activista del grupo autónomo Lotta Continua. Durante los días siguientes, Bolonia fue escenario de uno de los enfrentamientos más violentos de la historia reciente de Italia[43]. La represión se extendió por todo el país en los meses siguientes, especialmente en mayo, cuando dos manifestantes perdieron la vida por disparos de la policía y un agente fue asesinado a tiros durante una manifestación (Balestrini y Moroni, 2005: 572-574).

Una de las características más relevantes del movimiento del 77 fue la ruptura total entre la izquierda radical y el Partido Comunista Italiano (PCI). En general, los comunistas adoptaron un tono duro contra los jóvenes manifestantes, comparándolos con los fascistas por compartir su disposición a usar la violencia y socavar el orden público. La tensión entre el movimiento autónomo y el PCI se desbordó el 17 de febrero de 1977, cuando el partido organizó un mitin político con Luciano Lama, líder del principal sindicato italiano (comunista), la CGIL (Confederación General del Trabajo de Italia), en La Sapienza. La Universidad continuaba ocupada por los estudiantes. Debido al choque entre los estudiantes rebeldes y el aparato de seguridad del Partido Comunista, Lama no consiguió pronunciar su discurso. El incidente supuso el fin definitivo de cualquier posible colaboración o entendimiento entre el Partido Comunista y las fuerzas a su izquierda. En términos políticos, esto implicó que la izquierda extraparlamentaria tuviera que renunciar a cualquier posibilidad de apelar a la base social del PCI, es decir, la clase trabajadora tradicional. La revolución tendría que estar liderada por los “marginados” que soñaban con la construcción inmediata de un orden social alternativo.

Es fundamental tener en cuenta los cambios que el PCI estaba experimentando. Durante los años setenta el partido se había moderado sustancialmente. Bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer, quien fue elegido secretario general en 1972, el partido intentó superar su aislamiento en el sistema político italiano con la oferta de compartir la responsabilidad de gobierno (en esto consistió el "compromiso histórico"). Después del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile en septiembre de 1973, Berlinguer escribió una serie de artículos en los que reflexionaba sobre la imposibilidad de lograr un cambio social profundo sin el apoyo de una abrumadora mayoría de italianos (Berlinguer, 1974)[44]. En uno de los fragmentos más conocidos, argumentó que una victoria del 51% de la izquierda no sería suficiente para cambiar el país. Una ligera mayoría podría desencadenar una respuesta reaccionaria como la que el mundo había presenciado en Chile. Solo mediante la creación de una amplia alianza con los partidos centristas y sus bases de clase media sería posible constituir una mayoría lo suficientemente grande como para situar al país en una ruta segura hacia reformas progresistas. Eso requería un "compromiso histórico" con la DC (y los socialistas) que marginara a los grupos más reaccionarios que luchaban por un régimen autoritario de derecha en Italia.

La estrategia del compromiso histórico pareció funcionar en términos electorales. En las elecciones generales de 1976, el PCI obtuvo el 34,4% de los votos (frente al 38,7% de la DC); este fue su mejor resultado en todo el periodo de posguerra. Para ganarse la confianza de los votantes más moderados, el PCI trató de aparecer como un partido responsable y seriamente preocupado por el orden público. Dada la agitación política, con violencia por parte de extremistas de ambos lados del espectro político, el partido optó por abstenerse en la votación de investidura, permitiendo así que Giulio Andreotti formase Gobierno.

Una vez cortados los vínculos sentimentales con el PCI, las Brigadas se beneficiaron del estancamiento del movimiento del 77, visible ya tras la manifestación de Bolonia contra la represión celebrada en septiembre de 1977. Moretti (1994: 107) admite que un número significativo de activistas ingresaron en las Brigadas. 1977 fue también el año en que se constituyó otro poderoso grupo terrorista,

Prima Linea (PL), que puede describirse como la vanguardia armada del movimiento autónomo. Muchos miembros de PL llevaban activos durante varios años (la mayoría de ellos en Lotta Continua), pero no reivindicaron los ataques con el nombre de la organización hasta 1976. La organización se consolidó un año después (Galli, 1993: 155; Segio, 2006). PL se definió a sí misma en noviembre de 1977 como la suma de diferentes grupos guerrilleros que habían realizado ataques anteriormente bajo varios nombres. Según uno de sus miembros más destacados, el número de reclutas fue muy similar al del BR, estimación que se fundamentaba en el número de activistas que fueron detenidos y enviados a juicio en todo el periodo: 923 en el caso del PL y 911 en el caso del BR (Segio, 2005: 22)[45]. La lucha armada se concibió de manera diferente a la de las BR (Segio, 2005: 76; Morucci, 2004: 265): en lugar de atacar el núcleo del Estado, la violencia se concebía como un medio para crear antagonismos sociales y abrir espacios de confrontación. Era, por lo tanto, un tipo de lucha muy próxima a las motivaciones que atravesaban el movimiento del 77. Para PL, la guerrilla urbana tenía un fuerte componente ejemplar; la idea de una guerra abierta contra el Estado no formaba parte de sus planes (Boraso, 2006: 157)[46].

La disolución del movimiento del 77 y el viraje de tantos activistas hacia la lucha armada crearon las condiciones para la gran ola de violencia política que envolvió al país, según se corrobora en el gráfico 3.2. Dada la fuerte competencia entre tantos grupos revolucionarios, BR y PL promovieron sus frentes militares tanto como fue posible (Moss, 1989: 72). BR se convirtió en la organización dominante, principalmente gracias a la audacia de secuestrar al presidente de la DC, Aldo Moro, el 16 de marzo de 1978. Ese día, Andreotti sometía su nuevo Gobierno a un voto de confianza en el Parlamento. Por primera vez, el PCI había decidido apoyar explícitamente a la DC votando “sí” y, por tanto, yendo más allá de la abstención de 1976. De camino al Parlamento, la comitiva de Moro, formada por dos coches, sufrió una emboscada en pleno centro de Roma, muriendo como consecuencia de ello sus cinco guardaespaldas (cuatro policías y un carabiniere). La Operación Moro fue la manifestación más pura de la estrategia de ataque al corazón del Estado. Moro estuvo retenido por las Brigadas durante 56 días, provocando un periodo de crisis nacional que la sociedad

italiana vivió con profunda angustia. Para las Brigadas Rojas, este fue su éxito más rotundo en términos de propaganda armada.

Moro había sido primer ministro en dos ocasiones y ministro en muchas más (su primer mandato ministerial fue en 1955). Sin duda, era una de las figuras centrales de la política italiana, un estadista puro. Moro estaba dispuesto a considerar una colaboración más estrecha entre la DC y el PCI, hasta el punto de que no veía con malos ojos la posibilidad de incluir a algunos comunistas en el gabinete, mientras que Andreotti pensaba que el PCI debería mantenerse alejado del Gobierno. Moretti (1994: 145), quien dirigió la operación, admite que el secuestro pretendía provocar una crisis en el compromiso histórico, agudizando las contradicciones en el seno del PCI y la DC.

Durante el primer mes de su cautiverio, Moro fue sometido a un "juicio popular". En el comunicado del 15 de abril se le declaró culpable y condenado a muerte (Ruggiero, 2007b: 316). Nueve días después, en otro comunicado, las Brigadas se ofrecieron a liberar a Moro a cambio de la excarcelación de trece "comunistas" que habían sido condenados por participar en la lucha armada (Ruggiero, 2007b: 325). El Estado, sin embargo, no cedió. A diferencia del caso de Sossi en 1974, que fue liberado unilateralmente sin concesiones a cambio, esta vez el propio Moretti mató a Moro de un disparo el 9 de mayo (Moretti, 1994: 167).

Los secuestros de Sossi y Moro fueron actos de violencia inequívocos. Por un lado, podían entenderse como desafíos a la autoridad del Estado, como parte de la ofensiva contra el aparato estatal. Por otro lado, la liberación de los rehenes se condicionó a la liberación de los prisioneros. Pero este último era un asunto interno, relevante solo para los miembros del grupo y su comunidad de apoyo. Como dije anteriormente, podría interpretarse como terrorismo autorreferencial. El mismo Moretti usa la expresión dos veces (1994: 46, 98), lo que significa que la lucha armada se llevaba a cabo no con el objetivo de lograr ciertas metas, sino de mantener la organización en marcha. He medido los ataques letales autorreferenciales como aquellos asesinatos que tenían relación con los presos o con las decisiones antiterroristas del Estado. No hubo ataques de este tipo antes de 1978, pero en los años del pico de

violencia, 1978-80, la proporción de asesinatos autorreferenciales fue superior al 50%.

La intensidad de la violencia en los años 1978-80 no era sostenible y cientos de terroristas fueron detenidos. En general, cuanto mayor es el número de atentados, más expuestos están los terroristas y, por tanto, más probabilidades hay de que acaben siendo detenidos[47]. Además, los altos niveles de violencia llevaron al Estado a introducir medidas legales y reformas institucionales más estrictas para combatir con mayor eficacia el terrorismo (Moss, 1989: cap. 4; Weinberg y Eubank, 1987: cap. 7). A raíz del asesinato de Moro, el Estado reguló por primera vez las penas extraordinarias asociadas con el terrorismo. Además, un grupo especial, encabezado por el general de los Carabineros Alberto dalla Chiesa, recibió el encargo de acabar con el terrorismo revolucionario. Quizá el factor más importante en el éxito del Estado fue la aprobación de condiciones favorables (en forma de reducciones en las penas de prisión) ofrecidas a los pentiti, los terroristas arrepentidos dispuestos a colaborar con la justicia. El primer paso en esa dirección se dio en 1978 y, dada su efectividad, la ley se volvió más generosa en 1980. Según Weinberg y Eubank (1987: 130), en 1983 389 terroristas se habían arrepentido. Evidentemente, sus testimonios dieron lugar a muchas otras detenciones, diezmando las filas de los grupos armados. Después de 1982, el terrorismo revolucionario casi desapareció en Italia (gráfico 3.2). Sin embargo, mostró una gran resistencia a desaparecer del todo, hasta el punto de que en 1999 resurgieron las Brigadas Rojas, matando a tres personas entre ese año y 2003 (Pergolizzi, 2008). En 2003, el ciclo de violencia revolucionaria letal terminó definitivamente.

3. España

La dictadura franquista se prolongó hasta el 15 de junio de 1977, cuando se celebraron las primeras elecciones generales libres desde 1936. España, Grecia y Portugal fueron los únicos tres países de nuestra muestra que tuvieron un régimen autoritario durante parte del periodo de estudio. Una característica común de los tres países, sin embargo, es que el terrorismo revolucionario comenzó en la transición y se intensificó durante los años democráticos, con muy poca actividad bajo la dictadura.

En el caso de España, hubo intentos de organizar la lucha armada para acabar con el régimen de Franco, pero la resistencia fue rápidamente aplastada por las fuerzas de seguridad. Después de la Guerra Civil (1936-39), algunos combatientes republicanos que permanecieron en el país continuaron su lucha como una especie de guerrilla errante en la montaña (los maquis). Esta campaña duró hasta principios de la década de 1950 (Serrano, 2006). La única resistencia armada que sobrevivió después fue la de los anarquistas, en forma de guerrilla urbana, aunque con muy baja intensidad[48]. El ciclo de violencia se reanudó con la llegada del radicalismo de los años sesenta y el surgimiento de los primeros grupos armados en otros países occidentales a principios de los setenta.

El principal actor del movimiento de oposición al franquismo fue el Partido Comunista de España (PCE). En la década de 1950, el PCE abandonó cualquier atisbo de estrategia insurreccional y apostó por la "reconciliación nacional" para superar las heridas de la Guerra Civil. El partido pensó que una huelga nacional pacífica podría provocar el colapso del sistema. En la década siguiente, los jóvenes radicales rechazaron este tipo de enfoque, optando más bien por la acción revolucionaria de la vanguardia. Las agitaciones del 68 fueron ciertamente más débiles que en otros países europeos, pero probablemente se debió más a la falta de oportunidades que a la falta de motivación. De hecho, se observaron algunos disturbios en

los campus, pero nunca cobraron gran impulso a causa de la presencia de las fuerzas policiales. Se intentó ocupar edificios universitarios, así como realizar asambleas; con todo, el número de estudiantes comprometidos con el movimiento de la protesta fue pequeño y la policía pudo controlar la situación.

Las movilizaciones se agravaron tras la muerte del estudiante Enrique Ruano el 20 de enero de 1969. Las circunstancias fueron muy parecidas a las de Giuseppe Pinelli en Italia: Ruano cayó del séptimo piso de la jefatura de policía de Madrid (según la policía, se suicidó; sin embargo, una gran parte del público creyó que la policía había ido "demasiado lejos" con su tortura). Al día siguiente se produjo una manifestación espontánea de más de 2.000 estudiantes fuera del campus. Pero la protesta se detuvo el 24 de enero, cuando el Gobierno declaró el estado de emergencia (que duró hasta el 22 de marzo de 1969). La policía entró en los campus universitarios y arrestó a decenas de activistas (Amorós, 2014: 114-115; Hernández, Ruiz y Baldó, 2007: 264). En democracia, la muerte de Ruano podría haber desencadenado una ola de protestas, pero el estado de emergencia de la dictadura impidió el crecimiento del movimiento y su presencia en las calles.

Al calor de aquellos sucesos, surgieron grupos radicales clandestinos a la izquierda del Partido Comunista español (maoístas, trotskistas, autónomos y otros grupos similares), pero bajo las condiciones de la dictadura, no alcanzaron en absoluto la fuerza de la izquierda extraparlamentaria de Francia, Alemania, Italia y Japón (Roca, 1994). Algunos de estos grupos promovieron la lucha armada bajo el supuesto de que la violencia era fundamental para despertar a las masas. Las organizaciones más importantes fueron, por un lado, los grupos anarquistas y autónomos y, por otro, los partidos maoístas. Ambos empezaron a actuar en un momento en el que el conflicto laboral y la oposición al régimen estaban creciendo de forma significativa[49].

En el movimiento anarquista, la experimentación con formas de autonomía obrera durante una huelga salvaje en el área industrial de Barcelona en 1970 fue un primer paso importante (Rosés, 2002: 72). Radicalizados por esta experiencia, algunos de los activistas más comprometidos decidieron iniciar acciones armadas contra

empresas españolas en Francia. Uno de los activistas fue el francés Jean Marc Rouillan, quien, años más tarde, creó Action Directe, el más mortífero de los grupos revolucionarios franceses. En 1972, Rouillan y otros activistas formaron el grupo anarquista Movimiento Ibérico de Liberación (MIL). La mayoría de sus acciones fueron "expropiaciones" (atracos a mano armada), obteniendo recursos para apoyar la lucha obrera. El MIL se negó a actuar como vanguardia; prefirió respaldar o apoyar el conflicto laboral mediante acciones violentas. La única muerte se produjo en 1973, cuando las fuerzas policiales procedieron a detener a varios miembros del MIL y uno de ellos les disparó, matando a un policía[50]. El Estado autoritario acabó con el MIL mediante la detención de sus principales cabecillas.

En cuanto al maoísmo, se crearon dos nuevos partidos en la década de 1960 (Castro, 2002): el Partido Comunista Español marxista-leninista (PCEm-l), formado en 1964 siguiendo el modelo albanés de Enver Hoxha, y la Organización de Marxistas-Leninistas de España (OMLE), en 1968, de obediencia china. En junio de 1975, la OMLE pasó a llamarse Partido Comunista Español reconstituido (PCEr). Cada partido desarrolló su propia rama armada, aunque evolucionaron de formas muy diferentes.

Del PCEm-l surgió el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) (Diz, 1977). Este grupo quería propiciar las condiciones para una guerra popular maoísta en la España de Franco. Dado que no se esperaba que los campesinos se movilizaran, el partido consideró que el grupo armado sería el embrión de un ejército popular de trabajadores (Castro, 2009: 43). Si bien el FRAP no se constituyó formalmente hasta enero de 1974, sus primeras acciones tuvieron lugar en 1973, cuando organizaron manifestaciones por el Día del Trabajo el 1 de mayo. En los enfrentamientos violentos posteriores con la policía, un miembro de las fuerzas de seguridad fue asesinado a puñaladas por activistas del FRAP (Gualino, 2010: 246-248). En los días siguientes la policía realizó numerosas detenciones. Con todo, "la gran ofensiva" ocurrió en 1975, cuando el régimen estaba en proceso de descomposición, con Franco muy enfermo. Durante ese año, el FRAP llevó a cabo múltiples ataques, matando a tres policías. La organización, sin embargo, no estaba preparada para una lucha clandestina prolongada, entre otras

razones porque sus miembros estaban convencidos de que podía darse una insurrección popular inmediata (Gualino, 2010: 306-307). Durante el verano de 1975, más de 100 miembros del FRAP fueron detenidos (Castro, 2002: 327). Fue un golpe fatal para el FRAP, que mermó su capacidad ofensiva y desembocó en su disolución en 1977.

El segundo grupo maoísta tuvo un recorrido más duradero. En 1975 el nuevo PCEr (ex-OMLE) apostó por la lucha armada. Como ha escrito uno de sus exmiembros en sus memorias, el partido pensaba que la única forma de contrarrestar el aumento de la represión estatal, motivada por la decadencia del régimen, era a través de una confrontación violenta que levantaría la moral de las masas (Moa, 2002: 190). La primera acción, que se concibió casi como una forma de entrenamiento para la lucha armada por venir, consistió en atacar a dos policías de servicio el 2 de agosto de 1975; uno resultó gravemente herido, mientras que el otro perdió la vida. Dado que el brazo armado aún no se había constituido, el ataque fue falsamente reivindicado a nombre del FRAP, que nunca se molestó en desmentirlo.

El grupo armado recibió el bautismo oficial a raíz de su primera acción ambiciosa, realizada el 1 de octubre de 1975[51]. El régimen había convocado aquel día una gran manifestación en apoyo de Franco, cuya reputación, que ya era muy baja, se hundió completamente tras la ejecución de cinco terroristas, tres del FRAP y dos de ETA, el 27 de septiembre. Estas ejecuciones provocaron gran indignación dentro y fuera de España, incluido el papa y varios Gobiernos europeos, que intentaron detenerlas. Para responder a estas críticas desde el exterior, el régimen organizó esta manifestación a mayor gloria de sí mismo. El PCEr intentó abortar esta operación de relegitimación matando a cuatro policías en cuatro atentados diferentes en Madrid ese mismo día. De ahí el nombre del grupo armado, Grupos Revolucionarios Antifascistas Primero de Octubre (GRAPO).

Tras su presentación pública, el GRAPO no mató a nadie más durante un año largo. En esos primeros momentos, la mayoría de sus acciones fueron de carácter ejemplar, bajo la fuerte influencia de los Tupamaros (Moa, 2002: 233). El grupo, sin embargo, no

consiguió atraer la atención de la sociedad, más preocupada por la actividad terrorista de ETA. No obstante, hubo dos acciones que catapultaron la visibilidad de la organización al intervenir de lleno en el proceso de transición a la democracia, realizadas con la intención de arruinar el plan de los reformistas del régimen de crear un régimen democrático a partir de las Leyes Fundamentales del franquismo (Sánchez-Cuenca, 2014a). Las Cortes franquistas aprobaron una reforma de alcance constitucional el 18 de noviembre de 1976, que tuvo que ser ratificada en referéndum popular el 15 de diciembre. Cuatro días antes del referéndum, el GRAPO secuestró a Antonio María Oriol y Urquijo, un significado político del régimen y empresario millonario. A cambio de su liberación, los terroristas pidieron la liberación de 15 "presos políticos", la mayoría terroristas de ETA y el FRAP. Aunque el Gobierno se negó y el referéndum se realizó sin incidentes, el golpe propagandístico fue evidente. Pasado el referéndum, el GRAPO decidió no liberar a Oriol y exigió una amnistía general para los presos políticos. El conflicto se intensificó el mes siguiente: el 24 de enero de 1976 secuestraron a su vez a un general del Ejército, Emilio Villaescusa. Ese mismo día, terroristas fascistas asesinaron a cinco abogados muy cercanos al Partido Comunista. En aquel clima de tensión, muchos temieron que el proceso de transición descarrilara. Cuatro días más tarde, el GRAPO mató a tres policías en Madrid.

La crisis política generada por los secuestros terminó abruptamente el 11 de febrero, cuando la policía liberó a los dos rehenes[52]. Aunque fue un duro golpe para el GRAPO, el grupo había logrado la visibilidad que no tuvo en sus primeros momentos. A partir de entonces su capacidad de atraer activistas a sus filas aumentó considerablemente.

El GRAPO tuvo mucho más éxito que el FRAP. De hecho, se convirtió en el grupo revolucionario más sangriento del mundo desarrollado en términos de letalidad, con un total de 88 personas muertas entre 1975 y 2000[53]. Sin embargo, se sabe muy poco sobre el GRAPO y las referencias, ya sea en inglés o en español, son bastante escasas[54]. A diferencia del patrón italiano, con una alta fragmentación en las organizaciones que utilizaban las armas con fines letales, en España el 90% de todos los asesinatos

revolucionarios se debió a un solo grupo, el GRAPO. Algo similar puede observarse en Grecia, donde la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre fue responsable de casi todos los asesinatos del bando izquierdista. Tanto el GRAPO como su equivalente griego pudieron sobrevivir durante muchos años a pesar de tener un apoyo social muy limitado. El GRAPO se basó en pequeñas redes de trabajadores y activistas muy ideologizados y radicalizados. La mayoría de sus víctimas eran miembros de la Policía y el Ejército (76,5% de todas las muertes, el porcentaje más alto entre los grupos revolucionarios con más de 10 asesinatos). Su violencia fue bastante selectiva: la mayoría de las víctimas fueron atacadas con armas de fuego, con poco uso de bombas. La gran excepción fue la muerte de nueve civiles en un atentado con bomba en un bar (California 47) situado en el barrio más burgués y de derechas de Madrid, el 26 de mayo de 1979; el GRAPO siempre ha negado su responsabilidad, si bien dos de sus miembros fueron declarados culpables en los tribunales. La explicación más probable es que calcularon mal, creyendo que el bar estaría lleno de gente del partido fascista Fuerza Nueva, cuya sede estaba cerca.

El gráfico 3.3 muestra la actividad letal del GRAPO a lo largo del tiempo. La distribución es bastante uniforme, con un pico muy destacado en 1979. Este pico se mantiene incluso si eliminamos de la serie a los nueve civiles muertos en el atentado con bomba de ese año. La escalada de violencia en ese año vino motivada por la aprobación de la Constitución española en el referéndum del 6 de diciembre de 1978. El GRAPO concluyó que la nueva democracia era una farsa, una fachada que encubría un régimen fascista. El lema de aquella campaña fue “Después de la constitución, la guerra” (Castro, 2009: 51). El año 1979 fue también aquel en el que ETA lanzó su campaña ofensiva más ambiciosa, con un enorme aumento del número de muertes. Como he mostrado en otro lugar (Sánchez-Cuenca y Aguilar, 2009), el crecimiento de la actividad terrorista estuvo relacionado con la caída de la movilización popular en el contexto de la transición: los grupos más radicales intentaron compensar la pérdida de apoyo popular mediante la presión de las armas.

Gráfico 3.3

Los asesinatos deL GRAPO, 1975-2000

Tras la campaña de 1979, el GRAPO se volvió cada vez más autorreferencial. La mayoría de los ataques estaban relacionados con las necesidades financieras del grupo, con actos de represalia contra las fuerzas de seguridad por el arresto o asesinato de sus activistas y con la campaña para mejorar las condiciones de sus prisioneros. En 1978, por ejemplo, el GRAPO asesinó al director general de Instituciones Penitenciarias, Jesús Miguel Haddad. A veces, la batalla se desarrollaba dentro de la cárcel. Los presos organizaron dos huelgas de hambre, muriendo dos terroristas (Juan José Crespo, en 1981, y José Manuel Sevillano, en 1990). Se convirtieron en mártires de los terroristas, generando legitimidad interna con la que justificar nuevos ataques. Así, por ejemplo, el GRAPO mató al médico José Manuel Muñoz el 27 de marzo de 1990 porque había participado en la alimentación forzada de los presos.

El ritmo de atentados mortales del GRAPO en 1979 fue insostenible y rápidamente volvió a niveles más bajos, con menos de 10 muertes por año. Si el grupo fue capaz de resistir se debió a su naturaleza secreta y esotérica, así como a los fuertes lazos que se crearon entre activistas extremadamente ideologizados. El GRAPO sobrevivió a la detención de su cúpula en varias ocasiones (septiembre de 1977, otoño de 1979, enero de 1985 y noviembre de 2000).

La actividad terrorista del GRAPO tuvo muy poco impacto en España, debido sobre todo a la presencia mucho más ominosa de ETA. La percepción general en la sociedad era que el GRAPO formaba una secta ideológica y ni siquiera la causa de los prisioneros despertó mucha simpatía más allá de los partidarios del grupo, que fueron siempre muy pocos. Después de 1979, los GRAPO sobrevivieron durante más de dos décadas, pero quedaron completamente aislados en este largo periodo de terrorismo decadente e introspectivo.

4. Alemania

Las causas principales de la revuelta estudiantil alemana fueron el rechazo de toda forma de autoritarismo y la lucha contra el imperialismo norteamericano, encarnado en la Guerra de Vietnam. La principal organización dentro de la llamada Ausserparlamentarische Opposition (APO, Oposición Extraparlamentaria) era la SDS (Sozialistischer Deutscher Studentbund, Liga de Estudiantes Socialistas Alemanes). La SDS, creada en 1946, se asoció originalmente con el partido socialdemócrata, el SPD, pero su apertura a las ideas y enfoques de la Nueva Izquierda acabó provocando la ruptura entre los dos grupos en noviembre de 1961, tras la renuncia del SPD al marxismo en el congreso de Bad Godesberg de 1959.

El origen de la izquierda extraparlamentaria, la APO, se sitúa en la campaña contra las armas nucleares y a favor del desarme de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960 (Markovits y Gorski, 1993: 48-49). La APO fue un movimiento pacifista que abarcó familias ideológicas bastante diversas. Las Marchas de Pascua se convirtieron en una tradición a partir de 1960: se trataba de marchas que partían desde varias ciudades hasta un silo de misiles nucleares. Alrededor de 1965, la SDS emergió como el grupo más prominente gracias a las protestas contra la guerra de Vietnam y la adopción de nuevas tácticas adaptadas del movimiento estudiantil estadounidense (y, en última instancia, de la campaña de derechos civiles), como sentadas y ocupaciones. Todo el movimiento de la izquierda alemana se radicalizó rápidamente, más desde luego que en otros países; en 1967-68 ya había activistas que contemplaban la posibilidad de recurrir a la violencia armada.

Al igual que sus equivalentes en otros lugares, la SDS tenía un fuerte componente voluntarista en su posición ideológica. A pesar de su pequeña base social, los activistas del SDS pensaron que la protesta y la resistencia podrían desarrollar una dinámica

revolucionaria autónoma, independiente de las “condiciones objetivas”. Esta fue la postura que adoptó Rudi Dutschke, el líder más influyente (Klimke, 2010: 65). Las dos causas principales fueron la oposición a la guerra de Vietnam y las Leyes de Emergencia (la nueva legislación destinada a aumentar la seguridad del Estado, véase más abajo). El principal escenario de la protesta fue Berlín, la ciudad que atraía a los jóvenes que querían evitar el servicio militar (los habitantes de la ciudad quedaban exentos). La radicalidad de la protesta así como el desarrollo de la contracultura y las experiencias comunales se hicieron un rasgo propio de la ciudad. Dentro de Berlín, la Universidad Libre fue el principal centro de actividad. La SDS invitó a Marcuse a dar una conferencia en 1967 y sus charlas y publicaciones tuvieron una enorme influencia en Dutschke y otros.

Las primeras protestas contra la guerra de Vietnam se registraron en 1966, aunque las revueltas estudiantiles no comenzaron hasta un año después (Thomas, 2003: 73-82). El 2 de junio de 1967, la SDS organizó una manifestación para protestar contra la visita del sah persa a Berlín Occidental. Hubo enfrentamientos entre los manifestantes y los guardias de seguridad personales del sah. Durante la tarde, se organizó una manifestación no autorizada. Los participantes se encontraron con una dura represión policial y uno de ellos, Benno Ohnesorg, de 26 años, recibió un disparo mortal en la cabeza de un policía vestido de paisano. La reacción no se hizo esperar, extendiéndose rápidamente por toda Alemania Occidental: se estima que durante la semana siguiente más de 100.000 estudiantes protestaron por el asesinato de Ohnesorg en varias ciudades. La evolución hacia el extremismo se hizo evidente unos días después, el 9 de junio, cuando Dutschke, en una reunión de la SDS, argumentó que se podía utilizar legítimamente la violencia contra un régimen represivo (Klimke, 2008: 103; Markovits y Gorski, 1993: 56); en septiembre, dio un paso más, afirmando que “la propaganda armada en el tercer mundo debe completarse con la propaganda de la acción en la metrópoli, que, históricamente, ha hecho posible la adaptación urbana de las tácticas de la guerrilla rural” (Thomas, 2003: 149).

La ruta hacia el extremismo, pues, se realizó en un lapso breve de tiempo. Durante 1968, la violencia en la protesta se intensificó

rápidamente, debido principalmente al impacto que causó en el movimiento el asesinato fallido de Dutschke por un extremista de derechas el 11 de abril. Dutschke apenas sobrevivió; en 1979, un ataque epiléptico relacionado con las heridas provocadas por el ataque acabó con su vida. El perpetrador había llevado consigo copias del Bild Zeitung, editado por el grupo Springer, en el que Dutschke quedaba retratado como un grave peligro para la sociedad alemana. Esto desencadenó una campaña contra Springer, acusado por la APO de enardecer a la opinión pública con opiniones negativas y despectivas sobre la Nueva Izquierda. Los edificios de Springer fueron atacados y, en algunos casos, su prensa boicoteada.

El ataque a Dutschke tuvo lugar apenas una semana después del asesinato de Martin Luther King. En este contexto de sobrecarga emocional, la Marcha de Pascua, tradicionalmente pacifista, se transformó en una batalla con la policía que en algunas ciudades se prolongó durante varios días. También hubo ocupaciones en varias universidades. Durante estas movilizaciones murieron dos personas (un periodista y un manifestante), aunque nunca se ha podido determinar la autoría.

La otra causa de movilización para el SDS fueron las Leyes de Emergencia que la gran coalición del SPD y la CDU/CSU pretendían aprobar en el parlamento. El paquete legislativo regulaba la declaración del estado de emergencia, un tema muy controvertido con raíces profundas en la república de Weimar. Las leyes incluían, entre otras cláusulas, límites a la privacidad de las comunicaciones telefónicas y postales. El SPD apoyó la iniciativa, con el fin de confirmar sus credenciales moderadas, mientras que la APO reaccionó con fuerza contra ella, considerándola como la confirmación definitiva del carácter autoritario del Estado alemán. La participación del SPD llevó a muchos radicales a concluir que el reformismo era una causa perdida (Markovits y Gorski, 1993: 54). Las protestas contra las Leyes de Emergencia fueron más allá del movimiento estudiantil, abarcando muchos otros grupos (sindicatos, intelectuales, asociaciones de derechos civiles, etc.). El 11 de mayo, una manifestación en Bonn a la que asistieron estudiantes y trabajadores atrajo a más de 50.000 personas que se oponían a las nuevas medidas. Sin embargo, la movilización de la APO no pudo evitar la aprobación del paquete legislativo el 30 de mayo; el

fracaso produjo una crisis interna en el movimiento.

Las protestas continuaron después del verano de 1968 y se volvieron más extremas. La primera manifestación violenta se registró unos días antes del ataque contra Dutschke. El 3 de abril de 1968, cuatro personas que participaban en un congreso de la SDS, Horst Söhnlein, Thorwald Proll, Gudrun Ensslin y Andreas Baader, decidieron colocar bombas incendiarias en dos grandes almacenes de Frankfurt para protestar contra la guerra de Vietnam (Smith y Moncourt, 2009: 46-48). La acción no causó lesiones. Los cuatro autores fueron detenidos al día siguiente.

El abogado que defendió a los cuatro activistas detenidos fue Horst Mahler. Tras su participación en las protestas de Pascua, se inició una campaña para prohibirle ejercer la abogacía. Su juicio tuvo lugar en Berlín el 3 de noviembre de 1968. Fuera del tribunal, alrededor de 1.500 manifestantes, muchos de ellos con casco y bien entrenados para la ocasión, empezaron a arrojar adoquines a la policía. Siguió un violento enfrentamiento, con 130 policías y 22 manifestantes heridos; este evento se conoció como la batalla de Tegeler Weg (Aust, 2008: 43; Thomas, 2003: 152). Por primera vez, el choque resultó en una “victoria” para los manifestantes. A la protesta asistieron relativamente pocas personas, pero su preparación y la resolución de emplear tácticas violentas les permitió enfrentarse seriamente a las fuerzas policiales. Este fue un punto de inflexión en la protesta, que llevó al movimiento a una postura cada vez más extremista. La violencia se intensificó a partir de 1969. Los manifestantes, por ejemplo, utilizaron cócteles molotov con frecuencia. Además, se crearon los primeros grupos clandestinos, el más temprano de ellos los Tupamaros de Berlín. Esta nueva organización surgió de la desintegración interna del movimiento extraparlamentario. Su hundimiento tuvo un efecto centrifugador: algunos activistas se volvieron reformistas, dispuestos a protestar y trabajar dentro del marco institucional; otros buscaron soluciones más individualistas a través de la contracultura y la vida comunal; finalmente, unos cuantos, los menos, tomaron el camino del terrorismo urbano.

En 1970, la izquierda alemana era plenamente consciente del declive de la protesta. La SDS se disolvió en marzo de aquel año y el

Gobierno aprobó una amnistía para delitos menores que permitió a muchos "reinsertarse" en la sociedad y dejar atrás su pasado (Smith y Moncourt, 2009: 44). En sus memorias sobre su experiencia en la Facción del Ejército Rojo (RAF), Margrit Schiller describe así la atmósfera política de esos momentos:

Se acabaron los años de levantamiento protagonizado por estudiantes, escolares y aprendices. […] La SDS había sido prohibida en Heidelberg después de haberse derrumbado anteriormente en otras ciudades. En el verano de 1970 tuvo lugar en Heidelberg la última gran manifestación contra la opresión estatal. El movimiento se estaba desintegrando cada vez más en pequeños grupos y escisiones… (Schiller, 2009: 15).

En una larga entrevista sobre su participación en la RAF, Stefan Wisniewski (1997: 26) dijo: "Estábamos muy influidos por el colapso de la revuelta del 68; queríamos seguir defendiendo las mismas ideas antiimperialistas y social-revolucionarias, pero no veíamos en el horizonte ninguna recuperación de los movimientos sociales". La propia RAF escribió en 1971 que "el movimiento estudiantil se vino abajo cuando su forma de organización típicamente estudiantil y pequeñoburguesa, encarnada en el 'antiautoritarismo', demostró ser inadecuada para lograr sus objetivos" (Smith y Moncourt, 2009: 91).

Estos textos proporcionan un claro apoyo a la hipótesis de Della Porta y Tarrow (1986) sobre el surgimiento del terrorismo en la fase de declive de las movilizaciones. El terrorismo surgió como una opción seria cuando la frecuencia y el tamaño de las protestas estaban en retroceso; la violencia servía para compensar el número reducido de participantes en los movimientos de protesta.

En aquella coyuntura, la creación de la Facción del Ejército Rojo fue una consecuencia directa del episodio del incendio en los grandes almacenes al que antes hice referencia. Los cuatro perpetradores fueron condenados a tres años de prisión, pero gracias a un recurso obtuvieron la liberación temporal en junio de 1969. En noviembre,

sin embargo, el recurso fue desestimado y Ensslin y Baader pasaron a la clandestinidad, con el objetivo de organizar una guerrilla urbana. Para evitar la detención, se mudaron de ciudad y cambiaron de piso con frecuencia. Ulrike Meinhof, una respetada periodista de izquierda que se radicalizó en la década de 1960 y que había conocido en su momento a los prófugos, los acogió en su vivienda en Berlín. Meinhof había escrito un artículo de opinión sobre el incendio provocado de 1968 en el que había expresado opiniones encontradas sobre el ataque (Bauer, 2008: 246). A pesar de sus recelos, estaba fascinada con los activistas y decepcionada con el movimiento de protesta estudiantil. Más tarde, Horst Mahler, el exabogado de Ensslin y Baader, se unió a ellos y juntos fundaron la Facción del Ejército Rojo.

La formación de la nueva organización se precipitó de manera bastante inesperada. Baader fue detenido el 3 de abril de 1970 (gracias al testimonio de un informante de la Policía) y Meinhof y Ensslin comenzaron de inmediato a planear su fuga. A Meinhof se le permitió un encuentro con Baader en una biblioteca fuera de la prisión. Aprovechó la ocasión para irrumpir con sus cómplices y lograr la liberación del prisionero. Un empleado recibió un disparo cuando intentó resistir (estuvo al borde de la muerte). Inicialmente, Meinhof planeó decir que los amigos de Baader habían utilizado su visita para liberarlo, pero después del tiroteo decidió huir con Baader y los demás y pasar a la clandestinidad (Bauer, 2008: 61). En junio de 1970, el grupo visitó Jordania para recibir entrenamiento guerrillero por parte de miembros de Al-Fatah.

La transición de las franjas más radicales del movimiento estudiantil a los grupos armados clandestinos se produjo en muy poco tiempo. La decisión de empuñar las armas la tomaron simultáneamente otros grupos (anarquistas), tales como los llamados rebeldes del hachís (o Tupamaros-Berlín Occidental) y el Movimiento 2 de Junio. Incluso el SPK (Sozialistisches Patientenkollektiv, el Colectivo de Pacientes Socialistas), el movimiento antipsiquiátrico creado por Wolfgang Huber en el Hospital Psiquiátrico de la Universidad de Heidelberg, consideró la idea de la lucha armada (su lema era “Convertir la enfermedad en un arma”) (Schiller, 2009: 46). Varios miembros del SPK terminaron uniéndose a la RAF[55].

39 personas fueron asesinadas entre 1971 y 1993 por grupos revolucionarios, 34 por la RAF. Sin embargo, el número total de víctimas mortales no refleja fielmente la crisis política que trajo consigo el terrorismo revolucionario en Alemania. La guerrilla urbana fue el primer desafío armado al orden político de la República Federal desde sus inicios en la posguerra. La actividad terrorista de la RAF, la reacción exagerada del Estado y el tipo de debate político que se produjo resucitaron los viejos demonios del pasado de Alemania.

El 5 de junio de 1970, la RAF publicó su primer comunicado (Moncourt y Smith, 2009: 79-82). El lenguaje era ingenioso y sarcástico ("Deja de holgazanear en el sofá de tu apartamento recientemente ocupado contando tus ligues y otros detalles insignificantes"), sin apenas elaboración teórica. No obstante, atrajo la atención de sus seguidores potenciales.

La reflexión intelectual se dio a conocer en abril de 1971, con la publicación del documento clave "El concepto de la guerrilla urbana" (reproducido en Smith y Moncourt, 2009: 83-105). El movimiento guerrillero urbano en Alemania se presentaba como una lucha importada de América Latina, adoptada por "fuerzas revolucionarias generalmente débiles"[56]. Curiosamente, el documento no era una defensa de la violencia. Al comentar el episodio de la liberación de Baader, el texto (probablemente escrito por la propia Meinhof) decía que si hubieran sabido de antemano que iban a disparar a un civil, no habrían llevado a cabo la acción. Y agregó que solo dispararían defensivamente, en caso de ser atacados: "Al policía que nos deja ir, nosotros también le dejamos ir".

Las acciones iniciales del grupo, en septiembre de 1970, fueron "expropiaciones", y la Policía realizó las primeras detenciones un mes después. A pesar de que estas acciones fueran muy limitadas, la reacción de las autoridades estatales y de los medios de comunicación de derecha rozó la histeria. En enero de 1971, el ministro del Interior anunció una persecución para acabar con la RAF. Incluso antes de que la RAF matara a nadie, se produjeron registros generalizados, controles de autopistas y calles y se repartieron carteles con la fórmula "se busca" por todo el país. El

grupo aparecía constantemente en los titulares de los medios. Se impuso algo muy parecido a un estado de excepción. El premio nobel Heinrich Böll trató de introducir algo de racionalidad en el debate público, pero fue brutalmente atacado por todos lados (Bauer, 2008: 73-75).

Hasta cierto punto, la reacción excesiva del Gobierno y las fuerzas de seguridad terminó favoreciendo a la RAF. En marzo de 1971, una encuesta mostró que el 18% de la población (y el 25% de aquellos en el grupo de edad de 16 a 29 años) pensaba que Baader, Meinhof y Mahler eran luchadores políticos más que criminales; del mismo modo, el 5% (y el doble en el grupo de edad de 16 a 29 años) dijo que estaría dispuesto a ofrecerles refugio por una noche (Noelle-Neumann, 1981: 163). Este apoyo, sin embargo, se redujo notablemente tras los primeros ataques mortales.

En coherencia con las opiniones presentadas en "El concepto de guerrilla urbana", los tiroteos que tuvieron lugar durante 1971 fueron todos defensivos. La primera víctima mortal, Norbert Schmid, un policía asesinado en Hamburgo el 22 de octubre de 1971, cayó en una operación policial contra miembros de la RAF. Los primeros ataques planeados con consecuencias letales no se produjeron hasta mayo de 1972 (en la llamada "ofensiva de mayo"). El 11 de aquel mes, la RAF detonó tres bombas en el cuartel general del Ejército estadounidense en Frankfurt: pedazos de vidrio roto mataron al teniente coronel Paul Bloomquist. La acción se repitió el 24 de mayo, cuando dos coches bomba mataron a otros tres militares estadounidenses en Heidelberg. Hubo otros atentados con bombas, pero sin víctimas mortales (como en el edificio Springer en Hamburgo: se ignoraron las advertencias telefónicas y 17 trabajadores resultaron heridos).

La reacción del Estado consistió en situar la "caza" de los guerrilleros de la RAF como máxima prioridad nacional. Según Smith y Moncourt (2009: 170), se movilizaron más de 130.000 miembros de las fuerzas de seguridad. La eficacia del aparato de seguridad alemán era indiscutible: entre el 1 de junio y el 9 de julio de 1972, toda la dirección de la organización fue detenida, incluidos Baader, Ensslin y Meinhof. La "primera generación" entró en la cárcel con un número muy bajo de ataques a sus espaldas. El

Estado alemán fue casi tan eficaz como el japonés en la prevención de la expansión de la guerrilla urbana (véase más abajo).

La RAF reaccionó a estos acontecimientos imprevistos concentrando la acción en cárceles y tribunales. Es importante subrayar que el trato a los prisioneros fue extremadamente duro y políticamente controvertido. Los terroristas encarcelados se sumaron a varias huelgas de hambre para protestar contra su aislamiento extremo (Holger Meins murió el 9 de noviembre de 1974 después de dos meses sin comida, lo que provocó una ola de protestas en todo el país). La resistencia de los prisioneros provocó la solidaridad entre los militantes radicalizados, algunos de los cuales acabaron uniéndose a la RAF, lo que facilitó la reconstrucción de la organización y, por tanto, el surgimiento de un nuevo ciclo de violencia (Smith y Moncourt, 2009: 326-327).

Los atentados mortales, no obstante, no pudieron reanudarse hasta tres años después, en 1975. Y cuando regresaron, lo hicieron con una fuerte carga autorreferencial: el objetivo principal de la violencia era la liberación de los compañeros en prisión. La primera acción espectacular de la RAF en 1975 se inspiró en gran medida en el secuestro de Peter Lorenz, el candidato democratacristiano a la alcaldía de Berlín, por parte del Movimiento 2 de Junio. Los terroristas exigieron la liberación de varios presos y el Estado aceptó la demanda (Aust, 2008: 220-223). Con este precedente, el 25 de abril la RAF ocupó la embajada alemana en Estocolmo, tomando 12 rehenes. Nuevamente, pidieron la liberación de presos. Para hacer creíble la amenaza, los terroristas mataron a dos de los rehenes, pero la matanza precipitó una operación policial para recuperar el control de la situación. Dos miembros de la RAF perdieron la vida y todos los demás fueron detenidos. El canciller Helmut Schmid (del partido socialdemócrata) declaró que la guerrilla era la mayor amenaza para la República Federal desde su creación (Smith y Moncourt, 2009: 335).

El 9 de mayo de 1976, un año después del fracaso sin paliativos de la operación de Estocolmo, se anunció que Ulrike Meinhof se había suicidado en la cárcel. El informe oficial contenía numerosas incongruencias, por lo que la conclusión dominante entre los radicales izquierdistas fue que Meinhof había sido asesinada por las

autoridades para desmoralizar a quienes luchaban por mejorar las condiciones de los presos. Su muerte provocó graves disturbios en las calles, especialmente en Frankfurt, que ayudaron a mantener vivas las redes de solidaridad con los prisioneros de la RAF. Los miembros de la RAF encarcelados lanzaron una nueva ofensiva en la primavera de 1977, iniciando su cuarta huelga de hambre. Una RAF reconstituida optó por aumentar la presión sobre las autoridades con una serie de ataques espectaculares. Estos atentados provocaron la peor crisis política de la República Federal de Alemania, en un drama que culminó en otoño y que, sin duda, puede compararse en intensidad a la crisis italiana provocada por el secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro.

Con diferencia, 1977 fue el año más sangriento de la RAF. Mataron a 13 personas, el 38% de todas las muertes causadas por este grupo en toda su existencia. El 7 de abril de 1977, el fiscal general, Sigfried Buback, fue asesinado (el conductor y el guardaespaldas también perdieron la vida en el ataque), en una represalia explícita por la muerte de Meinhof y Meins. En cierto sentido, este fue un salto cualitativo para la RAF: los terroristas nunca antes habían atacado a las élites estatales o empresariales. Luego, el 30 de julio, intentaron secuestrar a uno de los empresarios más conocidos del país, Jürgen Ponto; sin embargo, este se resistió y recibió cinco disparos que acabaron con su vida. El 5 de septiembre secuestraron a Hanns Martin Schleyer, presidente de la Asociación Federal de Industrias Alemanas (y también exmiembro de las SS). El secuestró se saldó con la muerte del conductor y tres policías. A continuación, la RAF exigió la liberación de varios presos, incluidos Baader y Ensslin. Con todo el país pendiente de las negociaciones entre los terroristas y el Estado, la situación se intensificó el 13 de octubre, cuando un comando palestino secuestró un avión alemán que volaba de Mallorca a Frankfurt y pidió la liberación de los prisioneros de la RAF. El avión voló de un país a otro en busca de un permiso formal para aterrizar. El destino final fue Mogadiscio (Somalia). El 17 de octubre, agentes alemanes entraron en el avión y mataron a los tres secuestradores palestinos, salvando la vida de los pasajeros. Al día siguiente, el Estado anunció que Baader, Ensslin y Jan-Carl Raspe se habían suicidado (Ingrid Möller también lo intentó, pero sobrevivió) en la prisión de alta seguridad de Stammheim. La RAF reaccionó matando a Schleyer.

Después de más de un mes de crisis nacional, el Estado salió victorioso. Schleyer había sido asesinado, pero la RAF había fracasado en su plan de liberar a los presos. De hecho, los líderes fundadores estaban todos muertos. Sin embargo, las cosas no salieron exactamente como pretendía el Estado, que actuó exageradamente, como si el orden público estuviera realmente en peligro. Se utilizaron medidas extremas para neutralizar la amenaza de los terroristas revolucionarios. La política de seguridad del Estado tuvo un coste en términos de legitimidad, como se pudo comprobar en la acalorada discusión pública sobre si las muertes en Stammheim (al igual que la muerte anterior de Meinhof) habían sido suicidio o asesinato[57]. Aunque la opinión pública estaba abrumadoramente en contra de las acciones de la RAF, para muchos en la izquierda radical el Estado había revelado su verdadero rostro autoritario.

Gracias a la resistencia de las redes izquierdistas radicalizadas, la RAF no desapareció por completo. La actividad letal resurgió en 1985, con cuatro muertes, y continuó en 1986 con otras tres[58]. Pese a ello, la RAF no tenía los recursos organizativos necesarios para mantener el impulso y la actividad armada volvió a decaer rápidamente. En sus últimos años, el asesinato más espectacular fue el del presidente de Treuhandstalt (la agencia para la privatización de las empresas de Alemania Oriental), Karsten Rohwedder, el 1 de abril de 1991. El último asesinato tuvo lugar en 1993, cuando dos miembros de la RAF sufrieron una emboscada de las fuerzas de seguridad y uno de los policías recibió un disparo.

En 1998, la RAF anunció su disolución. Muy pocas organizaciones terroristas terminan formalmente su existencia. En un comunicado titulado “La guerrilla urbana es historia”, la idea misma de que un grupo de vanguardia lanzara una guerra contra un Estado poderoso se critica por ilusoria y mal planteada[59]. El documento es interesante porque admite abiertamente muchos de los errores cometidos por la RAF, incluido el hecho de que perdieran el contacto con la sociedad durante la crisis del otoño de 1977.

Como en los demás países, la eficacia del Estado para contener la amenaza terrorista llevó a la guerrilla urbana a un creciente aislamiento, lo que a su vez provocó una campaña autorreferencial

contra el Estado con el único propósito de liberar a los presos o mejorar sus condiciones en la cárcel. Llegados a ese punto, la justificación de la lucha armada no era la revolución, sino el destino que aguardaba a los terroristas que estaban en prisión.

5. Japón

En Japón la Nueva Izquierda comenzó antes y tuvo un mayor impacto en la política de la década de 1960 que en otros países. Hubo una primera ola de movilización en 1960-61 y una segunda en 1967-69. Esta última ola comparte muchas de las características que estaban presentes en otros países a fines de los años sesenta: una mezcla de preocupaciones internacionales y nacionales, un proceso de radicalización (en gran medida estimulado por una represión policial excesiva) y un uso creciente del extremismo (tácticas violentas).

Para llegar hasta la crisis de finales de los sesenta, es conveniente proporcionar un breve contexto histórico. En 1948 se creó Zengakuren (la Federación Japonesa de Asociaciones Estudiantiles). Desde el principio, estuvo bajo el control del Partido Comunista Japonés (PCJ). Sin embargo, durante la década de 1950 algunos activistas decepcionados con las políticas del partido (como el apoyo a la invasión de Hungría por la URSS en 1956), su gradualismo y su autoritarismo interno decidieron plantar cara a la hegemonía del PCJ. En 1958 se consumó una ruptura traumática. Una facción (Minsei Domei) se mantuvo leal al Partido, mientras que la otra (Kyosando, más conocida como Bund), mucho más numerosa, adoptó las tesis de la Nueva Izquierda, con un notable componente existencialista, encarnado en su preocupación por la excesiva disciplina y control social de la vida personal bajo el capitalismo nipón (Ando, 2014: 61- 63).

La primera manifestación en las calles de este nuevo espíritu fue visible en las protestas estudiantiles de mayo-junio de 1960 contra la revisión del Pacto de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, firmado originalmente en 1952. La revisión del artículo VI del tratado establecía que “se garantiza a los Estados Unidos de América el uso de las instalaciones y bases en Japón para sus fuerzas terrestres, aéreas y navales”. Muchos entendieron que se

trataba de una limitación intolerable de la soberanía de Japón. Las protestas de Zengakuren incluyeron un ataque contra la Dieta, la legislatura bicameral de Japón, y un intento de evitar que el primer ministro volara a Estados Unidos (Ando, 2014: 30-31; Shimbori, 1971: 152). Los estudiantes se situaron en vanguardia, pero en la manifestación participaron más de 100.000 personas de muy diversa procedencia (Andrews, 2016: 39)[60]. En un intento de invadir el parlamento, una estudiante, Michiko Kanba, murió en un enfrentamiento con la policía. Hubo también huelgas a gran escala. Debido al desorden reinante, el presidente estadounidense tuvo que cancelar su visita a Japón. Aunque el primer ministro japonés dimitió por estos sucesos, el pacto fue finalmente aprobado el 19 de enero de 1961.

El fracaso en última instancia de los estudiantes provocó una parálisis casi total en las movilizaciones después de 1961 y, peor aún, una lucha interna sin cuartel dentro del Bund-Zengakuren (Andrews, 2016: cap. 4). El Bund se dividió en varios grupos. Kakumaru-ha-Zengakuren (Facción Marxista Revolucionaria) llegó a dominar la organización, no obstante su reducido tamaño. A mediados de la década de 1960, otros tres grupos (Chukaku-ha [Liga Comunista Revolucionaria-Comité Nacional], la Liga Socialista Estudiantil y la Liga Socialista de la Juventud) se unieron para constituir Sampa-Zengakuren (sampa significa “tres facciones”) como una alternativa a Kakumaru-ha-Zengakuren. Uno de estos grupos, Chukaku-ha, fue especialmente activo y recurrió al extremismo en sus tácticas. La lucha entre Kakumaru-ha y Chukaku-ha duró más de dos décadas y, a menudo, se tradujo en asesinatos sectarios entre los dos grupos (véase el capítulo 2, apartado 3).

Las protestas estudiantiles regresaron en el otoño de 1967. Al igual que en la ocasión anterior, el objetivo era construir un movimiento contra la siguiente ronda de revisiones del Pacto de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, que se iba a celebrar en 1970. Dado que los manifestantes no habían logrado sus objetivos en 1960 con el uso de tácticas pacíficas, esta vez los activistas recurrieron a protestas más violentas. Entre los primeros incidentes graves, se cuentan las batallas entre estudiantes y policías en el área alrededor del aeropuerto de Haneda (Sunada, 1969: 466-468). Los estudiantes querían impedir que el primer ministro viajara (igual que habían

hecho en 1960), en este caso a Saigón y Washington: era una forma de protestar contra el apoyo de Japón a Estados Unidos en la guerra de Vietnam. El primer enfrentamiento se produjo el 8 de octubre de 1967. Los estudiantes marcharon de manera muy organizada, con un claro estilo militarista, buscando un enfrentamiento directo con las fuerzas de seguridad. Llevaban cascos y estaban armados con palos, siguiendo el mismo estilo de lucha que se había consumado en los conflictos sectarios entre grupos de la izquierda radical. En principio, los estudiantes de las distintas facciones habían llevado los palos por si en los mítines preparatorios en Tokio el día anterior surgían enfrentamientos entre grupos (Marotti, 2009: 103; Steinhoff, 2013: 133)[61]. Tras la marcha de Tokio, decidieron llevar consigo los palos para atacar a las fuerzas de seguridad (se desplegaron más de 4.000 policías). La batalla fue feroz por ambos lados, con cientos de personas heridas. La policía utilizó gas lacrimógeno, cañones de agua y porras. Un estudiante, Hiroaki Yamazaki, murió durante los enfrentamientos y se convirtió en mártir del movimiento[62]. El 12 de noviembre tuvo lugar la segunda batalla, con resultados similares en términos de violencia, detenidos y heridos. Un día antes, un hombre de 73 años se inmoló frente a la residencia del primer ministro para protestar contra su viaje a Vietnam del Sur.

La movilización contra la guerra de Vietnam y el imperialismo estadounidense continuó en enero de 1968, cuando los manifestantes intentaron bloquear la entrada del portaaviones estadounidense Enterprise en el puerto de Sasebo. El portaaviones había servido de base para lanzar ataques aéreos en Vietnam del Norte. Zengakuren bautizó esta acción como “la tercera Haneda” (Marotti, 2009: 117). La policía antidisturbios reprimió a los manifestantes con más violencia aún que en los episodios anteriores.

A la campaña contra la guerra de Vietnam pronto se sumaron otros temas, como la protesta contra las expropiaciones de tierras para la construcción del Aeropuerto Internacional de Narita. Esta fue una de las protestas más duraderas (se prolongó durante más de una década) en la historia reciente de Japón (Andrews, 2016: cap. 8; Apter y Sawa, 1984). El nuevo aeropuerto se iba a construir en una zona agrícola de la prefectura de Chiba. Las autoridades creyeron

que los agricultores estarían dispuestos a vender sus tierras. Pero para sorpresa de muchos, los agricultores crearon una asociación, Hantai Domei, y se resistieron ferozmente a los planes estatales. Recibieron la ayuda entusiasta de estudiantes de la Nueva Izquierda, fundamentalmente de los miembros de Chukaku-ha, quienes defendían que la construcción del aeropuerto en una zona rural tradicional representaba un nuevo avance del capitalismo. Las movilizaciones comenzaron en 1967, cuando los activistas intentaron evitar las expropiaciones de tierras por parte de las autoridades estatales. Las protestas se volvieron violentas durante el invierno y la primavera de 1968. La escalada culminó en 1971, cuando las expropiaciones se hicieron realidad y tres policías fueron asesinados por los activistas (Andrews, 2016: 173; Apter y Sawa, 1984: 104). En 1978, cuando el aeropuerto estaba a punto de abrir, los activistas lograron apoderarse de la torre de control y destruir parte de la instalación.

Durante el invierno de 1968, las protestas se extendieron por los campus. El conflicto comenzó en enero en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tokio (la más prestigiosa de Japón) con una huelga masiva de estudiantes (se quejaban del trabajo no remunerado en el hospital universitario) (Andrews, 2016: 84-89; Steinhoff, 2013). La reacción represiva de la universidad, expulsando a algunos alumnos, indignó al estudiantado. Los estudiantes boicotearon eventos académicos, realizaron ocupaciones y organizaron huelgas. En un intento de apaciguamiento, el rector de la universidad organizó en junio una reunión en el auditorio central. Se presentaron alrededor de 6.000 estudiantes. El resultado fue la toma del edificio y la construcción de barricadas alrededor del auditorio para defender la “ocupación” frente a las fuerzas de seguridad. En los días siguientes, se ocuparon otros edificios universitarios. A diferencia de la ocupación relativamente breve de la Universidad de Columbia en Estados Unidos, aquí los estudiantes permanecieron durante varios meses, hasta enero de 1969, cuando las autoridades llamaron a la policía antidisturbios. La batalla final se prolongó durante dos días. Hubo decenas de heridos (tanto estudiantes como policías) y más de 600 estudiantes fueron detenidos (Steinhoff, 2013: 146). Se produjo un rápido efecto contagio. Según algunas estimaciones, durante los primeros cuatro meses del año académico 1969, 111 universidades de 379 (el 30%)

experimentaron protestas y conflictos (Tsurumi, 1970: 108). Con respecto a las detenciones, el número de estudiantes arrestados pasó de unos pocos cientos en 1966 a 5.547 en 1967 y a 5.968 en solo los primeros ocho meses de 1968 (Shimbori, 1971: 153).

Aunque las motivaciones originales eran casi las mismas en 1960 y 1967-70 (el rechazo del tratado entre Estados Unidos y Japón), las movilizaciones difirieron en varios aspectos. El movimiento de protesta fue más grande a finales de los sesenta, duró más tiempo y fue mucho más allá de la relación con Estados Unidos[63]. Como en otros países, los estudiantes se movilizaron en torno a temas universitarios, la guerra de Vietnam, la excesiva represión policial y, de manera más general, la lucha contra el capitalismo, la autoridad y la jerarquía.

En términos generales, la protesta en Japón fue desde un principio más violenta que en otros países. La organización y disciplina de los activistas, así como su fuerte compromiso ideológico, explican estos niveles iniciales de confrontación. La violencia y las actitudes antisistema crecieron durante el ciclo 1967-69, sobre todo entre las facciones más sectarias de la izquierda. Como en Alemania, la transición de la protesta radical a la violencia extremista fue rápida.

Confirmando nuevamente el patrón analizado por Della Porta y Tarrow (1986), se puede comprobar claramente que la lucha armada se convirtió en una opción seria en Japón cuando la ola de movilizaciones estudiantiles comenzó a menguar sin haber alcanzado sus metas (Ando, 2014: cap. 3; Andrews, 2016: 67; Farrell, 1990: 77). El potencial era enorme, ya que había numerosos estudiantes radicalizados dispuestos a participar en actos de violencia. Sin embargo, retrospectivamente, es obvio que este potencial no se materializó completamente por dos razones al menos. En primer lugar, la eficacia del Estado para contrarrestar el desafío armado: las fuerzas policiales a menudo detenían a las personas antes de que tuvieran la oportunidad de poner en práctica sus planes. Esto llevó a varios activistas a huir del país y buscar una base en el extranjero para sus acciones. Así, el grupo más conocido, el Ejército Rojo Japonés (ERJ, Nihon Sekigun), cometió todos sus atentados fuera de Japón. De ahí que la actividad del ERJ no se haya incluido en el presente estudio, ya que no cuenta como

terrorismo nacional. En segundo lugar, el terrorismo no fue a más debido a las luchas internas en el seno de los grupos armados y entre unos grupos y otros, algo sin precedentes en otros países desarrollados: casi la mitad de todos los asesinatos fueron dirigidos contra otros terroristas o activistas revolucionarios. La naturaleza introspectiva o autorreferencial de la violencia terrorista japonesa es, con mucho, la más fuerte en la muestra de países ricos (véase más adelante).

En total, he identificado 38 asesinatos entre 1970 y 1990; menos de un tercio de la cifra equivalente en Italia. Como se explicó en el capítulo 2, han quedado fuera los asesinatos sectarios entre los grupos radicales de izquierda: la mayoría de ellos se debieron a fuertes palizas, una táctica bastante alejada del repertorio estándar del terrorismo. Más allá de algunos casos aislados de violencia letal, se pueden distinguir dos campañas terroristas. En primer lugar, la que llevó a cabo el Ejército Rojo Unido (ERU, Rengo Sekigun), quizás el grupo armado más parecido a los grupos terroristas europeos. En segundo lugar, la campaña liderada por el grupo antiimperialista Frente Armado Anti-Japón de Asia Oriental. Los casos residuales corresponden a la violencia ejercida por las organizaciones radicales de la Nueva Izquierda surgidas en la década de 1960 y pueden considerarse una campaña en sí misma. Cada uno de estas tres campañas tiene sus peculiaridades y es, en gran medida, independiente de las otras. La tabla 3.2 proporciona información básica sobre estas tres fuentes de violencia, mostrando el alto nivel de asesinatos internos o autorreferenciales dentro del Ejército Rojo Unido.

Tabla 3.2

Asesinatos terroristas revolucionarios en Japón

	Asesinatos totales	Asesinatos internos	Primer año	Último año
Chukaku-ha	2	0	1971	1990
Ejército Rojo Unido (Rengo Sekigun)	16	15	1971	1972
Frente Armado Anti-Japón de Asia Oriental	15	0	1974	1976
Otros grupos	5	0	1971	1972

Total	38	13	1971	1990

La mayor parte de la violencia procede del Ejército Rojo Unido. Esta organización se creó a partir de la fusión de dos grupos preexistentes, la Facción del Ejército Rojo (Sekigun-ha) e Izquierda Revolucionaria (Kakumei Saha). El primero de estos grupos se creó en el otoño de 1969, cuando las protestas estudiantiles iniciaban su retroceso. Pasó rápidamente de constituirse como una organización de masas a disponer de una estructura militar. El grupo se encontró con una respuesta positiva en los círculos radicales: tuvo en sus inicios 50 y al poco tiempo eran 300-400, en su mayoría estudiantes (Farrell, 1990: 90; Igarashi, 2007: 124). Para entrenarlos, se planeó un curso de formación de guerrilleros en la montaña, con el objetivo de preparar el secuestro del primer ministro en su residencia. Pero toda la operación fue frustrada por la Policía en una redada que acabó con más de 50 activistas detenidos (Steinhoff, 1989: 728). Esta acción policial tuvo graves consecuencias. Muchos decidieron abandonar y el número de activistas cayó a menos de 100 (Farrell, 1990: 93). Quienes permanecieron pasaron a la clandestinidad.

Una de las lecciones que algunos radicales extrajeron de aquel episodio era que la resistencia armada no resultaba factible en Japón. En marzo de 1970, nueve miembros de la Facción del Ejército Rojo secuestraron un avión y volaron a Corea del Norte, donde fueron reeducados en la versión oriental del marxismo-leninismo de Kim Il Sung (pensamiento zuche) (Andrews, 2016: 127-128). Se quedaron en Corea del Norte durante muchos años y abandonaron para siempre su plan de iniciar la revolución internacional (Steinhoff, 2004).

Otro grupo, formado por unas 40 personas, bajo el liderazgo de Fusako Shigenobu, se trasladó al Líbano y estableció estrechos contactos con el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP). En 1971 Shigenobu creó el Ejército Rojo Japonés (ERJ), que solo operaba fuera de su país. Dado que el ERJ pensaba que no había posibilidad de una revolución en Japón, concentró sus energías en otras causas, como la de los palestinos. El ERJ se hizo mundialmente famoso por el ataque al aeropuerto de Tel Aviv el 30 de marzo de 1972: los terroristas abrieron fuego y lanzaron granadas contra un grupo de peregrinos puertorriqueños. En total,

mataron a 26 personas, todos ellas civiles (Farrell, 1990: cap. 6). El ERJ participó o protagonizó muchos otros ataques espectaculares, pero rápidamente se convirtió en un grupo autorreferencial. Como señala Steinhoff (1989: 735), todos los ataques del ERJ desde 1973 en adelante tenían como objetivo liberar a sus miembros en la cárcel.

Los miembros del Ejército Rojo que se quedaron en Japón optaron por fusionarse con el segundo de los grupos, Izquierda Revolucionaria, creando el Ejército Rojo Unido en julio de 1971, con dos líderes, Tsuneo Mori y Hiroko Nagata. En diciembre de ese año, organizaron una especie de temporada de entrenamiento en las montañas de la prefectura de Gunma. Los sucesos que tuvieron lugar allí se encuentran entre los más desconcertantes y extraños de toda la historia del terrorismo (Andrews, 2016: 138-146; Farrell, 1990: cap. 1; Igarashi, 2007). Los líderes del grupo creían que la depuración ideológica de los activistas era más importante que el entrenamiento militar. La convivencia en la montaña se concibió como un ejercicio de formación del carácter revolucionario mediante la práctica de la "autocrítica comunista", llevada a su forma más extrema. Cualquier rastro de valores burgueses o de un estilo de vida consumista debía ser eliminado con la ayuda de los compañeros. En total aislamiento del resto del mundo, se creó un ambiente delirante, en el que Mori exigía una autocrítica cada vez mayor a los seguidores del grupo. A un miembro elegido para la autocrítica se le negó la comida y sus colegas lo golpearon brutalmente durante días. Incluso las rutinas higiénicas básicas se consideraban una perversión burguesa. Mori llegó a acusar a Michiyo Kaneko, una mujer que estaba en su octavo mes de embarazo, de tratar a su feto como si fuera propiedad privada. El líder del ERU consideró seriamente la posibilidad de someterla a una cesárea para terminar con cualquier rastro de "apego a la propiedad privada", pero Kaneko murió antes por la tortura a la que fue sometida. En total, entre diciembre de 1971 y enero de 1972, 11 miembros del ERU fueron asesinados por sus propios compañeros, en un proceso de total degradación[64].

Las fuerzas de seguridad comenzaron a sospechar de la "actividad inusual" en la montaña y finalmente descubrieron los cadáveres. Persiguieron a los terroristas supervivientes durante más de una

semana, quienes, durante su fuga, mataron a dos policías y un civil. La operación policial se transmitió por televisión y tuvo un fuerte impacto en la sociedad japonesa. La imagen del ERU se hizo añicos, hasta el punto de que la vía armada dejó de ser una opción en Japón.

Solo hubo otro grupo que pusiera en práctica la violencia mortal, el Frente Armado Anti-Japón de Asia Oriental. Se sabe muy poco sobre esta organización (Andrews, 2016: cap. 9). Su origen radica en los grupos de estudio creados alrededor de 1970 para analizar el mal causado por el imperialismo japonés a lo largo de la historia. En algún momento, el grupo optó por la lucha armada y comenzó a atacar símbolos de los crímenes de guerra japoneses y la colonización. En principio habían adoptado una estrategia de bombas sin consecuencias mortales, pero el 30 de agosto de 1974 hicieron explotar una bomba en la sede de Mitsubishi en Tokio, que mató a ocho civiles e hirió a casi 400. El objetivo no era provocar una masacre: el grupo hizo una llamada de advertencia (que llegó demasiado tarde) y calculó mal la magnitud de la explosión, que fue mucho mayor de lo esperado. Se seleccionó Mitsubishi por su apoyo al imperialismo japonés. En el comunicado emitido unos días después, el grupo justificó la pérdida de vidas de esta manera: “Las personas muertas y heridas por la bomba de Okami no son ‘trabajadores como cualquier otra persona’ o ‘ciudadanos comunes’. Son parásitos situados en el centro neurálgico del imperialismo japonés” (Andrews, 2016: 186). En mayo de 1975, la mayoría de los líderes del grupo fueron arrestados. Sin embargo, dos meses después, la organización reivindicó una bomba que mató a varios policías en Hokkaido.

Aunque el número total de asesinatos revolucionarios convierte a Japón en el cuarto país más letal, el verdadero misterio es por qué no hubo muchos más asesinatos dadas las numerosas facciones radicales de izquierda que, tras las movilizaciones de 1967-69, aprobaban el uso de la violencia. La respuesta es, resumidamente, esta: eficacia policial (Andrews, 2016: cap. 10). El Estado logró “externalizar” el terrorismo, obligando al ERJ, por ejemplo, a actuar en el exterior (Katzenstein, 2003: 744). En cuanto a los grupos internos, aquellos que recurrieron a la violencia letal, como ERU o el Frente Armado Anti-Japón, fueron rápidamente neutralizados por

las fuerzas de seguridad. Sobrevivieron las organizaciones con un apoyo más amplio, como Chukaku-ha y Kakumaru-ha, pero se trataba de grupos políticos con ramas armadas que no participaron en asesinatos excepto en luchas intestinas y sectarias; la gran mayoría de sus ataques fueron contra propiedades e infraestructura, con un fuerte componente propagandístico.

6. Grecia y Portugal

6.1. Grecia

En Grecia, 25 personas murieron a manos de grupos armados radicales de izquierda; la mayoría de las víctimas (22) corresponden a un solo grupo, la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre (OR17N). El nombre procede del levantamiento de la Universidad Politécnica de Atenas, el 17 de noviembre de 1973. Si bien la protesta estudiantil en Grecia no alcanzó los niveles de los principales países europeos a finales de los sesenta, tuvo un desarrollo tardío en 1973, cuando la universidad fue ocupada por estudiantes y trabajadores. El Estado envió los tanques para poner fin a la ocupación, lo que provocó una ola de protestas fuera del campus que terminó con la muerte de 20 civiles a manos de las fuerzas de seguridad. Este traumático hecho contribuyó a la deslegitimación de la Junta (que se vino abajo en julio de 1974) y radicalizó a muchos jóvenes que, siguiendo otros ejemplos europeos, crearon un movimiento revolucionario de izquierda que, en el contexto de la transición a la democracia (metapolitefsi), se convirtió en la izquierda extraparlamentaria. La lucha armada surgió cuando los grupos radicales asumieron que la revolución no se llevaría a cabo espontáneamente bajo el nuevo régimen democrático (Kassimeris, 2001: 64).

Así como el GRAPO empezó a actuar en los momentos finales de la dictadura, cuando Franco agonizaba, y aceleró su actividad durante la transición a la democracia, la OR17N también inició su campaña inmediatamente después del colapso de la Junta. Hay otras similitudes sorprendentes: ninguno de los dos grupos necesitó un periodo de preparación antes de empezar a matar; las dos organizaciones eran minúsculas y muy reservadas, con escaso apoyo social, restringido a los miembros más radicalizados del movimiento de extrema izquierda; y ambos grupos sobrevivieron durante mucho

tiempo, en el caso de la OR17N de 1975 a 2002. Debido a su secretismo, pequeño tamaño y persistencia, circularon historias conspirativas ampliamente difundidas en los medios de ambos países en las que se sugería que estos grupos estaban manipulados o controlados por los servicios secretos. En este sentido, una de las características más sorprendentes de la experiencia de Grecia con el terrorismo revolucionario es que las fuerzas de seguridad no pudieron detener a un solo miembro de la OR17N hasta junio de 2002. Sin embargo, tras ese primer arresto, la Policía tiró del hilo y en septiembre de ese año la organización quedó completamente desarticulada.

Otra peculiaridad de la OR17N radica en su fuerte perfil antiimperialista. El primer asesinato, el 23 de diciembre de 1975, fue el de Richard Welch, agente de la CIA; y el último, el 8 de junio de 2000, el de Stephen Saunders, agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Atenas. La mayoría de los asesinatos fueron selectivos, dirigidos contra el Estado griego, aunque también hubo atentados contras los “enemigos” del pueblo griego, una categoría que cubría un amplio abanico, desde empresarios explotadores a médicos corruptos en el sistema nacional de salud (Lekea, 2014: cap. 2).

6.2. Portugal

Portugal inició la Tercera Ola de democratización el 25 de abril de 1974 con la Revolução dos Cravos (Huntington, 1991). Pero a diferencia de los otros dos países mediterráneos (Grecia y España), el terrorismo revolucionario no estuvo presente durante la transición portuguesa. En realidad, el terrorismo letal llegó bastante tarde, en 1979, y duró hasta 1987. Hubo grupos armados antes y después de 1974, pero nunca mataron a nadie. En total, 21 personas fueron asesinadas, 20 de ellas por la organización Forças Populares do 25 Abril (FP-25A)[65].

FP-25A nació como una escisión de las Brigadas Revolucionárias, un grupo armado revolucionario creado en 1970 para luchar contra la

dictadura utilizando explosivos al servicio de la propaganda política. Aunque no aprobaba los ataques contra personas, las Brigadas asesinaron a un miembro de la Policía judicial el 21 de marzo de 1978, en un operativo para liberar a un activista que había sido detenido unos días antes. No fue, sin embargo, un asesinato planeado. La tardía creación de FP-25A se puede atribuir a dos factores. Por un lado, la creciente desilusión con el funcionamiento de la nueva democracia portuguesa; por otro, el empeoramiento de la situación económica tras la segunda crisis del petróleo de 1979.

La principal preocupación de FP-25A era la lucha contra el imperialismo y el capitalismo; no obstante, la gran mayoría de los asesinatos se llevaron a cabo por razones puramente internas y autorreferenciales. Nueve de los 20 asesinatos estaban relacionados con la supervivencia de la organización: las víctimas eran terroristas arrepentidos, informantes, empresarios que se negaron a pagar la extorsión y responsables de las malas condiciones de los terroristas en la cárcel. Otros siete asesinatos no fueron planeados, resultado de encuentros con fuerzas de seguridad en robos a bancos y acciones similares. En realidad, solo hubo dos asesinatos planeados en todo el periodo que podrían caracterizarse como acciones auténticamente ideológicas (el 6 de diciembre de 1982, un empresario fue asesinado por el despido de 47 trabajadores en un conflicto laboral y el 29 de mayo de 1984 otro empresario fue asesinado por motivos puramente anticapitalistas).

En 1984, durante la llamada Operaçao Orion, la Policía detuvo a 60 miembros de las FP-25A, entre ellos al líder ideológico del grupo, el teniente coronel Otelo Saraiva de Carvalho, un militar que había tenido un papel destacado en la Revolución de los Claveles. Según algunos cálculos, FP-25A tuvo a lo largo de su historia alrededor de 150 miembros, con aproximadamente 2.200 simpatizantes (Barra da Costa, 2004: 74). Dadas estas cifras, es fácil entender por qué las detenciones de 60 activistas provocaron el fin de la organización. Hubo, no obstante, algunos asesinatos residuales que se prolongaron hasta 1987.

El FP-25A pertenece a la segunda ola de grupos terroristas revolucionarios, junto con Action Directe en Francia y las Cellules

Communistes Combattantes en Bélgica. Estos grupos fueron ciertamente menos letales y tuvieron un menor apoyo social que los de la primera ola. Los Estados pudieron contener el desafío y, por lo tanto, evitaron el tipo de crisis políticas que se vivieron en Italia, España y Alemania.

CAPÍTULO 4

DETERMINANTES CONTEMPORÁNEOS Y ANTECEDENTES INMEDIATOS

1. Introducción

En este capítulo comienzo el análisis explicativo del terrorismo revolucionario en los países desarrollados. La hipótesis principal, como se vio en el capítulo 1, establece que este tipo de terrorismo tiene raíces históricas de largo plazo. Para demostrar que la historia importa, primero es preciso determinar hasta qué punto se puede explicar el terrorismo revolucionario utilizando factores contemporáneos y antecedentes inmediatos. Las variables contemporáneas podrían absorber completamente los efectos de factores más distantes en el tiempo, en cuyo caso la introducción de información histórica en el análisis estadístico sería irrelevante. Además, es necesario comprobar si las variables de corto y largo plazo apuntan en la misma dirección y contribuyen a la configuración de una explicación unificada, o si entran en conflicto entre sí. En caso de observarse alguna inconsistencia, la explicación sería más compleja y matizada. Por todas estas razones, el análisis empírico se inicia considerando tan solo el corto plazo, yendo luego más hacia atrás en el tiempo. Los resultados con las variables de corto plazo constituirán el punto de referencia para los análisis posteriores con variables de largo plazo.

Dada la formulación de la pregunta general de investigación (por qué el terrorismo revolucionario fue más intenso en algunos países que en otros), la respuesta debería formularse a partir de la variación entre países (diseño de sección cruzada). Sin embargo, en aras de la exhaustividad, presento al principio un análisis de datos de panel (que incluye variación temporal y variación entre países). Puesto que el análisis de panel no permite determinar el efecto de variables que varían lentamente o que, directamente, son invariantes en el tiempo (como sucede con muchas variables históricas o de largo plazo), luego, en un segundo paso, procedo a un análisis puro de sección cruzada en el que la variable dependiente es la intensidad total de terrorismo revolucionario en cada país, eliminando la variación temporal dentro del país, y en el que las variables explicativas miden los factores antecedentes a la aparición del terrorismo (las condiciones previas de los países unos

años antes de que surgiera el terrorismo).

2. Eficacia estatal y apoyo social

La producción de la violencia letal se puede abordar desde dos perspectivas diferentes. La primera refiere a la capacidad de los terroristas para llevar a cabo ataques. Evidentemente, cuantos más miembros tenga la organización, mayores sean los recursos económicos para comprar armas y más sólida sea la infraestructura organizativa, mayor será la capacidad mortífera de los terroristas. Esta proposición general es especialmente indiscutible en el caso de los grupos armados que rechazan la violencia indiscriminada por razones ideológicas (tal y como sucede con el tipo revolucionario). Cuando se descartan los ataques indiscriminados, la selección de objetivos se convierte en un asunto de gran importancia para los terroristas. En general, los ataques planificados contra objetivos específicos son complicados desde un punto de vista logístico, pues requieren de una buena inteligencia, terroristas bien entrenados y una planificación cuidadosa que evite víctimas colaterales. Todo ello exige una poderosa infraestructura organizativa. A riesgo de simplificar, cabría decir que estas características (inteligencia, miembros, recursos económicos) son una función del apoyo social. Un mayor apoyo social implica un mayor número de militantes, una red más extensa de casas seguras, mejor inteligencia y armamento más sofisticado. En resumen, cuanto mayor sea el apoyo social que posea el grupo, más devastadora será su capacidad letal.

La segunda perspectiva es la del Estado. Cuanto mayor sea la capacidad del Estado para detener terroristas y frustrar sus operaciones, mayores dificultades tendrá el grupo armado para poner en práctica sus planes. En el caso del contraterrorismo, a diferencia de otras formas de contrainsurgencia basadas en los recursos militares, la dimensión clave de la capacidad estatal reside en las fuerzas policiales y los servicios de inteligencia. Si el Estado logra infiltrarse en un grupo clandestino, o al menos en su red de simpatizantes, obtendrá información crucial para poder desmantelar el grupo. Los Estados más desarrollados, cabe suponer, tendrán

mayores recursos para dotar de personal a las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia.

En relación con el terrorismo revolucionario en los países ricos, el apoyo social parece ser más relevante que la capacidad del Estado a la hora de explicar las diferencias entre países. Una forma posible de aislar el efecto de cada factor pasa por encontrar casos en los que uno de los factores pueda mantenerse constante mientras que el otro varía. Así ocurre, por ejemplo, cuando hay varios grupos terroristas actuando simultáneamente en un mismo país. La capacidad represiva del Estado no cambia y, por lo tanto, la variación en la letalidad debe atribuirse a diferentes grados de apoyo social[66]. Un caso útil es el de España: entre 1975 y 2000 actuaron simultáneamente dos organizaciones terroristas muy distintas, el GRAPO y ETA. La capacidad del Estado español era la misma, pero la letalidad de los dos grupos varió enormemente: 88 muertos causados por el GRAPO y más de 800 por ETA. El GRAPO nunca gozó de gran simpatía social más allá de la franja más radical de la izquierda (ciertamente por debajo del 1% de la población), mientras que ETA contó con un amplio apoyo en el País Vasco: en el año de máxima actividad letal de ETA, 1980, con más de 80 personas asesinadas, Herri Batasuna fue el segundo partido más votado en el País Vasco, obteniendo el 16,5% de los sufragios.

Si comparamos entre países llegamos a conclusiones similares, aunque, claro está, resulta más difícil mantener constante uno de los factores. Un simple ejercicio comparativo muestra que la capacidad estatal fue bastante similar en los países que experimentaron el terrorismo revolucionario, lo que parecería indicar que las diferencias entre países en los niveles de terrorismo han de deberse a los niveles de apoyo social, es decir, a la fuerza numérica y organizativa de la izquierda radical. En concreto, un examen detenido de los ocho casos en los que hubo terrorismo letal (dejando de lado Bélgica y Dinamarca)[67] muestra que las fuerzas de seguridad detuvieron a los líderes de los grupos en un lapso de tiempo relativamente similar. Así, casi todos los líderes fundadores cayeron en manos de la Policía en un periodo de uno a tres años desde que sus organizaciones comenzaron a realizar atentados. En el caso de la RAF, por ejemplo, el grupo inició sus acciones en 1970 y en el verano de 1972 la primera generación entera de líderes de la

RAF estaba en la cárcel: Andreas Baader, Holger Meins, Jan-Carl Raspe, Gudrun Ensslin, Brigitte Mohnhaupt y Ulrike Meinhoff fueron todos arrestados entre junio y julio de 1972.

Tabla 4.1

Lapso hasta la detención de los líderes

de los ocho principales grupos terroristas

País/Grupo	Mes/Año de comienzo	Campaña/acción (reivindicada)	Mes/Año de detención	Comentario	Meses transcurridos
Italia/Brigadas Rojas	9/1970	Se quema el automóvil de un ejecutivo de FIAT	9/1974	Detención de Renato Curcio y [illegible]	48
España/GRAPO	10/1975	Primer asesinato reivindicado	10/1977	Todo el comité central es dete[illegible]	24
Japón/ERU	8/1971	Primer asesinato reivindicado	1/1972	Los dos líderes, Mori Tsuneo y [illegible]	5
Alemania/RAF	5/1970	Liberación de Andreas Baader de la cárcel	6/1972	Se detiene a toda la dirección [illegible]	25
Grecia/OR17N	12/1975	Primer asesinato reivindicado	7/2002	Los dos líderes, Alexandros Gi[illegible]	308
Portugal/FP-25	4/1980	Decenas de explosiones (presentación pública del grupo)	6/1984	[illegible]	50
Francia/AD	9/1979	Primer ataque [illegible]	9/1980	Dos de los principales líderes, [illegible]	12
Estados Unidos/BLA	1/1971	Primera bomba	5/1971	Tras el asesinato de dos agent[illegible]	4

He calculado la diferencia entre el año en que el grupo principal comenzó a actuar en cada uno de los ocho países y el año en que las fuerzas de seguridad detuvieron a la primera hornada de líderes. La tabla 4.1 muestra los resultados: el lapso de tiempo entre el primer ataque armado (letal o no) reivindicado por el grupo y la detención de (parte de) los líderes suele ser muy corto, normalmente menos de tres años (36 meses). Hay dos excepciones, una menor y una mayor. La menor es Portugal, con un lapso de 50 meses[68]. La mayor es Grecia, donde las fuerzas de seguridad no pudieron arrestar a un solo miembro de la OR17N entre 1975 y 2002. Portugal y Grecia son los dos países más pobres de la muestra, lo que podría indicar que la capacidad estatal era más baja; no obstante, la tendencia general parece clara: la vida activa de los fundadores es breve en todas los demás países.

Los datos de la tabla 4.1 proporcionan un cierto apoyo empírico a la tesis de que no hubo grandes diferencias con respecto a capacidad estatal. Las fuerzas policiales fueron capaces de identificar a los líderes y detenerlos en un tiempo relativamente corto. En las organizaciones guerrilleras con control territorial las cosas funcionan de manera muy diferente: el líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, dirigió la organización de 1980 a 1992; el líder del PKK, Abdullah Ocalan, fue detenido en 1998, habiendo sido elegido en 1978; Velupillai Prabhakaran, fundador del LTTE en 1978, murió en una batalla en 2009, después de más de 30 años de liderazgo; y el cofundador de las FARC en 1964, Manuel Marulanda "Tirofijo", nunca fue detenido y murió por causas naturales en 2008. El contraste entre la vida esperada de los comandantes guerrilleros y la de los líderes terroristas es bastante elocuente. En última instancia, la diferencia procede de la condición clandestina de los grupos terroristas: al carecer de un área segura, tienen que esconderse dentro del territorio del enemigo, lo que los hace mucho más vulnerables.

Si la detención de los líderes fundadores se produjo en casi todos los casos durante los primeros años, las tasas diferenciales de supervivencia y letalidad de los grupos terroristas deben ser consecuencia de factores ajenos a la seguridad. No tiene mucho sentido concluir que, si el nivel de letalidad en Italia es ocho veces

mayor que en Portugal o Francia, el Estado italiano era ocho veces menos capaz que el portugués o el francés en la detención de terroristas. La clave hay que buscarla en otro lugar. Según la tesis general que defiendo, el tamaño de la izquierda radical y su grado de apoyo al extremismo son los factores cruciales para explicar las diferencias en la intensidad del terrorismo revolucionario. Allí donde la izquierda radical era marginal y la violencia contra seres humanos no tenía apoyo, los terroristas revolucionarios se abstuvieron de matar o mataron solo a unas pocas personas. Por el contrario, cuando la izquierda radical tenía un mayor número de seguidores y estos apoyaban la violencia en todas sus formas, el fenómeno del terrorismo revolucionario fue mucho más disruptivo. En última instancia, el argumento que quiero demostrar empíricamente establece que tanto el tamaño de la izquierda radical como su apoyo a la violencia están relacionados con trayectorias a largo plazo de desarrollo político y económico.

3. Hipótesis

Por desgracia, no contamos con datos sobre el tamaño y el extremismo de la izquierda radical de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. Los resultados electorales no son muy útiles, ya que la izquierda extraparlamentaria no se presentó a las elecciones en la mayoría de países. No queda más remedio que recurrir a mediciones indirectas o proxies. He recurrido a cinco de ellas, con la esperanza de que reflejen con la mayor precisión posible la variable de interés.

El indicador que primero viene a la mente es la fuerza de los partidos comunistas (Engene, 2004; Sánchez-Cuenca, 2009). En el capítulo anterior mostré que los partidos comunistas no aprobaban la lucha armada clandestina; en general, mantuvieron una relación difícil con los grupos a su izquierda. En el capítulo 2 mencioné, por ejemplo, el asesinato por parte de las BR de un militante del PCI, Guido Rossa. Por lo demás, estos fueron los años del movimiento eurocomunista, en el que algunos de los partidos comunistas (los de España, Finlandia, Francia, Italia y Japón) trataron de distanciarse de la Unión Soviética, optando por vías institucionales en lugar de la insurrección (Bull, 1995). A la vista de estas consideraciones, podría parecer que los partidos comunistas no son entonces un indicador adecuado. Sin embargo, a pesar de la tensión entre los partidos comunistas tradicionales y los grupos más radicales, la presencia de un partido comunista poderoso implica la existencia de una izquierda revolucionaria fuerte, así como un elevado nivel de conciencia de clase. En los países con partidos comunistas fuertes, la clase trabajadora tiene un mayor radicalismo, lo que, bajo ciertas condiciones, podría llevar a un terrorismo revolucionario más intenso. La hipótesis, pues, no supone una conexión directa entre comunismo y violencia; más bien, la presencia del comunismo puede entenderse como un indicador de la existencia de grupos con ideas izquierdistas radicales.

En segundo lugar, utilizo el nivel de protesta como un indicador de conflicto social y radicalismo político. Las manifestaciones son una forma de protesta no convencional: en lugar de canalizar demandas a través de las instituciones, la gente siente la necesidad de expresar sus preocupaciones en la calle. Las manifestaciones fueron, como bien se sabe, la forma más frecuente de protesta en el movimiento del 68. Entre otras cosas, la ocupación de la calle buscaba visibilizar el rechazo de la democracia formal o liberal. Tiene sentido esperar más radicalismo en sociedades más conflictivas y, con ello, un mayor apoyo a la violencia. Aparte de las manifestaciones, también incluyo, en tercer lugar, la actividad huelguística. El conflicto laboral fue asimismo un elemento clave de la movilización de 1968, sobre todo en Italia, Francia y Estados Unidos. La huelga es un indicador de cuán agudo es el conflicto capital-trabajo en un país. En cierto sentido, la huelga muestra que las instituciones del mercado laboral son disfuncionales, no crean incentivos para que las partes lleguen a acuerdos sin necesidad de conflicto. Si los trabajadores adoptan una postura radical, o si los empleadores no responden a las demandas de los trabajadores, el espacio para el compromiso se reduce y se produce el conflicto. Además, dado que los grupos revolucionarios estaban preocupados por la explotación de la clase trabajadora en el capitalismo avanzado, podemos suponer que un mayor radicalismo laboral estará asociado a un mayor apoyo a la lucha armada.

El cuarto indicador que he seleccionado para medir el apoyo social es la desigualdad económica. El supuesto general en economía política (basado en el modelo clásico de Meltzer y Richard) es que una mayor desigualdad viene acompañada de una mayor demanda de redistribución. La desigualdad también se asocia con un mayor potencial revolucionario (como en Boix, 2003). Dada la conexión entre desigualdad y aspiraciones revolucionarias, no parece descabellado considerar que en países más desiguales existía una izquierda radical más amplia y un mayor apoyo a la lucha armada de grupos que buscaban reparar las injusticias del capitalismo. Sin embargo, la literatura sobre violencia política suele ser escéptica sobre el papel de la desigualdad en la explicación del conflicto (Collier y Hoeffler, 1998; Fearon y Laitin, 2003). Si bien hay evidencia de la importancia de la desigualdad horizontal (desigualdad entre grupos étnicos) (Cederman, Gleditsch y Buhaug,

2013: cap. 7), hay muy pocas pruebas de que la desigualdad vertical (desigualdad de ingresos entre individuos u hogares) tenga un efecto sobre la violencia. Aun así, las cosas podrían ser diferentes en un tipo específico de conflicto como el terrorismo revolucionario, en el que la desigualdad de ingresos puede fomentar el extremismo y, por lo tanto, la lucha armada. En cualquier caso, la hipótesis no supone que quienes se encuentran en un nivel inferior de la escala de ingresos se unan a grupos armados de izquierda; es suficiente que la desigualdad genere rechazo en algunos grupos sociales (por ejemplo, estudiantes, intelectuales, trabajadores cualificados).

Por último, el quinto indicador relacionado con el apoyo social es el papel del Estado en la lucha contra la desigualdad y en la protección de las personas frente a diversos riesgos. En este sentido, un Estado generoso podría erosionar el apoyo a las posiciones radicales y reducir así la violencia política (Krieger y Meierrieks, 2010). Idealmente, la medición debería centrarse en el gasto social. Pero como estos datos no están disponibles para todo el periodo de estudio, utilizaré como aproximación el tamaño del Estado (ingresos públicos como porcentaje del PIB).

En resumen, selecciono cinco indicadores de radicalismo político y apoyo a las tácticas extremistas: la fuerza del comunismo, las manifestaciones, las huelgas, la desigualdad de ingresos y el tamaño del Estado.

En cuanto a variables de control, la más importante es el PIB per cápita[69]. Se podría argumentar, basándose en la hipótesis de que el desarrollo económico tiene un efecto moderador sobre el conflicto político y social, que los indicadores de radicalismo son una función de PIB per cápita, especialmente la fuerza del comunismo, las manifestaciones y las huelgas. Dicho de forma más directa, podría defenderse la tesis de que a medida que aumentan los ingresos, el apoyo a la violencia es menos probable. En consecuencia, en sociedades ricas un desafío armado al sistema se enfrentará a la indiferencia o el rechazo.

La tesis encaja bien con los argumentos de Collier y Hoeffler (1998) de que (i) cuanto mayor es el nivel de desarrollo del país, mayor es el coste de oportunidad de unirse a una insurgencia, y (ii) el efecto

negativo de la violencia en la economía es mayor cuanto más rico sea el país. En términos más generales, la tesis también se ajusta al modelo de Przeworski (2005: 265) sobre la supervivencia de las democracias en los países de ingresos altos. El supuesto básico es que la utilidad marginal del consumo disminuye con la renta, de manera que la ganancia obtenida por el cambio de régimen disminuye con los ingresos y, por lo tanto, la probabilidad de un desafío armado a la democracia es menor cuanto mayor sea la renta nacional. Así se explica la ausencia de quiebras democráticas en los países ricos. En ambas versiones (la explicación de Collier y de Hoeffler de que las guerras civiles se concentran en los países pobres y la de Przeworski sobre la supervivencia de las democracias), el supuesto común es que los conflictos son más tratables, o no desembocan en violencia, cuando la renta es mayor.

Existe una interpretación alternativa del efecto del ingreso per cápita en términos de capacidad estatal (Fearon y Laitin, 2003; Fearon, 2008): cuanto más rico es el país, mayor es la capacidad del Estado para luchar contra la insurgencia rebelde. Pero esta es una interpretación menos convincente si tenemos en cuenta lo anteriormente dicho, a saber, que en el presente estudio la variación entre países en cuanto a eficacia estatal es menor que la variación en la intensidad del terrorismo.

Además de incorporar el PIB per cápita como control, también tengo en cuenta la tasa de crecimiento económico. La literatura muestra que el crecimiento tiene un efecto negativo sobre la violencia tanto en las guerras civiles (Hegre y Sambanis, 2006) como en el terrorismo (Bloomberg y Hess, 2008). No obstante, hay algunos trabajos clásicos que destacan los efectos desestabilizadores del crecimiento rápido (Lipset, 1959; Olson, 1963; Tilly, 1973): de acuerdo con esta teoría, un crecimiento demasiado rápido podría provocar la dislocación social, aumentando entonces el potencial de conflicto (violento). Una vez que pasemos a las variables medidas antes del surgimiento del terrorismo (antecedentes inmediatos), el crecimiento desempeñará un papel crucial en la explicación. Por el momento, simplemente funciona como una variable de control contemporánea, sin que sea preciso definir expectativas previas sobre el signo de su efecto.

Por último, incluyo dos controles demográficos. El tamaño de la población es un predictor sólido en todos los estudios de violencia política de N-grande. Tanto las guerras entre Estados como las guerras civiles y los conflictos terroristas tienden a concentrarse en países con poblaciones grandes. No sabemos exactamente por qué es así. Son posibles varias interpretaciones. En primer lugar, los países más poblados pueden ser más heterogéneos que los menos poblados, considerando que la heterogeneidad (étnica, social, ideológica) es un facilitador potencial del conflicto. En segundo lugar, el Estado puede encontrar mayores dificultades para controlar a las personas en países con poblaciones grandes[70]. Y, en tercer lugar, el número absoluto de personas con ideas radicales en la cola de la distribución de preferencias políticas es mayor cuanto mayor es el tamaño de la población. Dado un mayor número de radicales, es más probable que surja la violencia[71].

Una explicación frecuente de la agitación estudiantil en los años sesenta consiste en señalar la expansión de la educación superior en la generación del baby boom (la primera formulación se debe a Boudon, 1969, 1972). En principio, esta idea coincide con el hallazgo de Urdal (2006) de que cuando los jóvenes constituyen un grupo demográfico grande, el conflicto violento es más probable. Para averiguar si este efecto existe en el caso de la violencia terrorista revolucionaria, introduzco en el análisis el tamaño relativo del grupo de jóvenes (la proporción de jóvenes de 15 a 24 años en relación con la población adulta total).

Con ánimo exhaustivo, he explorado muchas otras variables explicativas que aparecen habitualmente en los estudios comparados (apertura comercial, sistema electoral, participación electoral, número efectivo de partidos, religiosidad, circulación de periódicos y muchas más), pero creo que la lista de variables independientes que he presentado en esta sección es suficiente para poner a prueba la conjetura principal del capítulo sobre el apoyo al extremismo dentro de la izquierda radical. La inclusión de todos estos controles adicionales no altera sustancialmente los hallazgos principales.

4. Datos y medición

Para confirmar las hipótesis anteriores, comienzo analizando las asociaciones contemporáneas entre las variables en un panel con observaciones de país/año. Esto está en consonancia con la mayoría de las investigaciones comparadas y representa un ejercicio preliminar de cierta utilidad para lo que viene después.

La variable dependiente es el número de muertes en cada país/año durante el periodo 1970-2000. Según se indicó en el capítulo 2, los datos sobre los atentados mortales proceden de la base de datos original de DTV (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b), aumentada con los países ricos no europeos (Australia, Canadá, Japón, Nueva Zelanda y Estados Unidos).

Tabla 4.2

Resumen de las variables en el análisis de panel

Variable	Observaciones	N	Media	Desv. típ.	Mín.	Máx.	Fuente
Partidos	Observaciones por periodos de cinco años	696	5,66	7,38	0	32,4	Lane, McKay, N
Manifestaciones	Número de manifestaciones (media móvil 3 rezagos)	713	0,80	2,13	0	31,67	Banks (CNTS)
Volumen de pedidos	Dia perdido en huelgas por 1.000 trabajadores, media móvil (3 re	682	238,76	378,89	0,01	3.288,39	Olt y OCDE
Desigualdad	Índice de Gini	713	34,71	3,38	27,42	43,98	SWIID 5.0
Tamaño del estado	Ingresos como % del PIB	713	33,19	7,51	15,50	49,54	OCDE
Crecimiento	Media móvil (3 rezagos)	713	0,09	0,02	-0,06	0,11	Gleditsch, QoG
PIB per cápita	Logaritmo	713	9,79	0,29	8,85	10,78	Gleditsch, QoG
Población	Logaritmo	713	9,35	1,62	5,26	12,55	Maddison
Tamaño juvenil	15-24 años como % de la población adulta (1,6o más años)	713	19,57	3,11	12,4	27,5	Urdal (2006)

Nota: QoG: Calidad de Gobierno (http://qog.pol.gu.se/data); Banks (CNTS)

En la tabla 4.2 aparece una descripción de todas las variables independientes, incluidas las fuentes y los estadísticos descriptivos básicos. En cuanto a las cinco variables relacionadas con el apoyo social, se han operacionalizado como se indica a continuación. Primero, la fuerza electoral de los partidos comunistas se mide a lo largo de periodos de cinco años (1970-74, 1975-79, etc.), con el mismo valor repetido en cada año del periodo. Las observaciones en las que el país fue una dictadura (Portugal 1970-74, Grecia 1970-74 y España 1970-76) quedan eliminadas. La segunda variable es la protesta callejera. La única fuente que cubre todo el periodo es la base de datos de Banks (Cross-National Time-Series, CNTS), que incluye una variable con el número de manifestaciones (la única fuente que se emplea es el New York Times). Como es bien sabido, existen serias limitaciones metodológicas en esta base de datos (Herkenrath y Knoll, 2011; Nam, 2006), pero desafortunadamente no contamos con nada mejor. Para evitar fluctuaciones azarosas en el corto plazo, he calculado una media móvil con los tres primeros rezagos. La tercera variable es el conflicto laboral: he medido el volumen de huelga (número de días perdidos por cada 1.000 trabajadores) utilizando datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre los días perdidos y datos de la OCDE sobre el tamaño de la población activa. La cuarta variable es la desigualdad de ingresos. Utilizo la base de datos con los Ginis de SWEED 5.0 (Solt, 2014). La quinta variable es el tamaño del sector público como porcentaje del PIB. En cuanto a las variables económicas, calculo una media móvil de los tres primeros rezagos del crecimiento; el PIB real per cápita se mide en logaritmos. Finalmente, las variables demográficas son el logaritmo de la población y el tamaño relativo del segmento juvenil de la población.

5. Análisis con variables contemporáneas

La muestra consiste en un panel con 23 países para el periodo 1970-2000, sumando 713 observaciones. Dada la naturaleza de la variable dependiente —el número de asesinatos cometidos por grupos terroristas revolucionarios nacionales—, se utilizan modelos de conteo. La estimación se realiza mediante una regresión binomial negativa de efectos aleatorios para datos de panel (Hilbe, 2011: 478-488). Se obtienen resultados muy similares utilizando una regresión binomial negativa ordinaria con errores estándar agrupados por país (no se incluyen en el libro). Todas las variables independientes están rezagadas un periodo, excepto las manifestaciones, el volumen de huelga y el crecimiento, que, para evitar fluctuaciones a corto plazo, se miden como medias móviles de los tres primeros rezagos.

En el modelo 1 de la tabla 4.3 me limito a presentar las cinco variables independientes que actúan como indicadores de apoyo al extremismo, sin controles de ningún tipo. Se confirman las hipótesis iniciales, salvo en el caso de la variable de desigualdad, que no es estadísticamente significativa. El terrorismo es más intenso cuando la protesta (manifestaciones y huelgas) es mayor y el partido comunista consigue un mayor porcentaje de voto; además, los países con un sector público mayor tienen menos terrorismo.

En el modelo 2 las condiciones son más exigentes: se introducen dos controles de tiempo, por un lado la variable dependiente rezagada y, por otro, efectos fijos anuales. La protesta y el comunismo siguen siendo importantes, mientras que el tamaño del sector público deja de ser significativo. La prueba clave, no obstante, aparece en el modelo 3, donde se incluyen los controles sustantivos. En cuanto a las variables demográficas, el tamaño de la población es, como cabía esperar, muy influyente. El terrorismo revolucionario está fuertemente concentrado en países con poblaciones grandes. No es ninguna sorpresa, pues el efecto de la población siempre se verifica

en los análisis estadísticos de conflictos. Sin embargo, el tamaño del segmento juvenil no es significativo en absoluto: el terrorismo no fue mayor en aquellos lugares en los que el peso demográfico relativo de los jóvenes era mayor.

Tabla 4.3

Estimaciones del número de víctimas mortales mediante regresiones

binomiales negativas con efectos aleatorios de panel

	(1)	(2)	(3)
Variable dependiente rezagada	0,043*** (0,013)	0,042*** (0,014)	
Manifestaciones (1.1)	0,095*** (0,020)	0,091*** (0,032)	0,134*** (0,034)
Volumen de huelgas (1.1)	0,0013* (0,0002)	0,0008*** (0,0002)	0,0005** (0,0002)
Partidos comunistas	0,061*** (0,020)	0,114** (0,059)	0,036 (0,038)
Desigualdad (1.1)	-,058 (0,036)	,004 (0,047)	,034 (0,048)
Ingresos del Estado (1.1)	0,085*** (0,022)	0,025 (0,042)	0,077 (0,050)
(Log) GDPpc (1.1)			-6,829*** (1,462)
Crecimiento (1.1)			17,83** (8,66)
(Logaritmo) Población (1.1)			1,272*** (0,274)
Peso de la juventud (1.1)			-0,009 (0,077)
Constante	2,25* (1,36)	-3,94 (2,40)	43,34*** (11,43)
Efectos fijos anuales	No	Sí	Sí
N	665	665	665

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Errores típicos robustos.

Las variables económicas son ambas significativas. El crecimiento tiene un signo positivo, lo que, en principio, respalda la tesis sobre los efectos sociales desestabilizadores del crecimiento rápido; el PIB per cápita es muy significativo, de manera que en los países con mayor renta, el terrorismo revolucionario es menos intenso[72]. El atentado mortal cometido con un mayor PIB per cápita es el de un policía alemán por la RAF en 1993. En general, estos resultados concuerdan con los análisis sobre el efecto del ingreso per cápita en las guerras civiles.

En la literatura sobre guerras civiles hay un debate sobre la interpretación del efecto producido por el PIB per cápita. El problema reside en la posibilidad de que haya endogeneidad (causalidad inversa o sesgo de variable omitida). En cuanto a la causalidad inversa, las guerras civiles tienen un impacto negativo en la economía: los países con una historia recurrente de conflicto civil pueden quedar atrapados en un ciclo prolongado de pobreza y violencia (Miguel, Satyanath y Sergenti, 2004). La causalidad inversa, sin embargo, es muy poco probable en el caso del terrorismo, puesto que los conflictos terroristas tienen una letalidad baja, máxime en el caso del tipo revolucionario que examino aquí. Cuanto menor sea la letalidad, menor será también el impacto del terrorismo en la economía. Por lo tanto, hay poco fundamento para argumentar que algunos países son pobres porque el terrorismo obstaculiza el crecimiento. Por supuesto, la actividad terrorista revolucionaria puede tener algún efecto económico, pero será bastante limitado.

En cuanto al problema de variable omitida, podría haber un factor no tenido en cuenta que explique tanto el ingreso per cápita como el conflicto violento. Besley y Persson (2011) han explorado esta vía: en su opinión, la violencia y la pobreza van de la mano, ambas son síntomas de causas más profundas, como instituciones poco cohesionadas o un nivel bajo de intereses comunes. De acuerdo con su teoría, hay dos tipos de desarrollo: algunos países quedan atrapados en una situación caracterizada por Estados débiles, bajos ingresos, inestabilidad política y violencia, mientras que otros tienen Estados fuertes, altos ingresos, estabilidad política y están libres de violencia interna. Trataré este problema de manera

sistemática en los capítulos siguientes, mostrando que el PIB per cápita refleja factores de largo plazo como la inestabilidad política pasada, la desigualdad de la tierra, la fortaleza de la economía de mercado y el ritmo de industrialización.

Ahora, sin embargo, tan solo pretendo explorar las consecuencias que tiene la introducción del PIB per cápita para los indicadores de apoyo social. En este sentido, el principal cambio en el modelo 3, en comparación con los anteriores, es que la variable de los partidos comunistas pierde la significación estadística. Una interpretación muy sencilla sería que el apoyo a los partidos comunistas es menor en los países más ricos. Por lo demás, el ingreso per cápita correlaciona negativamente no solo con el comunismo, sino también con las manifestaciones, las huelgas y la desigualdad (y positivamente con el tamaño del sector público). Esto parece confirmar la tesis de que el desarrollo económico modera el conflicto.

Para resumir: el análisis de los datos de panel muestra que los países en los que el conflicto político era más intenso y radical (es decir, con niveles altos de manifestaciones y huelgas y con partidos comunistas fuertes) son aquellos con niveles más altos de terrorismo revolucionario. Parte del efecto del conflicto político se refleja en el ingreso per cápita, que tiene un fuerte efecto negativo sobre el terrorismo. Además, el crecimiento económico rápido parece agravar el conflicto, ya que esta variable tiene un efecto positivo sobre el terrorismo revolucionario. Finalmente, este terrorismo es más frecuente en países muy poblados.

De momento, estos resultados son interesantes, pero no suficientes: parece claro que sería conveniente saber más sobre las condiciones en las que el apoyo social al extremismo es mayor. En el resto del capítulo, ofrezco resultados algo más detallados.

6. Antecedentes inmediatos

Dado que la variación dentro del país en el número de asesinatos no es particularmente relevante para la explicación de las diferencias en los niveles de violencia terrorista de cada país, paso ahora a un análisis de sección cruzada con 23 observaciones. Es cierto que este es un número muy bajo, pero no tanto como para que el análisis estadístico resulte inviable. Por supuesto, con solo 23 observaciones hay problemas con los grados de libertad y la prueba de hipótesis es más difícil (esto es, es más difícil rechazar la hipótesis nula debido a mayores errores típicos en muestras pequeñas; por lo tanto, el error tipo II es mayor). Debido a estas limitaciones, procedo con mucha cautela, comprobando en cada caso los resultados de varias formas alternativas. Por otro lado, es indudable que utilizar datos de sección cruzada tiene también algunas ventajas. Por ejemplo, la variable dependiente (número total de asesinatos en cada país, o alguna variación de este indicador) refleja de una manera más directa el fenómeno que quiero explicar y, lo que resulta más importante, las variables invariantes en el tiempo pueden introducirse fácilmente.

Me propongo analizar las condiciones (lo que llamo “antecedentes inmediatos”) que existían justo antes del surgimiento del terrorismo. Dado que el ciclo de violencia estuvo más o menos sincronizado en los países desarrollados (los principales grupos armados iniciaron su actividad terrorista entre 1970 y 1979), mido los antecedentes inmediatos a finales de la década de 1960. Los resultados de este análisis ayudarán a establecer un puente entre el análisis contemporáneo de la sección anterior y el análisis de largo plazo de los capítulos siguientes.

En cuanto a la variable dependiente, contemplo dos formulaciones alternativas. La primera es simplemente contabilizar el número total de muertes en cada país (letalidad). Esto requiere, de nuevo, el uso de modelos de conteo. Un problema con esta medición es que un

número similar de muertes puede resultar de dos tipos diferentes de circunstancias: en el primero, un grupo terrorista participa en una larga campaña de violencia, matando a un cierto número de personas cada año; en el segundo, el grupo comete algunos ataques con mortalidad elevada y luego desaparece. Estos dos casos representan diferentes desafíos para el Estado. En términos generales, un grupo de larga duración revela, a mi juicio, un conflicto profundamente arraigado en el que el grupo armado disfruta de cierto grado de apoyo social. En cambio, un grupo de corta duración que comete algunas atrocidades con un gran número de víctimas mortales puede producir un shock momentáneo, pero si el grupo se desmantela o simplemente deja de actuar, el shock desaparecerá rápidamente. El hecho de que el grupo no pueda sobrevivir ilustra su falta de apoyo social.

Para tener en cuenta estas posibilidades, he calculado una medida en la que se combinan la mortalidad y la duración de la actividad letal. La idea es que la intensidad del terrorismo depende no solo de la letalidad, sino también de la resiliencia de la actividad terrorista. En concreto, introduzco un índice multiplicativo de intensidad terrorista[73]:

$$\text{Intensidad terrorista} = \ln(\text{muertes} * \text{años} + 1)$$

donde “muertes” es el número total de personas asesinadas por grupos terroristas revolucionarios en un país a lo largo del tiempo y “años” es el número de años (no necesariamente consecutivos) en los que al menos una persona fue asesinada por estos grupos. Añado 1 porque el logaritmo de 0 no existe (13 países tienen cero asesinatos)[74]. La tabla 4.4 presenta, para cada país, el número total de asesinatos y el índice de intensidad terrorista. El índice de intensidad no altera el orden de países según el número de víctimas mortales (la correlación de Spearman es 0,99), pero la correlación de Pearson no es tan alta, 0,78, lo que demuestra que el número de víctimas y el índice de intensidad miden aspectos similares pero no idénticos. Para mayor seguridad, realizo los análisis utilizando ambas variables dependientes, con diferentes técnicas de estimación

en cada caso.

Tabla 4.4

Muertes e índice de intensidad del terrorismo

	Número total de muertes (1970-2004)	Muertes (1970-2004) por cada millón de habitantes	Índice de intensidad
Alemania	39	13	6,23
Austria	0	0	0
Bélgica	2	1	1,10
Canadá	0	0	0
Dinamarca	1	1	0,69
España	95	18	7,44
Estados Unidos (con el Ejército de Liberación Negra)	25	6	3,06
Estados Unidos (sin el Ejército de Liberación Negra)	18	5	1,11
Finlandia	0	0	0
Francia	15	10	5,02
Grecia	25	14	5,86
Holanda	0	0	0
Irlanda	0	0	0
Islandia	0	0	0
Italia	154	21	8,13
Japón	41	10	5,59
Luxemburgo	0	0	0
Noruega	0	0	0
Nueva Zelanda	0	0	0
Portugal	21	9	5,25
Reino Unido	0	0	0
Suecia	0	0	0
Suiza	0	0	0

Las variables independientes son las indicadas en la sección anterior: manifestaciones, volumen de huelga, fuerza de los partidos comunistas, desigualdad, tamaño del Gobierno, PIB per cápita, crecimiento, tamaño de la población y peso demográfico de la juventud.

En la tabla 4.5 aparece una descripción completa de las variables y los procedimientos de medición utilizados. Siempre que es posible, mido las variables independientes antes de la aparición de la lucha armada (normalmente, el valor medio del lustro 1965-1969). Así se hace con respecto al PIB per cápita, el crecimiento, el tamaño del Gobierno, la desigualdad, el tamaño de la población y el peso de la juventud. En algunos casos, sin embargo, resulta necesario emplear variables contemporáneas. En primer lugar, en relación con la fuerza de los partidos comunistas, sus resultados electorales no se pueden medir si no hay elecciones, como ocurría en Grecia y Portugal antes de 1975 y en España antes de 1977. Dada esta limitación, se ha calculado el promedio de la década de 1970 en todos los países. Un problema similar surge con las manifestaciones y huelgas anteriores a 1970: aunque hay datos para estos años, no está claro que sean comparables entre países, ya que tres de los casos corresponden a los regímenes autoritarios que acabo de mencionar. La actividad de protesta en una dictadura conlleva riesgos y costes mayores que en una democracia. Por tanto, sería injusto comparar a finales de los sesenta la participación en manifestaciones en Italia (democracia) y España (dictadura). Hay un problema adicional con las manifestaciones: la base de datos tiene un claro sesgo estadounidense. En el periodo 1965-69 registra 121 manifestaciones en Estados Unidos, frente a solo ocho en Francia y siete en Alemania. Esto crea una distorsión en los datos que podría corregirse eliminando a Estados Unidos de la muestra, pero puesto que el número de países es tan bajo, no parece una decisión recomendable. Creo que es mejor utilizar el periodo 1970-79, en el que el desequilibrio está muy corregido: Estados Unidos continúa en primera posición, con 52 manifestaciones, pero le sigue de cerca España, con 43. En realidad, la correlación entre terrorismo y manifestaciones cambia drásticamente cuando eliminamos a Estados Unidos en el periodo 1965-69, saltando de 0,34 a 0,72, mientras que el cambio equivalente es mucho menor en

la década de 1970, pasando de 0,68 a 0,75. Dado que no puedo permitirme el lujo de perder un caso tan relevante como el de Estados Unidos, la solución menos dañina consiste en utilizar datos de 1970-79.

Tabla 4.5

Resumen de las variables en el análisis transversal

Variable	N	Media	Desv. típ.	Mín.	Máx.	Fuente
Impacto	23	2,19	2,98	0	8,13	DTV
Muertes	23	18,43	38,37	0	162	DTV
Manifestaciones (1965-1969)	23	6,39	24,96	0	121	CNTS de los ban
Manifestaciones (1970-1979)	23	7,65	13,91	0	52	CNTS de los ban
Volumen de huelga (1965-1969)	20	218,62	699,6	0,35	1.555,71	OIT y OCDE
Volumen de huelga (1970-1979)	22	310,76	331,46	1,59	1.147,48	OIT y OCDE
Partidos comunistas	23	7,09	9,60	0	29,8	Lane, McKay y N
Tamaño del gobierno (1965-69)	23	26,61	6,31	15,13	34,19	OCDE
Desigualdad (1965-1969)	23	27,69	4,48	20,03	37,43	SWIID 5.0
PIB per cápita (1965-1969)	23	9,13	0,30	8,64	9,83	Gleditsch, QoG
Tamaño de la población (1970)	23	16,18	0,67	12,22	19,16	Maddison, QoG
Crecimiento (1965-1969)	23	0,04	0,02	0,01	0,11	Gleditsch, QoG
Peso juventud (1968)	23	21,76	2,85	16,8	26,5	Urdal (2006)
Represión	23	1,57	3,91	0	14	Elaboración prop

La única variable nueva es la represión de la protesta durante el ciclo de movilización 1967-72. La represión fue un ingrediente crucial en las movilizaciones de estudiantes y trabajadores de finales de los sesenta (Falciola, 2018). Se podría argumentar que el terrorismo se intensificó en los países en los que las fuerzas de seguridad reprimieron con más dureza la participación en las manifestaciones del ciclo del 68. Según esta hipótesis, el terrorismo de izquierda estuvo prácticamente ausente en Francia tras las movilizaciones estudiantiles y obreras, que fueron muy intensas, porque la represión fue más suave que en otros lugares (las fuerzas policiales no mataron a ningún ciudadano). Por el contrario, en Italia la policía usó armas de fuego para disolver manifestaciones y varios manifestantes murieron durante el periodo. Puesto que el ciclo de movilización de 1967-72 ocurrió antes del surgimiento de la violencia letal en la gran mayoría de los países, la represión de esos años puede considerarse exógena al terrorismo[75].

La represión es difícil de medir. De hecho, no hay datos comparados para este periodo[76]. A partir de la lectura exhaustiva de las fuentes existentes sobre las movilizaciones de finales de los sesenta y principios de los setenta, he creado una variable de manifestantes muertos por represión de las fuerzas de seguridad. Como cabe imaginar, las muertes causadas por la policía en los países avanzados son sucesos poco frecuentes que, en muchos casos, dependen de circunstancias fortuitas. Por otro lado, es evidente que la represión policial abarca mucho más que las muertes. Con todo, hay tres ventajas de centrarse en la muerte de manifestantes. En primer lugar, se trata de una categoría homogénea que se puede contar y comparar fácilmente en diferentes países. En segundo lugar, la variable se mide en la misma escala de la variable dependiente. En tercer lugar, las muertes se publicitan ampliamente y, por tanto, son fácilmente identificables.

Las muertes por represión se concentran en unos pocos países. Hay seis de ellos que cuentan con víctimas mortales de la actividad policial: Italia (14 muertos), Estados Unidos (12), España (7), Francia (1), Alemania (1) y Japón (1)[77]. Los seis, a su vez, sufrieron terrorismo letal. En el resto de países, la policía no mató a nadie durante el periodo y los únicos dos países en los que, a pesar de

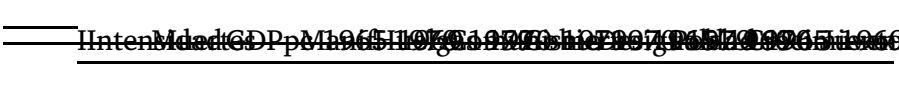
ello, llegó a haber terrorismo letal fueron Grecia y Portugal[78].

Ante el elevado número de variables y el reducido número de casos, es fundamental tener en cuenta las correlaciones entre las variables. La matriz de la tabla 4.6 proporciona la información necesaria. Con respecto a las dos medidas de la variable dependiente, los datos muestran que, en general, el índice de intensidad tiene una correlación más fuerte con las variables independientes que el número total de muertes, lo que confirma la utilidad de ponderar el número de muertes por el número de años durante el cual los grupos mantuvieron su actividad letal.

Los resultados generales son sorprendentemente similares a los del análisis de panel, pero, como veremos a continuación, cuentan una historia algo más compleja e interesante. Si atendemos a la primera columna de la matriz de correlaciones, hay cuatro variables independientes que están fuertemente asociadas con la intensidad del terrorismo: las manifestaciones (0,69), el crecimiento (0,62), la población (0,61) y la represión estatal (0,64); hay además otras tres variables que tienen una correlación moderada: PIB per cápita (-0,47), la fuerza de los partidos comunistas (0,51) y la desigualdad (0,51). Por lo demás, el tamaño del sector público, el volumen de huelga y el peso demográfico de la juventud no son significativos en absoluto. Las principales diferencias con respecto al análisis de panel son las huelgas, que antes eran una variable significativa, y la desigualdad, que no lo era y ahora sí. La represión estatal, que no se incluyó en el análisis de panel por ser una variable que no cambia en el tiempo debido a la forma en que está medida, está fuertemente correlacionada con el terrorismo letal: en los países con más represión policial durante las movilizaciones de finales de los sesenta y principios de los setenta, el terrorismo fue más intenso.

Tabla 4.6

Correlaciones de Pearson por pares (pairwise) (análisis de sección cruzada)



Muertos	0,80*** (23)									
GDPpc 1965	0,19 (23)	0,1[illegible] (23)								
Manifestaciones 1970	0,69*** (23)	0,56** (23)	0,07 (23)							
Huelgas 1970	0,07 (23)	0,19 (21)	0,11 (21)	0,27 (22)						
P. 1970	0,51** (23)	0,52** (23)	0,41* (23)	0,13 (21)	0,31* (22)					
Tamaño del gobierno 1965	0,42* (23)	0,02 (23)	0,36* (23)	0,45* (23)	0,26 (21)	0,19 (23)				
Desigualdad 1965	0,51** (23)	0,65*** (23)	0,16 (23)	0,35* (23)	0,27 (21)	0,17 (23)	-0,07 (22)			
Población 1970	0,61*** (23)	0,40* (23)	0,25 (23)	0,59** (23)	0,18 (22)	0,04 (23)	0,35 (23)	0,49** (23)		
Crecimiento 1965-1970	0,63*** (23)	0,40* (23)	0,19 (23)	0,33 (23)	0,26 (22)	0,29 (23)	-0,13 (23)	0,42** (23)	0,47** (23)	
Peso juventud 1960	0,15 (23)	0,19 (23)	0,09 (23)	0,10 (23)	0,35 (22)	0,12 (23)	0,34 (23)	0,26 (23)	0,09 (23)	0,01 (23)
Represión 1968-72	0,64*** (23)	0,72*** (23)	0,20 (23)	0,38* (23)	0,40* (21)	0,36* (23)	-0,21 (22)	0,52** (23)	0,50** (23)	0,29 (23) -0,04 (23)

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%.

Entre las variables que correlacionan fuertemente con el terrorismo revolucionario, la más sorprendente quizá sea el crecimiento promedio en el periodo 1965-69. Al igual que en el análisis del panel, tiene un efecto positivo sobre la violencia. Los países que crecían más rápido a finales de los sesenta son también los que posteriormente sufrieron un mayor terrorismo revolucionario. Estos episodios de rápido crecimiento tuvieron lugar en el periodo de la "edad de oro" de la que disfrutaron los países occidentales entre 1950 y 1973. El diagrama de dispersión entre crecimiento y terrorismo aparece en el gráfico 4.1. La relación es clara, los cinco países de más rápido crecimiento experimentan más terrorismo revolucionario: Japón, Italia, España, Portugal y Grecia. Alemania aparece con un menor nivel de crecimiento medio, pero esto se debe a que la actividad se ralentizó algo a finales de los sesenta (periodo de medición); si tomamos una perspectiva más amplia, Alemania fue la cuarta economía europea de mayor crecimiento durante todo el periodo de la "edad de oro" (1950-73) (Crafts y Toniolo, 2010: tabla 12.2).

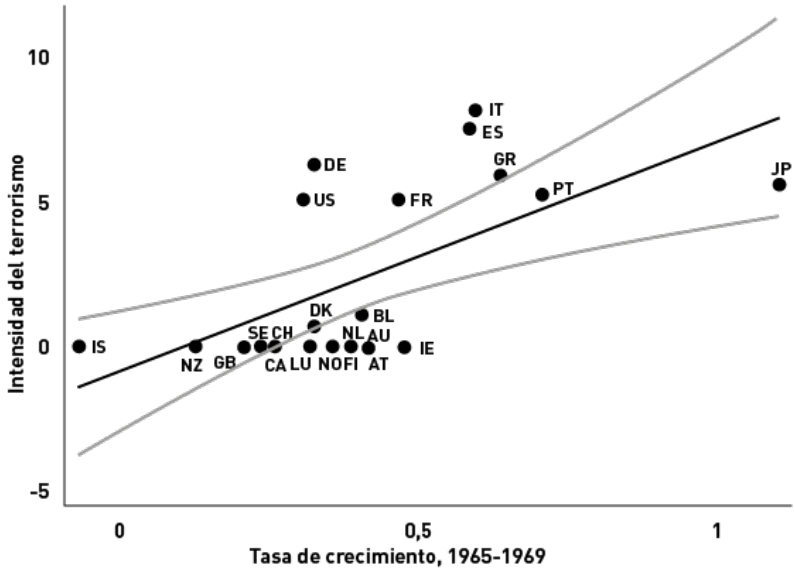
¿Por qué el crecimiento de finales de los sesenta presenta una correlación tan fuerte con el terrorismo de los setenta? Una interpretación tentadora pasa por regresar a la literatura sobre las consecuencias desestabilizadoras del crecimiento a la que me referí en la sección anterior. Sin embargo, como argumento en el siguiente capítulo, el crecimiento opera ante todo como un indicador indirecto de los patrones divergentes de desarrollo económico y político que los países ricos siguieron en el primer tercio del siglo XX. Los países históricamente más atrasados crecieron luego más rápidamente en el proceso de convergencia (catch-up) con los países más avanzados (Abramovitz, 1986). Si esta interpretación es correcta, el crecimiento no importa en sí mismo, sino solo en cuanto refleja ciertas características de los países históricamente más atrasados.

Las otras variables que correlacionan significativamente con la violencia letal confirman las hipótesis formuladas: el terrorismo revolucionario es más probable cuanto mayor es el número de manifestaciones, mayor es la cuota electoral de los partidos comunistas, mayor es la población, mayor es la represión policial,

mayor es la desigualdad de ingresos y menor es el nivel de desarrollo económico. Por supuesto, estas relaciones bivariables tienen que ser interpretadas con suma precaución. Por un lado, hay algunos valores atípicos fuertes, sobre todo en el caso de Alemania. Alemania experimentó “demasiado” terrorismo dado el número de manifestaciones y la ausencia de un partido comunista. La explicación de esta anomalía es en gran parte histórica: el KPD fue uno de los partidos comunistas más fuertes en los años de entreguerras, pero fue destruido por el régimen nazi; la partición de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial impidió la reconstrucción del Partido Comunista en la República Federal. En las elecciones de 1953, el porcentaje de votos del partido fue solo del 2,2%; tres años después fue prohibido por el Tribunal Constitucional. Como se comentará más extensamente en el capítulo 7, Alemania es en general un valor atípico por muchos otros motivos.

Gráfico 4.1

Terrorismo y crecimiento económico



Por otro lado, algunas covariables presentan una fuerte colinealidad. Por ejemplo, el número de manifestaciones y la represión policial de la protesta tienen un coeficiente de correlación de 0,78. Asimismo, el crecimiento a fines de la década de 1960 se asocia con niveles más bajos de desarrollo económico (-0,63) y un sector público más pequeño (-0,43).

Por todas estas razones, un análisis multivariado parece necesario a pesar de que tengamos un problema serio de grados de libertad. Una forma preliminar de abordar este problema consiste en reducir el número de covariables mediante variables latentes. Así, un análisis factorial revela que el crecimiento, el PIB per cápita y el tamaño del sector público se pueden resumir en una única variable latente que se denominará “factor económico”. La variable resultante está fuertemente correlacionada con la intensidad del terrorismo (-0,64).

No obstante, las variables latentes no eliminan del todo el problema, pues todavía tenemos demasiadas variables disponibles para el número de observaciones con el que contamos. Es preciso, pues, hacer una selección de todas las variables disponibles. He

seguido para ello tres procedimientos diferentes: una regresión por pasos (stepwise), una regresión Lasso (least absolute shrinkage) y un análisis de sensibilidad a partir de todas las combinaciones posibles de variables independientes. Los resultados aparecen en la tabla 4.7. Las dos primeras columnas corresponden a la regresión por pasos y a la regresión Lasso. Las columnas solo informan de si la variable independiente fue seleccionada o no. En la regresión por pasos, utilizo un método retroactivo, eliminando en cada paso las covariables con $p > .10$. Sobreviven cinco covariables: la población, el factor económico, las manifestaciones, la fuerza de los partidos comunistas y el peso de la juventud. Se obtienen exactamente los mismos resultados con la regresión Lasso.

En aras de la exhaustividad, he realizado un análisis de sensibilidad de todas las combinaciones posibles de las siete variables, con la única restricción de que la variable de población esté presente en todos los modelos. Las otras seis variables pueden estar presentes o ausentes. El número total de combinaciones posibles es 128 (2^7). Para estas 128 especificaciones, se calculan los siguientes parámetros: el tamaño promedio del coeficiente, el porcentaje de veces en que cada variable independiente tiene un coeficiente significativo, el valor t medio de cada variable en el conjunto de las estimaciones y el número total de especificaciones en el que se incluye cada variable independiente.

El análisis de sensibilidad coincide en gran medida con los dos procedimientos de selección de variables anteriores. Claramente, las covariables más sólidas son el factor económico, la fuerza de los partidos comunistas, las manifestaciones y la población. El factor económico y el comunismo son significativos en el 100% de los casos y sus valores medios de t son muy altos, 3,8 y 3,7 respectivamente. Estas son las mismas cuatro variables seleccionadas con las regresiones por pasos y Lasso. La divergencia solo afecta a dos variables, el peso de la juventud y la represión de la protesta. En las dos primeras columnas de la tabla la variable de peso de la juventud queda seleccionada, pero su coeficiente no es estable de acuerdo con los resultados del análisis de sensibilidad (solo es significativo en el 3% de todas las especificaciones). Además, el coeficiente es negativo, lo que va en contra de la formulación inicial de la hipótesis. En cuanto a la represión de

protestas, los algoritmos no la seleccionan en ninguno de los dos casos, pero el análisis de sensibilidad revela que es significativa en el 31% de todas las regresiones. Dados estos resultados, he sido bastante conservador: selecciono solo las cuatro variables cuyos resultados coinciden en los tres métodos.

Tabla 4.7

Selección de covariables

	Regresión	Regresión	Análisis de sensibilidad			
	Coef. medio significativo	Valor t medio	% de modelos			
Población (1970)	Sí	Sí	0,649	38	2,045	128
Factor económico (1965-69)	Sí	Sí	-1,488	100	3,811	64
Manifestaciones (1970-79)	Sí	Sí	0,075	45	1,918	64
Huelgas (1970-79)	No	No	-0,0001	0	0,647	64
Partidos comunistas (1970-79)	Sí	Sí	0,143	100	3,744	64
Desigualdad (1965-69)	No	No	0,079	0	0,706	64
Peso juvenil (1968)	Sí	Sí	-0,182	5	1,241	64
Represión (1967-72)	No	No	0,195	39	1,719	64

Nota: En el análisis de sensibilidad, la población es una variable central (est

A continuación presento los resultados de la especificación final de los modelos de sección cruzada. Para garantizar la mayor solidez posible en los resultados finales, utilizo diferentes estimaciones con las dos especificaciones de la variable dependiente, el índice de intensidad del terrorismo y el número total de muertes. Mi objetivo es mostrar que los resultados no dependen de la técnica de estimación ni de la medición de la variable dependiente que se escoja. Los resultados se pueden ver en la tabla 4.8. La columna 1 contiene una regresión MCO (mínimos cuadrados ordinarios) con el índice de intensidad del terrorismo como variable dependiente. Incluso con solo 23 observaciones, todas las covariables son significativas y el coeficiente R^2 es bastante alto, 0,79. En la columna 2, la variable dependiente es el número total de muertes en cada país. La estimación es en este caso una regresión binomial negativa. Aunque las correlaciones de la tabla 4.6 muestran que las covariables funcionan algo peor cuando la variable dependiente es el número de víctimas mortales en lugar del índice de intensidad, el segundo modelo aún encuentra efectos significativos para el factor económico, el comunismo y la población (pero no así para las manifestaciones).

Tabla 4.8

Análisis de sección cruzada: diferentes estimaciones

	Intensidad del terrorismo	Muertes	Intensidad del terrorismo	Muertes		
MCO	Regresión binomial negativa		Hurdle regression (lineal)		Hurdle regression (exponencial)	
	Primera etapa	Segunda etapa	Primera etapa	Segunda etapa		
Factor económico	1,041*** (0,36)	0,5012*** (0,169)	0,803	0,874 (0,561)	0,575* (0,29	
Manifestaciones	0,065*** (0,07)	0,0079 (0,026)	0,025 (0,037)	0,017 (0,020)		
Partidos comunistas	0,121*** (0,0078)	0,0026 (0,0026)	0,108*** (0,0054)	0,0054 (0,040)	0,108*** (0,0054)	0,0054 (0,027
Población (log)	0,647*** (0,39)	0,580*** (0,50)	0,743*** (0,23)	0,743*** (0,55)	0,743*** (0,23)	0,66*** (0,28
Constante	9,70* (5,06)	25,62*** (8,78)	12,92*** (4,02)	13,65 (8,95)	12,92*** (4,02)	9,61 (4,44)
R^2/Pseudo R^2	0,79	0,19	0,34	0,26		
N	23	23	23	23	23	23

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Errores típicos robustos entre parént

Un problema potencial para las regresiones MCO y binomiales negativas es la abundancia de ceros (13 países de un total de 23 tienen valor cero). Los ceros, en cierto sentido, pueden entenderse como observaciones censuradas. En tal caso, podría suponerse que hay dos procesos en curso: uno primero que determina si los países tienen terrorismo revolucionario letal o no; y un segundo que determina, entre los que tienen violencia letal, la intensidad de la misma. Si los dos procesos son independientes entre sí, necesitamos una técnica de estimación en dos etapas que modele el proceso de selección inicial, por una parte, y el nivel de la variable dependiente para los casos positivos en la otra. Por estas razones, repito los análisis iniciales utilizando "modelos hurdle" (Hilbe, 2011)[79]. Para el índice de intensidad del terrorismo, utilizo una regresión hurdle lineal; para el número de víctimas mortales, utilizo una regresión hurdle exponencial. Las variables de selección en la primera etapa son el tamaño de la población en 1970 y la fuerza electoral de los partidos comunistas en 1970-79.

En ambos modelos el proceso de selección funciona según se esperaba: los países con poblaciones más grandes y partidos comunistas más grandes tienden a desarrollar violencia revolucionaria letal. En la segunda etapa, sin embargo, los coeficientes son un poco más débiles. Si bien las manifestaciones no son significativas (solo lo son en la estimación de MCO), las otras variables lo son (en la regresión hurdle lineal, el coeficiente del factor económico es significativo al 11%, más que razonable en una muestra tan pequeña). En general, estos modelos más exigentes tienden a confirmar los resultados de las estimaciones más simples, mostrando que la gran cantidad de ceros no es un problema insuperable.

En resumen, el principal hallazgo de la tabla 4.8 es que el terrorismo revolucionario fue más intenso en países densamente poblados, con partidos comunistas fuertes y una puntuación baja en el factor económico (menor PIB per cápita, menor tamaño del Estado y mayor crecimiento). Otras variables (manifestaciones, desigualdad, peso de la juventud, represión de la protesta y huelgas) no son significativas. Todos estos resultados encajan bien con los del análisis de panel (tabla 4.3), con la única excepción de

las manifestaciones. El hecho de que los análisis de panel y de sección cruzada apunten en la misma dirección aumenta nuestra confianza en los resultados básicos.

Tenemos aquí el inicio de una historia interesante. El terrorismo revolucionario encontró un terreno más fértil en los países mediterráneos, Alemania y Japón. Casi todos eran países atrasados en la década de 1960, con la importante excepción de Alemania. El "atraso" aquí es relativo a los países clásicos liberales y socialdemócratas (el Reino Unido y sus antiguas colonias, Francia, el Benelux, Suiza, Austria y los países nórdicos). Su atraso relativo explica en parte las altas tasas de crecimiento que estaban experimentando estos países a finales de la década de 1960, en un típico proceso de convergencia económica con los países más avanzados. Sus Estados eran, en promedio, más pequeños que los de sus vecinos liberales y socialdemócratas.

Sin embargo, el atraso, por sí solo, no es una explicación suficiente, como muestra el caso de Irlanda. Irlanda era entonces un país atrasado que no tuvo posteriormente terrorismo revolucionario. Esto puede deberse en gran parte a la ausencia de un partido comunista. En el resto de países con un mayor atraso, había partidos comunistas fuertes, lo que puede interpretarse como un reflejo del radicalismo político subyacente. Un partido comunista poderoso indica una clase trabajadora más radical, un conflicto capital-trabajo más agudo y también sociedades más agrarias (en general, los comunistas obtuvieron un mayor apoyo en países con una cuestión agraria más divisiva).

Aunque este es un hallazgo menos sólido que los anteriores, estos países también tuvieron una política más conflictiva, con un mayor número de manifestaciones, lo que es coherente con la presencia de una izquierda marxista fuerte.

Cuando la ola de radicalismo político del 68 se extendió por los países ricos, provocó el surgimiento de un terrorismo revolucionario letal en estos países relativamente atrasados con partidos comunistas fuertes. Las tácticas extremistas encontraron cierta comprensión, si no un apoyo abierto, dentro de la franja de izquierda radical. En las naciones más avanzadas, aunque algunos grupos pequeños optaron por la lucha armada, se abstuvieron de

matar, fundamentalmente porque los extremistas anticiparon que el colectivo de la izquierda radical no lo aprobaría (véase el capítulo 6).

Esta reconstrucción de los resultados cuantitativos se ajusta bien a muchos de los casos, pero hay algunas desviaciones notables. La más visible es Alemania: a finales de los sesenta, Alemania se había recuperado por completo de la devastación de la Segunda Guerra Mundial y era de nuevo un país avanzado; tenía un sector público bastante grande; y no tenía un partido comunista. Según las estimaciones presentadas en este capítulo, Alemania era un país en el que el surgimiento del terrorismo revolucionario letal era bastante improbable y, sin embargo, tuvo uno de los grupos terroristas más sangrientos, la RAF.

A fin de proporcionar una explicación más detallada y completa, es necesario introducir factores históricos. Necesitamos comprender las trayectorias históricas que crearon las condiciones para que se dieran niveles altos de radicalismo y conflicto. Como veremos a continuación, el análisis de las raíces históricas del atraso y el radicalismo proporciona una explicación mucho más precisa de la variación entre países del terrorismo revolucionario.

CAPÍTULO 5

LOS DETERMINANTES DE LARGO PLAZO DEL TERRORISMO REVOLUCIONARIO

1. Hipótesis principal

En el capítulo anterior, restringí el análisis de los determinantes del terrorismo a (i) las variables contemporáneas, mediante un análisis de N-grande con datos de panel y (ii) los antecedentes inmediatos en los años previos al surgimiento de la lucha armada, analizando datos de sección cruzada. La gran mayoría de los análisis cuantitativos sobre terrorismo supone que las influencias contemporáneas son las más relevantes, o incluso las únicas que importan.

Como se avanzó en el capítulo 1, voy a someter a prueba empírica una hipótesis histórica sobre la variación del terrorismo revolucionario entre países que no puede reducirse sin más a las relaciones contemporáneas entre variables. La explicación histórica, además, puede dar sentido a los resultados que se presentaron en el capítulo anterior.

Incluso si el terrorismo revolucionario fue un fenómeno menor, tanto en términos de muertes como de activistas y simpatizantes, puede entenderse como una secuela tardía de los macroprocesos de desarrollo político y económico de los años de entreguerras. La política de masas se institucionalizó después de la Primera Guerra Mundial. Inmediatamente después del final de las hostilidades, todos los países tenían formas de gobierno más o menos democráticas. Se crearon o consolidaron partidos de masas (socialistas y católicos principalmente). Este gran experimento democrático tuvo consecuencias muy diferentes. Mientras que la democracia sobrevivió en algunos países, en otros colapsó. A mediados de la década de 1930, la democracia o el parlamentarismo habían caído en Austria (1933), Alemania (1933), Grecia (1936), Italia (1922), Japón (1932), Portugal (1926) y España (1923 y 1936). El mantenimiento de la democracia liberal requería resolver desafíos colosales: la integración de la clase trabajadora en el sistema político, los temores de la élite de que la revolución rusa pudiera repetirse, las malas condiciones económicas a principios de la década de 1920 y luego la Gran Depresión en los

treinta, más una constante inestabilidad internacional. En los países en los que la plena integración de los trabajadores industriales y el campesinado produjo una mayor resistencia, el radicalismo político se convirtió en una amenaza mayor. En cambio, allí donde se alcanzó algún tipo de compromiso de clase o arreglo corporativista, se evitó la aparición del radicalismo y el conflicto civil.

En el capítulo 1 proporcioné varios argumentos sobre la conveniencia de centrarnos en el periodo de entreguerras: estos fueron años de máxima divergencia entre países, en los que además cristalizaron las grandes divisiones políticas (las de clase y territorio), las cuales, por lo demás, quedaron "congeladas" durante largas décadas posteriores. El periodo podría caracterizarse en su conjunto como un gigantesco laboratorio político que puso a prueba la fuerza de los fundamentos liberales de los sistemas políticos nacionales. En este sentido, es posible clasificar a los países en dos grupos, liberales y no liberales. El primero corresponde a las democracias liberales con una economía de mercado vigorosa; el segundo se encarna en regímenes autoritarios en el que no se resuelve la cuestión agraria, la clase trabajadora sufre represión y el capitalismo adopta una forma no liberal, con fuerte intervención estatal. A lo largo de este capítulo, veremos que estos dos grupos, así caracterizados, son una idealización; aunque funcionan bien a efectos expositivos, los datos revelan un patrón más complejo, con un continuo de posiciones entre los dos extremos formados por países completamente liberales y completamente iliberales.

La principal hipótesis que quiero comprobar establece que la ocurrencia del terrorismo revolucionario está profundamente ligada al patrón de desarrollo seguido por los países ricos durante los años de entreguerras. Más concretamente, defiendo que cuanto menos liberal fue el patrón de desarrollo en aquella época, más intenso fue el terrorismo revolucionario tras el ciclo de protestas del 68. Las actitudes radicales e intransigentes que llevaron a la desaparición de los regímenes liberales entre las dos guerras mundiales tuvieron una segunda manifestación (mucho más suave) en la izquierda radical de la década de 1970, hasta el punto de que podemos establecer una fuerte continuidad entre el patrón de desarrollo de las décadas de 1920 y 1930 y el fenómeno del terrorismo revolucionario en 1970-2000. Los principios radicales por los que

luchó la juventud del 68 se convirtieron en terrorismo letal en los países que emprendieron una vía no liberal entre las dos guerras mundiales; el terrorismo revolucionario ocurrió de manera desproporcionada en los países no liberales.

Los países en los que el extremismo, la inestabilidad política y el capitalismo no liberal dominaron en los años de entreguerras son aquellos en los que, cuatro décadas después, los grupos armados encontraron un nicho más favorable. Esta hipótesis ayuda a dar cuenta de algunos de los hallazgos cuantitativos del capítulo anterior. Así, la fuerte asociación entre la base electoral de los partidos comunistas y el terrorismo revolucionario encaja bien con el argumento histórico: los partidos comunistas ganaron fuerza en países pertenecientes al grupo no liberal. El comunismo tuvo un mayor apoyo electoral en los países en los que la integración de la clase trabajadora fue insuficiente y en los que la cuestión agraria resultaba más conflictiva. Asimismo, la asociación entre el atraso económico relativo a finales de los sesenta (medido por el ingreso per cápita, el crecimiento y el tamaño del sector público) y el terrorismo revolucionario tiene mucho que ver con la vía iliberal del periodo de entreguerras. Al final del capítulo, muestro con mayor detalle la relación entre las variables contemporáneas y las remotas.

En este capítulo y en el siguiente examino la conexión entre el desarrollo político y económico por un lado y el terrorismo revolucionario por el otro. En el presente capítulo, ofrezco el análisis estadístico. En el capítulo 6, presento algunos mecanismos posibles y los ilustro con breves estudios de caso.

2. La medición de los patrones de desarrollo

Si siguiera el procedimiento habitual del análisis histórico-comparado, intentaría confirmar la hipótesis principal mediante la reconstrucción histórica de los países. Algo de esto encontrará el lector en el próximo capítulo. Pero teniendo en cuenta que la muestra, aun siendo reducida, es lo suficientemente grande como para poder llevar a cabo un análisis estadístico básico, parece más fructífero continuar con el enfoque del capítulo anterior. La principal ventaja del análisis estadístico es que resulta más sistemático y tiene mayor poder para detectar patrones y tendencias que el análisis cualitativo e histórico de los casos. El análisis principal, por tanto, procederá mediante variables, no mediante casos, aunque las anomalías y desviaciones se abordarán posteriormente mediante estudios de caso.

Mi objetivo inmediato consiste en encontrar variables que reflejen adecuadamente si un país siguió un patrón liberal o su contrario. Un primer problema es que cuando indagamos en el pasado, el rango de datos disponibles se reduce considerablemente. Esto, por supuesto, limita en gran medida la forma en la que podemos operacionalizar los conceptos de interés. Así, contamos con buena información para para Europa occidental, pero no siempre para el conjunto de la muestra una que vez que se suman Australia, Canadá, Estados Unidos, Japón y Nueva Zelanda.

Tras una larga búsqueda y un examen minucioso de las diversas alternativas posibles, he seleccionado seis variables que podrían considerarse indicadores del patrón de desarrollo. Estos indicadores son muy diversos y cada uno refleja una dimensión específica del fenómeno de referencia. Fundamentalmente, busco aquellas características que revelan las dificultades con las que se encontró la consolidación de la democracia liberal y el capitalismo, dificultades que, por necesidad, produjeron mayores niveles de conflictividad. Antes de comenzar con el examen exhaustivo de

cada una de las seis variables, las describo sumariamente para que lector anticipe el análisis posterior.

En primer lugar, la intensidad del terrorismo anarquista en el periodo 1875-1925: este terrorismo tiene una similitud obvia con el terrorismo revolucionario (violencia clandestina antisistema) y revela la resistencia de la clase trabajadora al avance del capitalismo. Esta variable, sin embargo, no se puede medir en los años de entreguerras porque gran parte de la violencia tuvo lugar antes de la Primera Guerra Mundial.

En segundo lugar, las quiebras democráticas en los años de entreguerras: en algunos países, el compromiso de clase resultó imposible; las tensiones generadas por la integración de la clase trabajadora llevaron a una reacción autoritaria. En otros países, sin embargo, la democracia liberal sobrevivió gracias al compromiso de clase. Los países en los que la democracia se quebró mostraron niveles más altos de radicalismo político y polarización.

En tercer lugar, las guerras civiles: algunos países sufrieron conflictos civiles durante el periodo de entreguerras o durante la Segunda Guerra Mundial. La guerra civil es la manifestación más extrema de la polarización política. Aunque los motivos de la guerra civil pueden ser muy heterogéneos, todas las guerras civiles del periodo estuvieron relacionadas con la división izquierda-derecha y pueden entenderse como un fracaso absoluto del compromiso de clase.

En cuarto lugar, la desigualdad de la tierra en los años de entreguerras: la cuestión agraria fue crucial durante aquel periodo. En aquellos lugares en los que la propiedad de la tierra estaba más concentrada, el conflicto entre las élites terratenientes y los campesinos sin tierra era muy difícil de resolver. En general, las élites terratenientes se resistieron a la adopción de la democracia liberal. La desigualdad agraria refleja una mayor concentración de poder económico y político en unas pocas manos, lo que suele asociarse a unas élites más intransigentes y un mayor radicalismo político por parte de los grupos sociales con intereses opuestos a los de las élites.

En quinto lugar, el capitalismo liberal en los años de entreguerras:

los países en los que el capitalismo liberal estaba más consolidado (países con derechos de propiedad más seguros, menor inflación, menores barreras comerciales y menor interferencia estatal) no tuvieron terrorismo revolucionario letal en la década de 1970. Estos países lograron integrar a la clase trabajadora en el sistema. En cambio, en los países menos liberales, el Estado implementó políticas económicas más erráticas y el mercado no siempre fue el principal mecanismo de asignación de recursos.

En sexto lugar, la industrialización: el momento de la industrialización es importante. Mientras que los primeros industrializadores tuvieron mejores oportunidades para integrar gradualmente a la clase trabajadora, los tardíos recorrieron una ruta más desigual y conflictiva que en muchas ocasiones requirió represión laboral y un mayor papel del Estado en la economía.

A continuación presento las seis variables con mayor detalle. También analizo una séptima variable posible, la participación en las dos guerras mundiales, pero muestro que no es relevante para la explicación del terrorismo revolucionario.

2.1. El terrorismo anarquista del pasado

El antecedente más relevante del terrorismo revolucionario del periodo 1970-2000 es el terrorismo anarquista de finales del XIX y principios del XX. Ambos tipos de violencia usaban tácticas similares y adoptaron la forma de guerrilla urbana clandestina. Ambos, además, tenían como objetivo la destrucción del capitalismo. Y, como mencioné en el capítulo 2, la raíz de la idea de "propaganda armada" que se utilizó en el terrorismo revolucionario de la década de 1970 reside en la doctrina de la "propaganda por el hecho" desarrollada por los anarquistas europeos un siglo antes, en la década de 1870. La violencia fue considerada en los dos casos como una herramienta movilizadora; pretendía ser ejemplar, con un valor educativo para las masas, y su objetivo último era desencadenar una revolución que acabara con el capitalismo.

La continuidad entre los dos tipos de terrorismo puede interpretarse como un síntoma de la persistencia duradera del extremismo de izquierda. El anarquismo encarnó un rechazo sin matices del orden político y económico y fue consecuencia de la integración defectuosa de la clase trabajadora en el sistema. Por supuesto, el anarquismo nunca fue la tendencia mayoritaria de la izquierda en ningún país (con la posible excepción de España), pero a pesar de su condición de minoría, su misma existencia resulta reveladora sobre la naturaleza del conflicto entre capital y trabajo.

Tras la ruptura de la I Internacional en 1872, el anarquismo, bajo el liderazgo de Bakunin, se desarrolló principalmente en Francia, Italia, España y Rusia y se extendió, con menor intensidad, por Europa y algunos países de América (en Japón tuvo una presencia marginal). El movimiento fue más individualista, más igualitario, menos jerárquico, más cosmopolita y también más federalista que el socialismo marxista: en su rechazo del Estado, optó por alianzas mundiales que fueran compatibles con insurrecciones locales (Levy, 2004). Las tácticas principales del movimiento se basaban fundamentalmente en la acción directa en el lugar de trabajo (sabotajes, huelgas y similares). En algunos casos, sin embargo, la acción directa se convirtió en terrorismo. El fuerte individualismo de la ideología anarquista fomentó el tipo de actos violentos propagandísticos característicos de quienes optaron por el terrorismo. Sin seguir jerarquía alguna, algunos activistas llevaron a cabo ataques que aterrorizaron a la burguesía. El terrorismo fue un esfuerzo minoritario dentro del movimiento anarquista internacional en comparación con el sindicalismo y la protesta laboral; pero, no obstante, los atentados y los asesinatos quedaron para siempre ligados en la opinión pública al anarquismo como movimiento político.

Para determinar el grado de parecido entre el terrorismo revolucionario moderno y el anarquista pasado, necesitamos cifras comparables sobre ambos. De inmediato surgen dos problemas: por un lado, los historiadores no han cuantificado los asesinatos cometidos durante el ciclo anarquista de violencia (1875-1925). Jensen (2004: nota al pie 83) estima 150 muertes para el periodo 1880-1914 (excluida Rusia), pero su cifra no es el resultado de un recuento preciso por país. Basándome en monografías, sitios de

Internet e información de periódicos, he podido identificar 194 muertes en la muestra de 23 países desarrollados durante el periodo 1875-1925[80]. Como en el caso del terrorismo revolucionario, he intentado identificar a cada una de las víctimas de la violencia anarquista, así como recoger información sobre los perpetradores y las características del ataque.

Por otro lado, no es obvio cómo contar las muertes. La principal diferencia con respecto al terrorismo revolucionario más reciente es que en este último la mayor parte de la violencia fue estrictamente nacional (terroristas locales que actuaban en su propio país)[81]. Sin embargo, en el caso del anarquismo hubo un número elevado de terroristas que operaron fuera de sus países, difuminando así las fronteras nacionales de los ataques, requisito esencial para el análisis de la variación entre países. Por ejemplo, el presidente francés Sadi Carnot fue asesinado en Lyon por el anarquista italiano Santo Geronimo Caserio. Asimismo, el primer ministro español Antonio Cánovas del Castillo fue asesinado por otro anarquista italiano, Michele Angiolillo. Los anarquistas italianos actuaban con gran frecuencia más allá de las fronteras de su país (Turcato, 2007).

El caso más complejo es el de Estados Unidos, ya que casi todos los ataques letales fueron perpetrados por europeos (italianos y alemanes) que habían emigrado a aquel país. En realidad, el tipo de violencia anarquista asociada con la tendencia bakunista era ajeno al libertarismo vernáculo estadounidense, personificado en nombres como Henry David Thoreau y Benjamin Tucker (Madison, 1945; Marshall, 1992: caps. 14 y 23). El bakunismo, o propaganda por el hecho, fue introducido en los Estados Unidos por emigrantes alemanes bajo la influencia de Johann Most, el famoso editor de la revista anarquista Die Freiheit, quien se estableció en Nueva York en 1882. El primer gran ataque fue el del Chicago Haymarket del 4 de mayo de 1886, en el que siete policías resultaron muertos por la explosión de una bomba. Unos días antes, el 1 de mayo, se habían producido huelgas y manifestaciones masivas en muchas ciudades estadounidenses exigiendo la jornada laboral de ocho horas. Chicago fue testigo de una de las manifestaciones más grandes. El 3 de mayo hubo enfrentamientos entre huelguistas y esquiroles. La policía abrió fuego y mató a dos trabajadores. Al día siguiente, los anarquistas organizaron un mitin de protesta contra la represión

policial. A pesar de la naturaleza pacífica de la reunión, la policía intentó dispersar a los manifestantes al final de la concentración. En ese momento, un desconocido arrojó una bomba, matando a siete policías e hiriendo a muchos otros, incluidos trabajadores. Aunque no hay pruebas firmes sobre la autoría, 10 anarquistas fueron detenidos y ocho fueron procesados. De los detenidos, es de destacar que siete eran nacidos en Alemania (los otros tres eran un inglés y dos estadounidenses, aunque uno de estos últimos era hijo de padres alemanes que se habían mudado a Estados Unidos)[82]. Los otros dos grandes ataques anarquistas fueron llevados a cabo por inmigrantes italianos[83]. La figura más influyente fue Luigi Galleani, quien había llegado a Estados Unidos en 1901, donde trató de promover la propaganda por el hecho. Publicó un semanario anarquista llamado Cronaca Sovversiva. Galleani atrajo a otros italianos que habían emigrado a los Estados Unidos (se les conocía como "i Galleanisti"). Aunque no hay pruebas contundentes, parece que fueron los responsables de la bomba que explotó el 27 de noviembre de 1917 en Milwaukee, matando a 10 policías (Gage, 2009: 210). La bomba se encontró en una iglesia y la llevaron a comisaría, donde explotó antes de que pudiera ser inspeccionada. Los galleanistas también fueron responsables del atentado con bomba en Wall Street de 1920 (el primer coche bomba de la historia, véase Davis, 2007), en el que murieron 38 personas. De nuevo, aunque carecemos de certeza histórica, los historiadores han imputado el ataque al anarquista italiano Mario Buda, otro italiano que emigró a Estados Unidos en 1907 (Gage, 2009: 325-326).

El caso de Estados Unidos ilustra bien los pros y los contras de los dos criterios posibles para medir el terrorismo anarquista. Si nos centramos en el lugar de los ataques, entonces Estados Unidos tuvo un nivel elevado de atentados anarquistas, mientras que si nos fijamos solamente en la nacionalidad de los perpetradores, Estados Unidos no tuvo terrorismo anarquista autóctono excepto el asesinato del presidente McKinley el 6 de septiembre de 1901 (el asesino fue el anarquista Leon Czolgosz, nacido en Detroit en 1873, hijo de padres polacos). En el primer caso, el número de asesinatos que se atribuirían a Estados Unidos sería 48; en este último, solo uno (los 47 restantes se atribuirían a Alemania e Italia).

He medido los asesinatos anarquistas de las dos maneras: según el

país en el que se produjo el ataque y según la nacionalidad del perpetrador[84]. Los resultados aparecen en la tabla 5.1. En cada caso, también he calculado el índice de intensidad siguiendo el mismo procedimiento que se aplicó al terrorismo revolucionario (véase el capítulo 4, apartado 5): el logaritmo del producto de muertes y años en los que hubo ataques letales. Independientemente de cómo midamos la violencia anarquista, Italia y España están claramente en las primeras posiciones. Estos dos países también tienen la mayor intensidad de terrorismo revolucionario a finales del siglo XX.

Tabla 5.1

Datos sobre la violencia anarquista, 1875-1925

	Número total de	Índice de intensidad	Número de	Índice de intensidad	Número de	Número de
Alemania	4	2,20	16	4,39	5	5
Australia	0	0	0	0	0	0
Austria	6	2,94	1	0,69	1	0
Bélgica	0	0	0	0	0	0
Canadá	0	0	0	0	0	0
Dinamarca	0	0	0	0	0	0
España	75	6,80	61	6,51	13	14
EE UU	48	5,42	1	0,69	1	1
Finlandia	0	0	0	0	0	0
Francia	23	5,09	22	4,89	2	2
Grecia	1	0,69	1	0,69	1	1
Holanda	0	0	0	0	0	0
Irlanda†	0	0	0	0	0	0
Islandia	0	0	0	0	0	0
Italia	28	4,72	91	6,71	4	7
Japón	1	0,69	1	0,69	0	0
Luxemburgo	0	0	0	0	0	0
Noruega	0	0	0	0	0	0
Nueva Zelanda	0	0	0	0	0	0
Portugal	0	0	0	0	0	0
Reino Unido	0	0	0	0	0	0
Suecia	0	0	0	0	0	0
Suiza	1	0,69	0	0	0	0

Nota: * Índice de intensidad = ln (muertes *años + 1), donde “años” es el

Es necesaria una advertencia: más de la mitad de los asesinatos (107) se concentraron en solo cuatro atentados con bombas. El ataque más letal fue la bomba de Wall Street antes mencionada (38 muertos). El segundo atentado con mayor mortalidad fue el asesinato fallido del rey de España, Alfonso XIII, el día de su boda, el 31 de mayo de 1906. El anarquista Mateo Morral arrojó una bomba al carruaje real pero, por un golpe inesperado contra los cables del tranvía, la bomba se desvió hacia la multitud y mató a 26 personas. También en España, Santiago Salvador Franch lanzó dos bombas en la Ópera de Barcelona el 7 de noviembre de 1893, matando a 22 personas. Este podría considerarse el ataque anarquista por excelencia contra la burguesía. Un ataque similar tuvo lugar en Milán, el 23 de marzo de 1921, cuando Antonio Pietropaolo hizo explotar una bomba en el teatro Kursaal Diana, matando a 21 personas. Estos atentados de alta letalidad contrastan con los del terrorismo revolucionario que, al ser considerablemente más selectivo, genera menos víctimas por atentado. Dado que el número de ataques fue menor en el caso del anarquismo, se podría pensar que la distribución entre países es quizá aleatoria, debido en última instancia a la ocurrencia más o menos accidental de algunos ataques que causaron un número elevado de muertes.

Para despejar la duda sobre la aleatoriedad de los ataques, también he contado los magnicidios, tanto exitosos como fallidos, definidos como ataques dirigidos a primeros ministros, presidentes y monarcas. Los magnicidios anarquistas occidentales se inspiraron en gran medida en el asesinato del zar Alejandro II en 1881 por miembros de Narodnaya Volya (La Voluntad del Pueblo). Ya he mencionado el asesinato del presidente McKinley en Estados Unidos en 1901, así como el asesinato del primer ministro español, Cánovas del Castillo, en 1897, pero hubo muchos otros casos, como el asesinato del rey Umberto I en Italia en 1900, la emperatriz de Austria en 1898 y el rey de Grecia en 1913. Antes de su asesinato, Umberto I había sufrido previamente un atentado en 1878. En ese año, los anarquistas también intentaron matar en dos ocasiones al emperador de Alemania, Guillermo I. He recopilado información sobre magnicidios fallidos y exitosos con el propósito de verificar si la distribución de atentados mortales, por un lado, y los magnicidios intentados y realizados por otro, están correlacionados:

si lo están, la tesis de que la distribución geográfica de los ataques letales es aleatoria quedará muy debilitada. Al igual que hice con los atentados letales en general, mido los magnicidios siguiendo los dos criterios posibles, el país en el que se produjo el atentado y la nacionalidad del perpetrador. Los datos sobre asesinatos se pueden ver en las dos últimas columnas de la tabla 5.1. De nuevo, Italia y España están en las primeras posiciones, seguidos de Alemania y Francia. Parece, por tanto, que no hay base para la sospecha de aleatoriedad.

A fin de explorar más sistemáticamente la asociación entre las distintas medidas, la tabla 5.2 proporciona una matriz de correlaciones que incluye las dos variables dependientes del terrorismo revolucionario (número de víctimas mortales e índice de intensidad) además de las variables de anarquismo. Se pueden sacar tres conclusiones. En primer lugar, las seis medidas diferentes de violencia anarquista presentan coeficientes de correlación superiores a 70 (salvo en un caso), lo que indica que el nivel de congruencia entre todas ellas es suficientemente alto. En segundo lugar, cuando los atentados mortales anarquistas (o los magnicidios) se miden según la nacionalidad del perpetrador, la correlación con las variables que miden el terrorismo revolucionario es mayor que cuando se miden los asesinatos anarquistas según el país en el que ocurrieron. Y, en tercer lugar, la fuerte correlación entre ataques letales anarquistas y magnicidios (exitosos y fallidos) muestra que las mediciones basadas en asesinatos no están sesgadas por unos pocos ataques con alta mortalidad. Tanto por razones de fondo como de conveniencia, voy a trabajar con el número de atentados mortales anarquistas utilizando la nacionalidad del perpetrador. Por un lado, este proceder refleja el grado de activismo de los anarquistas en su país (ya sea que actuaran en su propio país o fuera de él); y representa mejor la fuerza y el radicalismo de los diversos movimientos anarquistas en diferentes países. Por otro lado, esta es la medida que correlaciona más fuertemente con los niveles de violencia revolucionaria en 1970-2000.

Tabla 5.2

Matriz de correlación de varias medidas de violencia terrorista

anarquista

	terrorism	terrorism					
Terrorismo revolucionario (intensidad)	0,80						
Terrorismo anarquista (país) (muertes)	0,63	0,68					
Terrorismo anarquista (país) (intensidad)	0,67	0,71	0,91				
Terrorismo anarquista (nacionales) (muertes)	0,95	0,68	0,67	0,71			
Terrorismo anarquista (nacionales) (intensidad)	0,84	0,78	0,71	0,85	0,94		
Magnicidio anarquistas (país)	0,68	0,66	0,82	0,75	0,73	0,82	
Magnicidio anarquistas (nacional)	0,79	0,69	0,82	0,76	0,84	0,88	0,98

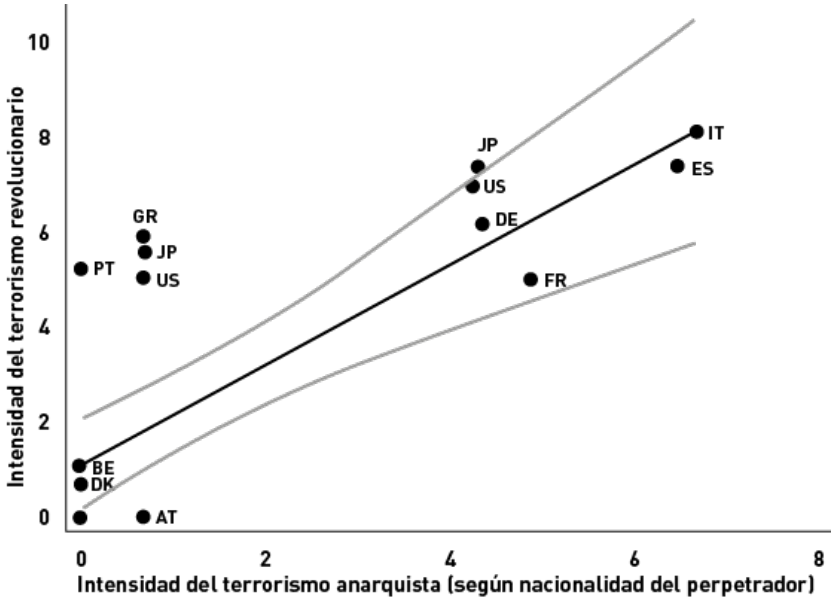
Nota: 23 observaciones. Todas las correlaciones son significativas a un nive

El gráfico 5.1 reproduce el diagrama de dispersión de la variable dependiente, la intensidad de la violencia revolucionaria, y la intensidad del terrorismo anarquista. La correlación, 0,77, no es fruto de la abundancia de ceros en ambas variables (países que no tuvieron terrorismo letal de ningún tipo). Aunque se eliminan estos países, el coeficiente de Pearson sigue siendo alto, 0,68, en los 10 países restantes. Como muestra el gráfico, hay tres grupos de países: los de gran población de Europa occidental (Francia, Alemania, Italia y España), que han tenido ambos tipos de terrorismo; los países liberales que no tuvieron ni terrorismo anarquista ni revolucionario; y, finalmente, un grupo de países con terrorismo revolucionario pero sin terrorismo anarquista previo (Grecia, Japón, Portugal y Estados Unidos).

Gráfico 5.1

Relación entre la intensidad del terrorismo revolucionario (1970-2000)

y la intensidad del terrorismo anarquista (1875-1925)



Este tercer grupo se desvía claramente de la tendencia general. Un breve análisis histórico ayudará a entender su excepcionalidad. El caso de Estados Unidos es quizás el más sencillo. Como mencioné anteriormente, todos los ataques anarquistas letales en Estados Unidos, excepto el asesinato del presidente McKinley, fueron llevados a cabo por inmigrantes europeos. Por decirlo brevemente, el terrorismo anarquista en Estados Unidos no fue autóctono. La pregunta que debe hacerse, entonces, es por qué Estados Unidos tuvo algunos casos de terrorismo revolucionario dados sus bajos niveles de terrorismo anarquista nativo. La respuesta tiene que ver con el hecho, ya mencionado, de que la mayor parte del terrorismo revolucionario estadounidense fue violencia afroamericana. Según la base de datos, hubo 26 víctimas mortales durante el periodo de estudio, pero 18 (el 69%) pertenecen a la categoría especial del terrorismo negro. En el capítulo 2 ofrecí un análisis más detallado de por qué, en contra de la mayoría de las hipótesis explicativas que examino en este libro, incluyo esta violencia étnica bajo la rúbrica de terrorismo revolucionario. Si nos centramos en los 10 atentados mortales realizados por activistas no afroamericanos, es digno de destacar el hecho de que no haya un solo grupo que llevase a cabo una campaña de violencia sostenida. Más bien, lo que encontramos

es una suma de pequeños grupos, cada uno de los cuales mató a una o dos personas. El único grupo que duró varios años y podría haber lanzado una campaña sostenida en el tiempo fue la Weather Underground Organization, pero, como explico en el capítulo 6, optó por evitar ataques letales. Una vez eliminada la violencia negra, Estados Unidos ya no es un valor atípico tan significativo.

Japón tiene un alto nivel de terrorismo revolucionario, pero muy poco anarquista. El anarquismo se introdujo en Japón bastante tarde, en 1906, durante el Gobierno del emperador Meiji (Marshall, 1992: 523-525; McClain, 2002: 376). Tuvo dos fases distintas, las cuales terminaron con episodios de dura represión. En la primera fase, Shusui Kotoku fue la figura principal; introdujo ideas anarquistas en Japón tras pasar un periodo en prisión y realizar una visita de cinco meses a Estados Unidos. Las tácticas terroristas del Partido Social Revolucionario de Rusia también le influyeron. No obstante, la principal actividad de los anarquistas en ese momento consistía en difundir sus ideas y participar en la campaña de huelgas y motines que se inició en 1907 (Crump, 1996: 17-18). En 1910, el aparato represivo del Estado hizo circular una noticia manipulada sobre los anarquistas que planeaban el asesinato del emperador (el llamado "incidente de alta traición"); como consecuencia de ello, cientos de activistas fueron arrestados y 26, incluido Kotoku, condenados a muerte. Fue un golpe fatal a esta primera oleada de anarquismo japonés. La segunda fase comenzó alrededor de 1918, al final de la Primera Guerra Mundial, desencadenada por una serie de disturbios campesinos. El nuevo líder fue Sakae Osugi; su recorrido se vio bruscamente interrumpido por el terremoto de 1923. Aprovechándose de la histeria popular ante la quiebra del orden público que surgió tras la catástrofe, el Estado detuvo y ejecutó a Osugi y a varios de sus colaboradores. Esto tuvo un impacto definitivo en el movimiento anarquista japonés. Radicalizados por esta nueva experiencia de represión, algunos anarquistas constituyeron la llamada Sociedad de la Guillotina y buscaron vengar el asesinato de Osugi. Este grupo intentó dos veces matar al general responsable de su ejecución; además, dos de sus miembros mataron a un empleado durante un atraco a un banco en 1923 (Crump, 1996: 26). Fue la única víctima mortal causada por el anarquismo en Japón[85].

Japón tuvo muchos de los ingredientes que favorecían el surgimiento del terrorismo anarquista: industrialización tardía, una transformación rápida de campesinos en agricultores arrendatarios y un Estado que no protegía a los perdedores del cambio económico. Sin embargo, la eficacia de la represión estatal impidió cualquier forma de acción revolucionaria sostenida por parte de los pequeños grupos anarquistas. Como mostré en el capítulo 3, punto 4, la represión también fue crucial para la contención del terrorismo revolucionario en el Japón de la década de 1970. El Ejército Rojo Japonés tuvo que actuar fuera de Japón debido a la superioridad clara del Estado sobre los rebeldes.

Los otros valores atípicos son dos países pequeños, Portugal y Grecia. En Portugal, sin duda, hubo violencia política radical a principios del siglo XX, pero, en rigor, no puede decirse que fuese de origen anarquista. Por ejemplo, el rey Carlos I y el príncipe Luis Filipe fueron asesinados en 1908 en Lisboa por miembros de la Carbonaria, una organización clandestina que se creó en la década de 1820 como una especie de brazo armado del movimiento republicano masónico. A principios de la década de 1920 hubo numerosos atentados, muchos de ellos atribuibles a la Legiao Vermelha (Legión Roja), que era una escisión de las Juventudes Sindicalistas (Freitas, 2007). Aunque la identidad ideológica de la Legiao Vermelha ha sido motivo de controversia, el análisis más completo y preciso, el de Palacios (2008), concluye que formaban parte de una facción bolchevique más que de una organización anarcosindicalista. Según el autor, este grupo clandestino fue responsable de seis asesinatos y 10 intentos de asesinato (Palacios, 2008: 410). El hecho de que la violencia política no fuera anarquista permite entender por qué Portugal es un valor atípico en el gráfico 5.1. No es, por tanto, que no hubiera violencia revolucionaria en ese momento, sino que el tipo de violencia no era estrictamente anarquista. Si hubiera sido más laxo con los criterios de codificación, Portugal no habría resultado un caso tan atípico.

El caso griego es más complicado. El único ataque letal que registra la base de datos es el asesinato del rey Jorge I en 1913. Sin embargo, en 1903 hubo una campaña muy intensa de bombardeos organizada por un grupo clandestino llamado los “Barqueros de Tesalónica”. Entre el 15 y el 18 de abril de ese año, los anarquistas

hicieron estallar varias bombas. En el ataque contra el Banco Otomano, cuatro personas murieron. Otra persona perdió la vida debido a la bomba que explotó en el Teatro Alhambra. Sin embargo, Tesalónica en aquel momento era parte del Imperio otomano (pasó a integrarse en Grecia en 1912) y, lo que es más importante, el grupo clandestino estaba formado por anarquistas búlgaros que estaban en contra del dominio otomano sobre Macedonia. Por tanto, no hay base para considerar esta campaña de bombardeos como terrorismo anarquista griego. El movimiento anarquista griego era débil y no practicó la violencia política; así pues, no anticipa el surgimiento de los niveles medios de terrorismo revolucionario de la década de 1970. En este caso, la experiencia de la guerra civil griega (1946-49) fue seguramente un precedente más relevante. Grecia, por tanto, es el caso más difícil de explicar. Los otros tres pueden entenderse con relativa facilidad.

2.2. Autoritarismo de entreguerras

Desde una perspectiva histórica, el predictor más poderoso del terrorismo revolucionario en la década de 1970 es la experiencia del autoritarismo de derechas durante los años de entreguerras[86]. Con la excepción de Austria, todos los países ricos que tuvieron un colapso democrático durante el periodo de entreguerras desarrollaron posteriormente terrorismo revolucionario letal.

Según pudo verse en la tabla 4.4, los seis primeros países en el ranking de intensidad terrorista son Italia, España, Alemania, Japón, Grecia y Portugal (en ese orden). Estos seis países comparten un pasado político problemático durante el siglo XX, con al menos una transición de régimen. Todos experimentaron el autoritarismo durante el periodo de entreguerras. Sin embargo, la duración del autoritarismo fue muy diferente. En Portugal y España se prolongó hasta 1974 y 1977 respectivamente; en Grecia, hubo una segunda experiencia autoritaria entre 1967 y 1974, con una junta militar. En contraste, las dictaduras de Alemania, Italia y Japón terminaron tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Estas marcadas diferencias de duración hacen que la asociación entre la dictadura

pasada y la violencia revolucionaria sea aún más sorprendente.

Para examinar esta relación de manera más sistemática, he preparado una tabla de 2 x 2 en la que los países están clasificados en dos grupos en función de si tuvieron o no terrorismo revolucionario letal y si tuvieron una experiencia autoritaria o no. En cuanto a lo primero, he considerado que Bélgica y Dinamarca deberían estar en el grupo de países sin violencia letal: en Bélgica solo hubo dos víctimas mortales y en Dinamarca una, y en ninguno de los casos los asesinatos fueron consecuencia de ataques planificados (véase el capítulo 2, apartado 3). Los resultados aparecen en la tabla 5.3. Los países de la diagonal principal (19 de 23) confirman claramente la relación. El valor de la V de Cramer es muy alto, 0,71, lo que indica una fuerte asociación entre las variables.

Tabla 5.3

Terrorismo revolucionario letal y autoritarismo pasado

Terrorismo revolucionario letal	Autoritarismo pasado	
	Sí	No
Sí	Alemania, España, Grecia, Italia, Japón, Portugal	EE. UU., Francia*
No	Austria	Australia, Bélgica**, Canadá,

Nota: Chi cuadrado = 11,5 (significativo al 1%); V de Cramer = .71. * A p

Vale la pena señalar que el contraste con el autoritarismo pasado surge plenamente cuando nos centramos en la violencia letal. Si adoptamos el enfoque estándar que mide el terrorismo por el número total de ataques, sin importar si fueron letales o no, entonces la diferencia entre países con y sin dictadura pasada es más borrosa, ya que, como se verá en el próximo capítulo, hubo grupos revolucionarios armados no letales en muchos países con un pasado plenamente democrático. Así, la diferencia entre un grupo no letal como la Angry Brigade (Reino Unido) y una organización letal como la Fracción del Ejército Rojo (RAF, Alemania) solo se basaría en la magnitud de la violencia. Pero la diferencia de clase o cualitativa (la presencia de letalidad) fue de suma importancia. La razón por la que algunos grupos armados se negaron a matar está estrechamente relacionada con el hecho de que el país no tuviera un interludio autoritario durante el periodo de entreguerras (véase el capítulo 6).

Todos los golpes de Estado de los años de entreguerras fueron reaccionarios o fascistas. En muchos países, las élites conservadoras prefirieron reprimir a la izquierda antes que llegar a un compromiso de clase con los trabajadores y sus representantes. Con la excepción parcial de Japón, donde la izquierda era más débil, el autoritarismo en todos los demás países tenía un claro objetivo excluyente: tras la involución autoritaria, la izquierda fue ilegalizada y anulada. En aquellos países en los que liberales y conservadores moderados lograron llegar a un entendimiento con la izquierda reformista, la democracia sobrevivió. Como han señalado varios autores (por ejemplo, Luebbert, 1991; Mann, 2012: 332-333), esto fue posible en países que habían tenido una experiencia democrática liberal antes de la Primera Guerra Mundial. Las élites encontraron formas de diluir la amenaza revolucionaria socialista sin recurrir a la represión; precisamente porque se había implementado antes un orden liberal, la izquierda era más moderada y su acomodación en el sistema resultó más sencilla.

Podría objetarse que el sur de Europa (Italia, Portugal y España) tenía un sistema parlamentario antes de la Primera Guerra Mundial basado en la competencia entre partidos, con importantes elementos liberales y, sin embargo, a pesar de esos precedentes

liberales, la democracia se vino abajo después de la Gran Guerra. Con todo, estos países tenían formas democráticas muy imperfectas, etiquetadas de diversas formas para subrayar su singularidad (turnismo en España, trasformismo en Italia y rotativismo en Portugal) (Malefakis, 1992: 21). En España y Portugal hubo alternancia; sin embargo, no fue consecuencia de cambios en las preferencias populares, sino de acuerdos entre las cúpulas de los partidos. En Italia, se evitó la rendición de cuentas electoral gracias a la formación de grandes mayorías parlamentarias en las que se cooptaba a miembros de la oposición. Mientras que había restricciones al sufragio tanto en Italia como en Portugal antes de la Primera Guerra Mundial, España desarrolló el arte de la manipulación electoral hasta tal punto que el sistema pudo permitirse el sufragio universal masculino hacia 1888. Estos regímenes, por lo tanto, no pueden compararse con el orden liberal imperante en el norte de Europa y en países de habla inglesa (Australia, Canadá, Bélgica, Finlandia, Gran Bretaña, Holanda, Nueva Zelanda, Suiza y países nórdicos) antes de la Primera Guerra Mundial.

Paso ahora a un análisis de las excepciones (es decir, los casos de las celdas que se encuentran fuera de la diagonal principal). Comenzaré por los países que no sufrieron un colapso democrático pero que, sin embargo, desarrollaron terrorismo letal: Francia y Estados Unidos. En el caso de Francia, cabe aducir que el país sí atravesó un periodo autoritario durante los años de Vichy (1940-44), aunque, según la formulación más estricta de la hipótesis, Francia no entraría de todas formas en el grupo autoritario, pues la dictadura ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, no en los años de entreguerras. Sin embargo, si la hipótesis se entiende en términos más amplios, Francia podría considerarse como un país con un pasado autoritario en el siglo XX, en cuyo caso la relación entre el terrorismo y la dictadura pasada sería todavía más fuerte (la correlación de Pearson pasa de 0,75 a 0,81). En las bases de datos comparadas, suele registrarse en Francia un periodo dictatorial durante la Segunda Guerra Mundial: esto es así tanto en la base de Boix, Miller y Rosato (2013) como en Polity IV. Sin embargo, creo que las extraordinarias circunstancias de la ocupación alemana no nos permiten concluir que el Gobierno de Vichy representara una ruptura endógena de la democracia. No

hay base para suponer que en ausencia de la ocupación alemana, los acontecimientos políticos se hubieran desarrollado como lo hicieron. Fue la coacción alemana lo que hizo posible el régimen de Vichy. Esto es claramente diferente de la quiebra de la democracia en España en 1936 o en Italia en 1922: en estos casos, es la política interna la que produjo el colapso democrático. Por lo tanto, voy a considerar que Francia tuvo continuidad democrática en todo el siglo XX, sin tener en cuenta los acontecimientos excepcionales que se produjeron durante la ocupación alemana. Al hacer esto, nótese bien, estoy sesgando los resultados en contra de la hipótesis de que los periodos autoritarios están asociados con el terrorismo revolucionario.

Hay otra perspectiva a través de la cual se puede explicar la "desviación" de Francia. El terrorismo en Francia fue de corta duración y baja letalidad. Hubo 15 asesinatos entre 1974 y 1986. Las dos primeras muertes correspondieron al grupo maoísta Brigades Internationales (BI), una escisión del maoísta Gauche Proletarianne (GP), el principal grupo político extraparlamentario de izquierda. BI fue un pequeño grupo que actuó entre 1974 y 1977. Varios de sus miembros constituyeron posteriormente Noyaux armés pour l'autonomie populaire (NAPAP), otro grupo maoísta, con sede en París, que mató a una persona en 1977. NAPAP fue uno de los dos grupos que finalmente convergieron en Action Directe (AD); el otro fueron los Groupes d'action révolutionnaires internacionalists (GARI), un grupo autónomo que operaba en Francia contra los intereses españoles que estaban conectados de una forma u otra con el régimen de Franco. GARI evitó explícita y diligentemente matar personas.

De las 15 muertes, 12 corresponden a AD. Lo interesante de AD es que algunos de sus fundadores y principales activistas eran de origen español o fueron "socializados" en la violencia a través de campañas contra la España de Franco. Hasta cierto punto, el terrorismo letal se introdujo en Francia mediante personas y grupos bajo la influencia de la larga tradición española de violencia política. GARI tenía su sede en Toulouse (la llamada "capital" del exilio republicano español) y en España. Estaban muy influidos por la tradición anarquista española (Dartnell, 1995: 73). Muchos de sus miembros eran de origen español, hijos de refugiados españoles que

se establecieron en Francia después de la Guerra Civil (Dartnell, 1995: 91; Phillips, 1993: 89). GARI se creó tras la destrucción del Movimiento Ibérico de Liberación español (MIL) llevada a cabo por las fuerzas de seguridad de Franco. Uno de los líderes del MIL, Salvador Puig Antich, fue detenido en 1973 y ejecutado en 1974 (véase el capítulo 3). Lo más interesante para el argumento presente es que uno de los más estrechos colaboradores de Puig Antich fuera Jann-Marc Rouillan, precisamente el fundador de Action Directe en 1979. Rouillan era hijo de un luchador de la resistencia francesa y se crio en un ambiente muy marcado por la tradición de la lucha antifranquista en España. En el primer volumen de sus memorias, Rouillan recuerda vívidamente las historias que le contaron antiguos miembros del maquis español así como combatientes anarquistas españoles que participaron en la Guerra Civil. De hecho, entre las primeras armas utilizadas por Rouillan y sus colegas hubo rifles viejos que se habían empleado en la guerra de España (Rouillan, 2009: 127). La mayoría de las acciones de GARI fueron ataques en Francia contra empresas e instituciones que colaboraban con el régimen franquista en España.

La formación de Rouillan como parte de GARI fue importante para la creación de AD alrededor de 1979. Se podría decir que Rouillan llevó consigo la mayor parte de las experiencias y tradiciones del anarquismo español a suelo francés. Mientras que los principales líderes de la izquierda revolucionaria francesa despreciaban la lucha armada, algunas figuras, fuertemente influidas por la tradición española de violencia política, tomaron las armas y comenzaron a matar personas en 1980. El hecho de que su actividad fuera efímera y poco intensa revela lo desfavorables que resultaban la sociedad y política francesas para el desarrollo del terrorismo revolucionario. El poco terrorismo de izquierda letal que observamos en Francia es en buena medida consecuencia de una tradición ajena, la del anarquismo violento que penetró en Francia a través de los exiliados y refugiados españoles. Así se explica que Francia, a pesar de la ausencia de una quiebra democrática interna durante el periodo de entreguerras, experimentara un cierto grado de terrorismo letal[87].

El otro país con continuidad democrática y algo de terrorismo de izquierda letal es Estados Unidos. Sin embargo, como expliqué en la

sección anterior, si se elimina el terrorismo negro, Estados Unidos es mucho menos atípico. Dado el tamaño del país, 10 asesinatos en total cometidos por varios grupos blancos muy menores es una cifra que aproxima Estados Unidos a Bélgica o Dinamarca y lo aleja de los países con niveles medios o altos de letalidad revolucionaria. La anomalía norteamericana, por tanto, resulta de la violencia terrorista negra; si esta se excluye, Estados Unidos deja de ser un caso anómalo.

Una excepción de signo opuesto es Austria. Este país tuvo un pasado traumático antes de la Segunda Guerra Mundial, incluida la quiebra de la democracia en 1934 y, sin embargo, no desarrolló ninguna forma de terrorismo revolucionario durante el periodo de estudio, 1970-2000[88]. En los años de entreguerras, Austria sufrió una fuerte polarización política y altos niveles de violencia política. Botz (1982: 303) calcula 859 víctimas de violencia política durante la primera república austriaca, entre 1918 y 1934, año en el que el canciller Dollfuss impuso un régimen autoritario de partido único. En la Primera República, las fuerzas políticas austriacas no consiguieron llegar a un compromiso de clase estable. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, Austria puso en práctica tanto el neocorporatismo (concertación salarial) como el consociacionalismo (proporcionalidad electoral, grandes coaliciones de gobierno), lo que trajo consigo una paz social generalizada (Lijphart y Crepaz, 1991; Pelinka, 1998: cap. 2). Los intereses del trabajo se integraron e institucionalizaron en el sistema político, siendo 1956 el último año en el que el país tuvo huelgas masivas. Se ha argumentado que la diferencia clave entre los periodos anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial radica en la capacidad organizativa de posguerra del movimiento obrero para disciplinar a los trabajadores y participar en un comportamiento estratégico con las empresas (Kindley, 1992). Pero incluso si esto ayuda a entender los profundos cambios en Austria antes y después de la Segunda Guerra Mundial, no explica por qué la violencia y la polarización del periodo de entreguerras no dejaron rastro alguno después de la Segunda Guerra Mundial, a diferencia de lo que sucedió en Alemania, España, Italia y Japón. De hecho, las décadas de gobierno de gran coalición (formada por socialdemócratas y conservadores), en la práctica una especie de colusión entre los dos partidos principales, podrían haber sido un acicate para que el

sector más radical de la izquierda actuara contra el sistema. Sin embargo, la virtual ausencia de vida política a la izquierda del Partido Socialdemócrata (SPÖ) en la Segunda República cerró la posibilidad de que un grupo extremista se organizara. Hasta tal punto es así que la oleada de protestas del 68 no afectó a Austria. En otro orden de cosas, una diferencia relevante entre Austria y el resto de países con pasado dictatorial es la pequeña población del país, menos de ocho millones en 1970 en comparación con 78 millones en Alemania, 54 millones en Italia, 104 millones en Japón y 34 millones en España (datos de 1970). No obstante, si bien el tamaño de la población es una variable crucial, se observan niveles medios o bajos de terrorismo letal en algunos países pequeños como Grecia y Portugal. Avanzo aquí una hipótesis más prometedora, aunque ciertamente provisional: la ausencia de extremismo podría deberse en última instancia a la frágil posición de Austria durante la Guerra Fría. La Unión Soviética estuvo involucrada en la política austriaca hasta 1955 (Mueller, 2006; Pelinka, 1998: cap. 8). El radicalismo de izquierda habría encontrado poco eco en un país pequeño, vulnerable y fronterizo con el bloque del Este. Además, la política de estricta neutralidad adoptada en 1955 diluyó la protesta antiimperialista (particularmente contra la participación de Estados Unidos en Vietnam), que por lo demás fue tan relevante en países de la OTAN (como la República Federal de Alemania) o en países aliados de Estados Unidos (como Japón). Las limitaciones de la Guerra Fría, por lo tanto, podrían haber evitado la formación de grupos antisistema.

A pesar de algunas anomalías, inevitables en este tipo de análisis comparado, podemos concluir que el autoritarismo pasado mantiene una relación sorprendentemente fuerte con el terrorismo revolucionario (con independencia de la duración del régimen autoritario).

2.3. Guerra civil

Además de las quiebras de la democracia, varios países sufrieron guerras civiles durante los años de entreguerras o durante la

Segunda Guerra Mundial. Una guerra civil implica el colapso del orden social y político; es el testimonio más crudo del fracaso del compromiso entre los grupos antagónicos que componen la sociedad. La guerra civil, por tanto, refleja la incapacidad del sistema para adaptarse a todos los intereses en juego. La literatura sobre los legados de la guerra civil tiende a concluir que la guerra civil tiene un efecto positivo y prolongado en la participación política, el interés por la política y la cooperación social (Bauer et al., 2016). Aquí, sin embargo, no estoy tan interesado en este tipo de legado del conflicto, sino en lo que revela la ocurrencia de la guerra civil sobre los conflictos políticos subyacentes en la sociedad. Las guerras civiles, especialmente las que se libran en el eje izquierda-derecha, son ante todo reflejo de un espacio político polarizado. De acuerdo con la investigación de Balcells (2012), la guerra civil española reforzó las identidades ideológicas existentes en las generaciones venideras. En este sentido, la principal conjetura de esta sección es que en países con un mayor nivel de polarización y una tradición más débil de compromiso y transacción, es más probable que surja la violencia política; en el caso del terrorismo revolucionario, un antecedente de gran relevancia es el conflicto civil ideológico (izquierda vs. derecha).

Establecer una relación de guerras civiles en los países ricos durante el periodo de entreguerras no es una tarea fácil. Los historiadores han discutido extensamente sobre este tema (véase Payne, 2011). Parte del problema consiste en que los historiadores no comparten un criterio operacional para determinar la ocurrencia de guerras civiles. En lugar de ahondar en un análisis extenso de los asuntos conceptuales que rodean al concepto de guerra civil, he seguido un criterio práctico, empleando la base de datos Correlates of War (COW) sobre guerras intraestatales. En COW aparecen cinco guerras civiles en los países de nuestra muestra, incluyendo el periodo de la Segunda Guerra Mundial: Finlandia (1918), Alemania (1919), Grecia (1944-45), Italia (1920-22) y España (1936-39). Los cinco conflictos se basan en el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha[89]. Tres de las guerras civiles, las de Finlandia, Alemania e Italia, están relacionadas con la devastación producida por la Gran Guerra y la emulación de la revolución comunista en Rusia. Las otras dos, las de España y Grecia, corresponden a los prolegómenos y al final de la Segunda Guerra Mundial respectivamente.

Los casos más problemáticos son los de Italia y Alemania. Así, COW considera que el conflicto de baja intensidad en Italia entre 1920 y 1922, cuando el país se vio fuertemente afectado por huelgas, ocupaciones de tierras y fábricas y violentos enfrentamientos entre los fascistas y los socialistas, fue una guerra civil. En cambio, no se incluye el conflicto protagonizado por la Resistencia en 1943-45, a pesar de que la Resistencia luchó tanto contra las tropas alemanas como contra el Gobierno fascista. Algunos autores sí la consideran una guerra civil (por ejemplo, Roshwald, 2016). Con respecto a Alemania, COW incluye la insurrección espartaquista liderada por los comunistas y, en general, la agitación política de 1919, justo antes de la estabilización inicial de la República de Weimar, como guerra civil.

Según muestra la tabla 5.4, los países que sufrieron una guerra civil desarrollaron posteriormente el terrorismo revolucionario, con la excepción de Finlandia. La asociación no es tan fuerte como en el caso de la quiebra de la democracia: así se refleja en el valor de la V de Cramer, notablemente más bajo (0,40).

Tabla 5.4

Terrorismo revolucionario letal y guerra civil

Terrorismo revolucionario letal	Guerra civil	
	Sí	No
Sí	Alemania, España, Grecia, Italia	EE. UU., Francia
No	Finlandia	Australia, Austria, Bélgica*, C

Nota: Chi cuadrado = 5,64 (significativo al 10%); V de Cramer = .40. * Bé

En esta ocasión, la principal anomalía corresponde a Finlandia, que pasó por una breve pero sangrienta guerra civil, con cerca de 20.000 muertes causadas por las milicias Roja y Blanca (en un país de 3,1 millones de personas) en un corto periodo de solo tres meses en 1918 (Casanova, 2000: 529). A pesar del innegable carácter ideológico del conflicto, Kissane (2004) ha señalado que el principal impulsor del conflicto no fue la ideología como tal, sino un problema de seguridad relacionado con el vacío de poder producido por la independencia del país (en este sentido, la guerra civil finlandesa se parece en mayor medida a la guerra civil irlandesa que tuvo lugar inmediatamente después de la constitución del Estado Libre Irlandés en 1922 que a los otros casos de guerras civiles ideológicas). La ausencia de un Estado efectivo llevó al surgimiento de violencia protagonizada por las milicias de izquierda y derecha. Tan pronto como el Estado tuvo el control del orden público, la violencia desapareció por completo. El conflicto civil estalló bajo condiciones un tanto especiales, relacionadas con la construcción del Estado; una vez que el Estado se consolidó, el conflicto violento de naturaleza ideológica desapareció enteramente.

2.4. Guerra

Las dos variables anteriores, la quiebra de la democracia y la guerra civil, están ciertamente vinculadas, de una forma u otra, a los enfrentamientos bélicos que afectaron a la mayoría de los países desarrollados entre 1914 y 1945. La dirección del vínculo puede ir en ambas direcciones: algunas guerras civiles, por ejemplo, fueron la consecuencia de la dislocación provocada por la Gran Guerra; asimismo, la decisión de unirse a uno u otro bando en la Segunda Guerra Mundial tuvo mucho que ver con el régimen entonces vigente en cada país, situándose los regímenes autoritarios a favor del Eje y los democráticos de las fuerzas aliadas.

Por otro lado, el resultado de las guerras podría tener consecuencias para el surgimiento del terrorismo revolucionario algún tiempo

después. Los perdedores de la Segunda Guerra Mundial estuvieron sometidos a la intervención y administración externas, incluyendo la elaboración de una constitución democrática. Se podría argumentar que debido a que las instituciones liberales tenían raíces más débiles en los países que perdieron la Segunda Guerra Mundial, el terrorismo revolucionario era más probable.

He codificado los países de acuerdo con su estatus en las dos guerras mundiales (ganadores, perdedores y países neutrales). Ni la Primera Guerra Mundial ni la Segunda Guerra Mundial correlacionan significativamente con el índice de intensidad del terrorismo, aunque la Segunda Guerra Mundial está fuertemente asociada a las quiebras de la democracia y las guerras civiles anteriores (los regímenes autoritarios y los países con guerras civiles tenían una probabilidad mayor de perder la Segunda Guerra Mundial).

En el caso de la Segunda Guerra Mundial, es obvio que las tres potencias del Eje tuvieron luego terrorismo revolucionario, pero esta forma de terrorismo estuvo también presente en países neutrales (como España y Portugal) y en países ganadores (como Grecia y, en cierta medida, Francia). Dada su débil asociación con la intensidad del terrorismo, no tendré en cuenta las variables bélicas en el análisis estadístico posterior. Paso ahora a las variables económicas.

2.5. Desigualdad de la tierra

En el capítulo anterior vimos que los niveles de desigualdad de ingresos contemporáneos o inmediatamente precedentes al surgimiento del terrorismo revolucionario eran estadísticamente insignificantes. Aquí reexamino el tema de la desigualdad desde una perspectiva de largo plazo. Mi objetivo es comprobar si los países en los que la desigualdad fue históricamente más alta son también aquellos con una política más conflictiva y, en este sentido, con una posible mayor letalidad en el terrorismo revolucionario iniciado en los años setenta del siglo XX. El supuesto subyacente es que la

política fue más conflictiva y polarizada en los países más desiguales y que esa conflictividad favoreció el surgimiento del terrorismo.

Me centro en la desigualdad de la tierra más que en la desigualdad de ingresos tanto por razones teóricas como prácticas. La desigualdad de la tierra es un buen indicador de la concentración de poder, particularmente si retrocedemos en el tiempo y estudiamos las economías en una etapa temprana de industrialización. Durante un periodo muy largo, la tierra fue el principal elemento en la dotación de factores de las economías primitivas. La concentración de la tierra en pocas manos implica la existencia de una élite poderosa que intentará impedir tanto la expansión de la industria como la democratización del poder político. Investigaciones recientes muestran que, si bien la desigualdad de ingresos puede estar asociada positivamente con la democratización, la desigualdad de la tierra tiene un impacto negativo sistemático (Ansell y Samuels, 2014). Un aumento de la desigualdad de ingresos puede ser el resultado del desarrollo económico y la correspondiente expansión de la clase media; estos cambios, en principio, favorecen la democracia. Por el contrario, la existencia de una aristocracia de terratenientes con intereses bien definidos significa una oposición rocosa a la democracia. En la medida en que dichos terratenientes temen que su acceso privilegiado al poder político pueda verse amenazado por la celebración de elecciones, suele darse por supuesto que las élites terratenientes serán enemigas de la democracia. Esta idea tiene sus raíces en los clásicos de la sociología comparada (Moore, 1966; Rueschemeyer, Stephens y Stephens, 1992) y sigue presente en los modelos de economía política más recientes de democratización (Boix, 2003; Acemoglu y Robinson, 2006; Ansell y Samuels, 2014)[90].

La desigualdad de la tierra ocupa un lugar destacado en las investigaciones de economía política sobre desarrollo, industrialización y educación. En el debate actual sobre los efectos causales de las instituciones, quienes piensan que la distribución inicial de los factores productivos determina el tipo de instituciones atribuyen gran importancia a la desigualdad de la tierra. Una distribución desigual de la tierra implica una minoría privilegiada (una aristocracia terrateniente) que trata de mantener sus

privilegios por todos los medios. Entre otras consecuencias, puede producirse un retraso en la industrialización, crecimiento bajo e insuficiente acumulación de capital humano (Adamopoulos, 2008; Alesina y Rodrik, 1994; Easterly, 2007; Galor, Moav y Vollrath, 2009; Keefer y Knack, 2002; Kourtellos, Stylianou y Tan, 2013; Sokoloff y Engermann, 2000).

A partir de Russett (1964), ha habido varios intentos de establecer una asociación entre la desigualdad de la tierra y la violencia. En la primera oleada de estudios, los resultados fueron contradictorios y los datos sobre violencia y desigualdad de la tierra (a menudo basados en el World Handbook of Political and Social Indicators) eran de calidad cuestionable (véanse Brocket, 1992; Midlarsky, 1988; Muller, Seligson y Mildarsky, 1989). Resulta por ello sorprendente que la desigualdad de la tierra haya estado prácticamente ausente en la abundante literatura comparada sobre el inicio y la duración de las guerras civiles (una excepción importante es Boix, 2003). Es todavía más incomprensible cuando se repara en que un buen número de las guerras civiles posteriores a la Segunda Guerra Mundial se caracterizaron por la presencia de guerrillas rurales que luchaban para conseguir una mayor igualdad en la propiedad de la tierra. En algunos estudios de caso sobre guerras civiles, sin embargo, la desigualdad de la tierra aparece como un factor relevante[91].

Si considero la desigualdad de la tierra como un factor determinante del terrorismo revolucionario, no es porque los terroristas aquí analizados pudieran actuar motivados por la cuestión rural. Los grupos armados revolucionarios en los países desarrollados eran completamente urbanos, sus miembros eran estudiantes y trabajadores industriales y sus preocupaciones tenían poco que ver con la cuestión agraria. Sin embargo, la desigualdad de la tierra produce patrones sociales, políticos y económicos de desigualdad, y estos patrones, aunque podrían haber sido mitigados por la modernización y la democracia liberal, pueden haber contribuido a la ocurrencia del conflicto y la violencia, fomentando la represión laboral por un lado y el radicalismo obrero por el otro. La conjetura que quiero probar, por lo tanto, es si las sociedades con niveles más altos de desigualdad de la tierra en el pasado tenían mayor probabilidad de desarrollar terrorismo revolucionario en la

década de 1970. No me interesa tanto la relación contemporánea entre estas dos variables, ya que el nivel de desigualdad de la tierra en la década de 1970 fue con seguridad una variable irrelevante en los países industrializados. Mi atención se centra más bien en la desigualdad histórica de la tierra y sus consecuencias a largo plazo.

Como mencioné anteriormente, también hay una razón práctica para analizar la desigualdad de la tierra: la disponibilidad de datos. Solo existen buenos datos comparados sobre la desigualdad de ingresos en época reciente. En el caso de la propiedad de la tierra, Vanhanen (2003: 82-84) creó un índice de granjas familiares medido en periodos de 10 años a partir de 1858. El índice calcula el porcentaje de granjas familiares en cada país (define una granja familiar como aquella en la que solo trabajan los miembros de la familia, normalmente no más de cuatro personas). Cuanto más alto es el índice, menor es el grado de concentración de la propiedad de la tierra y más débiles las élites terratenientes en términos políticos. Este índice se ha utilizado en varios estudios (por ejemplo, Ansell y Samuels, 2014; Boix, 2003; Przeworski, 2009). Easterly (2007: 762-764) ha mostrado una correlación razonable entre el índice de Vanhanen y su propia ratio "trigo/azúcar", que calcula la ratio entre la proporción de tierra apta para el trigo y la proporción de tierra apta para el azúcar. Mientras que el trigo se puede producir en pequeñas granjas, el azúcar requiere grandes propiedades y, por lo tanto, generalmente se asocia con la esclavitud o formas similares de trabajo forzado. La expectativa es que cuanto mayor sea la producción potencial de azúcar en relación con el trigo, mayor será el nivel de desigualdad.

Limitándome a la muestra de 23 países ricos, he calculado la correlación del índice de Vanhanen con otros indicadores disponibles de desigualdad de la tierra. Más específicamente, he utilizado el índice Gini de desigualdad de la tierra de Frankema (2010) medido alrededor de 1960 para los países desarrollados, el índice Gini de Fort (2007) de desigualdad de la tierra en 1970, el índice Gini del World Handbook of Political and Social Indicators (tomado de Russett, 1964) y la ratio trigo/azúcar de Easterly (2007). Dado que todos estos índices se calculan para el periodo 1950-70, la correlación se calcula para las mediciones de Vanhanen en 1958 y 1968. Como puede verse en la tabla 5.5, los datos de

Vanhanen presentan una correlación fuerte o muy fuerte con los dos índices más rigurosos, los de Frankema (2010) y Fort (2007). La correlación es algo menor con los datos del World Handbook y desaparece por completo con la ratio trigo/azúcar de Easterly. La ratio de Easterly refleja ante todo la variación entre zonas climáticas tropicales y continentales: teniendo en cuenta que la gran mayoría de los países desarrollados en la muestra pertenecen al área continental, cabía esperar que la ratio no funcione en esta muestra limitada. Los resultados de la tabla 5.5 refuerzan notablemente nuestra confianza en la calidad de los datos de Vanhanen.

Tabla 5.5

Matriz de correlación de las medidas de desigualdad de la tierra

	Vanhanen (1958)	Vanhanen (1968)	Gini de WHSPI	Gini de Frankema (1970)	Gini de Frankema (1970)
Vanhanen (1968)	0,98*** (21)				
Gini de WHSPI	0,48** (20)	0,48** (20)			
Gini de Frankema (1960)	0,64*** (20)	0,69*** (20)	0,69*** (21)		
Gini de Frankema (1970)	0,78*** (14)	0,83*** (14)	0,72*** (15)	0,84*** (15)	
Relación trigo/azúcar de Easterly	0,14 (21)	0,11 (21)	-0,26 (20)	0,04 (21)	0,23 (14)

Nota: WHSPI (Word Handbook of Social and Political Indicators). Número d

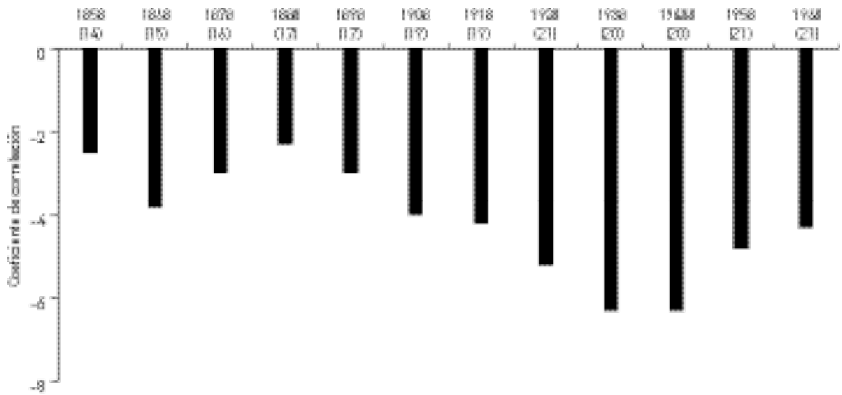
La gran ventaja de los datos de Vanhanen en comparación con los otros índices de la tabla 5.5 es que ofrece una mayor perspectiva histórica, iniciándose la serie en 1858. Aunque el periodo relevante es el de los años de entreguerras, es importante examinar la correlación entre el terrorismo revolucionario y la desigualdad territorial en otros periodos. El gráfico 5.2 muestra la magnitud del coeficiente de correlación de Pearson entre la variable dependiente (el índice de intensidad del terrorismo revolucionario) y cada medición de 10 años del porcentaje de granjas familiares en el periodo 1858-1968 (se añade el número de observaciones entre paréntesis). La relación es negativa todos los años, lo que indica que un mayor porcentaje de granjas familiares se asocia con un menor terrorismo revolucionario. En los datos más antiguos, sin embargo, el número de observaciones es muy pequeño, con menos de 20 países. El primer año en el que hay 20 o más observaciones es 1918. Esta es una razón práctica de peso para no elegir un punto más distante en el tiempo (como he señalado anteriormente, dado el pequeño tamaño de la muestra, es fundamental no perder las observaciones). Claramente, la correlación se hace más fuerte en el periodo de entreguerras y alcanza un máximo en 1948, disminuyendo después de ese año[92].

Gráfico 5.2

Correlación entre el impacto del terrorismo revolucionario

y las granjas familiares de Vanhanen (1858-1968)

(entre paréntesis el número de países)



He elegido el valor medio de las dos mediciones de entreguerras, 1928 y 1938. El primer año en el que hay datos para todos los países de la muestra, excepto Islandia y Luxemburgo, es precisamente 1928. Para no perder estos dos casos, he imputado los valores de 1988 (el primer año en el que hay datos para estos dos países) a las mediciones de 1928 y 1938, sin duda una "decisión heroica"[93].

He repetido todos los análisis en los que aparece la desigualdad de la tierra utilizando el promedio de las explotaciones familiares de cada país para el periodo 1858-1938, que finaliza justo antes de la Segunda Guerra Mundial, con el fin de mostrar que el uso de los datos de entreguerras no es una arbitrariedad. Se trata de un lapso de tiempo de 80 años. Usar este promedio en lugar del valor del periodo de entreguerras produce resultados ligeramente más débiles, pero no los modifica sustancialmente[94].

El gráfico 5.3 presenta el diagrama de dispersión con la intensidad del terrorismo revolucionario en 1970-2000 y el índice de granjas familiares en el periodo de entreguerras (con la imputación de valores antes mencionada para Islandia y Luxemburgo). La relación dista mucho de ser perfecta, pero es evidente que los países con mayor intensidad de terrorismo son también los que tienen menores porcentajes de agricultura familiar (Grecia, Italia, Japón, Portugal y España). Las principales excepciones en este análisis son Alemania, Estados Unidos y el Reino Unido. Como de costumbre, Estados Unidos no es un problema si se elimina el terrorismo negro.

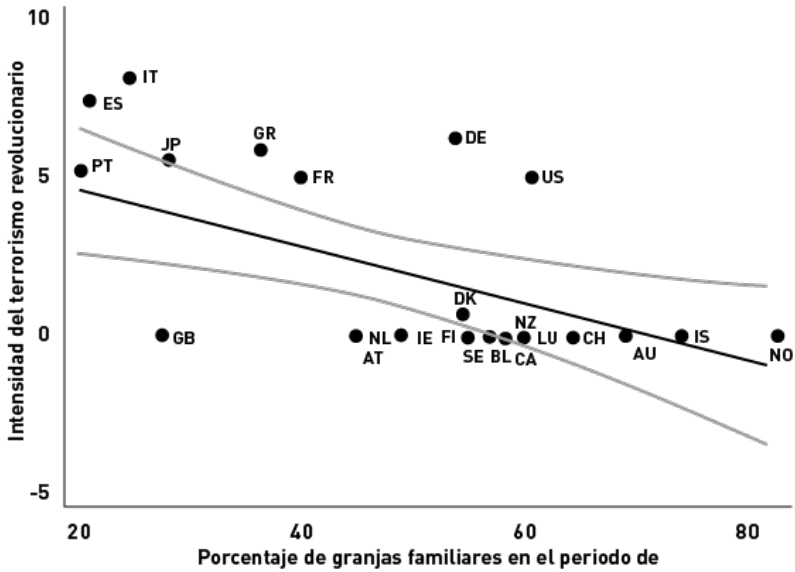
Alemania, sin embargo, es un valor atípico fuerte. Tiene un nivel de violencia muy alto para su nivel intermedio de granjas familiares. Este dato puede despertar cierto escepticismo, pues el caso de Alemania suele ser la ilustración paradigmática de élites terratenientes que obstaculizan el desarrollo de la democracia. En una serie de estudios (Gershenkron, 1966 [1943]; Linz, 1976; Moore, 1967; Thomson, 2015; Ziblatt, 2008), la desigualdad de la tierra, encarnada en la figura prusiana del Junker, figura como el factor clave en la explicación del desarrollo de un capitalismo autoritario. Se pueden ofrecer dos respuestas diferentes. Por un lado, Vanhanen podría haber cometido algún error con respecto a Alemania. En la primera observación con datos de granjas familiares para Alemania, la de 1878, Alemania aparece como el cuarto país más igualitario (después de Noruega, Canadá y Estados Unidos) de 17 observaciones. Esto contrasta con la medición más detallada de Thomson (2015): basándose en los datos del censo alemán de 1882, calcula un índice Gini muy alto de desigualdad en la tenencia de la tierra (0,72) y concluye que está "muy por encima de los niveles de desigualdad de la tierra encontrados en países contemporáneos de la OCDE y en niveles similares a los que se encuentran hoy en Oriente Medio o América Latina" (p. 86). Por otro lado, Vanhanen podría tener razón sobre la presencia de granjas familiares, pero su variable podría no reflejar adecuadamente la alta heterogeneidad de la distribución de la tierra en Alemania: mientras que las élites terratenientes se concentraron en el noreste del país, en el suroeste hubo una distribución más igualitaria, con una mayor presencia de pequeños propietarios.

Finalmente, tenemos el valor atípico fuertemente negativo del Reino Unido, con un bajo porcentaje de granjas familiares y ausencia de terrorismo revolucionario letal. Ya aludí a este asunto en el capítulo 1: debido a la industrialización temprana del Reino Unido, la cuestión agraria fue mucho menos relevante políticamente en los años de entreguerras que en otros países que se industrializaron más tarde. El porcentaje de la fuerza laboral en el sector agrícola en el periodo de entreguerras era mucho más bajo que en el resto de países.

Gráfico 5.3

Relación entre la intensidad del terrorismo revolucionario (1970-2000)

y el porcentaje de explotaciones agrícolas familiares en 1928-1938



2.6. Industrialización

Las variables analizadas hasta el momento han sido de naturaleza política (violencia anarquista, autoritarismo) o tenían consecuencias políticas obvias (desigualdad de la tierra). Las tres, según he argumentado, deben interpretarse como indicadores de radicalismo político y polarización. A continuación voy a considerar dos variables económicas que están relacionadas con el desarrollo económico y el tipo de capitalismo.

Empiezo por la industrialización, uno de los “sospechosos

habituales" detrás de muchos fenómenos que despiertan el interés de los científicos sociales: así, la expansión de la industria aparece de manera recurrente en las explicaciones sobre la modernización, los cambios de régimen, la protesta de los trabajadores, los sistemas de partidos, la represión estatal y muchos otros fenómenos similares. Los argumentos son muy variados y, no pocas veces, vagos y difícilmente contrastables. Parte del problema es un cierto aire funcionalista: el sistema político se adapta a las necesidades del proceso de industrialización. Esto es bastante visible, por ejemplo, en los debates sobre el surgimiento de regímenes burocrático-autoritarios en los países latinoamericanos en la década de 1970 como respuesta a las necesidades de una nueva fase de industrialización (que requería mayor inversión de capital una vez que el modelo anterior de sustitución de importaciones quedó agotado) (Collier, 1979). La dictadura, desde este punto de vista, no era más que una adaptación funcional a un cierto tipo de desarrollo económico.

Examino a continuación la cuestión de hasta qué punto el momento específico de la industrialización guarda relación con la intensidad el terrorismo revolucionario. Parto para ello del supuesto de que los países de desarrollo tardío tienen ciertas características que facilitan la expansión del terrorismo letal. La fuente canónica sobre la relevancia del momento de la industrialización es, por descontado, Gerschenkron (1962), quien sostuvo que "el desarrollo de un país atrasado puede, en virtud de su atraso mismo, diferir fundamentalmente del de un país avanzado" (p. 7). A su juicio, ir atrasado con respecto a otros países puede resultar ventajoso, pues el país rezagado tiene la oportunidad de adoptar la tecnología utilizada en las naciones más avanzadas. El país de desarrollo tardío, de esta manera, podría saltarse algunas de las etapas del desarrollo. Esto tiene una serie de consecuencias económicas y políticas, entre ellas un crecimiento más rápido. Muchos de los principios de Gerschenkron se han confirmado econométricamente en el contexto europeo (Prados de la Escosura, 2007)[95]. De forma más interesante para nuestros propósitos, Gerschenkron sugirió que la industrialización tardía puede requerir una dirección económica más organizada, con una mayor responsabilidad estatal en cuanto al suministro de capital a las industrias emergentes, así como en cuanto al control de la fuerza laboral, pues los países atrasados

generalmente no cuentan con trabajadores disciplinados y bien capacitados que sean aptos para la industria. En la industrialización tardía, por tanto, pueden generarse tensiones o contradicciones sociales con resultados potencialmente explosivos. En este sentido, Selwyn (2011) ha señalado el sorprendente parecido entre las ideas de Gerschenkron y las de Trotsky sobre el desarrollo "desigual y combinado". Trotsky sostuvo que en países con un ritmo desigual de industrialización, las viejas formas de producción coexistirían con técnicas industriales más avanzadas, lo que puede generar una tensión social que solo cabría neutralizar mediante una alianza de los industrialistas con el Estado; por el contrario, si la burguesía industrial fuera demasiado débil frente a la clase trabajadora emergente, entonces podría darse una revolución o un fuerte autoritarismo.

La dinámica de la industrialización tardía arroja luz sobre los casos particulares de Alemania y Japón, que pueden caracterizarse, en un primer momento, como "países capitalistas no liberales" (Streeck, 2001). Aunque la industrialización comenzó mucho antes en Alemania que en Japón, lo que ambos países tienen en común es que el capitalismo estaba integrado en sus estructuras sociales en una medida desconocida en los países más liberales. Mientras que en Alemania las relaciones económicas se organizaron dentro de esquemas corporativistas, en Japón fue a través de la gran empresa. Las relaciones laborales no eran liberales, dándose una intervención del Estado muy clara. Además, la represión laboral fue sin duda mayor en Japón que en los primeros países industrializados. Otro rasgo específico de los dos países es la creación de una burocracia fuerte antes de la llegada del capitalismo (Kokca, 1981). La existencia de una administración poderosa fue crucial para la implementación de "reformas desde arriba" que dejaron una huella en el desarrollo industrial.

Podemos esperar, por tanto, que la industrialización tardía venga acompañada por procesos de cambio social y económico más traumáticos que los de la industrialización temprana. De ahí que la industrialización tardía se pueda asociar a niveles más altos de conflicto y violencia que la temprana.

Para medir el efecto de la industrialización tardía, utilizo la base de

datos creada por Bentzen et al. (2013), en la que se calcula el año de la transición industrial (ATI) para cada país. De acuerdo con la definición, el año de la transición es aquel en el que el tamaño de la fuerza laboral industrial supera el tamaño de la fuerza laboral agraria. El valor mínimo en la muestra es 1801 (Reino Unido), y el máximo, 1987 (Grecia). Aunque Alemania suele considerarse un industrializador tardío en comparación no solo con el Reino Unido, sino también con Bélgica, los Países Bajos y Suiza, se industrializó solo 12 años después que Bélgica (1884), seis años después que Suiza y un año antes que Holanda.

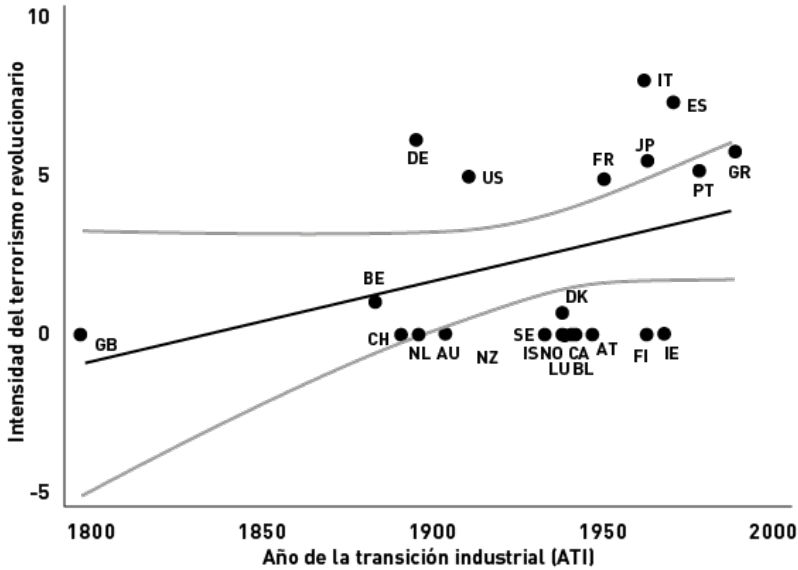
Estos datos nos permiten poner a prueba la tesis sobre el efecto del momento de la industrialización. Por ejemplo, se sugirió anteriormente que el Estado en los países tardíos debería desempeñar un papel más importante con respecto a la organización y disciplina de la fuerza laboral. Con otras palabras, los países que se industrializaron más tarde deberían presentar una historia más extensa de represión laboral. Desafortunadamente, no tenemos indicadores comparados de represión laboral, pero Goldstein (2010: 280), basándose en un conocimiento exhaustivo de los casos y las fuentes, clasifica 13 países europeos en tres grupos según el nivel de represión laboral en el periodo 1870-1914[96]. Pues bien, la correlación entre la represión laboral y ATI es 0,48, significativa al 10% incluso con un número tan reducido de observaciones.

Cuando la variable dependiente es el terrorismo revolucionario, es evidente que todos los casos de terrorismo intenso ocurrieron, con la notable excepción de Alemania, en países de industrialización tardía o muy tardía. El gráfico 5.4 muestra la asociación entre las dos variables. El ajuste es bastante imperfecto, pero hasta cierto punto se debe al hecho de que no se tiene en cuenta el tamaño de la población: todos los países pequeños se sitúan por debajo de la línea vertical, mientras que todos los grandes (excepto el Reino Unido) están en la parte superior.

Gráfico 5.4

Relación entre la intensidad del terrorismo revolucionario

(1970-2000) y el Año de la Transición Industrial (ATI)



2.7. Capitalismo liberal

El tipo de relaciones económicas de un país es una fuente fundamental de información sobre la relación entre Estado y sociedad. En concreto, quisiera medir hasta qué punto el capitalismo fue impulsado por el Estado (dando por supuesto que hay dos tipos opuestos de capitalismo, uno liberal frente a otro no liberal). El capitalismo liberal tiende a resultar de una distribución más equitativa del poder económico y un mayor peso de los principios liberales en la política. No es preciso elaborar un índice original, pues contamos con el Índice Histórico de Libertad Económica (HIEL, por sus siglas inglesas) creado por Prados de la Escosura (2016) para 21 países desarrollados (los miembros de la OCDE anteriores a 1994) durante el periodo 1850-2007. La muestra coincide con la nuestra (excepto en el caso de los dos países más pequeños, Islandia y Luxemburgo), lo que nos permite explorar la

influencia a largo plazo de esta variable sobre el terrorismo. La definición de “libertad económica” es la siguiente:

Un país se considera económicamente libre en la medida en que la propiedad privada esté protegida de forma segura, los contratos se cumplan, los precios sean estables, las barreras al comercio sean pequeñas y los recursos se asignen principalmente a través del mercado (Prados de la Escosura, 2016: 436).

HIEL se basa en cuatro dimensiones: (i) estructura legal y derechos de propiedad, (ii) dinero, (iii) comercio internacional y (iv) regulación. En la primera dimensión, los indicadores son las restricciones del Ejecutivo (o, lo que es igual, en qué medida el Gobierno está limitado) y “dinero intensivo en contratos” (porcentaje de depósitos con respecto a la oferta monetaria, reflejo de la confianza en los contratos y en la ejecución de las decisiones judiciales). En la dimensión monetaria, los indicadores son la tasa de inflación, la variabilidad de la inflación y el crecimiento del dinero (cada variable es un indicador de la estabilidad de precios). En cuanto al comercio internacional, los indicadores son un índice de protección nominal ponderada y un índice de convertibilidad de la moneda. Por último, la regulación incluye dos indicadores, el saldo presupuestario (como porcentaje del PIB) y la tasa de interés real, que mide el efecto desplazamiento (crowding out) de la intervención del sector público.

Que HIEL mida realmente la libertad económica es una cuestión filosófica que inevitablemente implica un juicio de valor. Soy agnóstico en cuanto a la validez de constructo de HIEL como medida de la libertad económica. Sin embargo, la definición del concepto es compatible con una interpretación puramente positiva según la cual los países con propiedad privada segura, mecanismos para la ejecución de contratos, estabilidad de precios, libre comercio y el mercado como institución principal para la asignación de recursos son los que tienen un capitalismo más liberal (frente, por ejemplo, al capitalismo monopolista). En lugar de interpretar HIEL como un índice de libertad económica, lo usaré más bien

como un índice que mide el grado de proximidad de la economía real al tipo ideal de capitalismo liberal.

Un modelo capitalista liberal pleno implica, en cierto sentido, que se ha superado la resistencia al avance del capitalismo. El capitalismo está sujeto a restricciones en aquellas sociedades en las que los intereses organizados de las élites o de las masas se oponen a la expansión de este sistema económico. Cuando los perdedores del capitalismo liberal son capaces de oponer resistencia al dominio del mercado, las sociedades se vuelven más conflictivas y divididas. Si los poderes antiliberales son lo suficientemente poderosos, el Estado se verá empujado a romper las limitaciones características de las economías en las que el capitalismo reina sin control (a diferencia del modelo liberal, en el que el Estado se limita a otorgar derechos de propiedad y hacer cumplir los contratos, no obstaculizar el comercio, no alterar la estabilidad monetaria y no desplazar el crédito privado por imprudencia fiscal). Por lo tanto, voy a usar HIEL como un indicador del grado de consolidación del capitalismo liberal, suponiendo que la consolidación del capitalismo liberal se produce en sociedades menos conflictivas.

La hipótesis que quiero someter a prueba establece que los países con formas menos liberales de capitalismo tendrán más terrorismo revolucionario. Aplicando el mismo criterio que utilicé con la desigualdad de la tierra, he seleccionado una medida de HIEL de los años de entreguerras. Y, de nuevo, he vuelto a calcular la correlación del terrorismo revolucionario con HIEL por década. Siguiendo a Prados de la Escosura (2016), he eliminado los años anómalos de las dos Guerras Mundiales, así como los años inmediatos de la posguerra. Así, para la década de 1910, calculo el promedio solo para los años 1910-14; y en la década de 1920, solo se utilizan los años 1925-29 como promedio; finalmente, se elimina toda la década de los cuarenta (la Segunda Guerra Mundial más los años inmediatos de posguerra).

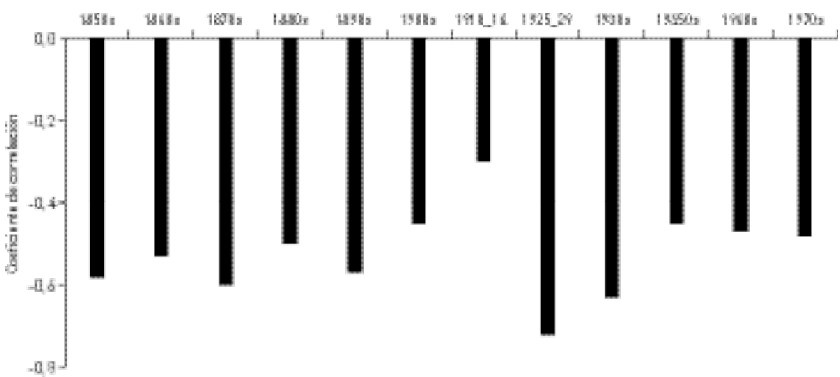
Los datos del gráfico 5.5 muestran que la correlación es negativa en todos los casos (valores más altos de HIEL están asociados con menor intensidad de terrorismo revolucionario). El coeficiente, además, es siempre estadísticamente significativo, excepto en el periodo 1910-14. Y es particularmente fuerte en 1925-29 y en la

década de 1930. Se trata de un patrón muy similar al del gráfico 5.2 con respecto a la correlación entre el terrorismo revolucionario y la desigualdad de la tierra: la relación fue más fuerte en las décadas de 1920, 1930 y 1940 que en cualquier otra. En este caso, utilizo el promedio de los años 1925-39 para medir cuán liberal era el capitalismo. Al igual que con las granjas familiares, también he calculado el valor medio del HIEL para el periodo 1850-1939. Nuevamente, los resultados son más débiles cuando se emplea un valor promedio tan amplio, pero los resultados sustantivos son idénticos.

Gráfico 5.5

Correlación entre el impacto del terrorismo revolucionario y el índice HIEL

del capitalismo liberal de Prados de la Escosura por décadas (1850-1979)

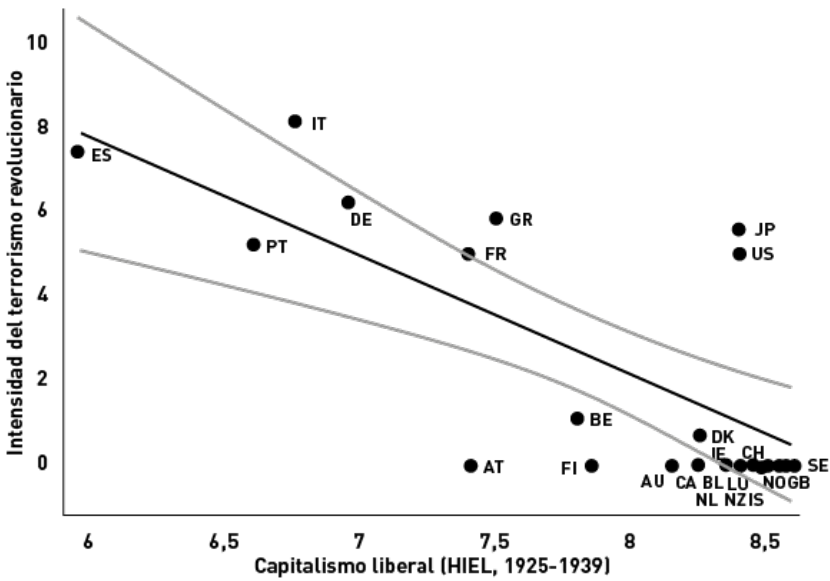


El diagrama de dispersión del terrorismo revolucionario y HIEL (gráfico 5.6) pone de manifiesto una relación negativa muy clara entre las dos variables: los países con puntuaciones más bajas en HIEL (1925-39) tienen valores más altos en la intensidad del terrorismo revolucionario. Los países del sur de Europa, Francia y Alemania son los que tuvieron un capitalismo menos liberal en los años de entreguerras; también fueron los que experimentaron un

mayor terrorismo revolucionario en el periodo 1970-2000. Los dos valores atípicos son Estados Unidos y Japón. La posición desviada de Estados Unidos se debe solo en parte a la inclusión del terrorismo negro: incluso después de eliminarlo, Estados Unidos continúa siendo un valor significativamente atípico. En cuanto a Japón, que ocupó las primeras posiciones en 1925-39 en capitalismo liberal, la puntuación empeora considerablemente en 1935-39 e incluso más después de la Segunda Guerra Mundial. Japón no habría sido un valor atípico tan fuerte si se hubiera tomado un valor algo posterior de HIEL.

Gráfico 5.6

Relación entre la intensidad del terrorismo revolucionario (1970-2000) y el capitalismo liberal (HIEL, 1925-1939)



Se podría argumentar que el capitalismo liberal no es sino otro indicador del nivel de desarrollo económico. A partir de Prados de la Escosura (2015), también he examinado su Índice Histórico de

Desarrollo Humano (HIHD) para 1929, basado en tres dimensiones (esperanza de vida, educación y PIB per cápita). La correlación entre HIEL y HIHD es bastante alta (0,74), pero está lejos de ser perfecta. Además, la correlación entre la intensidad del terrorismo y HIHD es más débil que con HIEL (0,63 y 0,73 respectivamente). Cuando ambas variables entran juntas en el análisis, HIEL siempre se impone sobre HIHD. No hay duda de que el capitalismo liberal prevalecía en los países más desarrollados, pero esto no significa que el capitalismo liberal sea simplemente una consecuencia del ingreso per cápita.

3. Países liberales y no liberales

Las seis variables se pueden utilizar para trazar dos rutas ideales de desarrollo durante el periodo de entreguerras. En la primera, el capitalismo liberal se consolida temprano y con niveles relativamente bajos de resistencia social y política; así ocurrió en países donde la industrialización se inició antes, con niveles medios o bajos de desigualdad de la tierra. En estos casos, la implantación del capitalismo no vino acompañada de formas radicales de protesta laboral (como la propaganda anarquista por el hecho o la guerra civil) y el sistema democrático pudo sobrevivir a la agitación de entreguerras. Cuando la protesta del 68 golpeó a estos países, la larga tradición de democracia y paz social frenó el surgimiento del terrorismo revolucionario.

La otra ruta de desarrollo, la no liberal, fue muy diferente: corresponde a los países que experimentaron fuertes resistencias sociales y políticas al avance del capitalismo liberal, generalmente con industrialización tardía y mayores asimetrías en la distribución de recursos sociales y económicos; las tensiones de la modernización dejaron su huella en fenómenos como la violencia anarquista en 1875-1925, la guerra civil y la quiebra de la democracia tras la Primera Guerra Mundial. Al tratarse de sociedades más conflictivas, la protesta del 68 dio lugar a grupos armados que encontraron un mayor entendimiento en ciertas franjas de la sociedad, lo que les animó a poner en marcha campañas de terrorismo letal.

Estas dos rutas de entreguerras deben tomarse como descripciones más bien idealizadas. La ruta liberal queda bien reflejada en Holanda: no tuvo violencia anarquista, no sufrió la ruptura de la democracia en todo el siglo XX, no pasó por una guerra civil, la agricultura familiar representaba el 40% en 1928, tuvo una industrialización relativamente temprana (1897, cuando el año promedio en la muestra es 1937) y tenía una puntuación alta en el

índice de capitalismo liberal en 1925-39 (8,5 en una escala de 0-10). Aunque surgieron grupos radicales a finales de la década de 1960, y algunos estaban a favor de la lucha armada, en la práctica no llegaron a matar a nadie.

España, en cambio, ejemplifica la ruta no liberal: tuvo un nivel alto de violencia anarquista en el pasado, la democracia se derrumbó primero en 1923 y luego nuevamente en 1936, hubo una guerra civil en 1936-39, las granjas familiares solo representaban el 20% en el periodo de entreguerras, la transición industrial se produjo en fecha tan tardía como 1969 y la puntuación en el índice de capitalismo liberal era solamente 6,0 en 1925-39. España, evidentemente, se encuentra entre los países que experimentaron el terrorismo revolucionario más mortífero en el periodo 1970-2000.

Más allá de estos casos "puros", hay muchas experiencias intermedias, con países que se sitúan entre los dos extremos ideales. Tomemos el caso de Francia: tuvo un nivel alto de terrorismo anarquista, pero la democracia sobrevivió en el periodo de entreguerras y no hubo guerra civil; las explotaciones agrícolas familiares sumaban el 35%, una cifra baja pero no especialmente baja; la transición industrial ocurrió bastante tarde, en 1950, pero no tan tarde como en los países del sur de Europa; y el valor en la escala del capitalismo liberal en 1925-39 fue 7,4, ligeramente por debajo del valor promedio en la muestra. A diferencia de los países más "liberales", Francia padeció algo de terrorismo revolucionario después de 1968. Aunque sus niveles de letalidad y duración de la violencia resultan muy bajos en comparación con los de Italia y España, son, en todo caso, más altos que los de los países "pacíficos".

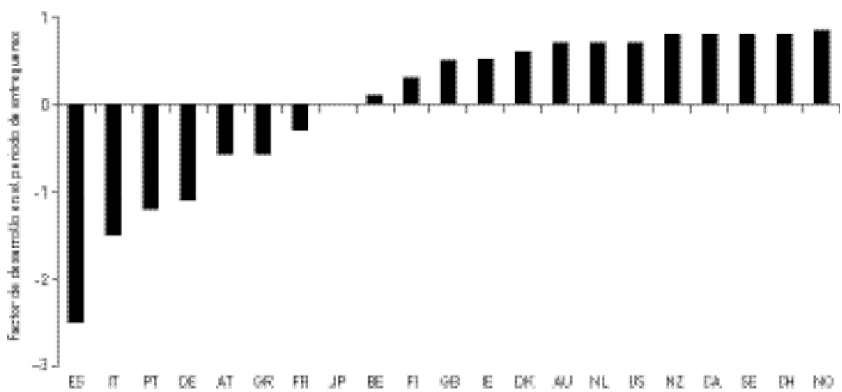
El patrón de correlaciones entre las seis variables revela que cinco de ellas están fuertemente asociadas, lo que sugiere fuertes complementariedades, mientras que la transición industrial (ATI) sigue una tendencia algo diferente. Una vez más, dado el tamaño tan reducido de la muestra, parece prudente proceder a alguna forma de reducción de variables. La forma más sencilla de hacerlo consiste en crear un factor latente que recoja la trayectoria global de desarrollo de los países. Al hacer esto, por supuesto, estoy mezclando variables de una naturaleza muy diferente. Así, se podría

argumentar que tiene poco sentido crear una variable latente con el colapso democrático y la desigualdad de la tierra, ya que la primera variable puede ser una consecuencia de la segunda. Sin embargo, mi intención no es proporcionar una explicación de algunas características de entreguerras en términos de otras características del mismo periodo, sino, más bien, caracterizar los patrones de desarrollo político y económico sin teorizar apenas la relación entre los elementos constitutivos de estos patrones.

De este modo, he realizado un análisis factorial excluyendo el momento de la industrialización (ATI). Las otras cinco variables se pueden representar globalmente mediante un único factor, al que llamaré "factor de entreguerras"[97]. Los valores del factor resultante pueden interpretarse como un dato de lo cerca o lejos que está cada país de los dos patrones ideales de desarrollo. Así, cuanto más alto sea el valor, más cerca estará el país del patrón liberal; y, cuanto más bajo, más próximo al patrón no liberal. El gráfico 5.7 muestra los valores del factor para 21 países (Islandia y Luxemburgo tienen valores perdidos). La clasificación de países refleja sorprendentemente bien los patrones del terrorismo revolucionario.

Gráfico 5.7

Valores del factor de entreguerras en 21 países

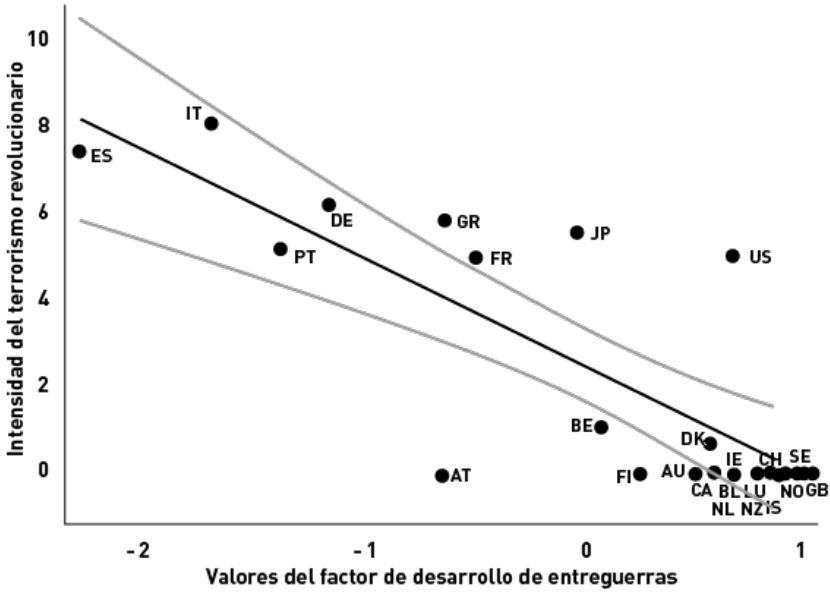


Los países con valores negativos son los que atravesaron una ruta no liberal en el periodo de entreguerras, caracterizada por mayor conflicto y polarización, mayor desigualdad y un capitalismo menos liberal. Estos países son España, Italia, Alemania, Portugal, Grecia, Austria y Francia. Con la única excepción de Austria, todos los demás países desarrollaron, con un grado variable de intensidad, el terrorismo revolucionario letal en los años setenta y siguientes. Los dos países con puntuaciones más negativas son precisamente los que sufrieron un terrorismo revolucionario más intenso, España e Italia. Por supuesto, la correlación no es perfecta: hay dos países, Japón y Estados Unidos, con valores positivos en el factor de desarrollo de entreguerras y terrorismo revolucionario (Bélgica y Dinamarca, por las razones ya explicadas en numerosas ocasiones anteriores, no son realmente una excepción). Japón tiene un valor marginalmente positivo, pero muy próximo a cero, lo que indica que Japón estaba más cerca de los países no liberales que de los liberales. La excepción más significativa es Estados Unidos, pero, de nuevo, creo que se debe a la cuestión racial más que a un patrón de desarrollo anómalo. En cualquier caso, vale la pena detenerse un momento en el hecho bastante asombroso de una variable latente que resume los patrones de desarrollo del periodo de entreguerras identifique con tanta precisión los casos de terrorismo del periodo 1970-2000. La correlación entre el factor de entreguerras y la intensidad del terrorismo revolucionario es realmente impresionante, -0,82. El diagrama de dispersión del gráfico 5.8 muestra la relación poderosa entre las dos variables.

Gráfico 5.8

Relación entre la intensidad del terrorismo revolucionario

(1970-2000) y el factor de desarrollo de entreguerras



En general, parece haber dos grupos claros de países, los que en el periodo de entreguerras siguieron patrones de desarrollo no liberales (violencia anarquista, quiebra de la democracia, guerra civil, elevada desigualdad de la tierra, capitalismo no liberal) y los que siguieron el patrón liberal (ausencia de violencia anarquista, democracia estable, ausencia de guerra civil, menor desigualdad de la tierra, capitalismo liberal). La clasificación de los países en estos dos grupos anticipa con exactitud notable la ocurrencia o ausencia de terrorismo revolucionario décadas después.

4. Análisis estadístico

En este apartado presento un análisis estadístico que confirma la fuerza de la relación entre los patrones de desarrollo en el periodo de entreguerras y la intensidad del terrorismo revolucionario. En primer lugar, muestro cómo las seis variables (y el factor de entreguerras que resume cinco de ellas) son significativas incluso cuando se introducen en el análisis de panel con observaciones de país/año. En segundo lugar, muestro cómo los principales determinantes contemporáneos en el análisis de sección cruzada pierden relevancia una vez que tenemos en cuenta las variables de entreguerras. En tercer lugar, presento algunos modelos basados exclusivamente en determinantes de entreguerras, con el tamaño de la población como único control.

Tabla 5.6

Análisis de panel binomial negativo con efectos aleatorios y variables de largo plazo

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
Variables dep. rezagada	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Dummies de año	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Variables contemporáneas (tabla 4.3, modelo 3)	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Anarquismo bajo	0,122** (0,051)						
Quiebra de la democracia	0,787** (0,396)						
Guerra civil		1,139*** (0,268)					
Desigualdad de la tierra			0,080*** (0,027)				
Capitalismo liberal				0,525*** (0,163)			
Factor de entreguerras					-0,491*** (0,140)		
Año de la transición industrial (ATI)						0,008** (0,004)	
N	665	665	665	634	634	634	634

Nota: * p <.10; ** p <.05; *** p <.01.

Empiezo por introducir las variables que no cambian temporalmente en una ecuación tomada del modelo 3 de la tabla 4.3 (regresión binomial negativa de efectos aleatorios con variable dependiente rezagada un periodo), pues este es el modelo más completo, con todas las variables de control (incluyendo una variable dummy para cada año de la muestra). Dado que las variables invariantes en el tiempo están altamente correlacionadas entre sí, se introducen secuencialmente. La tabla 5.6 solo presenta sus coeficientes y no muestra los coeficientes de las variables contemporáneas. Los modelos 1-5 ofrecen los resultados del terrorismo anarquista pasado, la quiebra de la democracia, la guerra civil, la desigualdad de la tierra y el capitalismo liberal. Los cinco coeficientes tienen el signo esperado y son muy significativos a pesar de las condiciones desfavorables del análisis de panel. El modelo 6 incluye el factor de entreguerras, que representa el efecto combinado de las cinco variables anteriores. Una vez más, es muy significativo: los países más liberales en el periodo de entreguerras tuvieron menos terrorismo revolucionario en 1970-2000. Finalmente, el modelo 7 incluye el año de la transición industrial. Tiene un coeficiente positivo y significativo: cuanto más tardía fue la transición industrial, más intenso el terrorismo revolucionario.

La principal lección que se extrae de la tabla 5.6 es que las variables de entreguerras son estadísticamente significativas cuando el análisis incluye tanto la variación dentro del país como entre países y se tiene a la vez en cuenta una batería de variables contemporáneas, variables ficticias anuales y la variable dependiente rezagada un periodo.

A continuación muestro cómo opera el factor de entreguerras en el análisis de sección cruzada cuando se combina con variables contemporáneas y antecedentes inmediatos. La población de 1970 aparece en todos los análisis. Introduzco por separado las tres variables explicativas más importantes de acuerdo con la tabla 4.8 (manifestaciones en 1970-79, comunismo en 1970-79 y el factor económico, que resume la información proporcionada por el PIB per cápita, el crecimiento y el tamaño del sector público en 1965-69), agregando a continuación dos variables históricas, el factor de entreguerras y el año de la transición industrial (ATI). Los

resultados aparecen en la tabla 5.7.

En el modelo 1 de la tabla 5.7 aparecen dos variables contemporáneas, población y manifestaciones. A continuación, en el modelo 2, se suman las dos variables de largo plazo: el coeficiente de las manifestaciones cae de 0,15 a 0,02, perdiendo la significación estadística. Las manifestaciones no son relevantes una vez que se tiene en cuenta el patrón de desarrollo de entreguerras y el año de la transición industrial. El mismo resultado se observa con respecto a la fuerza del partido comunista (modelos 3-4) y el factor económico en 1965-69 (modelos 5-6): una vez que las variables históricas están presentes en la ecuación, ni el comunismo ni el factor económico tienen un coeficiente significativo. El hecho de que las variables históricamente más remotas anulen el efecto de las más recientes resulta revelador sobre la importancia de las variables de largo plazo en la explicación del terrorismo revolucionario. Tanto el factor de entreguerras como el año de industrialización son muy significativos en todos los modelos.

Ante estos resultados, las principales conclusiones del análisis de sección cruzada del capítulo 4, basado en variables contemporáneas y antecedentes inmediatos, pueden interpretarse como efectos o consecuencias de los procesos históricos de desarrollo político y económico. Las manifestaciones, el apoyo a los partidos comunistas y el factor económico son significativos en los modelos 1, 3 y 5 de la tabla 5.7 no porque tengan una influencia directa en el terrorismo revolucionario, sino porque reflejan la trayectoria histórica a largo plazo de los países en cuanto a consolidación de la democracia e implantación del capitalismo liberal.

Tabla 5.7

Análisis transnacional del terrorismo revolucionario

con variables contemporáneas y de largo plazo (MCO)

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
Población (log)	0,579 (0,332) [illegible]	1,242*** [illegible]	(0,248) [illegible]	(0,298) [illegible]	(0,318) [illegible]	(0,276) [illegible] *** (0,223)

Manifestaciones 1970-1979	0,109 ** (0,037)	[illegible] (0,021)				
Comunismo 1970-1979			0,186*** (0,036)	0,023 (0,041)		
Factor económico 1965-1969					-1,796*** (0,369)	[illegible] (0,331)
Factor de entreguerras		-10,619 *** (0,300)		-1,582*** (0,345)		-1,555*** (0,304
ATI (transición industrial)		0,021*** (0,006)		0,020*** (0,006)		0,018** (0,006)
Constante	-7,64 (4,93)	-35,04*** [illegible]	-17,37** [illegible]	-58,87*** [illegible]	-11,30 [illegible]	-48,86*** (14,19
R^2	0,54	0,90	0,66	0,89	0,60	0,90
N	23	21	23	21	23	21

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Variable dependiente: índice de inter

Si las manifestaciones son significativas cuando no se introducen controles históricos, es porque la protesta callejera es un síntoma o manifestación de la tradición de radicalismo político y participación no institucional típica de los países del grupo no liberal de entreguerras. Asimismo, la fuerza del comunismo encuentra ahora una interpretación más convincente. Como señalé en los capítulos anteriores, los partidos comunistas de los países occidentales rechazaron en todos los casos el extremismo de la izquierda radical. El PCI en Italia incluso fue atacado por las Brigadas Rojas. Si el comunismo está fuertemente asociado con el terrorismo revolucionario no es porque los líderes comunistas se pusieran del lado de los terroristas, sino porque el comunismo ganó un mayor apoyo popular en países en los que la cuestión agraria había sido un motivo de fuerte polarización política y la integración de la clase trabajadora (industrial y agraria) en la política se había enfrentado a una mayor resistencia. El comunismo, por tanto, podría tomarse como un indicador del patrón no liberal del desarrollo de entreguerras. En tercer lugar, el factor económico, que resume el PIB per cápita, el crecimiento y el tamaño del sector público en 1965-69, no es significativo porque el crecimiento rápido disloque el orden social o porque los países con un tamaño reducido del Estado sean menos capaces de abordar las demandas de los más desfavorecidos, sino porque los países que siguieron el patrón no liberal en la época de entreguerras eran países relativamente atrasados que estaban durante la década de 1960 en el proceso de convergencia con los países más avanzados (Abramowitz, 1986); el factor económico es significativo en la medida en que refleja el patrón de desarrollo de entreguerras.

Finalmente, presento un análisis adicional utilizando solo variables históricas con datos de sección cruzada. Dado el tamaño limitado de la muestra, me baso solo en tres variables: el factor de entreguerras, el año de la transición industrial (ATI) y la población en 1970. Usando la misma estrategia del capítulo 4 para el análisis de sección cruzada, mi objetivo consiste en mostrar que la relación entre la variable de entreguerras y el terrorismo revolucionario es estadísticamente significativa en diferentes especificaciones de la variable dependiente y con diferentes técnicas de estimación. El hecho de que el efecto de la variable explicativa sea resistente a estos

cambios a pesar del pequeño tamaño de la muestra debería aumentar nuestra confianza en los resultados estadísticos.

Los análisis se realizan para las dos especificaciones de la variable dependiente, el índice de intensidad del terrorismo y el número total de víctimas mortales. Con respecto a la intensidad del terrorismo, la primera columna de la tabla 5.8 presenta estimaciones MCO. Todo funciona según cabría esperar y el grado de ajuste es muy alto, 0,89. Vale la pena detenerse a considerar este resultado: con solo dos variables históricas más el tamaño de la población, se explica casi el 90% de toda la variación entre países en la violencia revolucionaria. Los países que siguieron el patrón liberal en el periodo de entreguerras y se industrializaron temprano tienen una probabilidad mucho más baja de haber tenido terrorismo revolucionario intenso en 1970-2000. En cuanto al número de víctimas mortales, los resultados son coherentes con los anteriores: las tres variables son fuertemente significativas en la dirección esperada en cada caso.

Dado el alto número de ceros en la variable dependiente, vuelvo a estimar las ecuaciones usando hurdle models (uno lineal para la intensidad del terrorismo y otro exponencial para el número de víctimas mortales, véase el capítulo 4). Se supone, por tanto, que hay dos procesos independientes: por un lado, el surgimiento del terrorismo letal; por el otro, la magnitud del terrorismo letal cuando este aparece. Para la etapa de selección, he utilizado las dos variables más significativas, el tamaño de la población y el factor de entreguerras. Como muestra la tabla 5.8, los resultados no son más débiles en los modelos de vallas, lo que demuestra que la gran cantidad de ceros no distorsiona los resultados estadísticos. De nuevo, todo funciona como se esperaba y todos los coeficientes son significativos en las dos etapas de la estimación.

También he utilizado un procedimiento jackknife, reestimando todos los modelos de la tabla 5.8: esto nos permite comprobar el efecto de las observaciones influyentes. Los resultados no cambian en absoluto, excepto en la primera etapa de los dos hurdle models (no se incluyen estos resultados en el texto). Esta prueba es particularmente importante dada la muestra tan pequeña con la que estoy trabajando.

Tabla 5.8

Análisis transnacional del terrorismo revolucionario con variables de largo plazo

	Intensidad del terrorismo	Muertes	Intensidad del terrorismo		Muertes	
	Regresión OLS	Regresión binomial negativa	Modelo gamma de vallas		Modelo exponencial de vallas	
			Primera etapa (selección)	Segunda etapa	Primera etapa (selección)	Segunda etapa
Factor de entreguerras	-10,657*** (2,861)	1,051*** (0,204)	-1,457** (0,572)	1,406*** (0,189)	-1,457** (0,572)	0,874*** (0,1
ATI	0,022*** (0,005)	0,024*** (0,007)	-	0,025*** (0,005)	-	0,014*** (0,0
Población (logaritmo)	10,318*** (2,017)	0,297*** (0,095)	0,557** (0,281)	1,042*** (0,104)	0,557** (0,281)	0,812*** (0,0
Constante	-61,77*** (11,69)	-66,93*** (14,90)	-70,03* (34,76)	-63,47** (8,69)	-70,03* (34,76)	-39,71*** (4,9
R^2 / Pseudo R^2	0,89	0,25		0,61		0,41
N	21	21	21	21	21	21

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. ATI: Año de la transición industrial. F

Los análisis estadísticos, tanto los de este capítulo como los del anterior, son coincidentes. Las tres variables (población, factor de entreguerras e industrialización) son muy significativas en todos los modelos, lo cual en principio garantiza que los resultados son sólidos. No importa de qué manera midamos la variable dependiente ni qué tipo de estimación estadística se lleve a cabo, las variables independientes de largo plazo explican las diferencias en los niveles de terrorismo revolucionario de los 23 países.

5. Resumen

Siguiendo el análisis estándar con variables contemporáneas ofrecido en el capítulo anterior, este capítulo ha introducido el argumento de largo plazo. La historia desempeña un papel importante frente a las explicaciones que solo consideran variables contemporáneas.

He realizado un esfuerzo importante a la hora de medir los efectos del largo plazo. Siguiendo el argumento del capítulo 1, me he centrado principalmente en los años de entreguerras, pues es en los cambios radicales del periodo (la revolución soviética, la integración en el sistema de la clase trabajadora, la llegada de la política de masas, las crisis económicas, el colapso de la democracia en muchos lugares) cuando se observan divergencias profundas entre los países. He aprovechado esta divergencia para establecer una distinción fundamental entre países que en ese momento siguieron una vía liberal de desarrollo y otros que siguieron la contraria. Es una diferencia de grado, con opciones intermedias. Para clasificar los países, me he basado en seis indicadores: terrorismo anarquista pasado, quiebra de la democracia, guerra civil, desigualdad de la tierra, capitalismo liberal e industrialización.

Estas seis variables reflejan características tanto políticas como económicas. El anarquismo violento fue un reflejo de la oposición radical a la introducción del capitalismo moderno. La quiebra de la democracia y la guerra civil después de la Primera Guerra Mundial fueron el resultado de la incapacidad de capital y trabajo para llegar a un compromiso en malas circunstancias económicas. La desigualdad agraria se ha interpretado tradicionalmente como un obstáculo para la democracia y una fuente de profundas asimetrías en el poder social. La industrialización tardía produjo un desarrollo desigual y tensiones sociales que estaban ausentes entre los primeros industrializadores. Finalmente, los países con formas

menos avanzadas de capitalismo liberal fueron aquellos en los que la oposición política y social a la expansión de las fuerzas del mercado fue poderosa.

Dejando de lado la industrialización, las otras cinco variables se pueden reducir a un solo factor latente. Gracias a los valores asignados a los países en este factor latente, se pueden ordenar los países de más a menos liberales. La asociación entre el factor de entreguerras y la intensidad del terrorismo revolucionario es extremadamente fuerte. El terrorismo revolucionario se concentró sobre todo en países que siguieron el patrón no liberal en los años de entreguerras. Una serie de análisis estadísticos ha demostrado que esta asociación es sólida, confirmando de manera bastante categórica la hipótesis original. Los dos capítulos siguientes profundizan en estos resultados.

CAPÍTULO 6

MECANISMOS HISTÓRICOS: RADICALISMO Y REPRESIÓN

1. Mecanismos basados en la legitimidad

del Estado y el apoyo al extremismo

Tanto en este capítulo como en el siguiente trato de dar sentido a los principales resultados estadísticos de la parte previa. ¿Cómo se puede explicar la sorprendente asociación entre los acontecimientos de entreguerras y el terrorismo revolucionario en 1970-2000? Para formular respuestas a esta pregunta, sigo una doble estrategia. Por un lado, exploro en este capítulo una explicación histórica en la que los hechos del periodo de entreguerras generan condiciones que hacen más probable el surgimiento de la violencia terrorista algunas décadas después. Volviendo a la metáfora de la chispa y el oxígeno, se podría decir que el oxígeno que alimentó el fuego provocado por la chispa de las movilizaciones estudiantiles a fines de la década de 1960 se creó en los países no liberales durante los años tumultuosos entre las dos guerras mundiales.

Por otro lado, en el próximo capítulo presento un enfoque más sociológico en el que se analizan tanto los patrones de desarrollo del periodo de entreguerras como la variación entre países con respecto a la intensidad del terrorismo revolucionario como dos manifestaciones de condiciones más profundas. En concreto, sugiero que la presencia de valores y orientaciones individualistas puede ser de gran ayuda en la explicación de los diferentes patrones de desarrollo que siguen los países, siendo el terrorismo revolucionario una característica más de estos patrones.

Los enfoques histórico y sociológico no son necesariamente incompatibles. El explanandum es lo suficientemente complejo y rico como para prestarse a diferentes estrategias explicativas. La asociación entre la situación de entreguerras y el terrorismo revolucionario presenta múltiples ángulos, con varios estratos históricos y políticos que pueden requerir diferentes herramientas analíticas en cada caso. Gran parte de la complejidad procede del diferente estatus ontológico de los dos fenómenos que intervienen en la asociación o correlación: mientras que el patrón de desarrollo

de entreguerras es un fenómeno macro que configura una dinámica político-económica, el terrorismo revolucionario es un fenómeno micro relacionado con las decisiones tomadas por un puñado de individuos que actuaron clandestinamente. En general, los mecanismos que van de lo macro a lo micro son más difíciles de precisar que los que van de lo micro a lo macro a través de un proceso de agregación de comportamientos individuales. La influencia de los factores sistémicos en el comportamiento individual no puede demostrarse de forma directa. Esta dificultad se ve agravada por el hecho de que existe un desfase entre los dos fenómenos de más de tres décadas.

El mecanismo que exploro en este capítulo se basa en la relación entre los terroristas revolucionarios y lo que llamaré su comunidad de apoyo, la izquierda radical. En el nivel más abstracto, la idea es que la comunidad de apoyo puede imponer restricciones al alcance de la lucha armada. Cuando la mayoría de los activistas de la izquierda radical no aprueban la realización de ataques letales, los terroristas pueden perder apoyo si deciden matar. En tal caso, hay un dilema para los terroristas entre mantener el apoyo popular dentro de los círculos de la izquierda radical y la espectacularidad y el impacto político de los ataques armados. Si el apoyo se agota por completo, los terroristas quedan aislados y han de afrontar graves dificultades para sobrevivir. La comunidad de apoyo es crucial para proporcionar un mínimo de legitimidad a los terroristas y ayudarlos con inteligencia, refugio y nuevos miembros (véase el capítulo 4, apartado 2).

Hay una literatura amplia sobre la importancia del apoyo popular en la reproducción de los grupos armados (Kalyvas, 2006; Kalyvas y Sánchez-Cuenca, 2004; Petersen, 2001; Sánchez-Cuenca, 2007; Weinstein, 2007). Cuando los seguidores están tan radicalizados como los propios terroristas, estos últimos pueden actuar sin preocuparse mucho por las reacciones políticas de los primeros. Sin embargo, cuando los seguidores son más moderados, los terroristas tendrán que sopesar las consecuencias para el apoyo que reciben de llevar a cabo ataques impopulares en su comunidad por un lado, y los efectos políticos que estos ataques provocan en la lucha contra el Estado por el otro.

El apoyo al extremismo en la izquierda radical depende en buena parte de la legitimidad del Estado. En lugares en los que se desconfía profundamente del Estado, aumenta el apoyo de los radicales a las acciones contra el sistema, incluidas las letales. Si se cuestiona la autoridad del Estado, la justificación de la violencia letal se vuelve más fácil. La violencia de los grupos armados es, al fin y al cabo, un desafío al monopolio estatal de la violencia. Cuando este monopolio se considera ilegítimo, otros actores pueden reclamar un uso legítimo de la violencia. De acuerdo con la tesis central, la legitimidad estatal será menor en los círculos de la izquierda radical cuando el país tiene un pasado no liberal. En los Estados con una fase no liberal, la izquierda (y, especialmente, la radical o revolucionaria) fue severamente reprimida. Las heridas pueden durar mucho tiempo y convertirse en parte esencial de la memoria histórica del movimiento. El Estado, de este modo, quedará asociado a políticas represivas y excluyentes que podrían resurgir si los activistas desafían nuevamente al sistema. Así, los nuevos episodios de represión pueden ser entendidos por los izquierdistas radicales como un retorno a los viejos tiempos en los que el aparato estatal seguía una estrategia explícita de eliminación de aquellos que se atrevieran a desafiar su autoridad. Esto puede suceder aunque el régimen se haya vuelto democrático: la represión en democracia puede activar dudas y sospechas sobre la naturaleza real del Estado[98].

Para comprobar si esta conjetura es correcta, haría falta tener datos sobre las creencias y actitudes de las personas que pertenecen a la izquierda radical en torno a la lucha armada y los ataques letales. Por desgracia, esta información no existe, o al menos no está disponible para la muestra de países y el periodo que aquí se analiza. Y, cuando existe, es difícil utilizarla en un análisis comparado (véase, por ejemplo, sobre Italia, Falciola, 2015). Para superar estas limitaciones, procedo en tres pasos, yendo de la evidencia más general a la más específica. Debo advertir que toda la evidencia presentada es indirecta. No obstante, espero persuadir al lector de que los tres tipos de argumento histórico proporcionan una descripción coherente y unificada de varios patrones empíricos que de otro modo serían difíciles de explicar. Se trata, por tanto, de un ejercicio de lo que William Whewell (1989 [1858]: 163-164) denominó “consilience of inductions”, es decir, el ejercicio

mediante el cual una sola hipótesis consigue explicar y conectar resultados que parecían no tener relación entre sí. Dado que la evidencia empleada es indirecta, el poder unificador de la hipótesis aumenta nuestra confianza en ella.

El primer tipo de evidencia es el más general y, como tal, no tiene mucho peso explicativo. Sin embargo, constituye una especie de requisito previo de los otros dos. Según el argumento, deberíamos esperar un radicalismo de izquierda más fuerte en países con un patrón histórico no liberal. En los países no liberales, la izquierda radical fue más fuerte y la represión de la izquierda fue más intensa durante los años de entreguerras. No intento establecer aquí una secuencia causal. Se podría argumentar que la izquierda radical fue una amenaza mayor en ciertos países y por eso la democracia sufrió un golpe reaccionario, o que la izquierda se volvió más radical porque la involución autoritaria implicó un mayor nivel de represión. Cualquiera que haya sido la secuencia real, lo que me gustaría destacar es que una característica común de todos los regímenes autoritarios en las décadas de 1920 y 1930, tanto fascistas como tradicionalistas, consistió en la represión de la izquierda revolucionaria. Esta represión, por traumática que fuera, no hizo desaparecer a la izquierda radical (salvo en Alemania). Lejos de ello, la izquierda supo resucitar y reconstruirse, adaptándose a los nuevos tiempos. Por lo tanto, deberíamos esperar una cierta continuidad histórica en la fuerza de la izquierda radical. Un indicador obvio de cuánto apoyo popular tiene la izquierda radical es la participación electoral de los partidos comunistas. Como se vio en el capítulo 4, la fuerza nacional de los partidos comunistas en la década de 1970 es una variable crucial en el análisis comparado del terrorismo revolucionario. El apoyo a los partidos comunistas debería ser más fuerte en los países que siguieron el patrón no liberal en sus procesos de desarrollo económico y político.

El segundo tipo de evidencia se basa en una regularidad empírica interesante que se observa en los casos negativos de terrorismo revolucionario. Por casos negativos me refiero a grupos armados revolucionarios que cometieron hechos violentos por motivos de propaganda y, teniendo la capacidad de matar gente, evitaron la violencia letal. Pues bien, los casos negativos se concentran en

países en los que la democracia no quebró en el periodo de entreguerras. El colapso democrático es una de las variables que componen el factor de desarrollo de entreguerras que se presentó en el capítulo anterior. Probablemente sea el único elemento de los factores macrohistóricos que podría haber dejado una huella empírica algunas décadas después. Si bien es obvio que los ataques contra las fuerzas de seguridad o contra los políticos en la década de 1970 no tuvieron relación alguna con la cuestión agraria de la década de 1920, el tipo de capitalismo de la década de 1930 o el ritmo de industrialización, por mencionar otros tres componentes del factor de entreguerras, la desaparición de la democracia formó parte de la memoria histórica de la izquierda radical y de los propios terroristas. La memoria antifascista aún estaba viva en la izquierda radical de los países no liberales en los años setenta y ochenta del siglo pasado.

Precisamente porque en los países sin quiebra de la democracia el Estado tenía una mayor legitimidad, la izquierda radical no fue capaz de justificar el extremismo de los ataques letales. En los países liberales, la comunidad de apoyo a los grupos armados no estaba dispuesta a aprobar la muerte de personas.

La tesis sobre la naturaleza autoritaria del Estado tuvo menos credibilidad en países con un pasado liberal: los terroristas eran muy conscientes de esta limitación y se abstuvieron de atentar contra personas aunque tuvieran la capacidad para hacerlo. En pocas palabras, la violencia contra blancos humanos no tuvo buena acogida entre los izquierdistas radicales en los países de tradición liberal. No se trata solo de que la izquierda radical fuera más fuerte en los países no liberales; ocurre asimismo que las condiciones históricas para la justificación de ataques letales fueron más favorables en estos.

El tercer tipo de evidencia es más detallado, abordando el asunto de la legitimidad del Estado de una manera más directa. Analizo si la represión estatal a fines de los sesenta y principios de los setenta se ve afectada de alguna manera por la trayectoria histórica anterior. La formulación más simple de la hipótesis establece que los países con un pasado autoritario fueron más represivos en las protestas estudiantiles y pacifistas del 68. A partir de mi propia recopilación

de datos sobre la represión policial de las movilizaciones del periodo 1967-72, muestro que la muerte de manifestantes por parte de las fuerzas de seguridad tiende a concentrarse en los países que luego sufrieron un terrorismo revolucionario letal. Pero lo verdaderamente interesante es que episodios similares de represión estatal provocaron respuestas distintas en los países de tradición democrática y en los de tradición autoritaria. En países con un pasado dictatorial, la muerte de activistas por parte de las fuerzas de seguridad sirvió de confirmación para la izquierda radical de que la naturaleza democrática del Estado era una farsa, que las elecciones eran una especie de fachada que ocultaba la condición autoritaria última del sistema político. En este contexto de baja legitimidad estatal, la tentación armada resultó más atractiva. Esta clase de reacción no se detecta en los países plenamente liberales a pesar de episodios similares de represión letal. El efecto de la represión, por tanto, está condicionado por la historia política pasada.

Los tres tipos de evidencias (una izquierda radical más fuerte en los países no liberales, la concentración de casos negativos en los países liberales y el impacto diferencial de la represión del Estado) apuntan en la misma dirección: no solo la izquierda radical fue mayor en países con un pasado dictatorial, sino que además la legitimidad del Estado era menor para la izquierda radical en estos países, por lo que los activistas y simpatizantes del movimiento estaban más dispuestos a aceptar la violencia letal que sus compañeros en los países plenamente liberales.

2. La fuerza de la izquierda radical

La política en los países no liberales se caracterizó por una mayor intransigencia durante el período de entreguerras que en las sociedades liberales. Mientras que en los países liberales el sistema encontró formas de hacer hueco a la clase trabajadora y a los campesinos, ya fuese a través del capitalismo de mercado o del corporativismo socialdemócrata, en las sociedades no liberales el Estado adoptó una postura más excluyente y represiva, lo que a su vez alimentó la radicalización de la izquierda. La política sufrió mayores niveles de polarización en los países no liberales y, a menudo, estuvo acompañada de estallidos de violencia.

Una revisión breve de los movimientos anarquista y comunista ayudará a ilustrar esta consideración. El anarquismo surgió en Europa occidental como la corriente más radical dentro de la izquierda contra el capitalismo y la democracia burguesa. En algunas interpretaciones tempranas (como en el célebre Primitive Rebels de Hobsbawm [1959]), el movimiento anarquista aparece retratado como una reacción milenarista y en gran medida prepolítica a la modernización, protagonizada por los agricultores sin tierra. Las revueltas agrarias andaluzas figuran como un ejemplo crucial[99]. Sin embargo, Cataluña, a pesar de tener una estructura económica muy diferente, caracterizada por una industrialización más intensa y formas más avanzadas de capitalismo (Bernecker, 1982; Heywood, 1992), experimentó campañas muy intensas de bombas anarquistas en Barcelona en 1893-95 y 1904-06 (Romero Maura, 1968).

Más allá del caso español, una breve comparación del anarcosindicalismo en diversos países da pie a una historia algo diferente a la de Hobsbawm, en la que la política desempeña un papel más importante: según esta interpretación, el anarquismo echó raíces en aquellos lugares en los que el sistema no respondía a las demandas de los trabajadores[100]. El anarcosindicalismo supuso

que el cambio social provendría de la lucha laboral más que de la política institucional: el instrumento de transformación era la huelga general. La desconfianza hacia la representación política y la política democrática llevó a los anarquistas a centrarse en la acción directa y espontánea de los trabajadores radicalizados, quienes elevarían la conciencia de sus compañeros de trabajo, ganando así un apoyo creciente para una huelga general que provocaría el colapso del capitalismo. El anarcosindicalismo fue especialmente fuerte en España, Italia y Francia, los tres países en los que el terrorismo anarquista se dio también con mayor intensidad. En España, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) se creó en 1911; en Italia, la Unione Sindicale Italiana (USI), en 1912; en Francia, la Confédération Générale du Travail (CGT) se había creado ya en 1895, pero el periodo de dominación anarquista del sindicato fue más limitado, de 1902 a 1908, si bien el anarquismo continuó siendo una ideología muy influyente en la CGT hasta mediados de la década de 1920 (Darlington, 2009: 35).

En los tres países, según esta tesis, el sistema político no prestó atención a las demandas de los trabajadores, así que estos se vieron forzados a luchar a través de huelgas y otras formas de protesta laboral en vez de utilizar la representación política. En consecuencia, se generaron relaciones laborales muy conflictivas y el Estado a menudo se puso del lado de los empleadores. Como dice Mann (2012: 172), "la exclusión política inclinó la balanza hacia la organización de clase y los sentimientos revolucionarios". En Cataluña, por ejemplo, los empresarios, con el apoyo encubierto del aparato estatal, intentaron neutralizar el anarcosindicalismo a través de una de red clandestina de pistoleros que asesinó a cientos de miembros de la CNT (fueron los años del "pistolerismo", 1917-23, con más de 500 asesinatos, véase Sánchez Estrada, 2013)[101]. Precisamente porque los elementos más radicales de la clase trabajadora pensaban que el orden institucional era incapaz de dar cabida a sus demandas, dieron la espalda a la política y optaron por el sindicalismo de acción directa. La excesiva represión estatal solo reforzó sus recelos sobre la posibilidad de realizar cambios en el sistema político. Se pueden encontrar dinámicas similares en Francia e Italia (Darlington, 2009).

Alemania representa un contraste interesante. Es el cuarto país en el

ranking de intensidad terrorista anarquista (capítulo 5, punto 2), pero, a diferencia de los tres países principales, no tenía un fuerte movimiento anarcosindicalista. El peculiar resultado alemán se explica una vez que reparamos en que sus condiciones eran distintas a las de los países latinos. Mientras que en los países latinos los trabajadores se centraron en el sindicalismo debido al cierre del sistema político, en Alemania los trabajadores ingresaron masivamente en el SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) a causa del poder abrumador de los empleadores alemanes (Geary, 1989b: 124). En este caso no era un poder derivado de la violencia y la coacción, como en el de Cataluña; más bien, surgió del nivel de organización y cartelización de los grandes empresarios. Como el sindicalismo no parecía ser una opción prometedora, los trabajadores optaron por la representación política tras la derogación de las leyes antisocialistas en 1888. La política institucional ofrecía aparentemente más oportunidades a los trabajadores alemanes que la confrontación directa con sus empleadores. Los pocos radicales que no se comprometieron con la política institucional permanecieron leales a la doctrina de la propaganda por el hecho; de ahí la presencia marginal del terrorismo anarquista en Alemania.

Se pueden presentar evidencias más sistemáticas sobre el extremismo anarquista y la represión. En el capítulo anterior utilicé una clasificación simple de la represión laboral en 13 países durante el periodo 1870-1914 creada por Goldstein (2010). En esta clasificación los países pueden tener represión leve, media o severa. Vimos que los países de industrialización tardía tienden a tener sistemas más represivos. La correlación entre la represión laboral y el terrorismo anarquista es bastante alta, 0,72, significativa al 1% incluso con solo 13 observaciones. Los países con una represión laboral leve nunca desarrollaron terrorismo anarquista. Por supuesto, se puede argumentar a favor de la causalidad inversa: las relaciones laborales fueron represivas debido a los ataques anarquistas. Sin embargo, la mayor parte de los estudios históricos sobre el anarquismo consideran que el extremismo anarquista fue una respuesta a los sistemas laborales represivos y no al revés.

El anarquismo se desvaneció en la década de 1920, con la única excepción de España, donde la CNT fue el sindicato principal hasta

el final de la Guerra Civil en 1939. Pero el radicalismo, encarnado en el rechazo del capitalismo, sobrevivió a la disolución de las organizaciones anarquistas, resurgiendo con fuerza en los nuevos partidos comunistas. En términos generales, los países con movimientos anarquistas más fuertes también han tenido partidos comunistas más fuertes, aunque lo contrario no es necesariamente cierto: algunos países con partidos comunistas grandes nunca tuvieron un anarquismo poderoso (como, por ejemplo, Finlandia, Grecia o Japón). La correlación entre el terrorismo anarquista en 1875-1925 y el apoyo al comunismo en 1970-79 es 0,5, significativa al 5%, lo que confirma parcialmente la existencia de una continuidad entre anarquismo y comunismo.

Las tradiciones de radicalismo de izquierda que se crearon antes de la Segunda Guerra Mundial no solo sobrevivieron a la guerra, sino que incluso se vieron reforzadas por el conflicto gracias a la participación de los partidos comunistas en la lucha contra las potencias del Eje (Sassoon, 1996: cap. 4). Estos partidos obtuvieron una recompensa popular por su protagonismo en la lucha antifascista. Ganaron prestigio por participar en la Resistencia, lo que rompió su aislamiento político y les ayudó a obtener resultados impresionantes en las elecciones celebradas tras el fin de la guerra (Eley, 2002: 289; Sasson, 1996: 95). Los casos más espectaculares fueron los de Francia, Italia y Finlandia. El 2 de junio de 1946 se celebraron elecciones legislativas en Francia e Italia. En Francia, el PCF obtuvo el 26% de los votos; en Italia, el PCI registró el 18,9% de los votos. Las elecciones se repitieron en Francia en noviembre de ese año y el PCF fue el partido más votado, con el 28,3%. En Italia, el PCI se convertiría rápidamente en el segundo partido; en las elecciones de 1948 se presentó en coalición con el Partido Socialista y, por tanto, los resultados no son estrictamente comparables, pero en 1953 obtuvo el 22,6% de los votos, solo por detrás de la DC. En Finlandia, el partido comunista se presentó bajo la etiqueta de la Liga Democrática Popular Finlandesa por primera vez en 1944 (antes estaba prohibido), quedando en segundo lugar con el 23,5% de los votos, muy cerca del partido socialdemócrata. Fuera de Europa, Japón también fue testigo de un crecimiento gradual del comunismo: así, en las primeras elecciones posteriores a la guerra, en 1946, el Partido Comunista no alcanzó el 4% (3,8), pero tres años después, en las elecciones de 1949, ganó un

respetable 9,8%.

En los países autoritarios no hubo elecciones, si bien los partidos comunistas permanecieron en la clandestinidad como principal fuerza de oposición. Este fue claramente el caso de España, donde los grupos antifranquistas gravitaron en torno al PCE. En Grecia, el partido comunista (KKE) fue crucial en la formación del Ejército Popular de Liberación de Grecia que luchó contra los nazis. Dado que el KKE boicoteó las elecciones de 1946, no podemos estimar su fuerza electoral en aquel momento.

El prestigio de los comunistas y la memoria de la Resistencia contra el nazismo o el fascismo fueron cruciales para la preservación de una tradición radical dentro de la izquierda. Las referencias a la Resistencia en la izquierda revolucionaria de los años setenta son bastante llamativas. En Italia, la memoria histórica de los terroristas durante los años de plomo estuvo inextricablemente asociada a la lucha contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial (Cooke, 2011: 118-123; Sommier, 1992). Los ejemplos son abundantes. El primer grupo armado revolucionario en la Italia de la década de 1970 se llamó significativamente Grupo d'Azione Partigiana (GAP). El nombre se inspiró en otro GAP (los Gruppi d'Azione Patriottica), una organización comunista que formaba parte de la Resistencia. El fundador del GAP más reciente fue el famoso y adinerado editor Giangiacomo Feltrinelli, que tenía la edad suficiente para haber participado él mismo en la causa antifascista y que se había formado en el manejo de explosivos alrededor de 1943. Justificó la decisión de pasar a la clandestinidad en estos términos: era el curso de acción que mejor encajaba con "la causa que elegí hace 28 años, cuando en 1942, a los dieciséis años, escribí 'Muerte al fascismo' en los muros de Milán" (Feltrinelli, 2002: 290). Especialmente interesante es el caso de Alberto Franceschini, fundador de las BR: su abuelo fue un anarquista que en 1921 participó en la creación del PCI y luego luchó en la Resistencia; además, su padre se unió a las Squadre di azione partigiana en la Resistencia (Fasanella y Franceschini, 2004: 12-15). Franceschini tenía una "memoria densa" del radicalismo político: de todos los precedentes, eligió el de la Resistencia como el más importante. Un activista del movimiento de la autonomía italiana, Alessandro Stella, escribe en sus memorias que "no fue casualidad

que nosotros y otros grupos armados de los setenta recibiéramos nuestras primeras armas de manos de antiguos miembros de la resistencia. Fue como pasar la antorcha" (Stella, 2016: 83). Curiosamente, Renato Curcio usa la misma expresión: "Recibir las armas con las que habían luchado contra los fascistas 30 años antes fue como pasar la antorcha" (Curcio y Scialoja, 1993: cap. VIII). Asimismo, en la reconstrucción biográfica de 18 activistas de la izquierda radical, Novelli y Tranfaglia (1988) muestran la importancia crucial de la herencia comunista y antifascista para quienes llegarían a usar las armas contra el sistema.

España permaneció neutral durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que resulta lógico que la memoria política de los izquierdistas radicales se remontara a la antigua tradición anarquista. A los atentados de propaganda por el hecho de finales de siglo XIX siguieron los episodios de violencia anarquista durante la II República y, sobre todo, durante la Guerra Civil. Bajo la dura represión de Franco, los anarquistas fueron el único grupo que buscaba mantener la violencia después de la desaparición del maquis en la década de 1950. Quico Sabatés fue quizás la principal figura anarquista que intentó desencadenar una revolución a través de tácticas de guerrilla urbana (véase Tellez, 1992). Más importante aún, los exiliados anarquistas españoles influyeron en el surgimiento del terrorismo urbano en Uruguay y Argentina (véase el capítulo 2) y desempeñaron un papel importante en el fomento de grupos europeos como la Angry Brigade en el Reino Unido (Rocha, 2008) y, más indirectamente, Action Directe en Francia. Como mostré en el capítulo 5, el fundador de Action Directe, Jean-Marc Rouillan, se inspiró y recibió ayuda de la comunidad de anarquistas españoles exiliados que vivían en Toulouse (su formación como terrorista consistió en ataques contra los intereses españoles en Francia).

Por descontado, también hubo grupos radicales de izquierda en los países liberales, pero eran pequeños y marginales en comparación con los de los países no liberales. Dado que la democracia sobrevivió durante el periodo de entreguerras, la izquierda no sufrió la fuerte represión que sí se dio en los regímenes autoritarios que reemplazaron a las democracias en las décadas de 1920 y 1930. Por lo demás, el compromiso de clase debilitó a los grupos más

radicales de la izquierda. Una simple prueba estadística confirma la presencia más fuerte del comunismo en el grupo no liberal. He agrupado a los países en dos categorías, los que tienen puntuaciones negativas en el factor de entreguerras (países no liberales) y los que tienen una puntuación positiva (países liberales). Se trata de comprobar si los partidos comunistas obtuvieron mejores resultados electorales en el primer grupo de países que en el segundo.

Sorprendentemente, una comparación de los resultados electorales para toda la muestra solo es posible en la década de 1970, la primera ocasión en la que los 23 países de la muestra fueron democracias simultáneamente. Antes de esa década, algunos países en los que el comunismo era fuerte tenían regímenes autoritarios y, por lo tanto, es imposible medir la popularidad de esta ideología. La década de 1970, además, fue la última en la que el comunismo obtuvo buenos resultados electorales en muchos de los países, antes de iniciar un proceso de decadencia imparable. En cualquier caso, he comparado los resultados de los partidos comunistas en 1970-79 con los de las primeras elecciones tras la Segunda Guerra Mundial y la media de los resultados del periodo 1918-1944[102]. La correlación entre el periodo 1970-79 y las primeras elecciones de posguerra es muy alta, 0,80 (n = 20; Grecia, Portugal y España no entran por las razones que mencioné anteriormente). La correlación es más baja (0,57, n = 22), aunque muy significativa, entre el comunismo en el periodo 1970-79 y el comunismo en 1918-44. Hay, por tanto, una fuerte continuidad histórica en el apoyo al comunismo.

Mediante una comparación de medias, la tabla 6.1 muestra que existen diferencias significativas en los resultados electorales de los partidos comunistas según el grupo al que pertenece el país.

Tabla 6.1

Resultados electorales de los partidos comunistas durante varios periodos

en países liberales y no liberales (comparación de medias)

	1918-1944	Primeras elecciones posteriores a la Segu	1970-1979
Grupo liberal	2,55 (n = 15)	8,37 (n = 15)	4,11 (n = 15)
Grupo no liberal	5,42 (n = 7)	11,98 (n = 5)	12,65 (n = 8)
Diferencia	3,46**	3,61	8,54***

Nota: ** significativo al 5%; *** significativo al 1%.

Claramente, el comunismo obtuvo mejores resultados en los países no liberales, lo que confirma que estos países tenían niveles más altos de polarización política. El caso más anómalo es el de Alemania, ya que la izquierda radical fue prácticamente destruida durante el periodo nazi. Los comunistas fueron diezmados y muchos de ellos terminaron en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial (Langbein, 1994: cap. 9). Aunque intentaron organizar la resistencia dentro de los campos, el régimen nazi tenía suficientes recursos para neutralizarlos. Por lo tanto, no pudo construirse una memoria histórica sobre la contribución de los comunistas a la liberación del país. La división de Alemania, por otro lado, no ayudó a la recuperación del partido comunista en la República Federal. Por último, debe recordarse que los movimientos sociales alemanes que surgieron en la década de 1950 no fueron revolucionarios en ningún sentido: los temas dominantes fueron la paz y el rechazo a las armas nucleares (Burns y Van der Will, 1988: cap. 2). Con todo, en la década de 1960, la ola de protesta estudiantil reprodujo rápidamente la cultura del radicalismo revolucionario, mostrando que las condiciones para dicho radicalismo se encontraban latentes. Si no resurgieron antes, durante los primeros años de la República Federal, fue debido a las circunstancias extraordinarias de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial.

La fuerza del radicalismo político podría abordarse desde el ángulo opuesto, el de la derecha radical. Una mirada superficial muestra cierto grado de correlación entre la izquierda y la derecha radicales a nivel nacional. Varios de los países con una tradición de partidos comunistas fuertes tienen también una fuerte tradición de radicalismo de derecha asociado con el pasado fascista. El caso más claro es el italiano, el país con el mayor nivel de extremismo político con respecto a las dos ideologías radicales. Siguiendo a Panvini (2009), hubo un proceso de retroalimentación entre los dos tipos de ideología y entre los dos tipos de violencia. La materialización de su némesis política confirmó los peores temores de cada bando. Para la izquierda italiana, la presencia de grupos fascistas dispuestos a poner bombas en lugares públicos demostró que la lucha antifascista era algo más que un ejercicio nostálgico. En España, la derecha radical fue bastante activa durante los

primeros años de la democracia, aunque su objetivo principal no era la izquierda revolucionaria, sino ETA y su rama política; la derecha radical luchó ante todo por preservar la unidad territorial de España (Sánchez-Cuenca y Aguilar, 2009). En otros países, la derecha radical fue mucho más débil. En Alemania, la derecha radical actuó de manera muy esporádica, aunque mató a 13 personas en el Oktoberfest de Múnich de 1980. En Japón, la derecha radical mató al secretario general del Partido Socialista de Japón; además, a través del Tatenokai, una especie de milicia ultranacionalista, Yukio Mishima intentó desencadenar un golpe de Estado en 1970 (que terminó con el suicidio ritual del escritor) (Andrews, 2016: cap. 3). En Francia, la derecha radical estuvo representada por organizaciones como el grupo Charles Martel, pero estaba más relacionada con el trauma de la independencia de Argelia que con la lucha entre la izquierda y la derecha. En Bélgica, los misteriosos asesinos de Brabante (también conocidos como Nijvel Gang) mataron a 29 civiles, muchos de ellos de forma completamente aleatoria (Jenkins, 1990).

El análisis comparado de la derecha radical, sin embargo, no puede llegar tan lejos como el de la izquierda radical. No fue un fenómeno tan sistemático como el de la izquierda revolucionaria. Excepto en Italia, en todos los otros lugares era más débil y estaba peor organizada que su equivalente de izquierdas. Además, en varios países existían conexiones entre la derecha radical y los servicios secretos, como se reveló cuando se hizo pública la Operación Gladio de la OTAN (Ganser, 2005). Dadas estas características un tanto especiales, resulta más difícil medir la popularidad y extensión de la derecha radical. De ahí que me haya centrado en el radicalismo de izquierdas.

A modo de resumen, podemos decir que los países con una tradición política de anarquismo antes de 1917 y comunismo después fueron aquellos en los que la modernización resultó un proceso de cambio más conflictivo. Un segmento importante de los trabajadores y los campesinos se opuso (a veces violentamente) a un régimen político que no respondía y a un Estado que usaba la represión para resolver conflictos entre capital y trabajo. Estos países estaban relativamente atrasados y tuvieron una industrialización tardía. La radicalización de una parte de la izquierda tuvo una duración larga. Todavía en la

década de 1970, algunos partidos comunistas lograron obtener un nivel significativo de apoyo en las elecciones, con porcentajes de voto por encima del 10% en España, Finlandia, Francia, Grecia, Islandia, Italia, Japón y Portugal. Todos ellos, excepto los dos países nórdicos, experimentaron terrorismo revolucionario letal.

La tesis no afirma que los partidos comunistas promovieran el terrorismo, sino más bien que la existencia de partidos comunistas fuertes reflejaba una tradición de izquierda radical y antisistema que en varios casos hundía sus raíces en las primeras formas de anarcosindicalismo y violencia revolucionaria anarquista. El hecho de que el sueño revolucionario siguiera vivo en la década de 1970 a través de estos partidos fue decisivo para quienes optaron por la lucha armada clandestina en países ricos. Pensaron que la violencia tendría eco entre las masas y las movería a favor de la revolución; los terroristas se veían a sí mismos como herederos de las generaciones anteriores de revolucionarios.

3. Casos negativos: los grupos terroristas no letales

El segundo tipo de evidencia se refiere a los casos negativos, es decir, grupos que simpatizaron con la idea de la lucha armada, o que incluso la pusieron en práctica, pero nunca dieron el paso trascendental de matar a nadie (en al menos dos casos, los de Bélgica y Dinamarca, hubo asesinatos "accidentales" pero, por las razones descritas anteriormente, creo que estos dos casos también deben contarse como negativos). La existencia de casos negativos en Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suiza y el Reino Unido es crucial para el argumento. Muestra que en los países liberales la chispa se produjo, pero la falta de oxígeno impidió que el fuego prendiera. Según el mecanismo que exploro en este capítulo, la falta de oxígeno puede entenderse en términos del escaso apoyo a la violencia letal en las filas de la izquierda radical.

La "tentación armada" fue generalizada en la década de 1970. Incluso Suiza, el país pacífico por excelencia, tuvo varios grupos revolucionarios que cometieron ataques violentos contra la propiedad. La mayoría de estos ataques suizos, sin embargo, estaban relacionados con un asunto político que no era estrictamente interno, como la extradición de presos políticos a otros países (Villiger, 2013: 678). En casi todos los países se formaron en aquellos años organizaciones maoístas, trotskistas, marxistas-leninistas y autónomas. El caso del maoísmo es muy interesante: produjo resultados muy diferentes dependiendo de las condiciones políticas y económicas de los países. Mientras que en España el maoísmo llevó a la creación de un grupo terrorista altamente letal (GRAPO), en Australia fue simplemente un grupo sectario marginal con impacto muy bajo en el sistema político. El Partido Comunista de Australia (marxista-leninista) apoyó la lucha armada y la violencia. De hecho, las secciones del llamado

“Movimiento por la Independencia”, formadas a partir de las asociaciones de estudiantes vinculadas al partido, participaron en asaltos y palizas, pero no llegaron al terrorismo (Saleam, 2000). El elemento más difícil para el partido fue persuadir a los ciudadanos australianos de la necesidad de la lucha armada: “Si bien la historia política australiana no está exenta de episodios violentos, Australia no tiene una tradición significativa de cambio político logrado a través de la violencia” (Knight, 1998: 234).

Otro caso interesante de grupo maoísta es Juventud Roja en Holanda. Holanda sí experimentó terrorismo letal a mediados de la década de 1970 (murieron cinco personas), pero fue parte de un conflicto muy diferente, protagonizado por activistas de las Molucas del Sur (Herman y Van der Laan Bouma, 1994). La izquierda radical, sin embargo, optó por evitar la violencia letal. Para entender una decisión así, resulta preciso proporcionar algo de contexto histórico. El 68 en Holanda tuvo lugar algo antes que en otros países. Su manifestación más visible fue el movimiento de los Provos, iniciado en 1965, que inventó formas de protesta lúdicas y teatrales que atrajeron la atención internacional (Horn, 2007: 38-42). Los Provos eran completamente pacíficos. Su ataque más violento consistió en arrojar bombas de humo durante la boda real de 1966. Aquel acto formó parte de los disturbios que tuvieron lugar en Ámsterdam, protagonizados por una alianza de estudiantes y trabajadores que anticipó el mayo francés. Hubo enfrentamientos entre manifestantes y la policía y, al igual que en otros países, en el tumulto surgió un “mártir”, Jan Weggelaar, un trabajador que sufrió un infarto y murió durante una manifestación. Se convirtió en un referente del movimiento (Kempton, 2007: cap. 7). El hecho de que el “mártir” no perdiera la vida como consecuencia de la represión de las fuerzas de seguridad es bastante revelador sobre las peculiaridades de la sociedad holandesa. A diferencia de lo que sucedió en otros países europeos, la “batalla” de Ámsterdam no fue un paso intermedio hacia una confrontación más radical, sino más bien la culminación del movimiento Provo, que se disolvió en 1967. La lucha callejera generó algunos grupos radicalizados, maoístas y anarquistas, pero fueron demasiado marginales y diminutos para producir una violencia grave y sostenible. Los maoístas adoptaron el nombre de Juventud Roja, pusieron algunas bombas de baja intensidad a principios de los setenta y varios de sus miembros

incluso recibieron entrenamiento terrorista en Yemen del Sur (De Graaf y Malkki, 2010; Schmid, 1988: 153; Vermaat, 1987). Sin embargo, la violencia no fue a más y las fuerzas de seguridad lograron desactivar posibles actos terroristas. En la década de 1980, el grupo Acción Revolucionaria Antirracista (RaRa, Revolutionaire Anti-Racistische Actie) puso bombas en edificios de empresas que mantenían relaciones con el apartheid en Sudáfrica, pero, de nuevo, no causaron muertes (Schmid, 1992: 85-86). Un politólogo explicó de esta manera tan gráfica por qué el terrorismo revolucionario nunca tuvo éxito en Holanda: "Aquí, antes de pasar el umbral de la violencia, un grupo de acción ya ha conseguido un subsidio del Gobierno" (Schmid, 1988: 152).

Por supuesto, se podría argumentar que si estos grupos no llevaron a cabo ataques letales fue porque no tenían la capacidad para hacerlo, pero, como muestro a continuación, existe evidencia histórica de que, al menos en algunos de los países liberales, los activistas radicales tenían los medios para matar, deliberaron sobre el asunto y finalmente rechazaron esta opción. El análisis de los casos apunta siempre en la misma dirección: el factor clave fue la falta de apoyo a tácticas letales en las comunidades de apoyo dentro de la izquierda.

A continuación, presento cuatro grupos que estuvieron a punto de matar gente pero no lo lograron: Acción Directa en Canadá, la Nouvelle Résistance Populaire francesa, la Angry Brigade en Gran Bretaña y la Weather Underground Organization en Estados Unidos. En los cuatro casos, la democracia sobrevivió en el periodo de entreguerras. La razón última por la que los terroristas se abstuvieron de matar fueron las preferencias de los activistas de los movimientos sociales de izquierda, que rechazaron la violencia letal.

3.1. Canadá: Acción Directa

Canadá fue un país bastante pacífico durante el periodo 1960-85: solo 10 personas perdieron la vida como consecuencia del

terrorismo y dos de ellas eran terroristas (Ross, 1988). Ninguno de estas muertes es atribuible al terrorismo revolucionario. El principal grupo armado fue el Front de Libération du Québec (FLQ). Este era un grupo nacionalista, no una organización revolucionaria, si bien compartía muchos de los principios y tácticas revolucionarias de la época (Charters, 1997). En 1969 el FLQ intensificó sus acciones, culminando en la llamada "crisis de octubre" de 1970, cuando los terroristas secuestraron a James Richard Cross, el comisionado de Comercio británico, y cinco días después, repitieron la acción con Pierre Laporte, ministro de Trabajo y vice primer ministro de Quebec. El Gobierno no cumplió con las demandas de FLQ y Laporte fue asesinado. La opinión pública quebequesa rechazó la acción y el apoyo al FLQ disminuyó rápidamente.

Lo más parecido a un grupo armado revolucionario fue la creación de Acción Directa a principios de los ochenta (también conocida como "Los Cinco de Vancouver"). Sus principales componentes eran cinco activistas procedentes del mundo de la contracultura de Canadá; se inspiraron en los grupos europeos de "guerrilla urbana" de la década de los setenta. Una de los fundadores, Ann Hansen, relata en sus memorias su admiración por el FLQ y su campaña de lucha armada (Hansen, 2002: 22). En 1979, pasó un tiempo en Europa, estudiando y, a la vez, apoyando a la RAF. En París, estableció contacto con el movimiento autónomo. Después de regresar a Canadá, conoció a colegas de ideas afines en Vancouver y decidió crear un grupo clandestino con el objetivo de producir, a través de la acción directa, un fermento revolucionario. Intentaron evitar matar a nadie, ya que pensaban que eso sería contraproducente para el movimiento de protesta. Hansen (2002: 221) explica que habían aprendido de los errores de la RAF: los terroristas alemanes alienaron a sus partidarios con una violencia imprudente. Podría haberse referido asimismo al asesinato de Laporte por parte de FLQ, con consecuencias similares.

El mayor ataque de Acción Directa consistió en la explosión de un coche bomba en Litton Systems, una empresa implicada en la fabricación de misiles nucleares de crucero, el 14 de octubre de 1982. Enviaron una advertencia, pero la bomba explotó 12 minutos antes de lo previsto, hiriendo a varias personas (un policía y algunos empleados). El grupo emitió un comunicado autocrítico, en

el que dejaron claro que “no estábamos tratando de amenazar o matar a los trabajadores y ejecutivos de Litton Systems. Intentábamos destruir parte de una instalación industrial que produce maquinaria utilizada en asesinatos en masa” (Hansen, 2002: 477). A pesar de las disculpas, el movimiento por la paz fue muy crítico con el ataque de Litton (Hansen, 2002: 279), lo que revela la desfavorable predisposición a la violencia entre los activistas canadienses. Sin ningún apoyo popular, Los Cinco de Vancouver fueron un blanco fácil para la Policía canadiense. Fueron detenidos el 20 de enero de 1983, lo que puso fin a la corta vida de este grupo.

3.2. Francia: Nouvelle résistance populaire

Dada la prominencia de Francia en los disturbios del 68, cabía esperar la aparición del terrorismo. Las condiciones estaban todas presentes: un poderoso movimiento estudiantil, altos niveles de conflicto laboral, una intelectualidad radicalizada y la frustración generada por la clara victoria de la derecha en las elecciones de 1968. Como escribió Tony Judt, “Francia, más que cualquier otra Estado-nación occidental, era un país cuya intelectualidad aprobaba e incluso adoraba la violencia como herramienta para hacer política y cambiar las cosas” (2005: 211). Y, sin embargo, se evitó el terrorismo, con la excepción parcial y menor de Action Directe a principios de la década de 1980 (véase el capítulo 5).

La organización más visible y poderosa que surgió del movimiento francés del 68 fue Gauche Prolétarienne (GP), un partido maoísta fundado en septiembre de 1968 que se ganó la simpatía de famosos izquierdistas como Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Michel Rocard (quien se convertiría en primer ministro bajo la presidencia de Mitterrand), Simone Signoret e incluso Jane Fonda (Wolin, 2010: 33). GP legitimó la violencia y la resistencia armada como complemento de la lucha obrera. Bajo el liderazgo de Olivier Rolin, también creó una rama armada, la Nouvelle Résistance Populaire (NRP), para operaciones clandestinas. La primera acción reivindicada por NRP fue un ataque contra una comisaría de policía

de Marsella el 19 de noviembre de 1969 (Les Nouveaux Partisans, 2015: 107).

GP y NRP actuaron en apoyo de causas populares. Por ejemplo, en 1970, la organización dirigió a los trabajadores de la planta de Renault en Billancourt a ocupar la estación de metro en protesta por el aumento de tarifas, distribuyendo más de 30.000 billetes gratuitos (Sommier, 2008: 94). También organizó una serie de tribunales populares, inspirados en la Revolución Cultural maoísta. Por ejemplo, en el caso siniestro de Brigitte Dewèvre, una joven trabajadora que fue asesinada en horribles circunstancias en un pueblo minero, Bruay-en-Artois, en 1972; un notario fue detenido por la Policía como principal sospechoso, pero fue liberado rápidamente. GP lo consideró un escándalo de la justicia burguesa, incapaz de juzgar un crimen de clase; así, la organización envió a Sartre y Michel Foucault para celebrar un juicio popular a imitación de los que se realizaban en China.

Los actos más violentos incluyeron "bombas simbólicas" contra la propiedad, así como secuestros exprés de jefes de fábrica (similares a los que se extendieron por toda Italia a principios de la década de 1970, véase el capítulo 3). Según un cálculo realizado por el exministro del Interior, Raymond Marcellin, GP (incluidos los ataques clandestinos de NRP) fue responsable de 82 actos violentos (Sommier, 2008: 96).

La pregunta es por qué la violencia del NRP no fue a más, como ocurrió en Alemania, España o Italia. La NRP, de hecho, no mató a nadie durante todo el periodo. En el artículo "Illégalisme et guerre", publicado en una de las revistas de la organización (Cahiers prolétariens de la GP, enero de 1971), se utilizó el concepto aparentemente paradójico de una "guerrilla no armada", dejando clara la intención de evitar la violencia letal ofensiva (el documento se reproduce en Les Nouveaux Partisans, 2015: 309). Además, los dirigentes de GP siempre insistieron en el rechazo de la violencia letal. El fundador del grupo, Benny Lévy (también conocido como "Pierre Victor") lo expresó en estos términos: "La violencia que usamos fue simbólica, no buscábamos aniquilar físicamente al enemigo. Rechazamos por principio la pena capital" (Hamon y Rotman, 1988: 649). Otro líder histórico, y una de las figuras más

visibles de la protesta del 68, Alain Geismar, escribió en sus memorias: “Nunca pensé que fuera nuestro deber iniciar una especie de guerra contra el Estado burgués. Las consecuencias visibles de la adopción del terrorismo en Italia, Alemania y Japón me hicieron situarme en contra de la violencia. La escalada entre un grupo y un Estado, más que motivar a las masas, tuvo la consecuencia opuesta, ahondando la distancia con ellas y quebrando la solidaridad de las masas con los revolucionarios” (2008: 211).

La verdad, no obstante, es algo más compleja. Hay ciertas evidencias de que NRP estaba dispuesta a matar a Paul Touvier, un colaborador nazi durante la época de la ocupación. Christian Harbulot, un maoísta que perteneció a Noyaux armés pour l’Autonomie Populaire, afirmó en una entrevista que miembros de la organización le dijeron que matar a Touvier era una acción que podía ser legítimamente reivindicada por la organización (Bertho Lavenir, 2002). El problema es que nunca encontraron a Touvier. De aquí se sigue que la principal restricción para matar no era estrictamente moral, ya que un antiguo nazi sí contaba como un objetivo legítimo para el grupo (se suponía, pues, que matar a un exnazi no habría provocado tanto disgusto en la comunidad de apoyo). Por tanto, la restricción a los ataques letales tenía que ver con los límites de lo que resultaba aceptable dentro de la izquierda radical francesa. Lo mismo podría decirse del conocido caso del secuestro de Robert Nogrette. Aquel fue el momento en el que NRP estuvo más cerca de matar a alguien. El 25 de febrero de 1972, Pierre Overney, miembro de GP y trabajador de la fábrica de Renault en el suburbio parisino de Billancourt, cayó muerto por un tiro de uno de los agentes de seguridad de la empresa durante una protesta laboral. NRP respondió secuestrando a Nogrette, ejecutivo de la empresa, el 8 de marzo. La organización podría haberlo matado como acto de represalia. Sin embargo, fue puesto en libertad dos días después, lo que evitó cualquier tipo de efecto espiral (Darntnell, 1995: 65). Los líderes de GP entendieron que ni siquiera en los círculos más progresistas, y especialmente dentro de la clase trabajadora, la violencia mortal tendría una respuesta positiva. Así pues, la organización habría tenido que pagar un alto precio por matar a Nogrette, perdiendo la simpatía del “sujeto revolucionario” en cuyo nombre actuaba la organización. De hecho,

en un documento interno escrito después del caso Nogrette, GP explicó que su principal problema era "la falta de conciencia de la clase trabajadora sobre el tema de la violencia revolucionaria" (Sommier, 1992: 201-202), detectando una mayor disposición a emplear la violencia entre los trabajadores inmigrantes (principalmente del Magreb) que entre los nativos franceses. Geismar (2008: 197) recuerda las advertencias de intelectuales como Sartre y Maurice Clavel sobre las consecuencias contraproducentes que la violencia letal podría tener para la izquierda.

Unos meses después del asunto Nogrette, el atentado de la organización palestina Septiembre Negro durante los Juegos Olímpicos de Múnich provocó la disolución definitiva de GP. El asesinato de 11 miembros del equipo olímpico israelí tuvo un coste alto para GP. Aunque los líderes maoístas franceses mantenían excelentes vínculos con los grupos armados palestinos, muchos de ellos eran judíos (Wolin, 2010: 352). La dimensión antisemita de la masacre disgustó profundamente a las principales figuras de GP, precipitando la disolución definitiva del grupo en 1973. Los miembros más radicalizados continuaron en las nuevas (y diminutas) organizaciones armadas que se crearon en esos años. Una de ellas fue NAPAP: en 1977, "ejecutó" a Antoine Tramoni, el agente de seguridad que había matado a Pierre Overney cinco años antes. Los líderes de GP que decidieron poner fin a la organización argumentaron que al disolver el grupo evitaron un ciclo de violencia como el de los años de plomo en Italia.

Francia es un caso crucial en el análisis. Presenta tanto un caso positivo, con una organización de baja letalidad, AD, bajo la fuerte influencia del anarquismo español, y un caso negativo, el de NRP. Este resultado mixto probablemente esté relacionado con la posición de Francia en la intersección entre los países liberales y no liberales. En el gráfico 5.7, Francia aparece en el grupo no liberal, pero es el único país de dicho grupo en el que la democracia sobrevivió durante el periodo de entreguerras. En su análisis del periodo, Mann (2012: 326) clasifica tanto a Francia como a Alemania como países bisagra entre las zonas liberales y autoritarias, argumentando que cada uno de los dos países podría haber evolucionado en cualquier de las dos direcciones posibles.

Según mi propio análisis sobre los patrones de desarrollo de entreguerras, este diagnóstico solo es válido para Francia, pero no para Alemania. Alemania estaba claramente situada en el grupo no liberal y, por lo tanto, no es de extrañar que experimentara tiempo después terrorismo revolucionario letal. Francia, en cambio, tiene una posición más ambigua en el grupo no liberal, siendo el más liberal de los no liberales. Este tipo de ambivalencia política se refleja en el patrón del terrorismo: tuvo un grupo letal, AD, pero fue mucho menos efectivo que sus equivalentes en Italia, España o Alemania; y también tuvo un caso negativo como los de los países verdaderamente liberales. De hecho, como se señaló anteriormente, Francia, a principios de la década de 1970, reunió muchas de las condiciones para la creación de un poderoso grupo terrorista, pero la naturaleza mixta de su patrón de desarrollo contribuyó a que no se materializara esta evolución potencial[103].

3.3. Reino Unido: Angry Brigade

La contracultura y la Nueva Izquierda tenían raíces sólidas en el Reino Unido. Sin embargo, estos movimientos no dieron lugar a un movimiento estudiantil poderoso como en Francia, Alemania, Japón y Estados Unidos. Hubo protestas en las mejores universidades del país (Cambridge, London School of Economics, Oxford) pero nunca alcanzaron los niveles de confrontación y participación de los países examinados en el capítulo 3.

Quizás fue en la Universidad de Essex donde la protesta alcanzó su punto máximo. Essex podría considerarse el equivalente británico de Nanterre, la universidad en la que comenzaron las protestas francesas de mayo del 68 (Carr, 2010: 25): en medio de la nada, los estudiantes viven en bloques de pisos modernos y funcionales, aislados del mundo real; y la universidad, como Nanterre, puso gran énfasis en las ciencias sociales. En la primavera de 1968, los estudiantes intentaron sabotear una conferencia pronunciada por el político conservador Enoch Powell; como resultado, seis de ellos fueron sometidos a una audiencia disciplinaria, lo que provocó sentadas y otras protestas. En mayo, tres estudiantes fueron

expulsados de la universidad; en reacción, los estudiantes ocuparon el campus y declararon su intención de crear una “Universidad Libre”. Tras estos disturbios, los tres estudiantes fueron readmitidos y las aguas volvieron a su cauce.

Durante este periodo, fue la guerra de Vietnam lo que provocó las principales movilizaciones en Gran Bretaña. Se registraron tres grandes concentraciones en Londres, una en 1967 y las otras dos en 1968, todas ellas dirigidas a la Embajada de los Estados Unidos, en Grosvenor Square. La primera protesta se organizó el 22 de octubre de 1967 y la gran cantidad de manifestantes, unas 10.000 personas, fue inesperada. En cualquier caso, se trató de un evento pacífico. La siguiente gran manifestación, el 17 de marzo de 1968, reunió a unas 25.000 personas, que nuevamente marcharon hacia la embajada. Aunque esta vez se registraron enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, la policía mostró mayor autocontrol que en otros países europeos o en Estados Unidos. La manifestación final tuvo lugar el 27 de octubre. Una facción, compuesta por unos pocos miles de personas, decidió nuevamente dirigirse a Grosvenor Square, pero no emprendió tácticas ofensivas ni la policía respondió de manera agresiva, por lo que la esperada “batalla épica” no se materializó (Ali, 2004: caps. 6-7; Carr, 2010: 32; Marwick, 1998: 635).

Decepcionados por la falta de impulso, los activistas más radicales comenzaron a considerar alternativas a la protesta callejera. Unos pocos anarquistas, fuertemente influidos por el ejemplo del grupo Primero de Mayo, un grupo anarquista internacional que actuó contra Franco fuera de España, decidieron recurrir a la violencia y, más específicamente, usar bombas (Carr, 2010; Vague, 1997). Eligieron el nombre de Angry Brigade: angry era una referencia a los enragés franceses y brigade aludía a las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil española. La Policía atribuyó alrededor de 25 atentados con bombas a este grupo entre mayo de 1970 y mayo de 1972, aunque probablemente también estuvo implicado en algunos más (Weir, 1985: 55). Hacia agosto de 1971, los principales activistas del grupo (no más de 12 personas) habían sido detenidos.

El uso de bombas fue simbólico y teatral desde el principio, ya que el grupo buscaba transmitir un mensaje más que establecer una

confrontación abierta con el Estado. Se suponía que la violencia "profundizaría las contradicciones políticas en todos los niveles. No lo lograremos concentrándonos en 'temas' o usando tópicos socialistas diluidos" (Comunicado 6, en Weir, 1985: 23). La huella del movimiento situacionista era muy evidente, sobre todo en el estilo de los comunicados.

El juez que presidió el juicio de los principales miembros de la Angry Brigade se dirigió a los detenidos de esta manera:

Los medios que ustedes han adoptado podrían haber sido incluso más letales de lo que fueron, pero estoy satisfecho con la evidencia de que los aparatos utilizados no se diseñaron deliberadamente para causar muerte o lesiones graves, sino daños a la propiedad (Carr, 2010: 176).

La Angry Brigade lo había explicado así de forma explícita. Tras su ataque más espectacular, la bomba que estalló enfrente de la casa del ministro de Trabajo, Robert Carr, el 12 de enero de 1971, el grupo emitió el Comunicado 5, en el que decía claramente: "No somos mercenarios. Atacamos a la propiedad, no a las personas. Carr, Rawlison, Waldron, todos estarían muertos si lo hubiéramos deseado. Los fascistas y los agentes del Gobierno son los únicos que atacan a la gente" (Weir, 1985: 22).

Curiosamente, la retórica fue evolucionando hacia un estilo más agresivo y amenazante. Por ejemplo, el Comunicado 7 decía: "Estamos seguros de que todos los días estos compañeros que permanecen tras las rejas serán vengados […] Incluso si eso significa que algunos de los cerdos [policías] pagarán con su vida" (Weir, 1985: 26); en el Comunicado 9, refiriéndose a algunas personas que habían sido asesinadas por la policía, incluyeron esta amenaza ominosa: "Si asesinan a otro hermano o hermana, la sangre de cerdo correrá por las calles" (Weir, 1985: 28). Sin embargo, esta retórica no se tradujo en violencia letal; los ataques nunca se dirigieron contra blancos humanos. Esto contrasta con la evolución de muchos otros grupos armados que rompieron con su

resistencia inicial a matar personas. De hecho, en su último comunicado, firmado por “la célula Geronimo”, el grupo revisa su trayectoria y reafirma su compromiso de no matar: “En nombre del socialismo, negamos cualquier conexión con quienes cometen actos inhumanos. “Todos los ataques de la angry brigade se han dirigido y se dirigirán contra la propiedad de la clase dirigente” (Vague, 1997: 122-123).

Resulta tentador concluir que la ausencia de letalidad se debió a los principios ideológicos de la Angry Brigade. Sin embargo, es importante recordar que en Italia había grupos del movimiento autónomo con principios similares que, sin embargo, acabaron recurriendo a la violencia letal; con la misma ideología, su práctica en Italia fue más violenta y mortal que la de la Angry Brigade. Algo similar podría decirse de Action Directe en Francia, que compartía muchas de las ideas anarquistas y autónomas de la Angry Brigade, pero que, no obstante, mató a varias personas.

Gran Bretaña tuvo un movimiento de protesta mucho más débil que el resto de países grandes, los estudiantes no eran tan críticos con el sistema educativo, las fuerzas policiales evitaron las formas más duras de represión, ningún manifestante resultó muerto (el movimiento carecía de mártir) y, por último, no llegó a formarse una izquierda extraparlamentaria fuerte. En última instancia, la tradición liberal del Gran Bretaña impidió que el movimiento evolucionara hacia la violencia letal.

3.4. Estados Unidos: los Weather Underground

Los Panteras Negras y sus exhibiciones militaristas ejercieron una fuerte influencia en la imaginación de los revolucionarios estadounidenses blancos. El grupo más grande que trató de emular su espíritu fue la Weather Underground Organization (WUO), un grupo escindido de la principal organización estudiantil, Students for a Democratic Society (SDS). A pesar de que la WUO no mató a nadie, se ha investigado a esta organización minuciosamente, por lo que conocemos su evolución con un grado de detalle envidiable y

desde luego ausente en la mayoría de las otras organizaciones clandestinas. El mero hecho de que un grupo de estudiantes universitarios de clase media buscara reproducir la revolución cubana en el país más desarrollado y poderoso del mundo ha sido un motivo de fascinación para periodistas, historiadores y científicos sociales. Como muestro a continuación, el conocimiento exhaustivo sobre este grupo resulta de gran utilidad, pues se trata de un caso crucial en este análisis comparado.

Algunos de los fundadores de la WUO (David Gilbert, Ted Gold, John Jacobs, Mark Rudd) habían participado en las acciones más audaces de la SDS, como la ocupación de la Universidad de Columbia en la primavera de 1968. Rudd, Jacobs, Bernardine Dohrn, Bill Ayers y otros constituyeron una facción, el Revolutionary Youth Movement (RYM), que se hizo con el control de la SDS durante la convención anual celebrada en Chicago en junio de 1969 (Berger, 2006: cap. 4; Rudd, 2009: cap. 8). En un contexto de total radicalización, se enfrentaron a la facción maoísta (agrupada bajo el nombre de Progressive Labor); mientras que los maoístas descartaban la raza y querían centrarse en el conflicto de clase, el RYM (el embrión de los Weathermen, como se conocía a los integrantes en la WUO) defendía la necesidad de luchar en nombre de los oprimidos, que en Estados Unidos eran, en lo esencial, los miembros de la comunidad afroamericana. Al final de la convención, los militantes del RYM expulsaron del SDS a los maoístas. Inmediatamente después de la reunión, Dohrn y algunos otros volaron a Cuba para reunirse allí con una delegación norvietnamita, con el fin de debatir sobre la formación de un foco revolucionario en el centro del "imperio" (Berger, 2006: 103-104; Burrough, 2015: 173-174).

Los nuevos líderes estaban convencidos de que la violencia ejercida por una vanguardia podría desencadenar una revolución en Estados Unidos. Su plan inmediato era pasar a la ofensiva y organizar los "Días de la Rabia" (Days of Rage) en Chicago en octubre de 1969, reuniendo a miles de seguidores indignados para "ensayar la revolución" en las calles de la ciudad. Cuando llegó el día, se presentaron cientos de personas en lugar de las miles que esperaban (Ayers, 2003: 166): con la policía preparada para los disturbios, se produjo una batalla callejera extremadamente violenta.

Los Days of Rage fueron un fracaso en términos de movilización, pero funcionaron en la práctica como un filtro que seleccionó a aquellos que estaban realmente comprometidos con la protesta violenta[104]. El hecho de que el número de activistas se redujera no llevó a los más radicalizados a rendirse; más bien, lo vieron como la confirmación definitiva de que un pequeño grupo de activistas comprometidos y sin miedo podrían iniciar una revolución[105]. Unas semanas más tarde, a finales de diciembre de 1969, el nuevo SDS, ahora en manos de los Weathermen, celebró su última reunión pública antes de pasar a la clandestinidad. Cerca de 400 activistas asistieron a la convención en Flint, Michigan, en la que se adoptó la nueva estrategia. A partir de los testimonios de algunos de los participantes, sabemos que durante las reuniones se levantaron todas las barreras morales e ideológicas sobre el uso de la violencia sin límites (Gilbert, 2012: 147; Rudd, 2009 188-189; Wilkerson, 2007: 319-321). A la convención de Flint le siguieron días traumáticos de autocrítica y purgas para seleccionar a los que verdaderamente estaban preparados para la vida clandestina y la violencia revolucionaria; en consecuencia, el número de miembros se redujo a unas 150 personas (Burrough, 2015: 87-88; Gilbert, 2012: 123-127). Este proceso de purificación interna se asemeja, aunque de una manera mucho más suave, a los pasos iniciales del Ejército Rojo Unido de Japón, cuando sus miembros se encerraron en una cabaña de montaña para fortalecer su carácter revolucionario y terminaron en un proceso de autodestrucción (véase el capítulo 3).

La WUO puso sobre todo “bombas simbólicas”. El objetivo era sacar a la luz la opresión estadounidense en el exterior (guerra de Vietnam) y en el interior (discriminación de la población afroamericana). Para abrir los ojos de sus conciudadanos, el terrorismo reproduciría la violencia de la guerra de Vietnam en suelo estadounidense. Entre 1970 y 1976, el grupo hizo explotar 15 bombas, muchas de las cuales podrían haber tenido consecuencias letales si hubieran querido. Como Estados Unidos había experimentado muy poco terrorismo interno, estaba mal preparado para este tipo de ataques. Las medidas de seguridad eran inexistentes en muchos edificios. Así, fue bastante fácil para la WUO poner bombas en lugares como la sede del Departamento de Policía de Nueva York (1970), el Capitolio (1971), el Pentágono (1972) y el

Departamento de Estado (1975). En muchos casos, colocaron las bombas en los baños de los edificios.

Como en el caso de la Angry Brigade, ninguno de los atentados causó víctimas mortales. Según uno de los miembros más destacados de la WUO, Bill Ayers,

fue forjándose un consenso en torno a la idea de que nuestras acciones serían más fuertes como símbolos, como inspiración para un número cada vez mayor de personas, como una especie de narración recalentada. […] Sencillamente, no teníamos la intención de dañar a los demás, especialmente a los inocentes, por muy fuerte que habláramos (Ayers, 2003: 206-207).

Este lenguaje suena muy parecido a la Angry Brigade y su deseo expreso de evitar la pérdida de vidas. Sin embargo, la evidencia es más ambigua en este caso. Algunos autores sostienen que la WUO quería matar gente y lo habría hecho si no hubiese sido por la famosa explosión en Nueva York el 6 de marzo de 1970, en la que tres destacados miembros del grupo, Ted Gold, Diana Oughton y Terry Robbins, perdieron sus vidas mientras Robbins manipulaba explosivos en la casa que los padres de Cathy Wilkerson tenían en Greenwich Village (ella también era miembro de WUO). Las bombas que estaba preparando eran para un ataque contra las fuerzas de seguridad, no contra propiedad o infraestructuras. El plan consistía en hacer explotar las bombas durante un baile en una base militar en Fort Dix (Nueva Jersey) (Berger, 2006: 129; Burrough, 2015: 103; Collier y Horowitz, 2006: 98-99). Según Rudd (2009: 194), Robbins le había dicho unos días antes de la explosión: “Vamos a matar a los cerdos en un baile en Fort Dix”.

La muerte de tres miembros clave de la organización fue un shock para todos los activistas. Tras este incidente, el grupo quedó desnortado durante un tiempo. Los colectivos de todo el país permanecieron aislados y fuera de contacto y muchos miembros abandonaron la organización. En una reunión celebrada en California en mayo para discutir la crisis causada por la explosión,

Bernardine Dohrn asumió el liderazgo: declaró explícitamente que la WUO no mataría a nadie, defendió que el plan del atentado de Fort Dix era inaceptable y expulsó a John Jacobs de la organización (Jacobs y Robbins habían sido los miembros más militaristas de la WUO). A partir de ese momento, argumentó, el grupo debería centrarse en objetivos simbólicos y prestar mayor atención a los movimientos sociales (Rudd, 2009: 213-214).

Algunos autores (Berger, 2006: 129-130; Burrough, 2015: cap. 4; Varon, 2004: 152, 174) argumentan que, de no haber sido por la explosión accidental, la WUO habría cometido ataques letales. Burrough (2015: 96) llega incluso a insinuar que la WUO, bajo la supervisión de Dohrn, fue responsable de la muerte de un sargento de policía, Brian McDonnell, el 16 de febrero de 1970, cuando una bomba explotó sin previo aviso. Nunca se reivindicó el ataque. No obstante, la evidencia de la autoría de la WUO es endeble, pues la única información disponible proviene de un informante del FBI.

Para poder evaluar la importancia histórica del incidente de la explosión, es necesario analizar la naturaleza contrafáctica del argumento: este establece que si los tres miembros no hubieran muerto como consecuencia de su propia bomba, el grupo habría matado a personas, igual que lo hizo la Black Liberation Army. El hecho de que durante la reunión de Flint de la SDS se hubiese hablado, con evidentes síntomas de desquiciamiento, del asesinato de bebés como un hecho revolucionario (Berger, 2006: 123; Rudd, 2009: 189) confiere una cierta credibilidad al argumento.

Ahora bien, sin cuestionar los datos que dan verosimilitud a los planes de Terry Robbins de matar gente en Fort Dix, bien podría haber sucedido que la WUO no llegara a usar la violencia letal, incluso aunque no hubiera sucedido la muerte de los tres activistas. A la vista de lo que tuvo lugar después, es evidente que la escalada militarista promovida por Jacobs y Robbins representaba una posición minoritaria dentro de la WUO. La tragedia de Greenwich Village fue una oportunidad para superar la tentación de matar. La mayoría de los miembros de la WUO apoyaron a Dohrn en su intento de seguir una estrategia proactiva pero no letal. Al fin y al cabo, tanto la explosión accidental como el plan de matar en Fort Dix tuvieron lugar al comienzo del periodo de clandestinidad,

cuando el alcance y la orientación de la lucha armada estaban aún por definir. Por lo demás, el hecho de que Robbins estuviera decidido a hacer estallar las bombas en Fort Dix no significa necesariamente que el plan se fuera a llevar a cabo. Incluso sin la explosión de la bomba, podrían haber surgido muchos obstáculos que habrían impedido que el plan siguiera adelante (por ejemplo, dudas de última hora, desacuerdos internos, problemas logísticos, etc.) O, por decirlo de otra manera, el "milagro" no es que la WUO no llevara a cabo el ataque de Fort Dix, evitando así un patrón de violencia letal como el que hemos analizado en otros casos mayores y menores de terrorismo revolucionario; más bien, el "milagro" habría sido que una organización como la WUO, en un país como Estados Unidos, hubiese optado por la violencia mortal.

Para justificar esta interpretación, parece crucial situar a la WUO en un contexto más amplio, comparando la organización primero con otros grupos norteamericanos y luego con grupos de otros países. Así, la resistencia de la WUO a los ataques letales es coherente con el perfil estratégico de otros grupos estadounidenses blancos que no pasaron por una experiencia traumática como la explosión de Greenwich Village pero, a pesar de ello, también se abstuvieron de la violencia letal: este fue el caso, por ejemplo, de la campaña de bombas de Sam "Mad Bomber" Melville en 1969: Pickering (2007: 46) muestra la preocupación de Melville por evitar las bajas humanas. La compañera de Melville, Jane Arper, que fue entrevistada por Daniel Cohn-Bendit (1986) para un documental sobre el movimiento del 68, insistió en las prevenciones que adoptaron (poner bombas solo por la noche, avisar previamente de la explosión, etc.) para no herir a nadie. La WUO no fue tan diferente de Melville y Arper en sus planteamientos sobre la lucha armada. Pero lo mismo podría decirse del New World Liberation Front, el grupo que puso un mayor número de bombas en Estados Unidos (Burrough, 2015: 309, 355).

Además, si ampliamos la comparación a otros países, ya hemos visto varios ejemplos de grupos armados en otros países (Canadá, Francia, el Reino Unido) que renunciaron a la violencia letal desde el principio. Así, parece más coherente considerar que la decisión de la WUO de no matar no se debió a un incidente casual (la detonación accidental de material explosivo), sino a la tendencia

general de los grupos revolucionarios que observamos en países que siguieron la vía liberal en el periodo de entreguerras. No hay base para defender una especie de excepcionalismo con respecto a la WUO, como si la WUO fuera radicalmente diferente de los otros grupos revolucionarios no letales.

Por último, siguiendo mi hipótesis principal, hay una explicación alternativa de la ausencia de atentados mortales más simple que la del "shock de Greenwich Village": las limitaciones procedentes de la comunidad de apoyo. Había poco entusiasmo por los asesinatos dentro de los círculos (blancos) radicales de izquierda; por lo tanto, los miembros de la WUO eran conscientes de que tácticas extremas como asesinar a policías habrían alejado a muchos participantes del "movimiento". Falciola (2016), en el análisis más completo de este asunto hasta la fecha, proporciona una amplia evidencia cualitativa de que la razón más poderosa para el autocontrol fue la reticencia de la comunidad de apoyo hacia la violencia letal (véase también Berger, 2006: 130)[106]. Para Falciola (2016: 13), el suceso de Greenwich Village podría interpretarse como un "catalizador" del debate sobre la estrategia, pero la conclusión, por así decirlo, estuvo predeterminada por el contexto en el que nació la WUO. El contrafáctico implícito en este argumento alternativo es que incluso si Robbins hubiera tenido éxito en su plan de matar a varios oficiales en el baile de Fort Dix, la WUO no habría seguido el camino de otras organizaciones letales (como la RAF, el GRAPO, Brigate Rosse, etc.); más bien, su evolución se habría parecido a la de la Angry Brigade.

Este contrafáctico encuentra cierto apoyo empírico en la reacción de la comunidad radical al único asesinato intencionado cometido por el Symbionese Liberation Army (SLA), fundado en 1973 por un preso fugitivo, Donald De Freeze. Si bien De Freeze era negro, la gran mayoría de los miembros del SLA eran blancos y el grupo no luchó por la liberación de la comunidad afroamericana. La organización se hizo mundialmente famosa por el secuestro de Patty Hearst en 1974, pero la razón por la que menciono ahora el SLA es porque el 6 de noviembre de 1973 mató intencionadamente a Marcus Foster, el director de una escuela negra, en Oakland (el SLA alegó que Foster era un "fascista", puesto que quería introducir tarjetas de identificación en las escuelas). Burrough (2015: 280)

comenta la reacción al asesinato de Foster en estos términos:

Lejos de provocar la aclamación de los grupos radicales de la Bay Area, el asesinato de Foster provocó una condena casi universal. Los líderes negros denunciaron el asesinato de uno de los suyos; miles de personas asistieron a los tres funerales celebrados. Los Panteras condenaron el "asesinato brutal y sin sentido" e inicialmente sugirieron que "poderosos elementos fascistas" estaban detrás de él.

El SLA no mató intencionadamente a nadie más después de Foster; la única otra víctima fue Myrna Opshal, quien murió durante un robo de la organización a un banco. Tiene sentido, por tanto, suponer que si la WUO hubiera matado a uno o varios militares en Fort Dix, la reacción negativa de la comunidad también habría inducido a la WUO a no matar a nadie más.

El caso del SLA muestra que el poder de la llamada path dependence ("dependencia de la trayectoria") es limitado en los grupos terroristas revolucionarios. Si añadimos otros casos de atentados mortales sin continuidad (los de las Cellules Communistes Combattantes en Bélgica y el de Blekingegade en Dinamarca), podemos concluir que un asesinato inicial no conduce necesariamente a una campaña de atentados letales sostenida en el tiempo. Esto es importante para eliminar la sospecha de que los casos negativos se deben simplemente al hecho de que, por razones puramente accidentales o contingentes, no hubo un primer asesinato. Esta objeción parte del supuesto de que si hubiera habido una muerte inicial, los casos negativos grupos habrían evolucionado de la misma manera que los grupos plenamente letales examinados en el capítulo 3. Sin embargo, tras considerar todos los hechos relevantes, parece que la asociación entre casos negativos (grupos armados no letales) y un pasado democrático sin quiebra no es fortuita.

4. Represión y autoritarismo en el pasado

En las secciones anteriores hemos visto (i) que la izquierda radical era más fuerte en los países que siguieron el patrón no liberal en los años de entreguerras y (ii) que todos los casos negativos se concentran en países donde la democracia sobrevivió a la agitación de las décadas de 1920 y 1930. La presencia de casos negativos arroja algo de luz sobre los mecanismos de largo plazo que explican la asociación entre los acontecimientos de entreguerras y el terrorismo revolucionario. Según el argumento, los grupos armados de los países liberales no cometieron ataques letales porque la comunidad de apoyo no aprobaba atentados mortales. En estos países, la izquierda radical era más débil. En esta sección final trato de mostrar que una razón importante por la que la comunidad de apoyo tuvo actitudes algo menos extremistas en los países con pasado liberal consiste en la legitimidad del Estado. La legitimidad, huelga decirlo, es un concepto esquivo cuya operacionalización es siempre problemática. Aquí me aproximo a la legitimidad de forma indirecta, analizando las reacciones de la izquierda radical ante episodios de represión estatal. La represión de la protesta, según el argumento que voy a defender, es una prueba de fuego para la legitimidad del Estado. En países con baja legitimidad estatal, la represión puede conducir a un mayor extremismo y, finalmente, a violencia letal.

La represión fue un elemento crucial en los movimientos de protesta de finales de la década de 1960. Las fuerzas policiales no estaban capacitadas para contener las formas novedosas de protesta, por lo que reaccionaron en muchos casos de modo poco proporcional ante el alcance de la amenaza que planteaban los estudiantes. Por otro lado, la represión tuvo como consecuencia, pretendida o no, eso es igual ahora, la disuasión de los moderados, que fueron abandonando el movimiento. Aunque la represión estuvo presente en todos los países que experimentaron protestas, hubo una importante variación entre países en los niveles de represión.

Utilizando el indicador de represión policial que presenté en el capítulo 5 (manifestantes asesinados por las fuerzas de seguridad en el ciclo de movilización de 1967-72), los dos países más represivos fueron Italia y España, que son también los dos países en los que el terrorismo revolucionario tuvo una mayor letalidad. Según señalé en el capítulo 5, en todos los países en los que la policía mató al menos a un manifestante, hubo terrorismo letal (Italia, España, Estados Unidos, Francia, Alemania y Japón). Curiosamente, Grecia y Portugal, los otros dos países con terrorismo letal, tenían dictaduras en ese momento, pero ningún manifestante murió a causa de la represión policial. En el caso de Grecia, la gran masacre de la Politécnica tuvo lugar fuera del periodo definido 1967-72, el 17 de noviembre de 1973, con 20 muertos (Kornetis, 2013: 273). En el caso de Portugal, la dictadura fue notablemente menos dura que la de España (Palacios, 2008: cap. 15).

La correlación entre la represión letal en 1967-72 y el factor de entreguerras es -0,47, significativo al 6% (los países más liberales en el periodo de entreguerras fueron menos represivos en 1967-72). En los países en los que la democracia colapsó entre 1918 y 1939, el promedio de manifestantes asesinados por la policía fue de 3,3, mientras que en los países donde la democracia sobrevivió, el promedio fue de solo 0,8. Evidentemente, la asociación sería más fuerte si contáramos los asesinatos del Politécnico en Grecia.

Sin embargo, según la tesis que quiero defender ahora, la clave no reside solamente en el número de muertes, sino también en la forma en la que la izquierda radical interpretó las muertes causadas por la policía. El marco de interpretación de los episodios de represión fatal era bastante diferente según la historia política de los países. En países con un pasado no liberal, la represión se tomó como prueba definitiva de que el carácter autoritario del Estado no se había desvanecido por completo. Esta interpretación, en cambio, no llegó muy lejos en países plenamente liberales.

En los países con un pasado no liberal, la izquierda radical sospechaba de la autenticidad de la democracia. Muchos en sus filas creían que persistían elementos de autoritarismo en las democracias de posguerra. Cuando el Estado reprimió las protestas de finales de la década de 1960, fue tentador tomar esa represión como

confirmación de la tesis de que la democracia era una farsa. Este tipo de juicio no tuvo lugar en la izquierda radical de los países liberales con una trayectoria democrática larga y continua. La represión, con todo, se dio y fue denunciada por la izquierda (Falciola, 2018: 199), pero la acusación de que el Estado era fascista o autoritario no tenía demasiado poder de convicción.

De esta manera, la hipótesis general establece que la represión estatal desencadena diferentes respuestas en función de marcos políticos en gran medida conformados por la historia (Della Porta, 1995: 158, 194; Fritzsche, 1989; Katzenstein, 1998). Como ha escrito Wolin (2010: 353), "la presencia del pasado fascista influyó en las percepciones políticas en varios aspectos cruciales. Desalentó la moderación y alentó una cultura de extremismo político".

La comparación entre Estados Unidos y Alemania resulta bastante reveladora. Alemania, a pesar de su pasado autoritario, tuvo muy poca represión letal. En realidad, solo hubo una muerte causada por las fuerzas de seguridad a finales de los sesenta: la de Benno Ohnesorg el 2 de junio de 1967. Dos personas más murieron durante las protestas organizadas tras el fallido atentado contra la vida de Rudi Dutschke, pero nunca se ha probado que fueran las fuerzas de seguridad las autoras. Esto contrasta con las 12 personas asesinadas entre 1967 y 1972 por las fuerzas de seguridad estadounidenses. Según Goldstein (2001), los años 1967-71 estuvieron entre los peores del siglo XX en Estados Unidos en cuanto a represión, siendo solo comparables a los periodos 1917-20 y 1947-54. Además, la Administración norteamericana participó en operaciones secretas contra miembros de los Panteras Negras. De hecho, el programa COINTELPRO consiguió acabar con los Panteras y varios otros grupos antisistema (Churchill y Wall, 2002a y 2002b). Es cierto, por lo demás, que el parlamento alemán aprobó la ominosa Ley de Poderes de Emergencia (Notstandgesetze) en 1968, durante el mandato de la gran coalición entre conservadores y socialdemócratas, lo que generó una considerable protesta y alarma sobre garantías democráticas, pero esto fue, al menos, un acto legal comparado con el uso del FBI para operaciones encubiertas contra disidentes. A pesar de que el Estado norteamericano se comportó de manera más represiva que el alemán, el terrorismo en Alemania fue considerablemente mayor

que en Estados Unidos[107]. Y las justificaciones del terrorismo en Alemania se derivaron de la interpretación peculiar que los activistas de la izquierda radical hicieron de la represión.

El asesinato de Ohnesorg fue un hito histórico, un suceso crítico que abrió los ojos de muchos en la izquierda radical (Aust, 2008: 27; Smith y Moncourt, 2009: 33). Günter Grass dijo que la muerte de Ohnesorg fue "el primer asesinato político en la República Federal" (Varon, 2004: 39). Según Aust, al acabar el día fatídico, muchos manifestantes se reunieron para discutir la reacción a la muerte del estudiante; Gudrun Ensslin, quien acabaría siendo una de los fundadores de la RAF, pronunció estas palabras: "Este Estado fascista quiere matarnos a todos. Debemos organizar la resistencia. La violencia es la única forma de responder a la violencia. ¡Esta es la generación de Auschwitz y no hay posibilidad de razonar con ellos!" (Aust, 2008: 27). El grupo terrorista Movimiento 2 de Junio adoptó ese nombre por la fecha de la muerte de Ohnesorg. Uno de sus fundadores, Bommi Baumann, escribió esto en sus memorias: "Entonces Ohnesorg y Rudi [Dutschke] —la tendencia del aparato estatal a demostrar que tenía la determinación de hacer lo que fuese necesario—. Sabíamos que si se le tocaba por cualquier sitio, volvería a mostrar su rostro fascista" (1978: 46). En la misma dirección, cuando un miembro de la RAF reflexionaba en 1978 sobre la muerte de los tres líderes del grupo en la prisión de Stammheim en 1977, utilizaba estos términos: era "la confirmación de que el fascismo ahora se había disparado de forma clara" (Della Porta, 1995: 160).

Respecto al secuestro de Schleyer en 1977, los autores del comunicado final de la RAF ("La guerrilla urbana es historia", 1998) escribieron:

Los miembros del Gabinete de Crisis, algunos de ellos con experiencia militar, reaccionaron en el 77 siguiendo el mismo patrón que los nazis —aunque estos lo hicieron en unas dimensiones mucho más salvajes— a fin de no dejar emerger o para exterminar luchas anticapitalistas y antifascistas. Bajo el fascismo nazi, al igual que en 1977, las políticas del Estado estaban dirigidas a eliminar cualquier espacio entre, por un lado, la lealtad total al

Estado en una situación de emergencia, y la represión, por el otro (Wisniewski, 2002: 47)

Incluso la Ley de Poderes de Emergencia fue interpretada por algunos en la misma línea. La reacción de un destacado intelectual participante en el movimiento del 68, Hans-Jürgen Krahl, es bastante elocuente:

La democracia en Alemania está acabada. A través del activismo político tenemos que formar una base amplia y militante de resistencia contra estos desarrollos, que bien podrían llevarnos a la guerra y los campos de concentración. Nuestra lucha contra el Estado autoritario de hoy puede prevenir el fascismo del mañana (Smith y Moncourt, 2009: 39).

En general, este tipo de reacción tuvo una mayor difusión y verosimilitud en países con un pasado no liberal. Por ejemplo, en países que habían hecho recientemente la transición a la democracia, los grupos armados justificaron su violencia alegando que la transición fue puramente superficial y no tocó el núcleo autoritario de la estructura del poder, o que el cambio democrático había sido bloqueado, o traicionado. El primer tipo de justificación se puede encontrar en España y Grecia. Un destacado militante del GRAPO describe los años de la transición en estos términos: "Fueron [los años] del inicio de la 'transición', los del intento de un lavado de cara de las viejas formas de dominación fascista, a las que vistieron con un ropaje seudodemocrático" (Brotons, 2002: 161). En la misma línea, la organización concluyó que el referéndum constitucional de diciembre de 1978 no fue sino "la legalización definitiva del fascismo" (Castro, 2009: 51). En Grecia, una de las principales justificaciones de la lucha armada fueron las sentencias leves que recibieron en 1975 los funcionarios responsables de torturas durante la Junta de los Coroneles (Kiesling, 2014: 52; Kornetis, 2013: 299-300). Para la izquierda radical, el proceso de "desjuntificación" no fue lo suficientemente profundo, pues el

personal y las estructuras del periodo de la dictadura sobrevivieron al cambio político.

En Portugal, en cambio, la retórica fue bastante diferente, ya que el país había atravesado un periodo verdaderamente revolucionario en 1974. FP-25A creía que el espíritu de la revolución de 1974 se había diluido y había sido reemplazado por un orden burgués liberal (Barra da Costa, 2004: 57).

El caso italiano es quizás el más interesante para el análisis de la interacción entre la represión estatal y la trayectoria política anterior. Por un lado, podemos encontrar los relatos típicos sobre la naturaleza intransigente del Estado italiano, que son muy similares a los de otros países con un pasado autoritario. Así, Alberto Franceschini explica en una larga entrevista cómo se convenció de que la democracia italiana no era real. El 7 de julio de 1960, cuando Franceschini tenía 13 años, la policía mató a cinco jóvenes comunistas que participaban en una protesta contra el Gobierno de Tambroni, que en ese momento contaba con el apoyo del partido neofascista MSI (Movimento Sociale Italiano). Franceschini conocía a una de las víctimas. Aquel suceso, por así decir, le abrió los ojos y le sirvió para concluir que la democracia era solo una ilusión; en sus palabras, "si no molestas al sistema, el sistema te deja sobrevivir, pero si realmente tratas de cambiar las cosas, te disparan" (Fasanella y Franceschini, 2004: 27).

Italia es un caso bastante especial porque es el único en el que la amenaza del fascismo no era del todo imaginaria. De hecho, hubo un intento de golpe en 1964 (la sociedad italiana solo se enteró en 1967), cuando el general Giovanni De Lorenzo, jefe de los Carabinieri, en estrecha colaboración con la Red Gladio de la OTAN, movilizó algunas tropas para tomar el poder (Ganser, 2005: 71-73; Ginsborg, 2003: 276-278). El entonces primer ministro, Aldo Moro, se reunió con De Lorenzo, se produjo una crisis de gobierno y los socialistas fueron expulsados del gabinete. En 1970, hubo un segundo intento de golpe (Operación Tora Tora), liderado por Junio Valerio Borghese, un conocido fascista. El golpe fue misteriosamente abortado una vez iniciado[108].

Como se mencionó anteriormente, la masacre de Piazza Fontana tuvo una enorme influencia en la izquierda radical. Los temores

sobre una involución fascista no eran tan descabellados como en otros países de pasado autoritario. Tras la bomba de Piazza Fontana, Giangiacomo Feltrinelli pasó a la clandestinidad. Estaba convencido de que el fascismo regresaba a Italia a través de un golpe. Feltrinelli pensó que una vez que triunfara el golpe, la única respuesta efectiva sería la actividad guerrillera. Su reacción inmediata consistió en establecer una analogía entre el atentado y la quema del Reichstag (Feltrinelli, 2002: 289). La persistencia de la memoria de la Resistencia en Italia sirvió para destacar la continuidad de la lucha antifascista: décadas después, el fascismo seguía siendo el enemigo a combatir.

Según Sergio Segio, uno de los líderes de Prima Linea, había pistas suficientes en la política italiana como para concluir que en el núcleo del Estado se escondían elementos fascistas. En sus propias palabras, "la democracia y la legalidad constitucional y republicana eran, en este sentido, una fachada hipócrita y formal" (Novelli y Tranfaglia, 1988: 211).

En países sin rupturas democráticas, no se cuestionó apenas la naturaleza democrática del Estado y, cuando se hizo, fue de forma más bien retórica e intrascendente. Los actos de represión, aunque fueran duros y excesivos, como en el caso de Estados Unidos, no se interpretaron como confirmación última de que la democracia era una mera fachada; la posibilidad de un golpe de Estado o de una involución fascista era remota, si no totalmente impensable. En estos países, la violencia letal era más difícil de justificar antes quienes poseían visiones más radicales de la política. De ahí que los grupos que optaron por la lucha armada no llegaran a matar a nadie. En su explicación de la notable ausencia de violencia revolucionaria letal en los Países Bajos, De Graaf y Malkki ilustran el mecanismo de una manera bastante concluyente: "A diferencia de sus camaradas alemanes e italianos, ellos [los militantes holandeses] no podían presentar una generación de padres fascistas o un Gobierno particularmente conservador, represivo o corrupto al que enfrentarse" (2010: 630).

La opción de la violencia terrorista letal solo fue viable en países que habían seguido el patrón no liberal. Estos Estados tenían un déficit de legitimidad a los ojos de la izquierda más radical. Un

número suficientemente grande de activistas radicales comprendió o justificó la necesidad de una confrontación total con el Estado, incluso si esto implicaba matar personas. Para los radicales de los países no liberales, el Estado no fue capaz de separarse completamente de su pasado político.

Los miembros de las organizaciones clandestinas en los países de tradición no liberal eran conscientes de que tenían una base social de apoyo que no se vería alienada por el uso de la violencia letal. Se trataba, ciertamente, de un grupo marginal, pero, no obstante, lo suficientemente grande como para permitir que los terroristas sobrevivieran como organización clandestina. El número reducido de simpatizantes limitó sus posibilidades de expansión, pero aseguró al menos un contingente de voluntarios dispuestos a pasar a la clandestinidad. Por el contrario, en los países plenamente liberales, la violencia letal estuvo condenada al fracaso desde el primer momento.

Conviene aclarar que no estoy afirmando que el Estado fuera percibido como autoritario por el grueso de la sociedad. El asunto se circunscribía a quienes compartían la cultura de la izquierda radical, cultura que, en buena medida, revivió gracias a las movilizaciones de finales de los sesenta. Para los radicales de los países no liberales, el Estado cargaba con el estigma del autoritarismo y cualquier acto de represión política se interpretaba como una confirmación de las tesis sobre la condición defectuosa de la democracia.

5. Conclusiones

Como señalé al comienzo del capítulo, la identificación de los mecanismos que vinculan los patrones de desarrollo de entreguerras y el terrorismo revolucionario en 1970-2000 es particularmente difícil dado el diferente estatus ontológico de los dos fenómenos (macro y micro respectivamente). Para superar esta dificultad, me he centrado en una característica del periodo de entreguerras que tuvo consecuencias duraderas y permaneció en la conciencia de la izquierda: el colapso de la democracia. Precisamente porque desempeñó un papel tan destacado en la imaginación política de la izquierda radical, nos permite establecer una conexión entre los acontecimientos de entreguerras y la violencia armada algunas décadas después.

Según el argumento que he presentado en estas páginas, en los países en los que la democracia quebró, la izquierda radical era más fuerte. El compromiso de clase demostró ser inviable en el periodo de entreguerras: la emancipación de la clase trabajadora fue un desafío inmanejable para el sistema. Se trataba, por tanto, de países en los que la política antes de la Segunda Guerra Mundial estaba dominada por la polarización y el radicalismo. La izquierda radical concluyó que la reforma era inviable; solo la revolución podría traer cambios. Cuando triunfó el autoritarismo de derecha, la izquierda radical sufrió una dura represión, pero se recuperó gracias a su papel en la resistencia contra el nazismo y el fascismo. Aunque la democracia liberal regresó después de la Segunda Guerra Mundial en varios de los países no liberales (en Austria, Alemania, Italia y Japón), el Estado en el grupo no liberal sufrió una baja legitimidad a los ojos de los izquierdistas radicales. Lo mismo vale, por supuesto, para los tres países en los que el autoritarismo se prolongó hasta mediados de la década de 1970 (Grecia, Portugal y España). La opción de la violencia letal era más aceptable para las filas de la izquierda radical en países en los que, incluso si el régimen cambió en una dirección democrática, el Estado podía

asociarse a la estructura represiva del antiguo periodo autoritario.

La diferente legitimidad del Estado en los dos tipos de países permite explicar la regularidad sorprendente en la distribución de los casos negativos: los grupos terroristas que renunciaron a matar se concentran todos en países en los que la democracia sobrevivió a los conflictos del periodo de entreguerras. En los países plenamente liberales, quienes apoyaban la violencia armada entendían que la destrucción de vidas humanas iba más allá de lo que era aceptable en la lucha contra el sistema. Debido a las limitaciones impuestas por la comunidad de apoyo, los terroristas tuvieron que limitarse a realizar ataques contra la propiedad.

Que la legitimidad estatal fue un factor clave en la espiral de violencia se muestra en la forma tan distinta en que la izquierda radical reaccionó ante la represión letal de la protesta. La represión se interpretó de formas diversas dependiendo de la trayectoria política del país. En países con un pasado autoritario, la muerte de manifestantes en el ciclo de movilización 1967-72 fue para los radicales la confirmación definitiva de la condición autoritaria del Estado, en el que la democracia era simplemente una fachada. Incluso una sola muerte causada por la policía, como ocurrió en Alemania, fue suficiente para levantar sospechas sobre la presencia de elementos fascistas en el aparato estatal. Por el contrario, en un país plenamente liberal como Estados Unidos, la represión extremadamente brutal de la protesta no condujo a una respuesta letal excepto en el caso del Black Liberation Army.

La conclusión que se puede extraer es que el déficit de legitimidad del Estado en países con un pasado no liberal facilitó el paso trascendental de matar personas. Los terroristas, en estas circunstancias, asumieron que podían emplear la violencia extremista total y mantener un mínimo de apoyo social.

CAPÍTULO 7

INDIVIDUALISMO, MODERNIZACIÓN Y VIOLENCIA

1. Introducción

En los dos capítulos anteriores he argumentado que los desarrollos no liberales del periodo de entreguerras crearon condiciones favorables para el surgimiento de la violencia política; la "chispa" fue la protesta estudiantil y laboral de fines de la década de 1960. Estos desarrollos podrían resumirse de la siguiente manera: la clase trabajadora no estaba completamente integrada en el sistema; no se logró un compromiso de clase; las elites terratenientes y conservadoras preferían el autoritarismo de derecha a la inclusión del socialismo en el sistema; y la izquierda fue, en general, más radical e intransigente. Cuando la protesta estudiantil se extendió a fines de la década de 1960, los radicales en los países no liberales adoptaron tácticas extremistas, reproduciendo la polarización política y la falta de compromiso de épocas anteriores.

Aunque en el capítulo 1 proporcioné varias razones por las que deberíamos considerar crucial el periodo de entreguerras, cabe preguntarse por qué la explicación histórica se detiene en ese periodo. Luebbert (1991), a este respecto, sostuvo que los países en los que la democracia sobrevivió en los años de entreguerras fueron aquellos con una tradición liberal más larga antes de la Primera Guerra Mundial, suponiendo así que las trayectorias a largo plazo son importantes. De hecho, podemos rastrear diferencias relevantes con respecto al liberalismo en un pasado mucho más remoto. Una breve referencia a las raíces históricas del parlamentarismo servirá como ilustración. A partir del siglo XII, los parlamentos se extendieron por toda Europa (Stasavage, 2011; Van Zanden et al., 2012). Curiosamente, los primeros parlamentos se crearon en el sur de Europa (España, Francia e Italia) y llegaron más tarde a los países del norte. Después de 1500, el absolutismo triunfó en España y Francia, suprimiéndose u olvidándose la institución del parlamento. En los países del norte, sin embargo, los parlamentos se mantuvieron. La divergencia alcanzó el máximo en el siglo XVIII. Aprovechándome de esta mayor variación entre países, he utilizado el índice de actividad parlamentaria (número de años en los que el parlamento celebró sesiones) durante el siglo XVIII calculado a

partir de los datos de Van Zanden et al. (2012)[109]. En la base hay datos de 14 países, pero he agregado información con los casos de Canadá, Japón y Estados Unidos (no es posible hacerlo con las colonias británicas en Oceanía)[110]. A pesar del número tan bajo de observaciones, la correlación entre la actividad parlamentaria y el factor de entreguerras es 0,61 (significativa al 5%); los países con actividad parlamentaria más intensa en el XVIII son más propensos a adoptar formas liberales durante los años de entreguerras; por el contrario, los países sin actividad parlamentaria o con actividad baja, acabaron siguiendo el patrón no liberal. Más sorprendente aún, la correlación entre la intensidad del terrorismo en 1970-2000 y la actividad parlamentaria en el siglo XVIII es -0,53 (también significativa al 5%). En un análisis de regresión de la intensidad de terrorismo con el tamaño de la población en 1970 y la actividad parlamentaria en el siglo XVIII, ambas variables independientes son poderosamente significativas, produciendo un R^2 de 0,73 ($n = 17$)[111]. Los orígenes del liberalismo, por lo tanto, parecen ser relevantes para comprender la divergencia del periodo de entreguerras y, en última instancia, la variación en el terrorismo revolucionario después de las protestas del 68.

En este capítulo final presento una conjetura audaz que arroja luz tanto sobre los acontecimientos de entreguerras como sobre la ola de terrorismo revolucionario. Ambos fenómenos, a pesar de tener un estatus ontológico muy diferente (véase el capítulo 6), pueden tomarse como elementos de un proceso de cambio histórico considerablemente más amplio. A continuación, argumentaré que tanto los desarrollos de entreguerras como el terrorismo revolucionario pueden entenderse como manifestaciones de procesos más profundos de cambio histórico. En ese sentido, trataré de mostrar que el terrorismo revolucionario puede interpretarse como un síntoma tardío (y menor) de las tensiones que provoca la modernización.

El argumento gira en torno al individualismo. Presentada de la manera más sintética posible, la idea principal es que las sociedades en las que el individualismo estaba más extendido en tiempos remotos, la industrialización, el capitalismo y la democracia encontraron menos resistencia que en las sociedades en las que el individualismo era débil o inexistente. Es decir, las sociedades de

orientación más individualista estaban mejor preparadas para las transformaciones económicas y políticas provocadas por la modernización. Por el contrario, en sociedades más colectivistas o comunitarias, la modernización generó conflictos, inestabilidad política y formas menos puras de capitalismo. Asimismo, la modernización llegó antes en sociedades en las que la autonomía del individuo estaba más desarrollada y mejor protegida.

En las condiciones extremas del periodo de entreguerras, las ondas sísmicas de la modernización se sintieron con más fuerza en los países que carecían de un individualismo sólido. Gran Bretaña atravesó tiempos económicos difíciles, pero el conflicto más serio al que tuvo que enfrentarse fue la huelga general de 1926; en cambio, los países con un individualismo más débil sucumbieron a la guerra civil, los levantamientos revolucionarios, los golpes de Estado y el autoritarismo. Aunque las condiciones de principios de la década de 1970 eran ciertamente diferentes, pues los países estaban convergiendo económica y políticamente, los sucesos relacionados con el ciclo de protesta del 68 reprodujeron las diferencias del periodo de entreguerras: en los países con un individualismo más débil, la protesta se convirtió en terrorismo revolucionario.

Para defender esta tesis, voy a comenzar con una breve exploración conceptual sobre el significado y los orígenes históricos del individualismo. Continúo con una revisión de los intentos que se han realizado para medir el individualismo con base en datos de encuesta, mostrando la fuerte asociación entre los indicadores nacionales de individualismo y tanto el factor de entreguerras como la intensidad del terrorismo revolucionario. Por supuesto, se puede argumentar que las actitudes que miden las encuestas son resultado de procesos políticos y económicos prolongados como los que estoy tratando de explicar. Si algunas sociedades muestran un individualismo más fuerte que otras es simplemente, como dice la objeción, porque el liberalismo político y económico ha funcionado durante más tiempo en esas sociedades. En respuesta a esta objeción, proporciono otros tipos de evidencia empírica que no se ven afectados por el problema. En concreto, utilizo datos sobre la estructura familiar y las reglas gramaticales de los idiomas nacionales que reflejan la autonomía de la que goza el individuo. Dado que tanto la estructura familiar como las reglas gramaticales

se establecieron en la época medieval, si no antes, podemos considerar que estas variables son, a todos los efectos, exógenas. "Instrumentando" el individualismo con estas variables exógenas, muestro el efecto del individualismo tanto en el terrorismo revolucionario letal como en el patrón de desarrollo liberal/no liberal. En general, los resultados apuntan a un efecto importante del individualismo.

2. Individualismo

En un análisis profundo e incisivo, Lukes (2006 [1973]) considera que el individualismo está íntimamente conectado con los valores de igualdad y libertad. La principal premisa del individualismo es que todos los individuos son iguales, en el sentido de que todos merecen respeto por igual, simplemente por el hecho de ser seres humanos. El máximo respeto por el individuo, según la doctrina clásica de Kant, consiste en tratar a los individuos como si fueran fines en sí mismos y no medios para algún fin posterior. Esto supone el principio de igual dignidad de todas las personas, como se refleja en el artículo 1 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos". A su vez, el individuo es libre cuando se cumplen varias condiciones: el individuo tiene autonomía (es un agente libre, con capacidad de elección), el individuo disfruta de cierto grado de privacidad, de modo que ninguna instancia externa puede interferir en sus decisiones, y el individuo tiene la capacidad de autodeterminarse.

Esta concepción ideal del individuo es fruto de la maduración de siglos de cambio social e intelectual[112]. La mayoría de las sociedades primitivas son colectivistas (u holísticas) por naturaleza: el individuo está subordinado a las necesidades de los grupos (familia, clan, casta, gremio, etc.) y, en última instancia, al conjunto social. En las sociedades individualistas, la persona tiene una mayor responsabilidad sobre su vida, puede tomar decisiones con cierto grado de libertad, sin verse obligada a hacer lo que otros esperan de ella.

Aunque hoy damos por sentado el individualismo, su génesis histórica ha sido larga y tortuosa. A muy largo plazo, se puede observar el paso de sociedades colectivistas a individualistas en casi todas partes, pero cuando nos centramos en periodos de tiempo más cortos, todo el proceso aparece lleno de meandros, incoherencias y

retrocesos, tanto histórica como geográficamente. Algunas sociedades evolucionaron más rápido que otras por lo que toca al individualismo. Si pensamos, por ejemplo, en la Antigüedad clásica, el individualismo ganó predominio durante el periodo helenístico, cuando filósofos de diferentes convicciones concibieron a la persona como separada del medio social (Dumont, 1986: 29), pero esta tendencia se detuvo con la expansión del cristianismo, aunque posteriormente las doctrinas helenísticas sobre el individuo fueron finalmente absorbidas y procesadas en la doctrina sobre la Ley Natural.

La gran transformación se percibe con especial claridad en la evolución de la reflexión filosófica. Si pensamos en la filosofía como la realización más elaborada del espíritu de la época, el individuo se convierte indiscutiblemente en una piedra angular en los siglos XVII y XVIII (aunque los cambios son perceptibles al menos desde el Renacimiento). En filosofía moral, la tesis de que la obligación deriva de nuestra subordinación a Dios es reemplazada por la tesis de que la obligación es el resultado de la autodeterminación racional del individuo. En filosofía política, el contractualismo se convierte en el enfoque dominante: la base de la sociedad se basa en individuos presociales que deciden libre y racionalmente crear un orden social a través de un pacto. En teoría del conocimiento, el problema cartesiano consiste en cómo asegurarnos de la existencia del mundo si partimos de la constitución racional del individuo, suponiendo una separación total entre sujeto y objeto.

Desde una perspectiva sociológica, el individualismo está indisolublemente ligado al proceso civilizatorio que Norbet Elias (2000) reconstruyó con tanta agudeza. El aspecto más interesante de su teoría en el contexto actual es la realimentación constante entre el orden social y la constitución psicológica del individuo. La posibilidad de actuar racionalmente, en el sentido contemporáneo de la palabra, es decir, la elección después de una cuidadosa reflexión sobre las consecuencias que los distintos cursos de acción tienen para los intereses del individuo, ponderando el futuro y eliminando impulsos emocionales que solo pueden ser satisfechos en el corto plazo, se deriva de las transformaciones políticas y sociales que tienen lugar con el surgimiento del Estado moderno. Gracias al monopolio de la violencia que posee el Estado, las

personas pueden ahorrar el tiempo y los recursos que antes empleaban tratando de procurarse protección o paz para sí mismos. En la etapa precivilizatoria, la persona está expuesta a muchos tipos de violencia posible; la incertidumbre resultante impide la formación de proyectos de vida o cálculos a largo plazo. La autoridad central del Estado posibilita comportamientos que resultaban imposibles en tiempos de inseguridad elevada. Gracias a la autoridad del Estado moderno, la estructura social se vuelve más compleja y por tanto las funciones sociales son cada vez más variadas y especializadas, todo lo cual requiere un mayor esfuerzo en la coordinación e integración de las diversas esferas de la vida social. El proceso de adaptación a la complejidad creciente de la sociedad solo es posible mediante periodos más largos de socialización en los que el individuo adquiere autocontrol en un grado que era inconcebible en el pasado no civilizado. Como es bien sabido, Elias rastrea los orígenes de la civilización moderna en la corte alrededor del rey, cuando la nobleza abandonó la vida guerrera y aprendió a interactuar y maniobrar en la densa red en torno al soberano absoluto. Elias ve una conexión directa entre lo que él llama "racionalidad de la corte" y los valores que finalmente asociamos con la Ilustración (2000: 406): la evolución de una etapa a la otra ocurre como consecuencia del remplazo de la nobleza por la burguesía. En otros términos, se puede caracterizar como la transición de una cultura del honor a una cultura de la dignidad (Pinker, 2011: 72).

El desarrollo de una mayor diferenciación en las funciones sociales y la mayor capacidad de los individuos para el autocontrol y la planificación a largo plazo condujeron a la emancipación de la esfera económica de otras áreas de la vida social, abriendo así el camino para el dominio de la burguesía y sus nuevos valores y virtudes. Por decirlo con una fórmula clásica, las pasiones transmutaron en intereses (Hirschman, 1977). El interés económico se vuelve predominante en las sociedades individualistas, hasta el punto de que gran parte de la vida política y social gira en torno a la economía. En su gigantesco tratado, McCloskey (2016) sostiene, siguiendo la vía iniciada por Hirschman, que el cambio de valores es anterior a la revolución industrial y la expansión del capitalismo. En su opinión, el desarrollo económico despegó, en un ciclo de crecimiento exponencial sin precedentes, a raíz del predominio de

valores individuales asociados al comercio (prudencia, beneficio futuro, confianza en los socios, etc.).

La extensión de los valores individualistas fue un proceso gradual en el que dichos valores y el capitalismo industrial se alimentaron mutuamente de formas muy complejas. El proceso resultó más sencillo en algunos países que en otros. El individualismo y su ideología asociada, el liberalismo, encontraron un ambiente más favorable en ciertos lugares. Este asunto ha sido objeto de una controversia interminable, especialmente en torno a la cuestión de por qué Inglaterra se industrializó primero. Tangencialmente, algo diré más adelante sobre ello. Ahora, en vez de centrarme en las condiciones que hicieron más probable el triunfo del individualismo, analizo la resistencia que provocó la expansión del individualismo (y del liberalismo político).

En su libro sobre ideologías antiburguesas (lo que los autores llaman "occidentalismo"), Buruma y Margalit (2004) identifican algunos elementos comunes a todas ellas. Por un lado, el desprecio a la idea de un orden social basado en los intercambios entre individuos que actúan por interés. Por otro, la democracia como el régimen político adecuado para una nación de comerciantes, donde los conflictos se resuelven mediante la negociación y el compromiso (Buruma y Margalit, 2004: 55). Frente al desencanto de un mundo impulsado por la prudencia y la codicia, los ideólogos antiburgueses piensan en términos grandiosos sobre la trascendencia política, es decir, la posibilidad de un orden político nuevo en el que la persona esté sometida a un fin colectivo que va más allá de los valores individuales. El rango de opciones es amplio, va desde la concepción romántica de nación basada en la cultura (en oposición al mercado basado en el interés) al comunismo y al fascismo e incluso al fundamentalismo islámico actual. En cada caso, desde perspectivas muy diferentes, se cuestiona la evolución liberal de la sociedad, considerada débil y decadente, huérfana de valores heroicos.

Buruma y Margalit destacan las variedades de occidentalismo desarrolladas en Alemania y Japón (Italia también encajaría). Fueron países prósperos en los que el rechazo al individualismo por parte de intelectuales y políticos fue llevado al extremo, adoptando

formas militaristas en los periodos autoritarios. Los ultranacionalistas alemanes, japoneses e italianos se oponían a la transformación de sus países en democracias liberales.

Desde la perspectiva de la izquierda, el occidentalismo se encarna en los movimientos anarquista y comunista. Ambos rechazaron el individualismo intrínseco al capitalismo y a la democracia liberal, buscando un orden social más armónico en el que la economía estuviera plenamente sujeta a las necesidades de la colectividad. Como se vio en capítulos anteriores, la fuerza del anarquismo y el comunismo fue muy desigual dentro de los países ricos. En aquellos lugares en los que el anarquismo y el comunismo gozaban de mayor apoyo popular, la oposición a las transformaciones producidas por la industrialización, el capitalismo y la democracia liberal era más intensa. En otras palabras, el proceso de modernización fue más conflictivo y polarizador y, a menudo, solo pudo prevalecer mediante la fuerza bruta. El terrorismo revolucionario letal podría entenderse así como una manifestación tardía de esta oposición al individualismo liberal. Lo que comparten las trayectorias no liberales de entreguerras y el terrorismo revolucionario es precisamente el rechazo del individualismo liberal: ambos fenómenos se dieron en países en los que la sociedad estaba menos predispuesta a la cosmovisión individualista.

3. La medición del individualismo

Los intentos más sistemáticos de medir el individualismo pertenecen a los campos de la psicología social y cultural. La distinción básica se expresa como una oposición entre individuos autónomos frente a individuos que están fuertemente integrados en grupos. De acuerdo con una definición canónica (Hofstede, 1991: 260-261), "el individualismo representa una sociedad en la que los lazos entre los individuos son débiles: se espera que todos se ocupen de sí mismos y de su familia inmediata únicamente"; "El colectivismo representa una sociedad en la que las personas, desde el nacimiento en adelante, se integran en grupos internos fuertes y cohesionados, que durante toda la vida de las personas continúan protegiéndolas a cambio de una lealtad incondicional".

Ha habido un largo debate conceptual sobre cómo analizar y desarrollar esta distinción. Según apunté anteriormente, el individualismo no se opone a la sociedad; es más bien una forma de vida hecha posible por una determinada estructura social, con un Estado central y un alto nivel de diferenciación que requiere una coordinación a gran escala. En este sentido, un gran paso adelante en el análisis teórico es el realizado por el proyecto GLOBE (House et al., 2004) sobre el tipo de vínculos sociales que tienen los individuos. Los autores distinguen entre dos tipos de colectivismo. Por un lado, el colectivismo intragrupal, donde los lazos sociales no traspasan el ámbito formado por la familia y los amigos cercanos; por el otro, el colectivismo institucional, en el que el individuo se relaciona con grupos más amplios y con la sociedad en su conjunto a través de formas de acción colectiva. Una forma de ilustrar la diferencia consiste en introducir el concepto de confianza generalizada o confianza externa: el colectivismo institucional se caracteriza por ampliar el radio de la confianza (Realo, Allik y Greenfield, 2008; Van Hoorn, 2015). El individualismo, bajo la forma de colectivismo institucional, se asocia entonces a la confianza generalizada. Es el "familismo" lo que impide que surja la

confianza en los extraños.

Según la hipótesis central de este capítulo, el colectivismo intragrupal constituye el trasfondo cultural asociado tanto a los desarrollos no liberales en los años de entreguerras como al terrorismo revolucionario en 1970-2000. El colectivismo intragrupal dificulta el compromiso de clase: la gente no cree en la cooperación social, hay desconfianza entre los grupos, la iniciativa individual es vista con sospecha y el capitalismo de mercado se percibe como una amenaza a las formas de vida tradicionales. En este tipo de sociedad, los conflictos políticos y económicos tienden a polarizarse y volverse sectarios; a su vez, los grupos intentan imponerse en lugar de buscar un compromiso. Y precisamente porque el individuo no es muy respetado a menos que pertenezca al grupo, la violencia armada puede ser considerada legítima o necesaria por quienes tienen puntos de vista radicales. A las personas ajenas al grupo de referencia se les asigna menor valor que a las personas pertenecientes al mismo. Por tanto, el uso de la violencia no debería causar mucha sorpresa. En el contexto específico de las movilizaciones posteriores al 68, la hipótesis establece que la violencia letal se puso en práctica precisamente en culturas dominadas por el colectivismo intragrupal.

Hay tres fuentes principales de datos sobre individualismo y colectivismo. En primer lugar, la encuesta de Hofstede a empleados de IBM en 40 países en 1968-1972. En segundo lugar, la encuesta de Schwartz a profesores y estudiantes en 50 países en 1997-98. Y, en tercer lugar, la encuesta GLOBE a mandos intermedios en organizaciones de 62 países en 1994-97. GLOBE distingue entre los dos tipos antes mencionados de colectivismo.

Utilizo las tres fuentes para realizar un primer análisis exploratorio. En el caso de los datos de Hofstede, me baso en su medición del individualismo en una escala de 0 a 100. Schwartz, a su vez, midió tres dimensiones diferentes: arraigo/autonomía (la relación entre el individuo y el grupo, cuanto más arraigado está el individuo en el grupo, menor es su autonomía, que puede ser afectiva o intelectual); jerarquía/igualitarismo (la jerarquía se refiere a las obligaciones que derivan del rol social, el igualitarismo a la promoción del bienestar colectivo); y dominio/armonía

(explotación del medio frente a aceptación del mundo social y físico). He seleccionado la medición del arraigo, la jerarquía y el igualitarismo, ya que estos son los conceptos más cercanos a la dimensión estándar de individualismo/colectivismo. Por último, GLOBE incluye medidas del colectivismo intragrupal e institucional como prácticas y como valores: selecciono los indicadores de la práctica. Aparte de las tres medidas relacionadas con la dimensión individualismo/colectivismo, también incluyo datos sobre confianza generalizada de la Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey, WVS) en 1999-2002.

Como ejercicio exploratorio, analizo la asociación entre, por un lado, la variación cultural y, por otro, las dos variables dependientes, la intensidad del terrorismo revolucionario y el factor de entreguerras (que, recuérdese, reduce a una variable latente los datos sobre anarquismo pasado, dictadura pasada, guerra civil, desigualdad de la tierra y capitalismo liberal). Las correlaciones se pueden encontrar en la tabla 7.1.

Tabla 7.1

Correlación (por pares) entre variables culturales,

la intensidad del terrorismo revolucionario y el factor de entreguerras

	Intensidad del terrorismo revolucionario (1)	El factor de entreguerras (2)
El individualismo de Hofstede	0,44** (21)	0,55*** (21)
Arraigo de Schwarz	0,03 (20)	0,14 (20)
Jerarquía de Schwarz	0,04 (20)	0,24 (20)
Igualitarismo de Schwarz	0,16 (20)	-0,45** (20)
El colectivismo intragrupal de GLOBE	0,41* (19)	-0,74*** (19)
El colectivismo institucional de GLOBE	0,54** (19)	0,65*** (19)
Confianza interpersonal de la Encuesta Mundial de Valores	0,54** (19)	0,51** (19)
Factor de individualismo basado en encuestas	0,65*** (19)	0,73*** (19)

Nota: * <0,1; ** <0,05; *** <0,01. Número de observaciones entre parén

Los resultados encajan bastante bien con el argumento general. Puesto que la intensidad del terrorismo y el factor de entreguerras están inversamente correlacionados (valores más altos en el factor significan un patrón más plenamente liberal), las variables culturales tienen signos opuestos según con qué variable se emparejen. El individualismo de Hofstede muestra una asociación moderadamente negativa con el terrorismo y algo más fuerte y positiva con el factor de entreguerras. En países en los que el individualismo es más sólido, es más probable que el país haya seguido la ruta liberal en el periodo de entreguerras y menos probable que haya tenido terrorismo revolucionario letal en la década de 1970. Los indicadores de Schwarz no están relacionados con el terrorismo revolucionario y solo están débilmente asociados con el factor de entreguerras. Claramente, no capta bien la lógica de la hipótesis sobre la importancia del familismo presentada anteriormente. Los indicadores de GLOBE (sobre todo el colectivismo intragrupal) muestran la correlación más fuerte con las dos variables de interés. Allí donde el colectivismo intragrupal es más fuerte, el terrorismo revolucionario letal es a su vez más intenso y es más probable que el país adopte el patrón no liberal en el periodo de entreguerras. El efecto del colectivismo institucional es justo el opuesto. Finalmente, la confianza interpersonal funciona como se esperaba: la confianza en los demás se asocia con un terrorismo revolucionario inferior y con el patrón liberal del desarrollo de entreguerras.

Siguiendo el mismo procedimiento que apliqué en los capítulos 4 y 5, procedo a reducir el número de variables a través del análisis factorial. Una vez más, se trata de un ejercicio necesario dado el número limitado de observaciones en la muestra: resulta imposible llevar a cabo una regresión con un número elevado de variables independientes. Para el análisis factorial, he incluido el individualismo de Hofstede, las dos variedades de colectivismo de GLOBE y el indicador de confianza interpersonal de WVS; las variables de Schwarz se comportan de manera diferente y no entran en el análisis. Un solo factor (al que llamaré “factor de individualismo basado en encuestas”) recoge el 95% de la varianza total. Los valores negativos del factor corresponden al colectivismo intragrupal y baja confianza, los positivos al colectivismo

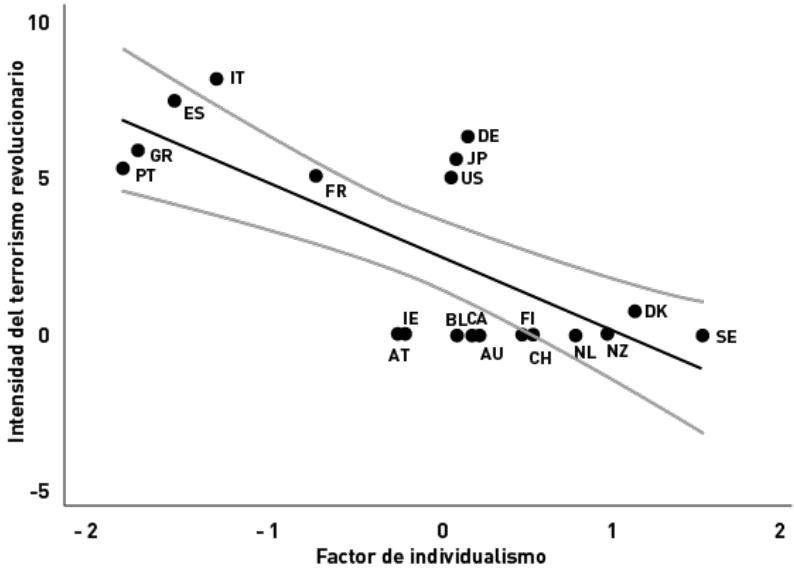
institucional y alta confianza. Como puede verse en la última fila de la tabla 7.1, este factor funciona muy bien a la hora de determinar la relación entre cultura, patrones de desarrollo y terrorismo revolucionario: la correlación entre individualismo e intensidad del terrorismo es -0,65 y entre individualismo y el patrón de desarrollo de entreguerras, 0,73.

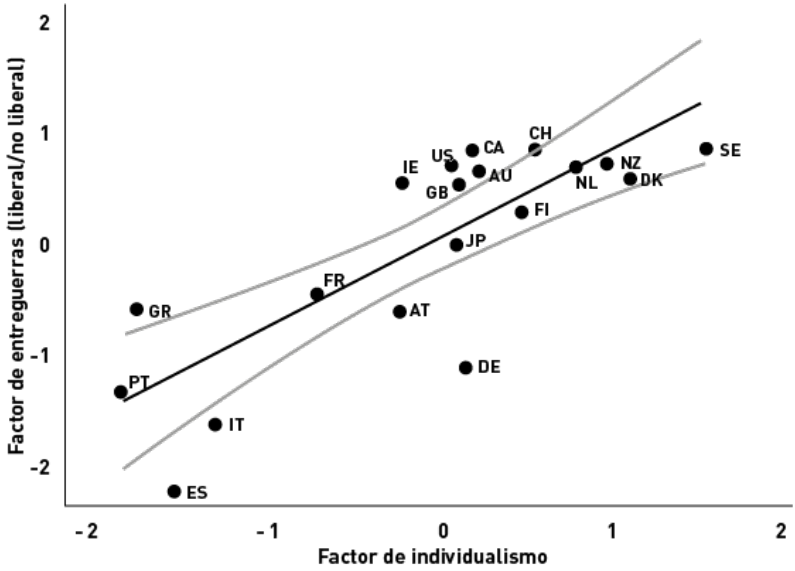
Los gráficos 7.1a y 7.1b muestran los diagramas de dispersión correspondientes a la intensidad del terrorismo revolucionario y el factor de entreguerras en el eje vertical, y el factor de individualismo en el horizontal. El ajuste es especialmente fino en el caso del factor de entreguerras: los países que siguieron la vía liberal durante los años de entreguerras son también los que presentan niveles más altos de individualismo. En la siguiente sección intento ser todo lo preciso que es posible acerca de la dirección de la influencia entre las variables.

Gráfico 7.1a y 7.1b

Relación entre la intensidad del terrorismo, el factor

de entreguerras y el factor de individualismo


Intensidad del terrorismo revolucionario
10
5
0
-5
-2
-1
0
1
2
Factor de individualismo
IT
ES
GR
PT
FR
DE
JP
US
IE
AT
BL
CA
AU
FI
CH
NL
NZ
DK
SE


Factor de entreguerras (liberal/no liberal)
2
1
0
-1
-2
-2
-1
0
1
2
Factor de individualismo
GR
PT
IT
ES
FR
AT
DE
JP
IE
US
CA
GB
AU
CH
FI
NL
NZ
DK
SE

4. Cultura remota: familia e idioma

Las correlaciones de la tabla 7.1 no nos dicen mucho sobre la relevancia explicativa de las variables. Bien podría suceder que los países que, por razones históricas complejas, siguieron el patrón liberal, produjeran confianza interpersonal y una cultura basada en el colectivismo institucional más que en el familismo. La ocurrencia del terrorismo revolucionario se explicaría entonces por la trayectoria liberal seguida por los países y no por predisposiciones culturales de origen más reciente. Desde este punto de vista, sería el desarrollo político y económico lo que moldea la cultura y no al revés.

Esta objeción se utiliza de forma sistemática contra cualquier intento de utilizar factores culturales como variables explicativas[113]. La causalidad inversa (endogeneidad) es un problema omnipresente en el análisis de la interacción entre cultura, instituciones y economía. ¿Las instituciones funcionan correctamente porque hay una confianza generalizada en la sociedad o la confianza generalizada es una consecuencia de tener buenas instituciones? En el caso del terrorismo, no obstante, este tipo de causalidad inversa es menos problemático. La violencia revolucionaria fue un fenómeno tan limitado que podemos descartar con seguridad cualquier efecto de esta violencia en la cultura. Como trato de mostrar con más detalle a continuación, hay buenas razones para concluir que la cultura es exógena con respecto al terrorismo revolucionario (e incluso con respecto a los procesos de modernización).

Una forma de abordar el problema de la causalidad inversa consiste en medir la cultura mediante variables fijas en el tiempo o de movimiento muy lento que provienen de épocas muy anteriores a los años de entreguerras[114]. Permítanme dar un ejemplo muy simple: Morris y Adelman (1988) generaron una batería de indicadores cuantitativos para analizar patrones de desarrollo económico entre 1850 y 1914. Uno de ellos es “actitudes favorables hacia el espíritu empresarial en 1890” (Morris y Adelman, 1988:

424), que mide la actitud de las élites hacia los capitalistas (medida en una escala del 1 al 6, donde 1 es la actitud más favorable y 6 la más negativa). Solo hay mediciones para 16 países de nuestra muestra[115]. Esta variable se ha utilizado, por ejemplo, en estudios sobre industrialización (Boschini, 2006). La correlación con el factor de individualismo de la encuesta es -0,64, significativa al 5% con solo 14 observaciones. Además, la correlación entre las actitudes hacia el espíritu empresarial en 1890 y el factor de entreguerras es -0,71 (n = 16, significativo al 1%). Estos resultados, en principio, constituyen una evidencia prometedora de que el factor cultural no es un desarrollo tardío causado por el patrón de modernización de los años de entreguerras; por el contrario, apunta a una base cultural en el proceso de modernización.

Podemos ser bastante más exhaustivos. Para ello, introduzco dos variables de origen histórico remoto, el tipo de familia y las reglas gramaticales que están de alguna manera (que luego comentaré) ligadas al individualismo. Los antropólogos y los lingüistas han localizado los orígenes medievales de los tipos contemporáneos de familias y lenguas. Estos orígenes son claramente exógenos con respecto al advenimiento del capitalismo y la democracia representativa, por no mencionar el terrorismo revolucionario. Si la familia y el idioma pueden relacionarse de alguna manera con los valores culturales, entonces contamos con una base sólida para concluir que la cultura es una variable exógena que explica tanto los patrones de desarrollo como el terrorismo revolucionario letal.

4.1. Familia

Empiezo por la familia. Antes de la industrialización (y la urbanización masiva que suele acompañarla), las estructuras familiares fueron muy estables. Emanuel Todd, en La Troisième Planète. Structures familiales et systems idéologiques (1983, en Todd, 2017), argumentó que las estructuras familiares se asocian sistemáticamente con ideologías políticas. Por ejemplo, señaló que las revoluciones comunistas solo tienen éxito en países con familias comunitarias (caracterizadas por relaciones autoritarias entre

padres e hijos, e igualitarias entre hermanos): Rusia, China, Yugoslavia, Cuba y Vietnam comparten este tipo de familia. En L'Invention de l'Europe (1990), Todd refinó el argumento y lo puso a prueba de una manera más detallada para los países europeos. En la clasificación familiar más simple, hay una matriz de 2x2 creada a partir de dos dimensiones, una vertical, entre padres e hijos (liberal/autoritaria), y otra horizontal, entre hermanos (igualitaria/ no igualitaria). La dimensión vertical se refiere a la autoridad parental cuando los niños entran en la edad adulta, medida, por ejemplo, por la cohabitación de varias generaciones en el hogar. La dimensión horizontal se refiere a la igualdad entre hermanos en lo que respecta a la herencia, es decir, si los bienes de los padres se distribuyen por igual o no. Se pueden distinguir cuatro tipos básicos de familia: la familia nuclear igualitaria (liberal e igualitaria), la familia nuclear absoluta (liberal y no igualitaria), la familia comunitaria (no liberal e igualitaria) y la familia matriz (no liberal y no igualitaria).

El grado de coincidencia entre las fronteras nacionales y el tipo de familia es imperfecto. En algunos países, puede haber variaciones en los tipos de familias; de hecho, Todd (1990) usa esa variación para dar cuenta de las diferencias intranacionales en la geografía de la cultura política europea. Para nuestros propósitos, supondré (al igual que hacen muchos otros autores) que hay un tipo de familia modal o dominante en cada país, dejando de lado, por tanto, la heterogeneidad interna.

La teoría de Todd se ha puesto a prueba cuantitativa con respecto a varios resultados económicos y políticos (véase Le Bris, 2017 para una revisión general), incluyendo el desarrollo económico (Le Bris, 2016), los niveles de democracia y corrupción (Dilli, 2016), la protección del mercado laboral (Alesina et al., 2015), los sistemas de pensiones (Galasso y Profeta, 2015) e indicadores de desarrollo regional en Europa (Duranton, Rodríguez-Pose y Sandall, 2009).

El propio Todd ha argumentado que la ideología individualista (el individualismo liberal) es más probable en algunos tipos de familias que en otros. La dimensión de la desigualdad es especialmente importante. En familias desiguales, los hermanos que no se benefician de la herencia no tienen más remedio que buscarse la

vida por su cuenta. Esto requiere una mayor iniciativa e independencia que en las familias igualitarias, en las que todos los hermanos reciben "su fracción" de la riqueza heredada. La probabilidad de terminar como asalariados o de desarrollar actividades empresariales es mayor para quienes quedan excluidos de la distribución del patrimonio familiar que para quienes lo reciben y continúan la actividad tradicional de la familia. El igualitarismo genera resistencia al individualismo que subyace en la economía capitalista. Desde esta perspectiva, el individualismo más fuerte de los países con reglas de herencia desiguales explicaría una mayor afinidad con la organización liberal de la política y la economía. Asimismo, la relación autoritaria padres-hijos produce una dependencia que en principio no favorece la autonomía del individuo. En su investigación sobre la influencia de la estructura familiar en la revolución industrial inglesa, Macfarlane (1993) señaló que la familia nuclear absoluta inglesa (liberal y desigual), que se ha ido consolidando paulatinamente desde al menos el siglo XIII, propició el surgimiento de la industrialización y el individualismo: la autonomía y el espíritu empresarial encajan bien con la flexibilidad de este tipo familiar. Así, el tipo de familia más favorable para el individualismo debería ser el tipo de familia nuclear absoluta que prevalece en los países anglosajones (y también en algunos nórdicos). En países con familias basadas en la desigualdad entre hermanos y una relación liberal entre padres e hijos, el individualismo será más fuerte y, por lo tanto, el patrón de desarrollo estará más próximo al liberal y, en consecuencia, la intensidad del terrorismo revolucionario ha de ser menor.

Utilizando la codificación que ha hecho Le Bris (2016) de las ideas de Todd, la tabla 7.2 resume los cuatro tipos de familias, agregando los países que caen dentro de cada tipo, así como la intensidad del terrorismo revolucionario, el valor del factor de desarrollo de entreguerras y el nivel del factor de individualismo basado en datos de encuesta. Si dejamos a un lado a Finlandia (el único país desarrollado con un modelo comunitario dominante, debido a su proximidad a Rusia), surge un patrón claro: la familia nuclear igualitaria está fuertemente asociada al terrorismo revolucionario. Todos los países de esta categoría (todos ellos países mediterráneos) experimentaron, en mayor o menor medida, violencia revolucionaria letal durante el periodo 1970-2000. En la familia

nuclear absoluta (dominante en los países de habla inglesa), el único país con violencia letal es Estados Unidos, debido principalmente a las circunstancias extraordinarias del conflicto racial. En la familia matriz, el hecho de que el autoritarismo y la desigualdad se combinen produce resultados mixtos: Alemania y Japón tienen terrorismo letal, pero este no es el caso en los demás países de esta categoría.

Tabla 7.2

Los tipos de familia de Todd y el terrorismo revolucionario

	Igualdad entre hermanos	Desigualdad entre hermanos
Relación liberal entre padres e hijos	[illegible]	[illegible]
Relación autoritaria (vertical) entre padres e hijos	[illegible]	[illegible]

Nota: * Países con terrorismo revolucionario letal (excepto Bélgica y Dinam

Un resultado similar se observa con respecto al factor de entreguerras. El desarrollo más liberal se observa en los países no igualitarios, es decir, en las familias nuclear absoluta y matriz. Por el contrario, la familia nuclear igualitaria tiene una puntuación negativa con respecto al patrón de desarrollo liberal: todos los países insertos en esta celda siguieron el patrón no liberal durante los años de entreguerras (aquí no hay excepción alguna, pues Francia tiene una puntuación negativa en el gráfico 5.7 a pesar de que la democracia sobreviviera en las décadas de 1920 y 1930). La familia nuclear absoluta es también un tipo puro: todos los países fueron liberales. Solo en el grupo de la familia matriz hay resultados mixtos, con Austria, Alemania y Japón en el grupo no liberal y los demás en el grupo liberal.

Finalmente, la puntuación de individualismo es, como se esperaba, más alta en la familia nuclear absoluta, seguida por la familia matriz. El tipo menos individualista es el nuclear igualitario, lo que confirma que la dimensión de desigualdad es más relevante que la de la autoridad.

A partir de la tabla 7.2 podría argumentarse que existe una superposición significativa entre las reglas familiares y la religión. Así, en la columna de la izquierda (igualdad entre hermanos), todos los países son católicos u ortodoxos excepto Finlandia, mientras que en la columna de la derecha (desigualdad entre hermanos) la mayoría de los países son protestantes (con las excepciones de Austria, Bélgica, Irlanda, Japón y Luxemburgo). Sin embargo, Todd (1990) ha defendido en sus trabajos que el alcance territorial de la Reforma viene determinado por el tipo de familia (y no al revés). Los valores de la Reforma presentan cierta afinidad electiva con los valores familiares en los que el padre desempeña un papel autoritario y existe desigualdad entre hermanos (la familia matriz típica de Alemania y Suecia); según Todd, el padre autoritario corresponde al Dios protestante y la desigualdad entre hermanos, a su vez, a la idea de desigualdad implícita en la doctrina de la predestinación. Desde un punto de vista estadístico, el protestantismo y, en menor medida, el catolicismo están significativamente asociados con la intensidad del terrorismo, pero una vez que se introduce la igualdad familiar, los coeficientes del

tipo de religión se vuelven muy pequeños y no llegan a ser estadísticamente significativos[116].

Dado que la conexión entre las características familiares y los valores culturales tiene sentido teóricamente y encuentra apoyo empírico, hay motivos para utilizar las características familiares como un indicador exógeno de la cultura con respecto al capitalismo, la industrialización y la democratización.

4.2. Lengua

Las reglas gramaticales se pueden asociar a valores culturales. La formulación original de la conexión entre lengua y cultura corresponde a Whorf (1956); a raíz de su investigación sobre la gramática hopi, argumentó en la década de 1930 que el lenguaje estructura nuestros procesos de pensamiento. En sus propias palabras, "hay casos en los que las 'maneras del habla' están estrechamente vinculadas a la cultura general en su conjunto, […] y en esta integración se producen conexiones entre el tipo de análisis lingüístico empleado y las reacciones conductuales, así como las formas que adoptan ciertos desarrollos culturales" (Whorf, 1956: 159). Siguiendo esta línea de investigación, Kashima y Kashima (1998) sugirieron que la variación con respecto al uso de pronombres personales puede interpretarse como marcador cultural. En aquellos idiomas en los que el pronombre no se puede suprimir (como en inglés, "Did you go to the cinema?"), el individuo tiene una posición más alta que en otras lenguas en las que se puede prescindir del pronombre (como en español, "¿Fuiste al cine?"). Así, cabría suponer que las reglas que gobiernan los pronombres funcionan como un indicador de individualismo: cuando el pronombre es obligatorio, el individualismo (o colectivismo institucional) es dominante; cuando no lo es, el grupo es más importante que el individuo (colectivismo intragrupal). A través del análisis de correlación, Kashima y Kashima (1998) encontraron una fuerte asociación entre el individualismo de Hofstede y la regla de la eliminación de pronombres. Esta conexión entre lengua y cultura ha sido explotada en la literatura para

“instrumentar” variables culturales en la explicación de la democracia, el Estado de derecho y la corrupción (Licht, Goldschmidt y Schwartz, 2007; Davis y Abdurazokzoda, 2016).

La tabla 7.3 presenta tres comparaciones de medias de la intensidad del terrorismo revolucionario, el liberalismo en el periodo de entreguerras y el individualismo basado en datos de encuesta, según la regla de uso del pronombre personal. Claramente, no se trata de una comparación entre idiomas latinos y no latinos, ya que entre los idiomas en los que se puede eliminar el pronombre se encuentran el griego y el japonés, mientras que en francés no se puede eliminar el pronombre. Las tres comparaciones de medias resultan muy significativas estadísticamente y las diferencias entre los dos grupos de países son grandes. En el caso del terrorismo revolucionario, vale la pena señalar que los cinco países en los que se puede eliminar el pronombre tuvieron terrorismo letal. La diferencia en el factor de entreguerras es también innegable. Y, lo que es más importante, el individualismo es menor en los países en los que se puede eliminar el pronombre, lo que muestra la conexión entre la gramática y la cultura.

Tabla 7.3

Reglas sobre el uso de los pronombres y terrorismo revolucionario letal

	El pronombre se puede eliminar	El pronombre no se puede eliminar
	España, Grecia, Italia, Japón, Portugal	Alemania, Australia, Austria,
Intensidad del terrorismo	6,15	1,01
Factor liberal de entreguerras	1,17	0,37
Factor de individualismo basado en encuesta	1,06	0,38

Nota: Los países con terrorismo letal aparecen en cursiva. Las tres comparac

Los resultados preliminares presentados en las tablas 7.2 y 7.3 son alentadores: parece que el individualismo está conectado con variables remotas como la estructura familiar y las reglas gramaticales que son claramente exógenas con respecto a los patrones de desarrollo en el periodo de entreguerras y al terrorismo revolucionario en 1970-2000. En la siguiente sección aprovecho la exogeneidad para analizar la base cultural de la modernización y la violencia.

5. Terrorismo revolucionario,

patrones de desarrollo y cultura remota

Para evitar las objeciones habituales sobre la endogeneidad de las variables culturales, utilizo las características de la familia y el lenguaje como variables instrumentales con respecto al individualismo. Procediendo así, no tiene sentido plantear una posible causalidad inversa, dados los orígenes remotos de las estructuras familiares y lingüísticas. Por otro lado, la influencia de estas variables sobre las variables dependientes (intensidad del terrorismo y patrones de desarrollo) se canaliza claramente a través de la cultura (individualismo): resulta poco realista considerar que las reglas de herencia y las reglas gramaticales tienen un impacto directo en la violencia o en los procesos macro de modernización al margen del canal cultural. Esta es una razón de peso para considerar que el supuesto de restricción de exclusión (exclusion restriction) se cumple en este caso.

La tabla 7.4 presenta los resultados de una estimación en dos etapas para el terrorismo revolucionario como variable dependiente. Los instrumentos para el factor de individualismo de la encuesta son la desigualdad entre hermanos y el uso del pronombre. La única variable de control que se añade es el logaritmo de la población en 1970, que los capítulos 4 y 5 mostraron que es crucial (el terrorismo revolucionario tiende a ocurrir en países con población grande). Las columnas 1 y 2 presentan la primera y la segunda etapa de una regresión 2SLS (two-stage least squares). En 1 la variable endógena, el individualismo, se reconstruye a partir de las reglas familiares y la gramática. Ambas variables son relevantes, aunque la regla gramatical es más poderosa que la desigualdad familiar desde un punto de vista estadístico (la desigualdad familiar solo es significativa al 11%, que es un nivel de significación más que razonable dado el tamaño de la muestra). En la segunda etapa (columna 2), se introduce la variable “instrumentada”. Funciona

muy bien, confirmando que los países con un individualismo más fuerte son también los que tienen menos probabilidades de sufrir un terrorismo revolucionario letal. Los datos, pues, avalan la conclusión de que el individualismo tiene un efecto sustancial en la ocurrencia de violencia letal.

Las columnas 3 y 4 excluyen el individualismo con datos de encuesta y estiman el efecto directo de la gramática y las reglas familiares sobre la violencia. En 3, el tamaño de la muestra se limita a los 19 países que aparecen incluidos en las estimaciones 2SLS con los datos de individualismo de GLOBE. En 4, se estima el mismo modelo, pero para la muestra completa de 23 países. Los resultados son similares: el tamaño de la población, el idioma y la familia pueden explicar gran parte de la variación entre países en la intensidad del terrorismo (la familia es muy significativa en la muestra restringida, mientras que en la muestra completa es significativa al 12%). No hace falta decir que este resultado solo tiene interés en la medida en que supongamos que el idioma y la familia son relevantes como indicadores remotos de rasgos culturales básicos relacionados con el papel del individuo en la sociedad.

Tabla 7.4

Estimaciones del efecto de los valores culturales sobre el terrorismo revolucionario

	2SLS		MCO	MCO
Primera etapa	Segunda etapa			
Variable dependiente	Individualismo (1)		Intensidad del terrorismo revolucionario (2)	
Regla de eliminación de pronombres	-0,921 (0,404)		30,130*** (0,750)	30,500*** (0,941)
Desigualdad familiar	0,716 (0,423)		-1,963** (0,709)	-1,935 (0,958)
Población	-0,074 (0,120)	-0,044*** (0,363)	10,253*** (0,744)	10,744** (0,283)
Individualismo (datos de encuesta)		30,103*** (0,636)		
Constante	0,975 (2,09)	-14,76** (6,18)	-17,73*** (4,97)	-9,78** (4,54)
R^2	0,47	0,53	0,84	0,78
N	19	19	19	23
Estadístico F de la primera etapa	8,47			

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Errores estándar robustos entre parén

A continuación, compruebo si las diferencias entre países en las trayectorias de desarrollo durante los años de entreguerras están vinculadas a las mismas características culturales remotas, la familia y el idioma. El supuesto de partida es que los países en los que el individualismo estaba más extendido fueron capaces de afrontar mejor la agitación del periodo de entreguerras. El patrón liberal lo adoptaron aquellas naciones con una tradición más fuerte de individualismo.

Para probar esta conjetura, reproduzco el análisis de la tabla 7.4. Nuevamente, utilizo como "instrumento" la variable de individualismo con la familia y la lengua y luego realizo una regresión con las características del patrón liberal o no liberal de entreguerras (terrorismo anarquista pasado, dictadura, guerra civil, desigualdad de la tierra, capitalismo [HIEL], el factor de entreguerras que resume las cinco variables anteriores, y la industrialización [YIT]) como variables dependientes[117].

Los resultados se muestran en la tabla 7.5. El instrumento es significativo en todos los casos: cuando el individualismo es más fuerte, el terrorismo anarquista es menor (columna 2), la probabilidad de una quiebra de la democracia es menor (columna 3), la probabilidad de guerra civil es menor (columna 4), la proporción de granjas familiares es mayor (más igualdad de la tierra) (columna 5), y el capitalismo es más liberal (columna 6). Cuando las cinco variables se resumen en el factor de entreguerras (columna 7), el individualismo explica casi la mitad de la variación entre países en la escala de liberalismo versus no liberalismo. Finalmente, en la columna (8) la variable dependiente es el año de industrialización: una vez más, cuanto mayor es el nivel de individualismo en la sociedad, antes se produce la industrialización. No hay posibilidad de causalidad inversa, ya que tanto las estructuras familiares como las reglas gramaticales son mucho más antiguas que el capitalismo, la industrialización o el gobierno representativo.

Tabla 7.5

Estimación 2SLS del efecto de las variables culturales

en los patrones de desarrollo liberal/no liberal

Variable dependiente	Primera etapa		Segunda etapa					
Individualismo	Terrorismo anarquista [illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	VIT 1928-1938 [illegible]	
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)	
Regla de eliminación de pronombres	-0,992** (0,405)							
Desigualdad familiar	0,682 (0,412)							
Individualismo	-1,733* (1,064)	0,494** [illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Constante	-0,205 (0,349)	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	3,26*** [illegible]
N	19	19	19	19	19	19	19	19
R^2	0,49	0,11	0,49		0,28	0,48	0,49	0,03
Estadístico F de la primera etapa	14,24							

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Errores estándar robustos entre parén

Los resultados de las tablas 7.4 y 7.5 no se ven afectados por la objeción estándar de que variables culturales como el individualismo son irremediablemente endógenas con respecto a las variables dependientes. Una vez que el individualismo se miden mediante los instrumentos de familia y lengua, las conclusiones del análisis son concluyentes: el individualismo es relevante para dar cuenta tanto de los patrones de desarrollo en el periodo de entreguerras como del terrorismo revolucionario en 1970-2000.

6. Conclusiones: los determinantes

a largo plazo del desarrollo y la violencia

La posguerra fue una época de convergencia. La democracia regresó primero a Austria, Alemania, Italia y Japón y, tres décadas después, a Grecia, Portugal y España; también fue durante la posguerra cuando los países rezagados culminaron el proceso de industrialización; además, hubo una recuperación en el desarrollo económico, los países no liberales crecieron considerablemente más rápido durante la década de 1960. La brecha entre los países liberales y los no liberales se cerró sustancialmente. Sin embargo, a pesar de la convergencia, cuando la ola de protesta asociada al año 1968 llegó a los países ricos, resurgieron viejas diferencias y se activaron predisposiciones latentes que no se habían manifestado durante los años de posguerra. Así, el radicalismo político de la juventud y de ciertos grupos de trabajadores no tuvo consecuencias duraderas en países que habían seguido la vía liberal, mientras que generó violencia armada en países con un pasado no liberal. Ciertamente, fue una forma de conflicto más leve que la de los años de entreguerras: esta vez, ninguna democracia se derrumbó (ni siquiera las democracias más jóvenes del sur de Europa), no hubo guerras civiles y, afortunadamente, el número de víctimas mortales fue bajo en comparación con otros tipos de terrorismo. Los terroristas revolucionarios pusieron en práctica la violencia selectiva, con muy pocos asesinatos indiscriminados. La violencia se entendía como un instrumento de movilización: se trataba de despertar la conciencia revolucionaria, revelar la vulnerabilidad del Estado y ofrecer un camino para que las masas superasen el capitalismo. A todos los efectos, el ciclo de violencia iniciado en la década de 1970 puede caracterizarse como la última manifestación violenta del conflicto capital-trabajo en los países que siguieron un patrón no liberal.

El análisis del periodo de entreguerras ha mostrado las diferencias

entre dos amplias trayectorias de evolución histórica. En la primera trayectoria, los países partían de un cierto nivel de individualismo que creó las condiciones para una introducción menos conflictiva del capitalismo, la industrialización y la democracia liberal. Después de las perturbaciones causadas por la Primera Guerra Mundial, el derecho al voto de la clase trabajadora no supuso la quiebra de la democracia y el capitalismo siguió siendo liberal. Con estos antecedentes, cuando llegó la protesta del 68, los miembros más radicalizados del movimiento no optaron por tácticas extremistas. La izquierda radical no apoyó la lucha armada, entre otras razones porque la represión no se asociaba a un Estado autoritario. En la segunda trayectoria, el individualismo apenas se había desarrollado. Esto hizo que el proceso de modernización económica y política fuera más traumático. La expansión del capitalismo desencadenó formas radicales de oposición, como el anarquismo o el comunismo. La integración política de la clase trabajadora despertó una fuerte resistencia, que en muchos casos culminó en una respuesta autoritaria de las élites económicas y los grupos sociales conservadores. El Estado se involucró más en la gestión del capitalismo, encargándose de la represión del trabajo y de promover la industrialización. Cuando la protesta del 68 golpeó a estos países, muchos en el campo radical interpretaron la represión estatal como una revelación sobre la verdadera naturaleza del Estado, que, en su opinión, era democrático solo en apariencia. Las personas más radicalizadas optaron por el terrorismo letal, conscientes como eran de que contaban con un mínimo de apoyo dentro de las redes de la izquierda radical precisamente porque el Estado no era considerado plenamente legítimo dado su pasado autoritario.

Tras el fin del ciclo del terrorismo revolucionario, la izquierda se ha pacificado completamente en los países desarrollados. Han surgido nuevas formas de violencia, como el terrorismo xenófobo o el islámico, pero no están relacionadas con los problemas distributivos clásicos que separan a la izquierda de la derecha. En cierto sentido, el ciclo del terrorismo revolucionario constituye el último desafío armado al “sistema” (entendido como la combinación de capitalismo y democracia liberal) en el mundo desarrollado. Estos últimos ecos de la tradición revolucionaria, que adoptaron la forma de violencia urbana clandestina, seguían reflejando las viejas

divisiones generadas por los diversos patrones de desarrollo político y económico, patrones que, hasta cierto punto, pueden remontarse a diferencias culturales más antiguas sobre el peso del individuo en la sociedad. El desafío terrorista fue una preocupación seria solo en los países que carecieron de una tradición liberal antes de la Segunda Guerra Mundial, es decir, los países en los que dominó el familismo o el colectivismo intragrupal.

Al final, la indagación sobre las raíces históricas del terrorismo revolucionario me ha llevado a una hipótesis más general sobre los determinantes últimos de los patrones de desarrollo. Esta es una consecuencia de entender el terrorismo como resultado de trayectorias macro tanto económicas como políticas. A pesar de los bajos niveles de letalidad y el número relativamente menor de personas que participaron en el terrorismo urbano de izquierdas, la principal lección de este libro establece que incluso un fenómeno así puede explicarse como parte de procesos macro de cambio. El terrorismo revolucionario, podemos concluir, constituye una manifestación tardía de la resistencia al avance del capitalismo y la democracia liberal, entroncada con instancias anteriores de resistencia dentro de la izquierda como el anarquismo y el comunismo.

Aunque queda fuera del alcance del libro, me gustaría añadir que análisis similares a los que he realizado sobre el terrorismo revolucionario en 1970-2000 pueden servir para explicar la variación entre países en cuando a la fuerza o intensidad del anarquismo y el comunismo. Ambos movimientos fueron más fuertes en los países de industrialización tardía y en los países con mayor desigualdad de la tierra. El efecto de la desigualdad de la tierra es especialmente fuerte en el caso del apoyo electoral a los partidos comunistas, lo que confirma la tesis de Korpi (1971) de que el comunismo surgió del conflicto agrario. Pero los industrializadores tardíos con fuerte conflicto agrario fueron también los países con menor individualismo. De hecho, el comunismo hizo mayores avances electorales en países con reglas igualitarias de herencia entre hermanos (ya sea en la familia nuclear igualitaria o en la comunitaria). Una vez que se tiene en cuenta el tipo de familia en el análisis, la desigualdad de la tierra pierde significación estadística. Este resultado confirma nuevamente

que deberíamos tomarnos en serio la importancia del individualismo. Tanto el anarquismo como el comunismo eran ideologías colectivistas opuestas al individualismo liberal. No es de extrañar entonces que la resistencia a la expansión del capitalismo fuera más intensa en los países con un individualismo más débil.

La asociación entre el desarrollo liberal y el individualismo que se muestra en el gráfico 7.1b es quizás el mejor resumen de la importancia de los valores individualistas a la hora de explicar la trayectoria seguida por los países ricos durante los años turbulentos que suceden entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. El patrón no liberal se caracterizó por fuertes desafíos al orden económico y político por parte de la izquierda y la derecha radicales. En un análisis de corto plazo, la resistencia que plantearon los movimientos radicales en ambos extremos del espectro ideológico fue consecuencia de la dinámica de la lucha de clases, los desequilibrios producidos por el fin de la Primera Guerra Mundial a nivel internacional y las fluctuaciones del ciclo económico. Ahora bien, si ampliamos la perspectiva e introducimos el largo plazo, los factores remotos son muy importantes en la explicación de las trayectorias seguidas por los países. A modo de extensión de la tabla 7.5, la tabla 7.6 muestra los resultados de un análisis en el que el factor de entreguerras se explica a partir solamente de las dos variables culturales remotas, familia e idioma. Los resultados son bastante contundentes. Solo teniendo en cuenta estas dos variables, se explica el 60% de la varianza en el factor de entreguerras. Sin duda, el largo plazo tiene un fuerte poder explicativo.

Tabla 7.6

El poder explicativo de las variables culturales remotas

en los patrones de desarrollo (MCO)

Dep. var.: factor de entreguerras	(1)	(2)	(3)
Desigualdad familiar	1,46*** (0,38)		0,91*** (0,29)
Regla de uso del pronombre		1,54*** (0,41)	0,92** (0,34)

Constante	1,04*** (0,34)	0,36** (0,16)	0,43 (0,26)
R^2	0,51	0,50	0,62
N	21	21	21

Nota: * = 10%; ** = 5%; *** = 1%. Errores estándar robustos entre parén

Evidentemente, el largo plazo no tuvo un efecto uniforme en todos los países de la muestra. Algunos países nunca se desviaron de la trayectoria esperada, es decir, aquella que venía, por así decirlo, "predeterminada" por factores de largo plazo; otros, sin embargo, sí lo hicieron. En este sentido, los residuos del modelo 3 en la tabla 7.6 nos descubren una historia interesante. Cuanto más cercano a cero esté el residuo, mejor es el ajuste entre las dos variables remotas y el factor de desarrollo de entreguerras. En otras palabras, los residuos cercanos a cero indican que el patrón seguido en la época de entreguerras queda bien explicado por los valores del país en las variables de familia y lengua. Por el contrario, grandes residuos (positivos o negativos) apuntan a un desajuste entre el patrón del desarrollo de entreguerras y las variables culturales remotas. Pues bien, los residuos se representan en el gráfico 7.2. Los países con mayores residuos son Alemania, Austria y España. Los tres son negativos, lo que significa que estos países fueron en realidad menos liberales de lo que cabía esperar según el modelo 3 de la tabla 7.6. Son estos tres países los que se desvían en mayor medida de los determinantes culturales de largo plazo.

Con todo, el único residuo estadísticamente significativo es Alemania. En alemán, el pronombre no se puede eliminar y Alemania es un caso paradigmático de familia matriz (relación autoritaria entre padres e hijos, desigualdad entre hermanos en la herencia). Tanto el idioma como las variables familiares favorecían el camino liberal. Pero Alemania siguió el patrón no liberal de la forma más radical durante el periodo de entreguerras. Curiosamente, este resultado podría arrojar algo de luz sobre los debates historiográficos acerca de la peculiaridad de Alemania. La literatura sobre el Sonderweg intenta explicar por qué el proceso de modernización de Alemania fue tan especial (o, al menos, tan diferente del de Gran Bretaña y Francia). Según la visión dominante, el Sonderweg sería un efecto de la supervivencia de tradiciones premodernas que coexistieron con la rápida industrialización y la introducción del capitalismo a través de "reformas desde arriba" (véase Kocka, 1988; 1999).

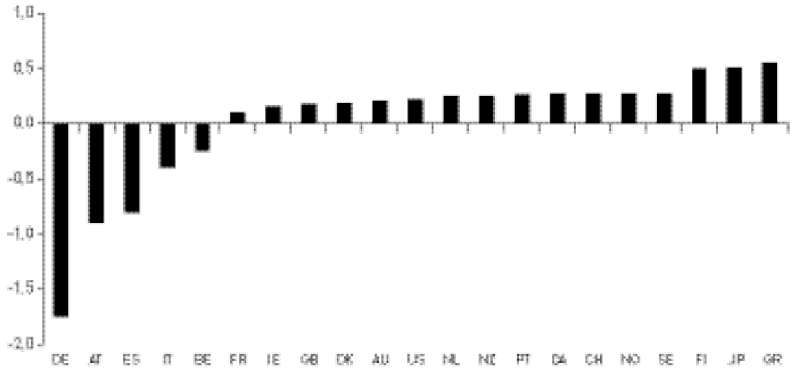
El gráfico 7.2, sin embargo, parece contar una historia diferente. El verdadero enigma es por qué Alemania fue tan lejos por el camino

no liberal dadas sus condiciones históricas, que empujaban en la dirección del liberalismo. ¿Por qué una desviación tan grande? Como argumentó enérgicamente Eley (1983), la involución alemana debe abordarse examinando las circunstancias inmediatas de los años veinte y treinta, en particular la crisis del capitalismo, el efecto ideológico global de la revolución bolchevique, las reparaciones de guerra y otros factores similares. Pero lo que Eley (1983) presenta como un argumento general para explicar el giro fascista del periodo de entreguerras es más apropiado para Alemania, pero no para los otros países, que, con las excepciones parciales de Austria y España, tuvieron una trayectoria de desarrollo consistente con sus fundamentos culturales. Irónicamente, las explicaciones estructurales de largo plazo proporcionadas para dar cuenta del excepcionalismo alemán son válidas para todos los demás países, pero no para Alemania.

El caso desviado de Alemania muestra que el camino de la modernización no estaba completamente predeterminado por factores culturales remotos. Sin embargo, los bajos residuos de la mayoría de los otros casos confirman la importancia de factores de largo plazo que predisponen a los países a evolucionar en una u otra dirección. Las predisposiciones históricas se materializaron durante los años de entreguerras: los países en los que el individualismo estaba más extendido afrontaron mejor los conflictos del periodo de entreguerras; los países dominados por el colectivismo o el familismo recorrieron un camino mucho más tortuoso.

Gráfico 7.2

Residuos del modelo (3) en la tabla 7.6



Obviamente, estas son solamente algunas observaciones preliminares sobre cómo se puede investigar el papel del individualismo en las trayectorias de desarrollo de los países. Hay que trabajar mucho más para demostrar que los efectos a largo plazo del individualismo tuvieron un efecto sustantivo cuando se tienen plenamente en cuenta las influencias contemporáneas o de corto plazo. Me contento si este último capítulo sirve al menos para estimular nuevas investigaciones sobre este tema.

Volviendo a la analogía biológica que presenté en la introducción, la hipótesis general sobre los determinantes culturales a largo plazo ayuda a comprender por qué la "mutación" de la guerrilla urbana revolucionaria en el mundo desarrollado solo encontró un nicho favorable en ciertos países, aquellos con un pasado no liberal y en los que la resistencia social y política al capitalismo y la democracia liberal fue más intensa y conflictiva. La raíz última de esta resistencia radica en el predominio de ideologías colectivistas que reflejaban la posición débil del individuo frente al grupo.

El terrorismo revolucionario no estuvo predeterminado por la fuerza del individualismo. Sin la protesta de la Nueva Izquierda a fines de la década de 1960 y principios de la de 1970, lo más probable es que la violencia política que he estudiado en estas páginas no hubiera ocurrido. Pero una vez que surgieron las protestas en todo el mundo rico (así como en varios países en desarrollo), el terrorismo letal solo se dio en los países con un patrón liberal más débil. El terrorismo, por lo tanto, surgió como

una combinación de eventos a corto plazo y procesos de desarrollo de largo plazo, en la que el azar y la necesidad se entrelazan de ese modo sutil y caprichoso que es propio de la historia y la política.

BIBLIOGRAFÍA

Abramovitz, Moses (1986): “Catching up, Forging Ahead, and Falling Behind”, Journal of Economic History, 46 (2), pp. 385-406.

Acemoglu, Daron; Johnson, Simon y Robinson, James (2001): “The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation”, The American Economic Review, 91 (5), pp. 1369-1401.

Acemoglu, Daron et al. (2008): “Income and Democracy”, American Economic Review, 98 (3), pp. 808-842.

Acemoglu, Daron y Robinson, James A. (2006): Economic Origins of Dictatorship and Democracy, Cambridge, Cambridge University Press.

Adamopoulos, Tasso (2008): “Land Inequality and the Transition to Modern Growth”, Review of Economic Dynamics, 11, pp. 257-282.

Ahlquist, John y Levi, Margaret (2013): In the Interest of Others. Organizations and Social Activism, Princeton, Princeton University Press.

Aksoy, Deniz; Carter, David B. y Wright, Joseph (2012): “Terrorism in Dictatorships”, Journal of Politics, 74 (3), pp. 810-826.

Alberola, Octavio y Gransac, Ariane (2004 [1975]): El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974), Barcelona, Virus.

Albertus, Michael (2015): Autocracy and Redistribution. The Politics of Land Reform, Cambridge, Cambridge University Press.

Alesina, Alberto y Rodrik, Dani (1994): “Distributive Politics and Economic Growth”, Quarterly Journal of Economics, 109 (2), pp. 465-490.

Alesina, Alberto et al. (2015): “Family Values and the Regulation of Labor”, Journal of the European Economic Association, 13 (4), pp. 599-630.

Alesina, Alberto y Giuiliano, Paola (2015): “Culture and Institutions”, Journal of Economic Literature, 53 (4), pp. 898-944.

Alexander, Yonah y Pluchinsky, Dennis A. (1992): Europe’s Red Terrorists: The Fighting Communist Organizations, Londres, Frank Cass.

Ali, Tariq (2004): Street Fighting Years. An Autobiography of the Sixties, Londres, Verso.

Amorós, Miguel (2014): 1968. El año sublime de la acracia, Muturreko Buruliazioak.

Ando, Takemasa (2014): Japan’s New Left Movements. Legacies for Civil Society, Londres, Routledge.

André, Catherine y Platteau, Jean-Philippe (1998): “Land Relations under Unbearable Stress: Rwanda Caught in the Malthusian Trap”, Journal of Economic Behavior and Organization, 34 (1), pp. 1-47.

Anónimo (1977): Bologna marzo 1977… fatti nostri…, Verona, Bertani editore.

— (2003): Actas Tupamaras. Una experiencia de guerrilla urbana, Rosario, Cucaña.

Ansell, Ben W. y Samuels, David J. (2014): Inequality and Democratization. An Elite-Competition Approach, Cambridge, Cambridge University Press.

Apter, David E. y Sawa, Nagayo (1984): Against the State. Politics and Social Protest in Japan, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Aust, Stefan (2008): Baader-Meinhoff. The Inside Story of the R.A.F., Oxford, Oxford University Press.

Austin, Curtis J. (2006): Up Against the Wall. Violence in the

Making and Unmaking of the Black Panther Party, Fayetteville, University of Arkansas Press.

Avilés, Juan (2013): La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo, Barcelona, Tusquets.

Avilés, Juan y Herrerín, Ángel (eds.) (2008): El nacimiento del terrorismo en Occidente, Madrid, Siglo XXI.

Avrich, Paul (1984): The Heymarket Tragedy, Princeton, Princeton University Press.

Ayers, Bill (2003): Fugitive Days. A Memoir, Nueva York, Penguin.

Bakunin, Mijhail (1971): Bakunin on Anarchy. Selected Works (ed. de Sam Goldoff), Nueva York, Vintage Books.

Balagoon, Kuwasi (2003): A Soldier's Story: Writings by a Revolutionary New Afrikan Anarchist, Montreal, Kersplebedeb.

Balestrini, Nanni y Moroni, Primo (2005): L'orda d'oro 1968-1977. La grande ondata rivoluzionaria e creative, politica ed esistenziale, Milán, Feltrinelli, 3ª ed.

Barra da Costa, José Martins (2004): O Terrorismo e as FP 25 Anos Depois, Lisboa, Colibri.

Bartolini, Stefano (2000): The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980, Cambridge, Cambridge University Press.

Bartolini, Stefano y Mair, Peter (1990): Identity, Competition, and Electoral Availability. The Stabilisation of European Electorates 1885-1985, Cambridge, Cambridge University Press.

Bass, Paul y Rae, Douglas (2006): Murder in the Model City. The Black Panthers, Yale, and the Redemption of a Killer, Nueva York, Basic Books.

Bauer, Karin (2008): Everybody Talks about the Weather… We don't. The Writings of Ulrike Meinhof, Nueva York, Seven Stories.

Baumann, Michael ("Bommi") (1977): Terror or Love? Bommi

Baumann's Own Story of His Life as a West German Urban Guerrilla, Nueva York, Grove Press.

Beleza Pereira da Silva, Raquel y Machado, Carla (2012): "O envolvimento na luta armada política en Portugal: A perspectiva dos seus actores", Análise Psicologica, XXX (1-2), pp. 193-213.

Bentzen, Jeanet Sinding; Kaarsen, Nicolai y Wingender, Asger Moll (2013): "The Timing of Industrialization across Countries", University of Copenhagen Dept. of Economics Discussion Paper, pp. 13-17.

Berger, Dan (2006): Outlaws of America: The Weather Underground and Politics of Solidarity, Oakland, AK Press.

Berlinguer, Enrico (1974): "Reflections on the Events of Chile", Marxism Today, febrero, pp. 39-50.

Berman, Eli y Laitin, David (2008): "Religion, Terrorism and Public Goods: Testing the Club Model", Journal of Public Economics, 92, pp. 1942-1967.

Bernecker, Walther L. (1982): "The Strategies of 'Direct Action' and Violence in Spanish Anarchism", en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-century Europe, Houndmills, Macmillan, pp. 88-111.

Bertho Lavenir, Catherine (2002): "Vu de l'interieur. Entretien avec Christian Harbulot", Les cahiers de médiologie, 13, pp. 123-129.

Besley, Timothy y Persson, Torsten (2011): Pillars of Prosperity. The Political Economics of Development Clusters, Princeton, Princeton University Press.

Blomberg, S. Brook y Hess G., Gregory (2008): "From (No) Butter to Guns? Understanding the Economic Role in Transnational Terrorism", en Philip Keefer y Norman Loayza (eds.), Terrorism, Economic Development, and Political Openness, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 83-115.

Bobbio, Luigi (1988): Storia di Lotta continua, Milan, Feltrinelli, 2ª

ed.

Boix, Carles (2003): Democracy and Redistribution, Cambridge, Cambridge University Press.

Boix, Carles; Miller, Michael y Rosato, Sebastian (2013): “A Complete Data Set of Political Regimes, 1800-2007”, Comparative Political Studies, 46 (12), pp. 1523-1554.

Boraso, Giuliano (2006): Mucchio Selvaggio. Accesa, apoteosi, caduta dell’organizzazione Prima Linea, Roma, Castelvecchi.

Boschini, Anne D. (2006): “The Political Economy of Industrialisation”, European Journal of Political Economy, 22 (4), pp. 887-907.

Botz, Gerhard (1982): “Political Violence, its Forms and Strategies in the First Austrian Republic”, en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-century Europe, Houndmills, Macmillan, pp. 300-329.

Boudon, Raymond (1969): “La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique”, Annales. Economies, Societés, Civilisations, 24 (3), pp. 738-764.

— (1972): “Sources of Student Protest in France”, en Philip G. Altbach y Robert S. Laufer (eds.), The New Pilgrims. Youth Protest in Transition, Nueva York, Davic McKay, pp. 297-310.

Brenan, Gerald (1943): The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

Brennan, James P. y Gordillo, Mónica B. (1994): “Working Class Protest, Popular Revolt, and Urban Insurrection in Argentina: The 1969 Cordobazo”, Journal of Social History, 27 (3), pp. 477-498.

Brockett, Charles D. (1992): “Measuring Political Violence and Land Inequality in Central America”, American Political Science Review, 86 (1), pp. 169-176.

Brotons, Francisco (2002): Memoria antifascista. Recuerdos en medio del camino, Kalegorria.

Bueno de Mesquita, Ethan (2005): “The Quality of Terror”, American Journal of Political Science, 49, pp. 515-530.

Bull, Martin (1995): “The West European Communist Movement in the Late Twentieth Century”, West European Politics, 18 (1), pp. 78-97.

Burgoon, Brian (2006): “On Welfare and Terror”, Journal of Conflict Resolution, 50 (2), pp. 176-203.

Burns, Rob y Van der Will, Wilfried (1988): Democracy and Protest in West Germany, Extra-Parliamentary Opposition and the Democratic Agenda, Houndmills, Macmillan.

Burrough, Bryan (2015): Days of Rage. America’s Radical Underground, the FBI, and the Forgotten Age of Revolutionary Violence, Nueva York, Penguin.

Camus, Albert (1956 [1951]): The Rebel. An Essay on Man in Revolt, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Carr, Gordon (2010 [1975]): The Angry Brigade. A History of Britain’s First Urban Guerrilla Group, Oakland, PM Press.

Casanova, Julián (2000): “Civil Wars, Revolutions and Counterrevolutions in Finland, Spain, and Greece (1918-1949): A Comparative Analysis”, International Journal of Politics, Culture, and Society, 13 (3), pp. 515-537.

Castro Moral, Lorenzo (2002): “La izquierda armada: FRAP y GRAPO”, en Eduardo González Calleja (ed.), Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 321-344.

— (2009): “El terrorismo revolucionario marxista-leninista en España”, Historia del Presente, 11, pp. 39-56.

Cederman, Lars-Erik; Gleditsch, Kristian Skrede y Buhaug, Halvard (2013): Inequality, Grievances, and Civil War, Cambridge,

Cambridge University Press.

Cerny, Philip G. (1981): “France: Non-Terrorism and the Politics of Repressive Tolerance”, en Juliet Lodge (ed.), Terrorism: A Challenge to the State, Nueva York, St. Martin’s Press, pp. 91-118.

Charters, David A. (1997): “The Amateur Revolutionaries: A Reassessment of the FLQ”, Terrorism and Political Violence, 9 (1), pp. 133-169.

Chenoweth, Erica (2010): “Democratic Competition and Terrorist Activity”, The Journal of Politics, 72 (1), pp. 16-30.

Chenoweth, Erica y Stephan, Maria J. (2011): Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict, Nueva York, Columbia University Press.

Churchill, Ward y Wall, Jim V. (2002a): Agents of Repression. The FBI’s Secret War against The Black Panther Party and the American Indian Movement, Cambridge (Mass.), South End.

— (2002b): The COINTELPRO Papers. Documents from the FBI’s Secret Wars against Dissent in the United States, Cambridge (Mass.), South End.

Clutterbuck, Lindsay (2004): “The Progenitors of Terrorism: Russian Revolutionaries or Extreme Irish Republicans?”, Terrorism and Political Violence, 16 (1), pp. 154-181.

Cohn-Bendit, Daniel (1986): Nous l’avons tant aimée, la revolution, París, Bernard Barrault.

Collier, David (ed.) (1979): The New Authoritarianism in Latin America, Princeton, Princeton University Press.

Collier, Paul y Hoeffler, Anke (1998): “On Economic Causes of Civil War”, Oxford Economic Papers, 50 (4), pp. 563-573.

— (2004): “Greed and Grievance in Civil War”, Oxford Economic Papers, 56 (4), pp. 563-595.

Collier, Peter y Horowitz, David (2006): Destructive Generation.

Second Thoughts about the Sixties, Nueva York, Encounter Books.

Cooke, Philip (2011): The Legacy of the Italian Resistance, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Crafts, Nicholas y Toniolo, Gianni (2010): "Aggregate Growth, 1950-2005", en Stephen Broadberry y Kevin H. O'Rourke (eds.), The Cambridge Economic History of Modern Europe. Volume 2: 1870 to the Present, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 296-332

Crenshaw, Martha (1972): "The Concept of Revolutionary Terrorism", Journal of Conflict Resolution, 16 (3), pp. 383-396.

Cronin, Audrey K. (2009): How Terrorism Ends, Princeton, Princeton University Press.

Cronin, James E. (1987): "Strikes and power in Britain, 1870-1920", International Review of Social History, 32 (2), pp. 144-167.

Crump, John (1996): The Anarchist Movement in Japan, 1906-1996, Pirate Press (disponible en https://libcom.org/library/anarchist-movement-japan).

Curcio, Renato y Scialoja, Mario (1993): A viso aperto. Milán, Mondadori.

Darlington, Ralph (2009): "Syndicalism and the Influence of Anarchism in France, Italy and Spain", Anarchist Studies, 17 (2), pp. 29-54.

Dartnell, Michael Y. (1995): Action Directe. Ultra-Left Terrorism in France, 1979-1987, Londres, Frank Cass.

Davenport, Christian (2005): "Understanding Covert Repressive Action: The Case of the US Government against the Republic of New Africa", Journal of Conflict Resolution, 49 (1), pp. 120-140.

Davis, Lewis S. y Abdurazokzoda, Farangis (2016): "Language, Culture and Institutions: Evidence from a New Linguistic Dataset", Journal of Comparative Economics, 44, pp. 541-561.

Davis, Mike (2007): Buda's Wagon. A Brief History of the Car Bomb, Londres, Verso.

Debray, Regis (1967): Revolution within the Revolution. Armed Struggle and Political Struggle in Latin America, Nueva York, Groove Press.

De Graaf, Beatrice y Malkki, Leena (2010): "Killing it Softly? Explaining the Early Demise of Left-Wing Terrorism in the Netherlands", Terrorism and Political Violence, 22 (4), pp. 623-640.

De la Calle, Luis (2015): Nationalist Violence in Post-War Europe, Cambridge, Cambridge University Press.

De la Calle, Luis y Sánchez-Cuenca, Ignacio (2011a): "What We Talk About When We Talk About Terrorism", Politics and Society, 39 (3), pp. 451-472.

— (2011b): "The Quantity and Quality of Terrorism: The DTV Dataset", Journal of Peace Research, 48 (1), pp. 49-58.

— (2012): "Rebels without Territory: An Analysis of Non-Territorial Conflicts in the World, 1970-1997", Journal of Conflict Resolution, 56 (4), pp. 580-603.

— (2015): "How Armed Groups Fight: Territorial Control and Violent Tactics", Studies in Conflict and Terrorism, 38 (10), pp. 795-813.

Dell, Melissa (2010): "The Persistent Effects of Peru's Mining Mita", Econometrica, 78 (6), pp. 1863-1903.

Della Porta, Donatella (1995): Social Movements, Political Violence, and the State. A Comparative Analysis of Italy and Germany, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2013): Clandestine Poltical Violence, Cambridge, Cambridge University Press.

Della Porta, Donatella y Rossi, Maurizio (1984): Cifre crudeli. Bilancio dei terrorismi italiani. Bolonia, Istituto Cattaneo.

Della Porta, Donatella y Tarrow, Sidney (1986): “Unwanted Children: Political Violence and the Cycle of Protest in Italy, 1966-1973”, European Journal of Political Research, 14, pp. 607-632.

Demaris, Ovid (1977): Brothers in Blood. The International Terrorist Network, Nueva York, Charles Scribner’s Sons.

De Nardo, James (1985): Power in Numbers. The Political Strategy of Protest and Rebellion, Princeton, Princeton University Press.

De Sousa, Manuel Ricardo (1992): Guerrilha no Asfalto. As FP-25 e o Tempo Português, Coimbra, Fora do Texto.

Dilli, Selin (2016): “Family Systems and the Historical Roots of Global Gaps in Democracy”, Economic History of Developing Regions, 31 (1), pp. 82-135.

Djankov, Simeon y Reynal-Querol, Marta (2010): “Poverty and Civil War: Revisiting the Evidence”, Review of Economics and Statistics, 92 (4), pp. 1035-1041.

Dogan, Mattei (2005): “How Civil War Was Avoided in France”, Comparative Sociology, 4 (1-2), pp. 207-244.

Downes, Alexander B. (2008): Targeting Civilians in War, Ithaca, Cornell University Press.

Duranton, Gilles; Rodríguez-Pose, Andrés y Sandall, Richard (2009): “Family Types and the Persistence of Regional Disparities in Europe”, Economic Geography, 85 (1), pp. 23-47.

Easterly, William (2007): “Inequality Does Cause Underdevelopment: Insights from a New Instrument”, Journal of Development Economics, 86, pp. 755-776.

Eichengreen, Barry (2007): The European Economy since 1945, Princeton, Princeton University Press.

Eley, Geoff (2002): Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000, Oxford, Oxford University Press.

Enders, Walter y Hoover, Gary A. (2012): “The Non-Linear Relationship between Terrorism and Poverty”, American Economic Review: Papers and Proceedings, 102 (3), pp. 267-272.

Enders, Walter; Hoover, Gary A. y Sandler, Todd (2016): “The Changing Non-Linear Relationship between Income and Terrorism”, Journal of Conflict Resolution, 60 (2), 195-225.

Engene, Jan (2004): Terrorism in Western Europe: Explaining the Trends since 1950, Cheltenham, Edward Elgar Publishing.

— (2007): “Five Decades of Terrorism in Europe: The TWEED Dataset”, Journal of Peace Research, 44 (1), pp. 109-121.

Ermakoff, Ivan (2008): Ruling Oneself Out: A Theory of Collective Abdications, Durham, Duke University Press.

Escribano, Francesc (2001): Cuenta atrás. La historia de Salvador Puig Antich, Barcelona, Península.

Falciola, Luca (2015): “A Bloodless Guerrilla Warfare: Why U.S. White Leftists Renounced Violence against People during the 1970s”, Terrorism and Political Violence.

Fanon, Frantz (2005 [1961]): The Wretched of the Earth, Nueva York, Grove.

Farrell, William R. (1990): Blood and Rage. The Story of the Japanese Red Army, Lexington (Mass.), Lexington Books.

Fasanella, Giovanni y Franceschini, Alberto (2004): Che cosa sono le BR, Milán, BUR.

Fearon, James D. (2008): “Economic Development, Insurgency, and Civil War”, Elhanan Helpman (ed.), Institutions and Economic Performance, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, pp. 292-328.

Fearon, James D. y Laitin, David D. (2003): “Ethnicity, Insurgency, and Civil War”, American Political Science Review, 97 (1), pp. 75-90.

Feliziani, Giancarlo (2004): Colpirne uno educarne cento. La storia di Guido Rossa, Arezzo, Limina.

Feltrinelli, Carlo (2002): Feltrinelli, Nueva York, Harcourt.

Findley, Michael G. y Young, Joseph K. (2011): "Terrorism, Democracy, and Credible Commitments", International Studies Quarterly, 55, pp. 357-378.

Foner, Philip S. (1995 [1970]): The Black Panthers Speak, Cambridge (Mass.), Di Capo.

Fort, Ricardo (2007): "Land Inequality and Economic Growth: A Dynamic Panel Data Approach", Agricultural Economics, 37 (2-3), pp. 159-165.

Franceschini, Alberto; Buffa, Pier Vittorio y Giustolisi, Franco (1988): Mara, Renato e io. Storia dei fondatori delle BR, Milán, Mondadori.

Frankema, Ewout (2010): "The Colonial Roots of Land Inequality: Geography, Factor Endowments, or Institutions?", Economic History Review, 63 (2), pp. 418-451.

Freitas, Filipa (2007): "Violence et terrorisme dans les années 20 au Portugal: l'exemple des Jeunesses Syndicalistes", actas de la conferencia "Nouvelles perspectives de la recherche française sur la culture portugaise".

Freytag, Andreas et al. (2011): "The Origins of Terrorism: Cross-Country Estimates of Socio-Economic Determinants of Terrorism", European Journal of Political Economy, 27, S5-S16.

Fritzsche, Peter (1989): "Terrorism in the Federal Republic of Germany and Italy: Legacy of the '68 Movement or 'Burden of Fascism'?", Terrorism and Political Violence, 1 (4), pp. 466-481.

Gage, Beverly (2009): The Day Wall Street Exploded. A Story of America in its First Age of Terror, Oxford, Oxford University Press.

Galasso, Vincenzo y Profeta, Paola (2015): "When the State Mirrors the Family: The Design of Pension Systems", manuscrito sin

publicar (disponible en https://www.carloalberto.org/assets/events/profeta-15june2015.pdf).

Galli, Giorgio (1993): Il partito armato. Gli “anni di piombo” in Italia, 1968-1986, Milán, Kaos.

Galor, Oded; Moav, Omer y Vollrath, Dietrich (2009): “Inequality in Landownership, the Emergence of Human-Capital Promoting Institutions, and the Great Divergence”, Review of Economic Studies, 76 (1), pp. 143-179.

Gambetta, Diego (2010): “Heroic Impatience”, The Nation, 22 de marzo.

Ganser, Daniele (2005): NATO’s Secret Armies. Operation Gladio and Terrorism in Western Europe, Londres, Frank Cass.

Geary, Dick (ed.) (1989a): Labour and Socialist Movements in Europe before 1914, Oxford, Berg.

— (1989b): “Socialism and the German Labour Movement before 1914”, en Dick Geary (ed.), Labour and Socialist Movements in Europe before 1914, Oxford, Berg, pp. 101-136.

Geismar, Alan (2008): Mon Mai 1968, París, Perrin.

Gerschenkron, Alexander (1962): Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays, Cambridge (Mass.), Belknap Press of Harvard University Press.

— (1989 [1946]): Bread and Democracy in Germany, Ithaca, Cornell University Press.

Gerwarth, Robert (2016): The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923, Londres, Allen Lane.

Gilbert, David (2012): Love and Struggle. My Life in SDS, the Weather Underground, and Beyond, Oakland, PM Press.

Gillespie, Richard (1980): “A Critique of the Urban Guerrilla: Argentina, Uruguay, and Brazil”, Conflict Quarterly, 1 (2), pp. 39-53.

— (1982): Soldiers of Perón. Argentina's Montoneros, Oxford, Clarendon Press.

Ginkel, John y Smith, Alastair (1999): "So You Say You Want a Revolution: A Game Theoretic Explanation of Revolution in Repressive Regimes", Journal of Conflict Resolution, 43, pp. 219-316.

Ginsborg, Paul (2003): A History of Contemporary Italy. Society and Politics, 1943-1988, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Gitlin, Todd (1987): The Sixties. Years of Hope, Days of Rage, Nueva York, Bantam.

Giuliano, Paola y Nunn, Nathan (2013): "The Transmission of Democracy: from the Village to the Nation-state", American Economic Review, 103 (3), pp. 86-92.

Goldstein, Robert J. (2001 [1978]): Political Repression in Modern America. From 1870 to 1976, Urbana, University of Illinois Press.

— (2010): "Political Repression of the American Labor Movement during Its Formative Years—A Comparative Perspective", Labor History, 51 (3), pp. 271-293.

Goldstone, Jack A. (2002): "Population and Security: How Demographic Change Can Lead to Violent Conflict", Journal of International Affairs, 56 (1), pp. 3-22.

Gómez Parra, Rafael (1991): GRAPO. Los hijos de Mao, Madrid, Fundamentos.

Grispigni, Marco (2006): 1977, Roma, Manifestolibri.

Grob-Fitzgibbon, Benjamin (2004): "From the Dagger to the Bomb: Karl Heinzen and the Evolution of Political Terror", Terrorism and Political Violence, 16 (1), pp. 97-115.

Gualino, Riccardo (2010): FRAP. Una temporada en España, Colmenar Viejo, Amargord.

Guerrero Martín, José (1972): Los Tupamaros, segundo poder de

Uruguay, Barcelona, Clio.

Guevara, Ernesto “Che” (2002 [1960]): La guerra de guerrillas, Tafalla, Txalaparta.

Guillén, Abraham (1973): Philosophy of the Urban Guerrilla. The Revolutionary Writings of Abraham Guillén, Nueva York, William Morrow.

Guiso, Luigi; Sapienza, Paola y Zingales, Luigi (2008): “Long-term Persistence”, Working Paper 14278, National Bureau of Economic Research.

Hamon, Hervé y Rotman, Patrick (1988): Génération. 2. Les années de pudre, París, Editions du Seuil.

Hansen, Ann (2002): Direct Action. Memoirs of an Urban Guerrilla, Edinburgo, AK Press.

Harrendorf, Stefan y Smit, Paul (2010): “Attributes of Criminal Justice Systems: Resources, Performance, and Punitivity”, en Stefan Harrendorf, Markku Heiskanen y Steven Malby (eds.), International Statistics on Crime and Justice, Helsinki, HEUNI y UNODC, pp. 113-151.

Hart, H. L. A. y Hononré, A. M. (1959): Causation in the Law, Oxford, Clarendon Press.

Hegre, Havard et al. (2001): “Toward a Democratic Civil Peace? Democracy, Political Change, and Civil War, 1816-1992”, American Political Science Review, 95 (1), pp. 33-48.

Hegre, Havard y Sambanis, Nicholas (2006): “Sensitivity Analysis of the Empirical Literature on Civil War Onset”, Journal of Conflict Resolution, 50 (4), pp. 508-535.

Herkenrath, Mark y Knoll, Alex (2011): “Protest Events in International Press Coverage: An Empirical Critique of Cross-national Conflict Databases”, International Journal of Comparative Sociology, 52 (3), pp. 163-180.

Herman, Valentine y Van der Laan Bouma, Rob (1994):

"Nationalists without a Nation: South Moluccan Terrorism in the Netherlands", en Edward Moxon-Browne (ed.), European Terrorism, Nueva York, G.K. Hall y Co., pp. 311-337.

Hernández, Elena; Ruiz, Miguel A. y Baldó, Marc (2007): Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil, Madrid, Esfera de los Libros.

Hewitt, Christopher (2000): "Patterns of American Terrorism 1955-1998: An Historical Perspective on Terrorism-Related Fatalities", Terrorism and Political Violence, 12 (1), pp. 1-14.

Heywood, Paul (1992): "The Labour Movement in Spain before 1914", en Dick Geary (ed.), Labour and Socialist Movements in Europe Before 1914, Oxford, Berg, pp. 231-265.

Hibbs, Douglas (1978): "On the Political Economy of Long-Run Trends in Strike Activity", British Journal of Political Science, 8 (2), pp. 153-175.

Hilbe, Joseph M. (2011): Negative Binomial Regression, Cambridge, Cambridge University Press.

Hingley, Ronald (1967): Nihilists. Russian Radicals and Revolutionaries in the Reign of Alexander II (1855-81), Londres, Weidenfeld and Nicolson.

Hirschman, Albert O. (1982): Shifting Involvements. Private Interest and Public Action, Princeton, Princeton University Press.

— (1993): "Exit, Voice, and the Fate of the German Democratic Republic: An Essay in Conceptual History", World Politics, 45 (2), pp. 173-202.

Hitchens, Christopher (2009): "Once upon a Time in Germany", Vanity Fair, 17 de agosto.

Hobsbawm, Eric (1959): Primitive Rebels, Mánchester, Manchester University Press.

Hofstede, Geert (1991): Cultures and Organizations. Software of the Mind, Londres, McGraw-Hill.

Holmes, Jennifer S. (2001): “Political Violence and Regime Change in Argentina: 1965-1976”, Terrorism and Political Violence, 13 (1), pp. 134-154.

Horn, Gerd-Rainer (2007): The Spirit of ’68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976, Oxford, Oxford University Press.

Horowitz, Michael C. (2010): “Non-State Actors and the Diffusion of Innovations: The Case of Suicide Terrorism”, International Organization, 64 (1), pp. 33-64.

House, Robert J. et al. (eds.) (2004): Culture, Leadership, and Organizations. The GLOBE Study of 62 Societies, Thousand Oaks, Sage.

Huntington, Samuel P. (1991): The Third Wave. Democratization in Late Twentieth Century, Norman, University of Oklahoma Press.

Igarashi, Yoshikuni (2007): “Dead Bodies and Living Guns: The United Red Army and Its Deadly Pursuit of Revolution, 1971-72”, Japanese Studies, 27 (2), pp. 119-137.

Irvin, Cynthia L. (1999): Militant Nationalism. Between Movement and Party in Ireland and the Basque Country, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Jackson, Julian (2010): “The Mystery of May 1968”, French Historical Studies, 33 (4), pp. 625-653.

Jacobs, Ron (1997): The Way the Wind Blew. A History of the Weather Underground, Londres, Verso.

Jensen, Richard B. (2004): “Daggers, Rifles and Dynamite: Anarchist Terrorism in Nineteenth Century Europe”, Terrorism and Political Violence, 16 (1), pp. 116-153.

Joll, James (1980): The Anarchists, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Jones, Charles E. (1988): “The Political Repression of the Black Panther 1966-1971: The Case of the Oakland Bay Area”, Journal of

Black Studies, 18 (4), pp. 415-434.

Judt, Tony (2005): Postwar. A History of Europe since 1945, Londres, Heinemann.

Kalyvas, Stathis (2006): The Logic of Violence in Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2015): Modern Greece, Oxford, Oxford University Press.

Kalyvas, Stathis y Balcells, Laia (2010): "International System and Technologies of Rebellion: How the End of the Cold War Shaped Internal Conflict", American Political Science Review, 104 (3), pp. 415-429.

Kashima, Emiko S. y Kashima, Yoshihisa (1998): "Culture and Language. The Case of Cultural Dimensions and Personal Pronoun Use", Journal of Cross-Cultural Psychology, 29 (3), pp. 461-486.

Kassimeris, George (2001): Europe's Last Red Terrorists. The Revolutionary Organization 17 November, Londres, Hurst.

— (2004): "Urban Guerrilla or Revolutionary Fantasies? Dimitris Koufodinas and the Revolutionary Organization 17 November", Studies in Conflict and Terrorism, 27 (1), pp. 21-31.

Katsiaficas, George (1987): The Imagination of the New Left. A Global Analysis of 1968, South End Press.

Katzenstein, Peter J. (1998): "Left-Wing Violence and State Response: United States, Germany, Italy and Japan, 1960s-1990s", Working Paper, Institute for European Studies, Cornell University.

— (2003): "Same War-Different Views: Germany, Japan, and Counterterrorism", International Organization, 57 (3), pp. 731-760.

Katzenstein, Peter y Tsujinaka, Yutaka (1991): Defending the Japanese State. Structures, Norms and the Political Responses to Terrorism and Violent Social Protest in the 1970s and 1980s, Ithaca, Cornell University East Asia Program.

Keefer, Philip y Knack, Stephen (2002): "Polarization, politics and

property rights: Links between inequality and growth", Public Choice, 111 (1-2), pp. 127-154.

Kempton, Richard (2007): Provo. Amsterdam's Anarchist Revolt, Nueva York, Autonomedia.

Kiesling, John Brady (2014): Greek Urban Warriors. Resistance and Terrorism, 1967-2014, Atenas, Lycabettus Press.

Kindley, Randall W. (1992): "From Class Conflict to Class Cooperation: The Evolution of Austrian Cooperation", Working Paper 92-2, Center for Austrian Studies, University of Minnesota.

Kissane, Bill (2004): "Democratization, State Formation, and Civil War in Finland, and Ireland A Reflection on the Democratic Peace Hypothesis", Comparative Political Studies, 37 (8), pp. 969-985.

Kitschelt, Herber P. (1986): "Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies", British Journal of Political Science, 16 (1), pp. 57-85.

Klimke, Martin (2008): "West Germany", en Martin Klimke y Joachim Scharloth (eds.), 1968 in Europe. A History of Protest and Activism, 1956-1977, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 97-110.

— (2010): The Other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties, Princeton, Princeton University Press.

Klimke, Martin y Scharloth, Joachim (eds.) (2008): 1968 in Europe. A History of Protest and Activism, 1956-1977, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Knight, Nick (1998): "The Theory and Tactics of the Communist Party of Australia (M-L)", Journal of Contemporary Asia, 28 (2), pp. 233-251.

Kocka, Jürgen (1999): "Asymmetrical Historical Comparison: The Case of the German Sonderweg", History and Theory, 38 (1), pp. 40-50.

Koerner, Brendan I. (2013): The Skies Belong to Us. Love and Terror

in the Golden Age of Hijacking, Nueva York, Crown.

Kornetis, Kostis (2013): Children of the Dictatorship. Student Resistance, Cultural Politics, and the "Long 1960s" in Greece, Nueva York, Berghahn.

Korpi, Walter (1971): "Working Class Communism in Western Europe: Rational or Non-Rational", American Sociological Review, 36 (6), pp. 971-984.

Kourtellos, Andros; Stylianou, Ioanna y Tan, Chih Ming (2013): "Failure to Launch? The Role of Land Inequality in Transition Delays", European Economic Review, 62, pp. 98-113.

Krieger, Tim y Meierrieks, Daniel (2010): "Terrorism in the Worlds of Welfare Capitalism", Journal of Conflict Resolution, 54 (6), pp. 902-939.

Krueger, Alan B. (2007): What Makes a Terrorist. Economics and the Roots of Terrorism, Princeton, Princeton University Press.

Kuhn, Gabriel (ed.) (2014): Turning Money into Rebellion. The Unlikely Story of Denmark's Revolutionary Bank Robbers, Montreal, PM Press.

Kurlansky, Mark (2004): 1968. The Year that Rocked the World, Nueva York, Random House.

Kurth, James R. (1979): "Industrial Change and Political Change: A European Perspective", en David Collier (ed.), The New Authoritarianism in Latin America, Princeton, Princeton University Press, pp. 319-362.

Lader, Lawrence (1979): Power on the Left. American Radical Movements since 1946, Nueva York, W.W. Norton.

Landman, Janet (2001): "The Limits of Reconciliation: The Story of a Perpetrator, Katherine Anne Power", Social Justice Research, 14 (2), pp. 171-187.

Lane, Jan-Erik; McKay, David y Newton, Kenneth (1997): Political Data Handbook OECD Countries, Oxford, Oxford University Press,

2ª ed.

Langbein, Hermann (1994): Against All Hope. Resistance in the Nazi Concentration Camps, 1938-1945, Nueva York, Paragon.

Laqueur, Walter (ed.) (2004): Voices of Terror. Manifestos, Writings, and Manuals of Al Qaeda, Hamas, and Other Terrorists from around the World and throughout the Ages, Nueva York, Reed Press.

Lawrence, Jon (2003): "Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post–First World War Britain", Journal of Modern History, 75 (3), pp. 557-589.

Le Bris, David (2015): "Family Characteristics and Economic Development", manuscrito.

Lekea, Ionann K. (2014): 17N's Philosophy of Terror. An Analysis of the 17 November Revolutionary Organization, Santa Barbara, Praeger.

Les Nouveaux Partisans (2015): Histoire de la Gauche Prolétarienne par des militants de base, Al Dante.

Levy, Carlo (2004): "Anarchism, Internationalism and Nationalism in Europe, 1860-1939", Australian Journal of Politics and History, 50 (3), pp. 330-342.

Li, Quan (2005): "Does Democracy Promote or Reduce Transnational Terrorist Incidents?", Journal of Conflict Resolution, 49 (2), pp. 278-297.

Li, Quan y Schaub, Drew (2004): "Economic Globalization and Transnational Terrorism. A Pooled Time-Series Analysis", Journal of Conflict Resolution, 48 (2), pp. 230-258.

Licht, Amir N.; Goldschmidt, Chanan y Schwartz, Shalom H. (2007): "Culture Rules: The Foundations of the Rule of Law and Other Norms of Governance", Journal of Comparative Economics, 35 (4), pp. 659-688.

Lijphart, Arend y Crepaz, Markus M. L. (1991): "Corporatism and

Consensus Democracy in Eighteen Countries: Conceptual and Empirical Linkages", British Journal of Political Science, 21 (2), pp. 235-246.

Linse, Ulrich (1982): "'Propaganda by the Deed' and 'Direct Action': Two Concepts of Anarchist Violence", en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-century Europe, Houndmills, Macmillan, pp. 201-229.

Linz, Juan J. (1976): "Patterns of Land Tenure, Division of Labor, and Voting Behavior in Europe", Comparative Politics, 8 (3), pp. 365-430.

Lipset, Seymour Martin (1959): Political Man. The Social Basis of Politics, Nueva York, Doubleday.

— (1983): "Radicalism or Reformism: The Sources of Working-Class Politics", American Political Science Review, 77 (1), pp. 1-18.

Lipset, Seymour Martin y Rokkan, Stein (1967): "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alingments: An Introduction", en Seymour Martin Lipset y Stein Rookan (eds.), Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives, Nueva York, The Free Press, pp. 1-64.

López-Alves, Fernando (1989): "Political Crisis, Strategic Choices, and Terrorism: The Rise and Fall of the Uruguayan Tupamaros", Terrorism and Political Violence, 1 (2), pp. 202-241.

Luebbert, Gregory M. (1987): "Social foundations of political order in interwar Europe", World Politics, 39 (4), pp. 449-478.

— (1991): Liberalism, Fascism, or Social Democracy. Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe, Oxford, Oxford University Press.

Lumley, Robert (1990): States of Emergency. Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978, Londres, Verso.

Luque Balbona, David (2013): "La forma de las huelgas en España, 1905-2010/The Shape of Strikes in Spain, 1905-2010", Política y

Sociedad, 50 (1), pp. 235-269.

Mackie, John L. (1974): The Cement of the Universe. A Study in Causation, Oxford, Clarendon Press.

Madison, Charles A. (1945): “Anarchism in the United States”, Journal of the History of Ideas, 6 (1), pp. 46-66.

Mainwaring, Scott y Pérez-Liñán, Aníbal (2013): Democracies and Dictatorships in Latin America. Emergence, Survival, and Fall, Cambridge, Cambridge University Press.

Malefakis, Edward (1992): “Southern Europe in the 19th and 20th Centuries: An Historical Overview”, Working Paper 35, Madrid, Fundación Juan March.

Mann, Michael (1986): The Sources of Social Power. Volume I: A History of Power from the Beginning to A.D. 1760, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1995): “Sources of Variation in Working-class Movements in Twentieth-century Europe”, New Left Review, 212, pp. 14-54.

— (2004): Fascists, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2012): The Sources of Social Power. Volume 3: Global Empires and Revolution, 1890-1945, Cambridge, Cambridge University Press.

Mares, Isabela (2004): “Economic Insecurity and Social Policy Expansion: Evidence from Interwar Europe”, International Organization, 58 (4), pp. 745-774.

Marighela, Carlos (1969): Minimanual of the Urban Guerrilla (disponible en https://www.marxists.org/archive/marighella-carlos/1969/06/minimanual-urban-guerrilla/index.htm).

Markovits, Andrei S. y Gorski, Philip S. (1993): The German Left. Red, Green and Beyond, Cambridge, Polity.

Marotti, William (2009): “Japan 1968: The Performance of Violence and the Theater of Protest”, American Historical Review, 114 (1),

pp. 97-135.

Marshall, Peter (1992): Demanding the Impossible. A History of Anarchism, Londres, Harper.

Martinelli, Pablo (2016): “A Spontaneous Land Reform in Post-world war I Italy? ‘Red Fear’ and the Formation of New Peasant Ownership in Italy”, manuscrito, Madrid, Universidad Carlos III.

Martínez, Tomás Eloy (2003 [1985]): La novela de Perón, Madrid, Alfaguara.

Marwick, Arthur (1998): The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974, Oxford, Oxford University Press.

McClain, James L. (2002): Japan. A Modern History, Nueva York, Norton.

McCormick, Gordon H. (2003): “Terrorist Decision Making”, Annual Review of Political Science, 6, pp. 473-507.

McCormick, Gordon H. y Owen, Guillermo (1996): “Revolutionary Origins and Conditional Mobilization”, European Journal of Political Economy, 12, pp. 377-402.

Merari, Ariel (1993): “Terrorism as a Strategy of Insurgency”, Terrorism and Political Violence, 5 (4), pp. 213-251.

Merriman, John (2009): The Dynamite Club. How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror, New Haven, Yale University Press.

Midlarsky, Manus I. (1988): “Rulers and the Ruled: Patterned Inequality and the Onset of Mass Political Violence”, American Political Science Review, 82 (2), pp. 491-509.

Miguel, Edward; Satyanath, Shanker y Sergenti, Ernest (2004): “Economic Shocks and Civil Conflict: An Instrumental Variable Approach”, Journal of Political Economy, 112 (4), pp. 725-753.

Moa, Pío (2002): “De un tiempo y de un país”. La izquierda violenta

(1968-1978), Madrid, Encuentro.

Mommsen, Wolfgang J. y Hirschfeld, Gerhard (eds.) (1982): Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-century Europe, Houndmills, Macmillan.

Monaghan, Rachel (2004): "'An Imperfect Peace': Paramilitary 'Punishments' in Northern Ireland", Terrorism and Political Violence, 16, pp. 439-461.

Moore, Barrington (1966): Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World, Boston, Beacon.

Moretti, Mario (1994): Brigate Rosse. Una storia italiana, Milán, Anabasi.

Morris, Cynthia Taft y Adelman, Irma (1988): Comparative Patterns of Economic Development 1850-1914, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Morucci, Valerio (2004): La peggio gioventù. Una vita nella lotta armata, Milán, Rizzoli.

Moss, David (1989): The Politics of Left-Wing Violence in Italy, 1969-1985, Basingstoke, Macmillan.

Moyano, María José (1995): Argentina's Lost Patrol: Armed Struggle, 1969-1979, New Haven, Yale University Press.

Mueller, Wolfgang (2006): "Stalin and Austria: New Evidence on Soviet Policy in a Secondary Theatre of the Cold War, 1938 – 53/55", Cold War History, 6 (1), pp. 63-84.

Muller, Edward N.; Seligson, Mitchell A. y Midlarsky, Manus I. (1989): "Land Inequality and Political Violence", American Political Science Review, 83 (2), pp. 577-596.

Murshed, S. Mansoob y Gates, Scott (2005): "Spatial-Horizontal Inequality and the Maoist Insurgency in Nepal", Review of Development Economics, 9 (1), pp. 121-134.

Nam, Taehyun (2006): “What You Use Matters: Coding Protest Data”, PS: Political Science and Politics, 39 (2), pp. 281-287.

Noelle-Neumann, Elisabeth (ed.) (1981): The Germans. Public Opinion Polls, 1967-1980, Westport (Conn.), Greenwood.

Novales, Félix (1989): El tazón de hierro. Memoria personal de un militante de los GRAPO, Barcelona, Crítica.

Novelli, Diego y Tranfaglia, Nicola (1988): Vite sospese. Le generazioni del terrorismo, Milán, Garzanti.

Nunn, Nathan (2008): “The Long-Term Effects of Africa’s Slave Trades”, The Quarterly Journal of Economics, 123 (1), pp. 139-176.

Núñez Florencio, Rafael (1983): El terrorismo anarquista, 1888-1909, Madrid, Siglo XXI.

Offe, Claus (2002): “1968 Thirty Years After. Four Hypotheses on the Historical Consequences of the Student Movement”, Thesis Eleven, 68, pp. 82-88.

Olson, Mancur (1963): “Rapid Growth as a Destabilizing Force”, Journal of Economic History, 23 (4), pp. 529-552.

Palacios, Diego (2008): Estado, régimen y orden público en el Portugal contemporáneo, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.

Panvini, Guido (2009): Ordine nero, guerriglia rossa. La violenza política nell’Italia degli anni Sessanta e Settanta (1966-1975), Torino, Einaudi.

Pape, Robert (2005): Dying to Win. The Strategic Logic of Suicide Terrorism, Nueva York, Random House.

Pelinka, Anton (1998): Austria. Out of the Shadow of the Past, Boulder, Westview Press.

Pergolizzi, Paolo (2008): Le nueve BR. Il terrorism è tornato, Roma, Aliberti.

Perkins, Anne (2006): A Very British Strike. 3 May-12 May 1926, Londres, Macmillan.

Phillips, Peggy Anne (1993): Republican France. Divided Loyalties, Westport, Greenwood Press.

Phillips, Peter J. (2011): “Lone Wolf Terrorism”, Peace Economics, Peace Science and Public Policy, 17 (1), pp. 1-27.

Piazza, James A. (2006): “Rooted in Poverty? Terrorism, Poor Economic Development and Social Cleavages”, Terrorism and Political Violence, 18, pp. 159-177.

— (2008): “A Supply-side View of Suicide Terrorism: A Cross-national Study”, Journal of Politics, 70 (1), pp. 28-39.

— (2011): “Poverty, Minority Economic Discrimination, and Domestic Terrorism”, Journal of Peace Research, 48 (3), pp. 339-353.

Pickering, Leslie James (2007): Mad Bomber Melville, Portland, Arissa Media Group.

Pierskalla, Jan H. (2010): “Protest, Deterrence, and Escalation: The Strategic Calculus of Government Repression”, Journal of Conflict Resolution, 54 (1), pp. 117-145.

Pinker, Steven (2011): The Better Angels of Our Nature. Why Violence Has Declined, Nueva York, Penguin.

Possony, Stefan T. (1979): “Giangiacomo Feltrinelli: The Millionaire Dinamitero”, Studies in Conflict & Terrorism, 2 (3-4), pp. 213-230.

Prados de la Escosura, Leandro (2007): “European Patterns of Development in Historical Perspective”, Scandinavian Economic History Review, 55 (3), pp. 187-222.

— (2015): “World human development: 1870-2007”, Review of Income and Wealth, 61 (2), pp. 220-247.

— (2016): “Economic Freedom in the Long Run: Evidence from OECD Countries (1850-2007)”, Economic History Review, 69 (2),

pp. 435-468.

Prette, Maria Rita (ed.) (1996): Le parole scritte (Progetto Memoria, vol. 3), Roma, Sensibili alle Foglie.

Przeworski, Adam (2005): “Democracy as Equilibrium”, Public Choice, 123 (3-4), pp. 253-273.

— (2009): “Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions”, British Journal of Political Science, 39 (2), pp. 291-321.

Przeworski, Adam y Sprague, John (1986): Paper Stones. A History of Electoral Socialism, Chicago, The University of Chicago Press.

Przeworski, Adam y Limongi, Fernando (1997): “Modernization. Theories and Facts”, World Politics, 49 (2), pp. 155-183.

Putnam, Robert; Leonardi, Robert y Nanetti, Rafaella (1993): Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy, Princeton, Princeton University Press.

Realo, Anu; Allik, Jüri y Greenfield, Brenna (2008): “Radius of Trust: Social Capital in Relation to Familism and Institutional Collectivism”, Journal of Cross-Cultural Psychology, 39 (4), pp. 447-462.

Roca, José María (1994): “Reconstrucción histórica del nacimiento, evolución y declive de la izquierda comunista revolucionaria en España, 1964-1992”, en J. M. Roca (ed.), El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992), Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 69-89.

Rocha, Servando (2008): Nos estamos acercando. La historia de Angry Brigade, Madrid, La Felguera.

Rogowski, Ronald (1989): Commerce and Coalitions. How Trade Affects Domestic Political Alignments, Princeton, Princeton University Press.

Romero Maura, J. (1968): “Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics 1904-1909”, Past and Present, 41, pp. 130-183.

Rosés, Sergi (2002): El MIL: una historia política, Barcelona, Alikornio.

Ross, Jeffrey Ian (1988): "Attributes of Domestic Political Terrorism in Canada, 1960-1985", Terrorism, 11 (3), pp. 213-233.

Rouillan, Jann-Marc (2009 [2007]): De memoria (I). Los comienzos: otoño de 1970 en Tolouse, Barcelona, Virus.

Rudd, Mark (2009): Underground. My Life with SDS and the Weathermen, Nueva York, Harper Collins.

Rueschemeyer, Dietrich; Stephens, Evelene Huber y Stephens, John (1992): Capitalist Development and Democracy, Chicago, University of Chicago Press.

Ruggiero, Lorenzo (ed.) (2007a): Dossier Brigatte rosse 1966-1975. La lotta armata nei documenti e nei comunicati delle prime Br, Milán, Kaos edizioni.

— (ed.) (2007b): Dossier Brigate rosse 1976-1978. Le Br sanguinarie di Moretti: documenti, comunicati e censure, Milán, Kaos edizioni.

Russett, Bruce M. (1964): "Inequality and Instability: The Relation of Land Tenure to Politics", World Politics, 16 (3), pp. 442-454.

Saleam, Jim (2000): "Lessons for Nationalists: The Communist Party of Australia (Marxist-Leninist) and Political/Industrial Violence: Rationale and Results" (disponible en http://home.alphalink.com.au/~radnat/lessons.html).

Sambanis, Nicholas (2004a): "What Is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition", Journal of Conflict Resolution, 48 (6), pp. 814-858.

Sánchez Estrada, Silvia (2013): "Clases populares y anarcosindicalismo. Barcelona 1917-1923", tesis de graduación, Entremons. UPF Journal of World History, 5 (disponible en http://www.entremons.org/nuacutemero-5.html).

Sánchez-Cuenca, Ignacio (2007): "The Dynamics of Nationalist

Terrorism: ETA and the IRA", Terrorism and Political Violence, 19 (3), pp. 1-18.

— (2009): "Revolutionary Dreams and Terrorist Violence: Explaining Cross-Country Variation", Journal of Peace Research, 46 (5), pp. 687-706.

— (2014a): Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia, Madrid, Alianza.

— (2014b): "Why Do We Know So Little about Terrorism?", International Interactions, 40 (4), pp. 590-601.

Sánchez-Cuenca, Ignacio y Aguilar, Paloma (2009): "Terrorist Violence and Popular Mobilization: The Case of the Spanish Transition to Democracy", Politics and Society, 37 (3), pp. 428-453.

Sánchez-Cuenca, Ignacio y De la Calle, Luis (2009): "Domestic Terrorism: The Hidden Side of Political Violence", Annual Review of Political Science, 12, pp. 31-49.

Sasaki-Uemura, Wesley (2001): Organizing the Spontaneous. Citizen Protest in Postwar Japan, Honolulú, University of Hawai'i Press.

Savun, Burcu y Phillips, Brian (2009): "Democracy, Foreign Policy, and Terrorism", Journal of Conflict Resolution, 53 (6), pp. 878-904.

Sayari, Sabri (2010): "Political Violence and Terrorism in Turkey, 1976-80: A Retrospective Analysis", Terrorism and Political Violence, 22 (2), pp. 198-215.

Schiller, Margrit (2009): Remembering the Armed Struggle. Life in Baader-Meinhof, Londres, Zidane Press.

Schmid, Alex P. (1988): "Politically-Motivated Violent Activists in the Netherlands in the 1980s", en Juliet Lodge (ed.), The Threat of Terrorism, Brighton, Wheatsheaf, pp. 145-178.

— (1992): "Countering Terrorism in the Netherlands", Terrorism and Political Violence, 4 (4), pp. 7979-109.

Segio, Sergio (2005): Miccia corta. Una storia di Prima Linea,

Roma, DeriveApprodi.

— (2006): Una vita in Prima Linea, Milán, Rizzzoli.

Seidman, Michael (2004): The Imaginary Revolution. Parisian Students and Workers in 1968, Nueva York, Berghahn.

Selwyn, Ben (2011): "Trotsky, Gerschenkron, and the Political Economy of Late Capitalist Development", Economy and Society, 40 (3), pp. 421-450.

Serrano, Secundino (2006): Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy.

Shapiro, Jacob N. (2013): The Terrorist's Dilemma. Managing Violent Covert Organizations, Princeton, Princeton University Press.

Shimbori, Michiya (1971): "Student Radicals in Japan", Annals of the American Academy of Political and Social Sciences, 395, pp. 150-158.

Siqueira, Kevin y Sandler, Todd (2006): "Terrorists versus the Government: Strategic Interaction, Support, and Sponsorship", Journal of Conflict Resolution, 50, pp. 878-898.

Sjøli, Hans Petter (2008): "Maoism in Norway. And how the AKP(m-l) made Norway more Norwegian", Scandinavian Journal of History, 33 (4), pp. 478-490.

Slater, Dan y Simmons, Erica (2010): "Informative Regress: Critical Antecedents in Comparative Politics", Comparative Political Studies, 43 (7), pp. 886-917.

Smith, J. y Moncourt, André (2009): The Red Army Faction. A Documentary History. Volume 1: Projectiles for the People, Oakland, PM Press.

— (2013): The Red Army Faction. A Documentary History. Volume 2: Dancing with Imperialism, Oakland, PM Press.

Sokoloff, Kenneth L. y Engerman, Stanley L. (2000): "History Lessons: Institutions, Factors Endowments, and Paths of

Development in the New World", Journal of Economic Perspectives, 14 (3), pp. 217-232.

Solt, Frederick (2014): "The Standardized World Income Inequality Database", Working paper, SWIID Version 5.0, octubre.

Sommier, Isabelle (1992): "La Résistance comme référence légitimatrice de la violence. Le cas de l'extrême-gauche italienne, 1969-1974", Politix, 5 (17), pp. 86-103.

— (2008): La violence politique et son deuil. L'apres 68 en France et en Italie, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.

Spaaij, Ramón (2010): "The Enigma of Lone Wolf Terrorism: An Assessment", Studies in Conflict and Terrorism, 33 (9), pp. 854-870.

Spini, Valdo (1972): "The New Left in Italy", Journal of Contemporary History, 7 (1/2), pp. 51-71.

SPK (1993): Turn Illness into a Weapon, Manheim, KRRIM.

Stasavage, David (2011): States of Credit. Size, Power, and the Development of European Politics, Princeton, Princeton University Press.

Steinhoff, Patricia G. (1989): "Hijackers, Bombers, and Bank Robbers: Managerial Style in the Japanese Red Army", Journal of Asian Studies, 48 (4), pp. 724-740.

— (2004): "Kidnapped Japanese in North Korea: The New Left Connection", Japanese Studies, 30 (1), pp. 123-142.

— (2013): "Memories of the New Left Protest", Contemporary Japan, 25 (2), pp. 127-165.

Stella, Alessandro (2016): Années de rêves et de plomb. Des grèves à la lutte armée en Italie (1968-1980), Marsella, Agone.

Stinchcombe, Arthur L. (1968): Constructing Social Theories, Chicago, The University of Chicago Press.

Streeck, Wolfgang (2001): "Introduction: Explorations into the

Origins of Non-Liberal Capitalism in Germany and Japan", en Wolfgang Streeck y Kozo Yamamura (eds.), The Origins of Non-Liberal Capitalism. Germany and Japan in Comparison, Cornell, Cornell University Press, pp. 1-38.

Sunada, Ichiro (1969): "The Thought and Behavior of Zengakuren: Trends in the Japanese Student Movement", Asian Survey, 9 (6), pp. 457-474.

Tabellini, Guido (2010): "Culture and Institutions: Economic Development in the Regions of Europe", Journal of the European Economic Association, 8 (4), pp. 677-716.

Tarrow, Sidney (1989): Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975, Oxford, Clarendon Press.

Taylor, Charles L. y Jodice, David A. (2000): World Handbook of Political and Social Indicators III: 1948-1982, Ann Arbor, ICPSR.

Téllez, Antonio (1992): Sabaté. Guerrilla urbana en España (1945-1960), Barcelona, Virus.

Therborn, Goran (1977): "The Rule of Capital and the Rise of Democracy", New Left Review, 103, pp. 3-41.

Thomas, Nick (2003): Protest Movements in 1960s West Germany, Oxford, Berg.

Thomson, Henry (2015): "Landholding Inequality, Political Strategy, and Authoritarian Repression: Structure and Agency in Bismarck's 'Second Founding' of the German Empire", Studies in Comparative International Development, 50 (1), pp. 73-97.

Tilly, Charles (1973): "Does Modernization Breed Revolution?", Comparative Politics, 5 (3), pp. 425-447.

Todd, Emmanuel (1985): The Explanation of Ideology: Family Structure and Social System, Oxford, Basil Blackwell.

— (1990): L'invention de l'Europe, París, Editions du Seuil.

Torres, Jorge (2002): Tupamaros. La derrota en la mira,

Montevideo, Fin de Siglo.

Trotsky, Leon (1974 [1911]): Against Individual Terrorism, Nueva York, Pathfinder.

Tsurumi, Kazuko (1970): “Some Comments on the Japanese Student Movement in the Sixties”, Journal of Contemporary History, 5 (1), pp. 104-112.

Turcato, Davide (2007): “Italian Anarchism as a Transnational Movement, 1885-1915”, International Review of Social History, 52, pp. 407-444.

Urdal, Henrik (2006): “A Clash of Generations? Youth Bulges and Political Violence”, International Studies Quarterly, 50 (3), pp. 607-629.

Vague, Tom (1997): Anarchy in the UK. The Angry Brigade, Londres, AK Press.

Vanhanen, Tatu (2003): Democratization. A Comparative Analysis of 170 Countries, Londres, Routledge.

Van Hoorn, Andre (2015): “Individualist–Collectivist Culture and Trust Radius: A Multilevel Approach”, Journal of Cross-Cultural Psychology, 46 (2), pp. 269-276.

Van Zanden, Jan Luiten; Buringh, Eltjo y Bosker, Maarten (2012): “The rise and decline of European parliaments, 1188-17891”, The Economic History Review, 65 (3), pp. 835-861.

Varon, Jeremy (2004): Bringing the War Home. The Weather Underground, the Red Army Faction, and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies, Berkeley, University of California Press.

Veermant, J. A. E. (1987): “Terrorist Sympathizers in the Netherlands”, Studies in Conflict and Terrorism, 10 (4), pp. 329-335.

Villiguer, Carole (2013): “Political Violence: Switzerland, a Special Case?”, Terrorism and Political Violence, 25 (5), pp. 672-687.

Voigtländer, Nico y Voth, Hans-Joachim (2012): “Persecution Perpetuated: the Medieval Origins of Anti-Semitic Violence in Nazi Germany”, Quarterly Journal of Economics, 127 (3), pp. 1339-1392.

Wandschneider, Kirsten (2008): “The Stability of the Interwar Gold Exchange Standard: Did Politics Matter?”, Journal of Economic History, 68 (1), pp. 151-181.

Watson, Francis M. (1976): Political Terrorism. The Threat and the Response, Washington, Luce.

Weather Underground Organization (1974): Prairie Fire. The Politics of Revolutionary Anti-Imperialism, San Francisco, Communications Co.

Weinberg, Leonard y Eubank, William L. (1987): The Rise and Fall of Italian Terrorism, Boulder, Westview Press.

Weinstein, Jeremy (2007): Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence, Cambridge, Cambridge University Press.

Weir, Jean (1985): The Angry Brigade 1967-1984. Documents and Chronology, Londres, Elephant.

Whorf, Benjamin Lee (1956): Language, Thought and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf, editado por John B. Carroll, Cambridge (Mass.), The MIT Press.

Wickham-Crowley, Timothy P. (1992): Guerrillas and Revolution in Latin America, Princeton, Princeton University Press.

Wilkerson, Cathy (2007): Flying Close to the Sun. My Life and Times as a Weatherman, Nueva York, Seven Stories.

Wintrobe, Ronald (2006): Rational Extremism. The Political Economy of Radicalism, Cambridge, Cambridge University Press.

Wisniewski, Stefan (1997): Wir waren so unheimlich consequent… Ein Gespräch zur Geshichte der RAF, Berlín, ID-Verlag.

Wittenberg, Jason (2006): Crucibles of Political Loyalty: Church

Institutions and Electoral Continuity in Hungary, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2015): “Conceptualizing historical legacies”, East European Politics and Societies, 29 (2), pp. 366-378.

Wolin, Richard (2010): The Wind from the East. French Intellectuals, the Cultural Revolution, and the Legacy of the 1960s, Princeton, Princeton University Press.

Woodberry, Robert D. (2012): “The missionary roots of liberal democracy”, American Political Science Review, 106 (2), pp. 244-274.

Young, Joseph y Dugan, Laura (2011): “Veto Players and Terror”, Journal of Peace Research, 48 (1), pp. 18-33.

Ziblatt, Daniel (2008): “Does Landholding Inequality Block Democratization?: A Test of the ‘Bread and Democracy’ Thesis and the Case of Prussia”, World Politics, 60 (4), pp. 610-641.

NOTAS

1 . Morucci (2003: 45).

2 . Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Islandia, Irlanda, Italia, Japón, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda, Portugal, el Reino Unido, Suecia y Suiza.

3 . El análisis cuantitativo es mucho más escaso, con las únicas excepciones, hasta donde mi conocimiento alcanza, de Engene (2004) y Sánchez-Cuenca (2009).

4 . Algunos libros clave son: sobre Francia, Dartnell (1995); sobre Alemania, Aust (2008), Smith y Moncourt (2009 y 2013); sobre Grecia, Kassimeris (2001), Kiesling (2014), Lekea (2014); sobre Italia, Ballestrini y Moroni (2005), Boraso (2006), Della Porta y Rossi (1984), Moss (1989), Weinberg y Eubank (1987); sobre Japón, Andrews (2016), Farrell (1990); sobre Portugal, Barra da Costa (2004); sobre España, Castro (2001); sobre el Reino Unido, Carr (2010), Rocha (2008), Weir (1985); sobre Estados Unidos, Berger (2006), Burrough (2015).

5 . Hay una tradición minoritaria, aunque sólida, en los estudios de terrorismo que mantiene esta opinión (véase Cronin, 2009: 147; Della Porta, 1995; Della Porta, 2013; Merari, 1993; Weinstein, 2007: 17).

6 . Una muestra de trabajos podría incluir: Aksoy, Carter y Wright (2012), Blomberg y Hess (2008), Burgoon (2006), Chenoweth (2010), De la Calle y Sanchez-Cuenca (2012), Enders y Hoover (2012), Enders, Hoover y Sandler (2016), Findley y Young (2011), Freytag et al. (2011), Krueger (2007), Li (2005), Li y Schaub (2004), Piazza (2006; 2011), Savun y Phillips (2009), Young y Dugan (2011). Una literatura más detallada se centra en el terrorismo suicida: véanse, por ejemplo, Berman y Laitin (2008), Horowitz (2010), Pape (2005) y Piazza (2008).

7 . Hirschman afirma que su teoría de los ciclos de acción colectiva es de alguna manera análoga a los largos ciclos económicos de Kondratieff. Tarrow (1989: 25) dijo algo similar, comparando los ciclos de protesta con los ciclos económicos.

8 . No hay datos disponibles para Grecia, Islandia, Luxemburgo y Portugal. La fuente para los días perdidos es la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y para el número de trabajadores, la OCDE.

9 . El documento está disponible en https://archive.org/details/sds_papers

10 . Esto es algo que Hirschman pasó por alto en Shifting Involvements (1982), donde supuso que la vida privada y pública se mueven en direcciones opuestas. Sin embargo, puede suceder que la vida pública sea tan intensa que “invada” la esfera privada. Así como el propio Hirschman reconoció en su trabajo posterior que la salida masiva podía generar voz (Hirschman, 1993), también podemos considerar que una reorientación intensa hacia la vida pública puede terminar impregnando la vida privada.

11 . Esto es un diagnóstico muy extendido en la literatura sobre el 68. Daniel Cohn-Bendit dijo que 1968 “fue una victoria cultural y una derrota política” (Jackson, 2010: 639). Eley (2002: 363) concluye que, a la luz de sus ambiciones, “los movimientos de 1968 fracasaron en todas partes”. Horn (2007: 234) escribe que “el balance general es bastante sombrío, al menos para los defensores de cambios radicales que transformaran el sistema”. Seidman (2004: 282) finaliza su libro sobre Francia con este diagnóstico: “Los acontecimientos no marcaron una ruptura, sino que mostraron la continuidad de las tendencias sociales y políticas. Ninguna crisis de civilización estalló repentinamente y no surgió ningún intento significativo de control de la producción por los trabajadores”. Ginsborg (2003: 343) escribe, refiriéndose a los estudiantes radicales italianos y a los jóvenes trabajadores, que “los valores centrales que tenían —anticapitalistas, colectivistas e igualitarios— fueron rechazados por la sociedad; no de repente, como en Francia en junio de 1968, sino de manera prolongada, en el transcurso de más de una década”. En su estudio sobre Japón, Ando (2014: 22) concluye que “los movimientos japoneses de la Nueva Izquierda no cambiaron tanto la política”.

12 . Algunos autores usan el término “extremismo” para referirse tanto a puntos de vista no convencionales como a métodos violentos. Véase, por ejemplo, Wintrobe (2006: 6).

13 . He explorado tres fuentes diferentes para calcular el tamaño del movimiento del 68. Las tres cuentan el número de manifestaciones. Es imposible determinar qué manifestaciones estaban relacionadas con los problemas del 68, pero, no obstante, podemos considerar que el número total de protestas callejeras es un indicador razonable de la intensidad de la protesta. La primera fuente es el World Handbook of Political and Social Indicators (Taylor y Jodice, 2000), basado en varios periódicos (normalmente en inglés); el segundo es la base de datos CNTS de Banks, basada únicamente en el New York Times; y, finalmente, Katsiaficas (1987: 15-18), que contó las manifestaciones cubiertas por Le Monde solo en 1968. El sesgo de la información es obvio: Francia ocupa el primer lugar y

Estados Unidos el quinto en Katsiaficas, mientras que Estados Unidos es primero y Francia tercero y quinto según el World Handbook y Banks respectivamente.

14 . La teoría de Michael Mann es probablemente la más ambiciosa, ya que deja espacio para que cuatro fuentes de poder (militar, económico, político e ideológico) operen simultáneamente. Véase la formulación original de la teoría en Mann (1986).

15 . La extensión del sufragio es especialmente frecuente tras guerras entre Estados (Przeworski, 2009). Basándome en la base de datos PIPE de Przeworski, he calculado el grado medio de sufragio para los países de la muestra (variable f) de acuerdo con una escala 0-7 (donde 7 es sufragio masculino universal) en 1913 (6,1) y en 1919 (6,6). La diferencia es estadísticamente significativa en una prueba de una cola al 6%.

16. Véase Luebbert (1987: tabla I).

17 . Luebbert (1991: 249) tiene una concepción más estrecha de un orden liberal que la que yo empleo aquí, ya que establece una distinción entre países “puramente liberales” y “socialdemócratas”. Para mis propósitos, las dos categorías pueden fusionarse a fin de aumentar el contraste con las alternativas no democráticas, en la línea que propone Mann (2012: 326).

18 . Aunque algunos autores sostienen que Bakunin estuvo involucrado en la redacción de este documento, no hay evidencia que respalde tal afirmación (Avilés, 2013: 56).

19 . El “Documento Nº 1” (Factores que condicionan la estrategia nacional, #18) se reproduce en Torres (2002). Está accesible en CEDEMA (Centro de Documentación de los Movimientos Armados) (http://www.cedema.org/ver.php?id=111).

20 . En cuanto a modelos formales sobre el valor de la información que transmite la violencia, véanse Ginkel y Smith (1999) y McCormick y Owen (1996).

21 . Trotsky (1974 [1911]) se opuso con fuerza a esta tesis. Siempre pensó que la violencia terrorista era contraproducente, ya que los trabajadores abdicarían de su deber revolucionario, delegando la tarea revolucionaria en la vanguardia armada.

22 . Según Galli (1993: 51), el creador del eslogan fue Lenin.

23 . “Factores que condicionan la estrategia nacional”, nº 18. Véase la nota 19 en este mismo capítulo. El “Documento Nº 1” también se reproduce y discute en Torres (2002).

24 . Mitrione había sido secuestrado el 31 de julio de 1970. Significativamente, el ala moderada dentro de los Tupamaros desaprobó su asesinato (Guerrero Martín, 1972: 64).

25 . En su “Mensaje a la Tricontinental” (1967): https://www.marxists.org/archive/guevara/1967/04/16.htm

26 . La fuente es la base de datos de Maddison.

27 . Las bases de datos que dependen exclusivamente de fuentes en inglés están sujetas a problemas de under-reporting incluso en el caso de asesinatos. Este es claramente el caso, por ejemplo, con respecto a campañas terroristas menores como la de las Fuerzas Populares 25 de Abril en Portugal. El problema se alivia utilizando fuentes nacionales en cada país, pues la probabilidad de pasar por alto asesinatos se reduce mucho.

28 . Para una discusión adicional sobre este criterio, véase Sánchez-Cuenca y De la Calle (2009).

29 . Agradezco a Nils Petter Gleditsch que me informara de este asesinato.

30 . Mis cifras son bastante diferentes de las de Hewitt (2000). Esto se debe principalmente a criterios distintos sobre la naturaleza del terrorismo y la violencia política.

31 . Katzenstein y Tsujinaka (1991: 20) informan que 85 personas murieron por conflictos internos entre 1968 y 1988. Farrell (1990: 62) habla de 44 muertes en disputas entre facciones durante el periodo 1968-75.

32 . Sobre la represión del movimiento de liberación negro, véanse Churchill y Wall (2002a y 2002b), Jones (1988).

33 . Es bien sabido que, en 1981, los restos del BLA colaboraron con los restos del Weather Underground (bajo el nombre de

Revolutionary Armed Task Force) en un robo a mano armada en el que murieron dos policías y un guardia de seguridad. Esta forma de colaboración interracial cuestiona la interpretación étnica de la violencia de BLA.

34 . Los secuestros aéreos fueron una especie de epidemia en los años sesenta y setenta, véase Koerner (2013). Cuando los llevan a cabo personas que actúan solas, no se consideran terrorismo. Un caso más problemático es el asesinato de Walter Schroeder el 23 de septiembre de 1970 por un grupo de activistas contra la guerra de Vietnam que estaban robando un banco para obtener fondos para el movimiento. Un miembro del grupo era un exconvicto que mató a un oficial de policía. Véase la historia de Katherine Ann Power, quien estuvo involucrada en el robo y pasó a la clandestinidad, en la que permaneció 23 años, en Landman (2001). He incluido este asesinato en la base de datos.

35 . De acuerdo con Downes (2008: 1), a lo largo del siglo XX el porcentaje de civiles muertos en las guerras entre Estados estuvo entre el 50 y el 62% de todas las muertes, siendo ese porcentaje aún mayor en las guerras civiles.

36 . Para una discusión sobre la selectividad de la violencia, véase Kalyvas (2006).

37 . También había referencias mutuas. Por ejemplo, un comando de la RAF se llamó “José Manuel Sevillano”, en honor al activista del GRAPO que murió durante una huelga de hambre (Smith y Moncourt, 2009: 620).

38 . Un análisis teórico de este tema se puede encontrar en De Nardo (1985).

39 . La protesta de la escuela secundaria avanzó a un ritmo diferente y alcanzó su punto máximo en 1970-71.

40 . El himno de Potere Operaio incluía estos versos: Via dalle linee, prendiamo il fucile / forza compagni, alla guerra civile!

41 . Datos procedentes de mi propia base de datos sobre la violencia política en Italia.

42 . La serie temporal es casi idéntica si se selecciona el número total de actos de violencia cometidos por la izquierda (véase Della Porta y Rossi, 1984: tabla 1). Véase también Moss (1989: 19, 37).

43 . Véase Anónimo (1977) para una descripción muy detallada, con abundantes fotos, de la “batalla de Bolonia”.

44 . El golpe chileno fue interpretado de manera muy diferente por los revolucionarios más radicales; a su juicio, el golpe era la demostración de que el sistema no se podía reformar, por lo que no había más opción que la lucha armada (Boraso, 2006: 35-36).

45 . Véase también Moss (1989: 65).

46 . La campaña de PL contra las grandes corporaciones y la clase dominante fue una de las más impactantes. Valga como ejemplo el atentado del 11 de diciembre de 1979 en Turín, cuando una célula

entró en el Istituto di Amministrazione Aziendale 'Valletta' de FIAT, y ocupó un aula con más de 90 estudiantes. La clase de estadística fue reemplazada por una lección improvisada sobre la teoría y la práctica del reclutamiento guerrillero; al cabo de un rato, cinco instructores y cinco estudiantes fueron seleccionados y recibieron cada uno un tiro en la pierna (Boraso, 2006: 205-207).

47 . En Sánchez-Cuenca (2007) se somete a prueba estadística esta hipótesis para los casos de ETA y el IRA.

48 . El principal activista fue Francisco Sabaté, alias "el Quico". Su último intento de entrar en España desde Francia fue frustrado en 1960. Mató a un policía unos días antes de que las fuerzas de seguridad lo mataran a tiros, a la edad de 44 años; véase Téllez (1992).

49 . Es importante recordar también que ETA empezó a matar en 1968.

50 . Un tribunal franquista declaró culpable a Salvador Puig Antich y lo sentenció a muerte. Murió estrangulado por garrote vil en marzo de 1974 (véase su historia en Escribano, 2001).

51 . Dos días antes, el 29 de septiembre, el grupo, en otro ataque no reivindicado, mató a otro policía durante un atraco a un banco en Barcelona.

52 . Sobre los detalles del operativo policial y la forma en que se descubrió la ubicación de los rehenes, véase Gómez Parra (1991: 52-58).

53 . Hubo un asesinato tardío de una empresaria en 2006 que estaba siendo extorsionada por miembros del GRAPO. Para entonces, la organización ya no existía realmente.

54 . Véase Castro (2002; 2009), Gómez Parra (1991). El relato biográfico más importante es el de Brotons (2002). Otras memorias interesantes de antiguos miembros del GRAPO son Moa (2002) y Novales (1989).

55 . La extraña historia de este movimiento se cuenta en SPK (1993).

56 . En noviembre de 1971, después de los primeros asesinatos, la madre adoptiva de Meinhof, Renate Riemeck, publicó una carta que contradecía el punto de partida del documento: “La República Federal no es el lugar para un movimiento guerrillero urbano al estilo latinoamericano. Este país ofrece, a lo sumo, las condiciones adecuadas para un drama de gánsteres. […] Hay que evaluar la posibilidad de un movimiento guerrillero urbano en la República Federal dada la realidad social de este país” (reproducido en Aust, 2008: 134-135). En el extenso documento de la RAF “Servir al pueblo: La guerrilla urbana y la lucha de clases” (abril de 1972), el grupo aborda la crítica de que Alemania era demasiado diferente de América Latina para una guerrilla urbana (Smith y Moncourt, 2009: 142-143).

57 . Aust (2008) apoya la versión oficial. Para una visión crítica que apunta al asesinato, véase Smith y Moncourt (2009: cap. 14).

58 . El 11 de mayo de 1981, la RAF mató a un civil durante una

“expropiación” (atraco a un banco) en Zúrich. Este no fue un asesinato planeado.

59 . El documento está accesible en http://germanguerilla.com//?s=final+communique

60 . Sasaki-Uemura (2001: 53) habla de 300.000 participantes.

61 . El uso de cascos y palos se estandarizó en las protestas de Japón y fue luego objeto de emulación en Estados Unidos, por ejemplo, en los Days of Rage de Chicago en octubre de 1969, cuando los restos de un SDS altamente radicalizado intentaron “traer la guerra a casa” a través de episodios violentos de acción directa a los que siguió una dura represión.

62 . La causa última de su muerte sigue siendo objeto de controversia. Según algunos, fue golpeado hasta morir por la policía, mientras que otros dicen que fue atropellado por un vehículo blindado que había sido secuestrado por los estudiantes.

63 . Según Katzenstein y Tsujinaka (1991: 10), el número total de personas movilizadas entre abril de 1959 y octubre de 1960 fue de 4.697.000, en comparación con 18.738.000 entre octubre de 1967 y junio de 1970.

64 . Algo similar, aunque de forma mucho más suave, se puede encontrar en los orígenes de la Weather Underground Organization (véase el capítulo 6).

65 . FP-25A es probablemente el grupo menos estudiado de la muestra. Prácticamente no hay nada disponible en inglés (ni siquiera están incluidos en el libro de Alexander y Pluchinsky [1992] sobre organizaciones terroristas rojas en Europa). En portugués he encontrado solamente una monografía de un criminólogo (Barra da Costa, 2004), un estudio psicológico de los activistas (Beleza Pereira da Silva y Machado, 2012) y las memorias de un miembro de FP25 (De Sousa, 1992).

66 . Este argumento parte de la premisa de que el Estado asigna los recursos para la seguridad de acuerdo con el nivel de amenaza que plantean los distintos grupos armados. En general, se trata de un supuesto razonable.

67 . No se incluyen Bélgica y Dinamarca por sus niveles muy bajos de letalidad, con dos víctimas mortales en el primero y una víctima en el segundo. En estos dos países los grupos armados nunca planearon asesinatos (las víctimas fueron colaterales o no intencionadas).

68 . Italia también podría considerarse una excepción pero, como mostré en el capítulo anterior, hubo un intervalo de tiempo largo entre las primeras acciones y los primeros atentados mortales.

69 . Como es bien sabido, el PIB per cápita es uno de los predictores más poderosos de guerra civil (Collier y Hoeffler, 1998; 2004; Fearon y Laitin, 2003; Hegre et al., 2001; Hegre y Sambanis, 2006; Kalyvas y Balcells, 2010; Sambanis, 2004). Con cualesquiera controles, especificaciones y técnicas de estimación, siempre encontramos lo mismo: las guerras civiles se concentran en países con un nivel bajo de PIB per cápita. La única voz discordante es la de Djankoiv y Reynal-Querol (2010): defienden que la correlación entre las dos variables es espuria. Siguiendo a Acemoglu, Johnson,

Robinson y Yared (2008), introducen efectos fijos o factores históricos (como la densidad de población en el año 1500 o las tasas de mortalidad de los pobladores europeos en las colonias) y encuentran que el efecto del desarrollo económico desaparece.

70 . Sin embargo, hay evidencia sólida de que el tamaño de las fuerzas de seguridad es proporcional a la población: véase Harrendorf y Smit (2010: 114).

71 . Según Goldstone (2002: 13), podría haber otro mecanismo: en países con poblaciones mayores, el peso del comercio (importaciones más exportaciones como porcentaje del PIB) es más bajo; puesto que el comercio tiene un efecto moderador sobre el conflicto, los países más poblados tendrían mayor propensión al conflicto por tener un peso menor el comercio.

72 . Según algunos trabajos recientes, la relación entre el terrorismo y el desarrollo económico sigue la forma de una U invertida (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2012; Ender y Hoover, 2012; Enders, Hoover y Sandler, 2016; Freytag et al., 2011). Siguiendo mi propio trabajo con Luis de la Calle, creo que el mecanismo general que explica esta asociación no lineal tiene que ver con la clandestinidad. En los países más pobres, se observa poco terrorismo simplemente porque los rebeldes consiguen control territorial y por lo tanto se transforman en guerrillas que protagonizan guerras civiles. En los países más ricos, en cambio, el Estado es capaz de acabar con cualquier desafío armado interno. El terrorismo, por tanto, es más frecuente en los niveles medios de desarrollo. Sin embargo, en la muestra con la que trabajo en este estudio solo entran países ricos. Por tanto, en esta muestra reducida el efecto del PIB per cápita debería ser negativo, pues los países se sitúan en el área en el que no hay conflictos internos violentos. Con otras palabras, en la muestra restringida de países ricos, nos movemos exclusivamente en la región negativa de la U invertida.

73 . Empleé este indicador en Sánchez-Cuenca (2009). De la Calle (2015) también lo utiliza para su estudio del terrorismo nacionalista en Europa occidental.

74 . Sumar 1 tiene la ventaja de que el índice vale 0 cuando hay cero víctimas mortales. Bajo ciertas condiciones, la constante añadida al índice puede introducir un sesgo. Sin embargo, en este estudio he probado añadiendo 0,5 y 0,1 y los resultados son prácticamente idénticos. La correlación entre las especificaciones con las tres constantes distintas (1, 0,5 y 0,1) es 0,99.

75 . La represión de activistas armados (terroristas) fue claramente endógena a los niveles de violencia. Por eso no introduje este tipo de represión en el análisis de panel de la sección anterior. Al centrarme en la represión de los ciudadanos antes del surgimiento de la violencia total, se evita el problema de la endogeneidad.

76 . La Escala de Terror Político (http://www.politicalterrorscale.org/) codifica la represión estatal desde 1976 en un gran número de países, incluidos todos los de nuestra muestra. El periodo 1976-79 podría ser útil para medir los niveles de represión, pues en ese periodo todos los países ricos eran democráticos. Sin embargo, la escala no sirve de mucho en este caso, ya que todos los países obtienen la puntuación más baja, 1 (excepto Grecia y España en 1976). Dada la ausencia de variación entre países ricos, este indicador no sirve para el análisis.

77 . Enumero a continuación las personas muertas en cada país y la fecha de la muerte. Italia: Vittoria Giua (6/12/1968), Giuseppe Scibilia y Angelo Sigona (12/02/1968), Teresa Ricciardi y Carmine Citro (4/9/1969), Cesare Pardini (27/10/1969), Giuseppe Pinelli

(15/12/1969), Bruno Labate (15/7/1969), Angelo Campanella (27/9/1969), Severio Saltarelli (12/12/1970), Domenico Centola (12/12/1970), Carmelo Jaconis (17/9/1971), Giuseppe Tarecchio (3/11/1972) y Franco Serantini (5/5/1972). España: Enrique Ruano (20/1/1967), Antonio Huertas, Cristobal Ibáñez y Manuel Sánchez (21/7/1970), Pedro Patiño (13/9/1970), Amador Rey y Daniel Niebla (10/3/1972). Estados Unidos: Benjamin Brown (5/11/1967), Samuel Hammond, Delano Middleton y Henry E. Smith (masacre de Orangeburg, 2/8/1968), James Rector (5/5/1969), Jeffrey Miller, Allison Krause, William Schroeder y Sandra Scheuer (masacre de Ken State, 4/5/1970) y Phillip Gibbs y Earl Green (tiroteos en Jackson State, 14/5/1970). Alemania: Benno Ohnesorg (6/2/1967). Francia: Christian Riss (23/6/1971). Japón: Hiroaki Yamazaki (10/9/1967). Con respecto a Estados Unidos, no he incluido los dos asesinatos de Lawrence, Texas, en julio de 1970: en el caso de Rick Dowdell, hubo fuego cruzado entre él y la policía; en el caso de Nick Rice, murió accidentalmente en un tiroteo entre policías y manifestantes. En cuanto a Francia, no he incluido las muertes de Giles Tautin (6/10/1968) y Jean-Pierre Thévenin (15/12/1968) por motivos similares: Tautin se ahogó en un río mientras intentaba escapar de las fuerzas antidisturbios; Thévenin fue detenido por ebriedad y no está claro si se suicidó o fue víctima de la brutalidad policial (en cualquier caso, su muerte no tuvo relación con la protesta).

78 . Grecia aparecería en primera posición si el periodo hubiera abarcado 1973. En ese año tuvo lugar la masacre del Politécnico, con 20 personas muertas por disparos de la policía.

79 . En el modelo binomial negativo inflado de ceros, se considera que existen dos tipos de ceros (en nuestro caso, los correspondientes a países en los que ningún grupo armado intentó matar y aquellos en los que grupos armados intentaron matar pero no lo consiguieron). Se trata de una distinción bastante artificial, ya que no he encontrado ningún grupo armado que haya intentado matar pero no lo consiguiera, si bien sí que hay grupos que podrían haber matado pero se abstuvieron de hacerlo (véase el capítulo 6). En el

modelo de obstáculos, los ceros y los valores positivos se consideran independientes entre sí y, por lo tanto, se estiman por separado.

80 . Entre otras fuentes, véase Avilés (2013), Avilés y Herrerín (2008), Crump (1996), Gage (2009), Merriman (2009), Mommsen y Hirschfeld (1982), Núñez Florencio (1983), Romero Maura (1968) y varios sitios web. Al utilizar la información de Internet, se verificó cada ataque letal por partida doble. La exclusión de Rusia podría tener consecuencias, ya que tenía el nivel más alto de violencia anarquista, pero sabemos que Rusia no experimentó ningún terrorismo revolucionario en la década de 1970. Evidentemente, el éxito de la revolución rusa en 1917 y la creación de un régimen comunista hicieron que el terrorismo revolucionario de tipo occidental fuera casi redundante en la Unión Soviética y sus países satélites.

81 . Precisamente porque esta era la tendencia dominante, no incluí en la base de datos los asesinatos cometidos por el Ejército Rojo Japonés fuera de Japón.

82 . Los 10 detenidos fueron: August Spies (alemán), Michael Schwab (alemán), Louis Lingg (alemán), George Engel (alemán), Adolph Fischer (alemán), William Seliger (alemán), Balthazar Rau (alemán), Samuel Fielden (inglés), Oscar Neebe (estadounidense) y Albert Parsons (estadounidense). Avrich (1984: 3) relata la historia de Albert Parsons para cuestionar la tesis de que el anarquismo era ajeno a la historia estadounidense. Sin embargo, los datos parecen confirmar el abrumador origen europeo de los activistas.

83 . No incluyo los 10 asesinatos del atentado del Preparedness Day el 22 de julio de 1906, ya que la autoría nunca se ha establecido firmemente, aunque hay una fuerte presunción de que los anarquistas estuvieron involucrados en la explosión de la bomba

(Gage, 2009: 106).

84 . Cuando se desconoce la autoría, supongo que la nacionalidad del perpetrador es la del país en el que ocurrió el ataque.

85 . Hubo otra muerte en 1935 (Crump, 1996: 37), pero queda fuera de nuestro periodo de tiempo; además, fue un ataque puramente sectario, en el que un anarquista de una facción mató a un miembro de otra. Se trata de un anticipo del alto grado de violencia sectaria interna que se observó en el Ejército Rojo Unido de la década de 1970 (véase el capítulo 3).

86 . Hasta donde sé, el primer autor en hablar de una asociación entre el pasado fascista y grupos terroristas revolucionarios es Cerny (1981: 96): tenía en mente las experiencias de Alemania, Italia y Japón.

87 . La influencia del anarquismo español fue especialmente visible en Francia, pero también desempeñó un papel relevante en la creación de la Angry Brigade. El grupo español 1 de Mayo influyó mucho en los fundadores del grupo británico (Alberola y Gransac, 2004: 267; Carr, 2010: 46-49; Rocha, 2008: 160-171).

88 . Sin embargo, hubo terrorismo de derechas en la década de 1990 (Pelinka, 1998).

89 . La flagrante omisión de la guerra civil irlandesa en 1922-23, tras la firma del tratado angloirlandés, funciona a favor de la hipótesis, ya que elimina el único caso de guerra civil en la muestra en la que la motivación principal fue el nacionalismo y no el

conflicto capital-trabajo.

90 . Un análisis más matizado se puede encontrar en Albertus (2015: 32-33), quien sostiene que las élites terratenientes están interesadas en mantener sus derechos de propiedad, pero no se oponen necesariamente a la democracia. Los terratenientes pueden optar por una democracia con fuertes controles si este arreglo satisface sus intereses.

91 . Véanse, por ejemplo, André y Platteau [1998] sobre Ruanda, o Murshed y Gates [2005] sobre Nepal.

92 . Easterly (2007: tabla 2) encuentra un patrón similar cuando hace una regresión de la desigualdad (la proporción del quintil superior en el periodo 1960-98) en función las granjas familiares de Vanhanen: los coeficientes más fuertes de las granjas familiares son los del periodo de entreguerras (1928 y 1938).

93 . La correlación con el terrorismo cambia de -0,59 con 21 países a -0,61 con los valores imputados de Islandia y Luxemburgo.

94 . Este procedimiento se sigue, por ejemplo, en Tabellini (2010: 697) con respecto a la medición de las restricciones al Ejecutivo durante el periodo 1600-1850.

95 . Véase Bentzen et al. (2013) para una prueba más general con una muestra mundial.

96 . Los países incluidos en el análisis son Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Italia, Noruega, Suecia, Suiza y el Reino Unido.

97 . Como se explicó anteriormente, HIEL se basa en cuatro dimensiones. Una de ellas son los derechos de propiedad, que al fin y al cabo son una variable política. De hecho, uno de los dos componentes de esta dimensión es el índice de restricciones al Ejecutivo de la base de datos Polity. Como podría esperarse, las limitaciones del Ejecutivo correlacionan fuertemente con la quiebra de la democracia. Por lo tanto, HIEL refleja no solo el tipo de capitalismo, sino también el régimen político. He repetido el análisis factorial eliminando la dimensión de derechos de propiedad de HIEL y los resultados son notablemente similares.

98 . Para un análisis sutil de las diferencias entre Estado y régimen, véase Fishman (1990).

99 . Gerald Brenan, en su libro The Spanish Labyrinth (1943: 157), fue el primer autor que habló de la inspiración milenarista del anarquismo en el sur de España.

100 . Véase, por ejemplo, Geary (1989).

101 . No he incluido los asesinatos perpetrados por la CNT en el conjunto de datos sobre terrorismo anarquista porque esta violencia estaba más próxima a la violencia urbana sectaria que al terrorismo entendido de manera tradicional (violencia realizada por grupos clandestinos). Podría compararse, por ejemplo, con los asesinatos ideológicamente sectarios que tuvieron lugar en Turquía a fines de la década de 1970 (Sayari, 2010).

102 . Con respecto a las primeras elecciones de posguerra, he seguido a Eley (2002: 290) y he completado la información con datos de países no europeos. En cuanto al promedio del periodo 1918-44, me he basado en Bartolini (2000: 531), completando nuevamente los datos de los países no incluidos en su estudio.

103 . Shapiro (2013: 12) propone una explicación alternativa para la no letalidad de Gauche Prolétarienne: en su opinión, la organización no intensificó sus ataques porque la respuesta del Estado francés fue solo levemente represiva.

104 . Esto se ajusta al modelo organizativo de club desarrollado por Berman y Laitin (2008) para analizar el sacrificio personal en grupos armados.

105 . Esto confirma la hipótesis de Della Porta y Tarrow (1986) de que la violencia se intensifica cuando las movilizaciones se debilitan.

106 . Falciola (2016) utiliza este argumento para rechazar las explicaciones “estructurales” sobre la variación entre países en la incidencia del terrorismo. Pero como he argumentado extensamente en el capítulo anterior, esto es una especie de non sequitur, ya que las razones por las que la comunidad de apoyo rechaza la violencia letal pueden ser el resultado de factores estructurales subyacentes. Estos factores ayudarían a explicar por qué la comunidad de apoyo en Estados Unidos no aceptó la violencia letal mientras que sus equivalentes alemanas o italianas sí lo hicieron.

107 . Curiosamente, Varon (2004: 14) defiende que la represión fue

mucho más dura en Alemania que en Estados Unidos, así como que esto se debió en última instancia al fascismo del pasado. Varon, sin embargo, no proporciona datos que apoyen esta conclusión.

108 . Véase el capítulo 6 del informe elaborado por una comisión del Parlamento italiano sobre terrorismo y masacres en 1999, disponible en https://www.senato.it/service/PDF/PDFServer/BGT/301443.pdf

109 . En algunos países, había varios parlamentos a nivel regional. He calculado el número medio de años en los que se reunieron los parlamentos de cada país.

110 . En el caso de Canadá y Estados Unidos, he calculado la proporción de años en que se reunió el legislativo desde la fecha de su creación a finales del siglo XVIII.

111 . La variable sigue siendo significativa incluso cuando se introduce el factor de entreguerras en la ecuación.

112 . Elias (1991: 160-161) señala que el término “individuum” todavía se usaba en la filosofía medieval para referirse genéricamente a un solo caso en una especie. Sostiene que, en algún momento del Renacimiento, la persona comenzó a verse a sí misma como un “individuo”, como un ser único y diferente de los demás.

113 . Véase Alesina y Giuliano (2015) para una revisión muy completa de esta literatura.

114 . Inglehart y Welzel (2005) abordan esta cuestión, pero se centran en variaciones en el corto plazo, lo que no resulta demasiado convincente a la hora de resolver el problema de la endogeneidad.

115 . El valor más positivo se define como sigue: “Países en los que el reconocimiento social del éxito empresarial capitalista por parte de la élite social establecida se refleja en una combinación de los siguientes elementos: reconocimiento oficial de los logros capitalistas por parte de la corona; matrimonios mixtos entre la élite establecida, generalmente terrateniente, y los hijos de empresarios industriales que no proceden de la élite; y la permanencia de los empresarios en la industria en lugar de una jubilación anticipada para dedicarse a la propiedad de la tierra”.

116 . No incluyo estos resultados en el libro.

117 . Hay dos variables dependientes dicotómicas, dictadura y guerra civil. La técnica de estimación adecuada sería un probit de dos pasos con variables instrumentales; desafortunadamente, los instrumentos tienen un poder predictivo completo y los modelos no se pueden identificar (un problema común con muestras pequeñas). En todos los países cuyo idioma permite la eliminación del pronombre, la democracia quebró en el periodo de entreguerras. De ahí que haya usado 2SLS en todos los casos.

Índice

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. Un enfoque de largo plazo

2. Terrorismo revolucionario

3. Chispas

CAPÍTULO 1. EL ARGUMENTO: DE LOS PATRONES DE DESARROLLO EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS AL TERRORISMO REVOLUCIONARIO DE LOS AÑOS SETENTA

1. El (re)surgimiento del radicalismo en el periodo de la ‘edad de oro’

2. Radicalismo y extremismo

3. Patrones de desarrollo

CAPÍTULO 2. EL TERRORISMO REVOLUCIONARIO Y SUS RAÍCES IDEOLÓGICAS

1. La justificación ideológica de la violencia

2. La Habana-Montevideo-Buenos Aires-Berlín

3. El perfil de la violencia terrorista revolucionaria en el mundo desarrollado

CAPÍTULO 3.LOS CASOS PRINCIPALES DE TERRORISMO REVOLUCIONARIO

1. Introducción

2. Italia

3. España

4. Alemania

5. Japón

6. Grecia y Portugal

CAPÍTULO 4. DETERMINANTES CONTEMPORÁNEOS Y ANTECEDENTES INMEDIATOS

1. Introducción

2. Eficacia estatal y apoyo social

3. Hipótesis

4. Datos y medición

5. Análisis con variables contemporáneas

6. Antecedentes inmediatos

CAPÍTULO 5. LOS DETERMINANTES DE LARGO PLAZO DEL TERRORISMO REVOLUCIONARIO

1. Hipótesis principal

2. La medición de los patrones de desarrollo

3. Países liberales y no liberales

4. Análisis estadístico

5. Resumen

CAPÍTULO 6. MECANISMOS HISTÓRICOS: RADICALISMO Y REPRESIÓN

1. Mecanismos basados en la legitimidad del Estado y el apoyo al extremismo

2. La fuerza de la izquierda radical

3. Casos negativos: los grupos terroristas no letales

4. Represión y autoritarismo en el pasado

5. Conclusiones

CAPÍTULO 7. INDIVIDUALISMO, MODERNIZACIÓN Y VIOLENCIA

1. Introducción

2. Individualismo

3. La medición del individualismo

4. Cultura remota: familia e idioma

5. Terrorismo revolucionario, patrones de desarrollo y cultura remota

6. Conclusiones: los determinantes a largo plazo del desarrollo y la violencia

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS